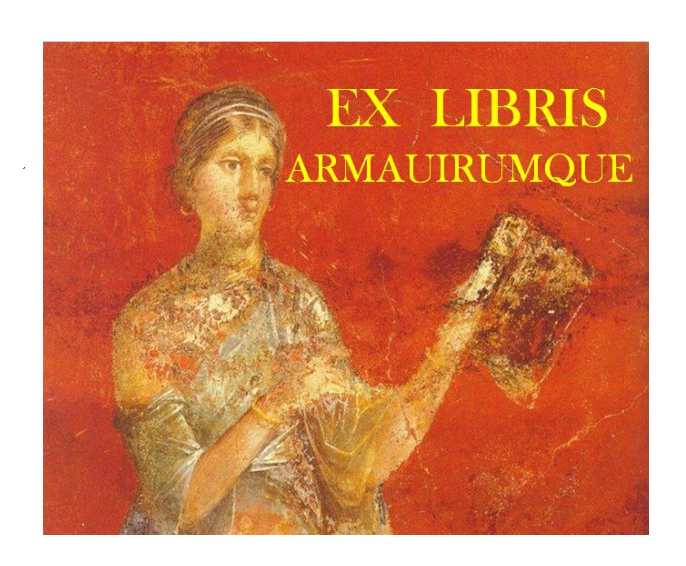
HISTORIA EVANGELICA

Juvenco

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 249



JUVENCO

HISTORIA EVANGÉLICA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

MIGUEL CASTILLO BEJARANO



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Vicente Cristóbal López.

Depósito Legal: M. 579-1998.

ISBN 84-249-1890-8.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1998.

INTRODUCCIÓN

1. *Contexto histórico*

Tras el conflictivo siglo III, en el que el Imperio había atravesado una crisis profunda que estuvo a punto de hundirlo por completo (235-285), en el comienzo del siglo IV los emperadores se imponen como tarea primordial el salvarlo del desastre. Pero con el fin de superar los peligros que lo amenazaban, el mundo romano tuvo que someterse a una disciplina férrea, a un despotismo intransigente, dando lugar así a un Estado totalitario que se esfuerza por controlar todas las energías de sus súbditos. El emperador, señor absoluto que ejerce su autoridad mediante un aparato administrativo sabiamente jerarquizado, aparece envuelto por una aureola divina que lo eleva por encima del común de los hombres. Sin embargo, la estabilidad política proporcionada al Imperio por este nuevo sistema trajo como consecuencia una relativa prosperidad económica y una paz social que permitieron una vez más el cultivo de las letras hasta niveles inimaginables en la centuria anterior.

Fue en primer lugar Diocleciano (284-305) el que se propuso ante todo esta obra de restauración. Fiel a las antiguas tradiciones de Roma, se entregó enteramente a la reorgani-

zación del Imperio y marcó con su impronta personal las instituciones imperiales. Pero el ingenioso sistema tetrárquico por él ideado no logró funcionar y surgieron de nuevo las luchas por la púrpura imperial, de las que Constantino (306-337) logrará emerger en el 324 como dueño único y absoluto del Imperio. Este emperador[1], al que podemos considerar como el verdadero creador del Bajo Imperio, continuó la política centralizadora de Diocleciano e intentó adaptar mejor las instituciones a las necesidades de la nueva sociedad.

Fue precisamente bajo el mandato de Constantino cuando tuvo lugar uno de los cambios más trascendentales que ha conocido la historia de la Iglesia. Si la persecución de Diocleciano (303-305) intentó, con una violencia no igualada hasta entonces, aniquilar totalmente el cristianismo, la progresiva ascensión de Constantino (306-312-324) dio lugar a un cambio completo en la situación jurídica de la nueva religión. El famoso Edicto de Milán (promulgado el 15 de junio del 313) les concedía a los cristianos una plena y total libertad de culto y la restitución inmediata de todos los bienes confiscados.

Aunque la tolerancia y la libertad de cultos eran en principio la doctrina oficial, en modo alguno se mantuvo equilibrada la balanza entre paganismo y cristianismo, pues la política imperial favoreció claramente a la nueva religión (aparición de los símbolos cristianos en las monedas, concesión de un estatuto jurídico privilegiado a la Iglesia católica, multiplicación de los centros de culto, aparición de las primeras medidas restrictivas contra las prácticas paganas, etc.).

Así pues, se había entrado en una fase totalmente nueva de la historia del cristianismo. La Iglesia ha logrado que se supriman los obstáculos que dificultaban hasta entonces la

---

[1] Para el cual, cf., además, nota 352 de la traducción.

evangelización y todo parecía empujar a la cristianización del Imperio romano en su totalidad (al final de la centuria el cristianismo acabaría siendo la religión del Estado, la única legalmente reconocida).

Es precisamente en este contexto político —una relativa paz y prosperidad del mundo romano unificado bajo la autoridad de un solo emperador— y religioso —verdadero triunfo del cristianismo como religión privilegiada y favorecida dentro del Imperio— en el que debemos situar la figura de Juvenco.

2. *Datos biográficos y cuestiones generales*

De Gayo Vetio Aquilino Juvenco no sabemos prácticamente nada, salvo unas breves noticias que sobre él nos aporta S. Jerónimo[2] y unos escasísimos datos que

[2] Cf. JERÓNIMO, *De Vir. Ill.* 84: «Juvenco, hispano de muy noble linaje, presbítero, escribió cuatro libros casi traduciendo literalmente en hexámetros los cuatro evangelios, y también en el mismo metro algo relativo al orden de los sacramentos. Floreció en tiempos del emperador Constantino». Además, el ilustre padre de la Iglesia habla de nuestro poeta también muy brevemente en alguna otra ocasión; así, en el *Chron.* (Olimpíada 278 = 333 d. C.) podemos leer: «El presbítero Juvenco, natural de Hispania, expone en versos épicos el Evangelio»; y en *Ep.* LXX *(ad Magnum)* nos dice: «En el reinado de Constantino el presbítero Juvenco expuso en verso la historia de nuestro Señor y Salvador y no le dio miedo el someter la majestad del Evangelio a las leyes de la métrica». Es verdad que conservamos también testimonios de un gran número de autores sobre Juvenco, pero en realidad todos tienen como fuente al autor de la *Vulgata*. Así, FRECULFO (muerto en el año 850), obispo de Lisieux, no hace sino recoger tal cual en su *Chronicon* II 21 (cf. J. P. MIGNE, *PL* 106, col. 1201) lo que sobre nuestro poeta ya había dicho S. JERÓNIMO en *De Vir. Ill.* 84; en el *Chronicon* de ADÓN DE VIENNE, arzobispo de esta ciudad de la Galia en el 875, leemos (cf. J. P. MIGNE, *PL* CXXIII, col. 92): «Se tiene en grandísima estima a Retio, obispo de Augustoduno, y a Juvenco, presbítero hispano que compuso en hexámetros cuatro libros de tema evangélico»; JUAN

el poeta mismo nos ofrece en los versos finales de su obra[3].

Con todo, estas concisas manifestaciones nos revelan la patria del poeta (Hispania), su noble linaje, su condición de presbítero, el tema de su obra (una traducción casi literal y

---

TRITEMIO (1462-1546), en su *De scriptoribus ecclesiasticis* LXII, ha ampliado, parece que con generalidades muy subjetivas, los datos ofrecidos por S. Jerónimo: «El presbítero Juvenco, natural de Hispania, varón noble y filósofo muy docto, poeta, rétor y teólogo insigne, y venerable no menos por su elocuencia que por su conocimiento de las escrituras de la Iglesia, publicó para formación de los lectores, tanto en metro como en prosa, muchos libros excelentes, pero sólo he llegado a saber de unos pocos de ellos. He leído una obra célebre que escribió en hexámetros y pentámetros, cuatro libros sobre los cuatro evangelios, dos libros sobre los sacramentos; los restantes libros que se dice que compuso no han llegado a mis manos. Alcanzó la fama en tiempos del gran Constantino y sus hijos, en el año del Señor 330»; el célebre renacentista Pedro Crinito (1465-1507), en su *De poetis Latinis* V 88, tampoco dice nada realmente nuevo: «El poeta Juvenco, de origen hispano, nació de una familia distinguida y muy ilustre, según cuenta Jerónimo. Sobresalió especialmente siendo emperadores Constancio y Constante: en esta época fueron famosos en elocuencia entre los latinos Tiberiano Nazario y Flavio Vopisco, que compuso unos libros sobre las hazañas de los emperadores romanos. Entre otras composiciones poéticas que se dice que publicó Juvenco, escribió cuatro evangelios en hexámetros... Juvenco compuso algunos himnos, con los que demostró de modo evidente que fue completamente digno de la religión cristiana. Y no hay duda de que él estuvo entre los sacerdotes cristianos, según atestiguan los autores antiguos. El divino Jerónimo reproduce en algún lugar poemas de Juvenco y lo estima poeta erudito y elegante»; etc.

[3] Cf. JUVENCO, IV 806-808: *Haec mihi pax Christi tribuit, pax haec mihi saecli, / quam fovet indulgens terrae regnator apertae / Constantinus, adest cui gratia digna merenti,* es decir, «Esto [la posibilidad de componer mi obra] me lo ha concedido la paz de Cristo, esto a mí la paz del mundo, a la que favorece el benévolo emperador de la tierra abierta, Constantino, a quien le asiste justamente el reconocimiento porque lo merece».

en cuatro libros de los Evangelios[4]) y la época en que vivió y llevó a cabo su composición (en tiempos del emperador Constantino[5]).

La concesión de la libertad religiosa otorgada por el Edicto de Milán (313) produjo como consecuencia inmediata un considerable aumento del número de cristianos cultos y un clima eclesiástico diferente. En este ambiente de libertad ilimitada y absoluta de confesión religiosa, la cultura cristiana sintió rápidamente la necesidad de que su poesía desempeñara en la educación cristiana un papel similar al que venía ejerciendo tradicionalmente en la escuela pública la poesía pagana de los grandes autores de época augústea y especialmente de Virgilio[6]. En estas circunstancias no resulta extraño en modo alguno que un autor como Juvenco se propusiera verter el Evangelio en los moldes tradicionales

[4] Pues en el caso de que fuera cierto lo que nos transmite S. Jerónimo sobre el hecho de que Juvenco compuso otra obra acerca de los sacramentos (cf. n. 2), hay que decir que nada nos ha llegado de ella.

[5] Es con toda probabilidad en torno al año 330 (esto es, en los años subsiguientes al concilio de Nicea, en los que se crearía un ambiente propicio para el cultivo de este tipo de literatura) cuando nuestro poeta alcanzaría su máximo esplendor y cuando debió de ver la luz por primera vez su *Historia evangélica*.

[6] Los grandes poetas como Virgilio y Horacio ocupaban un lugar preeminente en el sistema pedagógico romano. Y durante siglos los jóvenes cristianos habían recibido su educación en las escuelas paganas. Es decir, la formación intelectual de los cristianos conservaba un carácter más o menos pagano. Tanto para el hombre cristiano como para el pagano, Virgilio era la fuente principal de todo conocimiento humano. Pero desde el momento en que los cristianos se dieron cuenta de la existencia de una cultura cristiana, comprendieron la necesidad de una enseñanza cristiana adicional. Y es entonces cuando emprendieron la tarea de versificar los relatos bíblicos, que constituían el elemento más importante de esta enseñanza cristiana adicional. Cf. CHR. MOHRMANN, «La langue et le style de la poésie chrétienne», *Rev. Étud. Lat.* 25 (1947), 280-297, especialmente págs. 283-284.

de la poesía épica y que el modelo indiscutible para esta tarea fuese precisamente Virgilio.

Así pues, podemos decir que Juvenco es el primer poeta cristiano conocido que aborda, en la primera mitad del siglo IV, la creación de un lenguaje épico para transmitir los hechos e ideas de la nueva religión. Él es el pionero de la épica cristiana. Y el éxito de su empresa fue indiscutible, a juzgar por la gran cantidad de citas y alusiones que de su epopeya nos han transmitido autores del final de la Antigüedad, así como de toda la Edad Media y del Renacimiento [7].

3. *Obra*

Aunque la tradición ha atribuido a veces a nuestro poeta otras composiciones (así por ejemplo S. Jerónimo [8] alude a ciertos escritos sobre los sacramentos y el célebre renacentista Pedro Crinito [9] sostiene que Juvenco compuso también algunos himnos), lo cierto es que de él sólo conservamos una obra que los mejores manuscritos nos transmiten con el

---

[7] Así por ejemplo VENANCIO FORTUNATO (*c.* 530-600) nos dice en su *De vita sancti Martini* I 14-16 (cf. J. P. MIGNE, *PL* LXXXVIII, cols. 365-366): «Pues Juvenco fue el primero que, distinguiendo su poema con ágiles versos, cantó con el arte del metro la obra de la divinidad. Luego también resplandeció la lengua del ilustre Sedulio»; también en unos dísticos elegíacos atribuidos comúnmente a S. Isidoro (cf. J. A. FABRICIO, *Bibliotheca Latina mediae et infimae aetatis* V, pág. 301) podemos leer: «Lee el erudito poema del elocuente Avito. Mira, tienes a mano a Juvenco y a Sedulio; los dos en su lengua iguales, florecientes en sus versos los dos, beben de la fuente evangélica copas en abundancia. Así pues, deja de ser esclavo de los poetas paganos. Si te son posibles tan grandes bienes, ¿por qué para ti Calírroe?»; el mismo PETRARCA lo cita expresamente en su *Ecloga* X (*Laurea occidens*): «Voy a decir cosas admirables y más allá de lo creíble, pero vi aquí al hispano Juvenco cantando en nuestra lengua los versos del hombre y del águila al mismo tiempo, del buey y del león»; etc.

[8] *De Vir. Ill.* 84. Cf. n. 2.

[9] *De poetis Latinis* V 88. Cf. n. 2.

título de *Liber evangeliorum* o *Libri evangeliorum quattuor*, y que más comúnmente conocemos con el nombre de *Historia evangélica*, si bien éste es un título que probablemente tan sólo remonte a la edición que de la misma llevó a cabo Aldo Manuzio y que se publicó en 1502[10].

La obra se nos presenta como un conjunto de 3211 hexámetros distribuidos en un prefacio de 27 versos y en cuatro libros de 770, 829, 773 y 812 versos respectivamente[11]. La estructuración de la *Historia evangélica* en cuatro libros parece obedecer única y exclusivamente a un deseo del poeta de constituir partes que, presentando un número de versos muy similar al que encontramos en los cantos de la *Eneida*, tuviesen todas más o menos la misma extensión[12].

En el pequeño prefacio Juvenco muestra su epopeya como superior a todas las paganas que la han precedido, pues él no va a celebrar las mentiras de la mitología sino la verdad del Evangelio, las hazañas de la vida de Cristo; es esto precisamente lo que le proporcionará al poeta no sólo la gloria inmortal obtenida por Homero y Virgilio, sino también aquello que es más importante, la salvación eterna[13].

Para cantar las hazañas de la vida de Cristo (*praef.* 19: *Christi vitalia gesta*), Juvenco sigue como fuente primordial el relato evangélico de Mateo. Hay que decir sin embargo que cuando en Mateo no se encuentra un episodio que el

---

[10] Cf. C. MAROLD, *C. Vettii Aquilini Iuvenci libri evangeliorum* IIII, Bibliotheca Teubneriana, Leipzig, 1886, pág. VI.

[11] Los vv. 802-812 del libro IV constituyen en realidad un epílogo personal del poeta.

[12] De hecho el final de cada uno de los tres primeros libros de la obra no coincide ni tan siquiera con final de capítulo de la fuente primordial de la misma (evangelio de Mateo), llegándose a dar incluso el caso llamativo de que la parábola de la cizaña se encuentra prácticamente cerrando el libro II (vv. 795-811) y la interpretación de la misma abre el libro III.

[13] Cf. *praef.* 15-24.

poeta considera importante, entonces éste recurre a los otros evangelistas, en especial a Lucas o a Juan, ya que de Marcos sólo encontramos en la *Historia evangélica* pequeños detalles. Las correspondencias de la obra juvenciana con sus fuentes evangélicas podemos esquematizarlas en líneas generales[14] del siguiente modo:

Libro I:

vv. 1-132 .... *Lucas* I.
vv. 133-143 .... *Mateo* I 19-24.
vv. 144-223 .... *Lucas* II 1-39.
vv. 224-277 .... *Mateo* II 1-23.
vv. 278-306 .... *Lucas* II 40-51.
vv. 307-770 .... *Mateo* III 1-VIII 15.

Libro II:

vv. 1-98 .... *Mateo* VIII 16-IX 9.
vv. 99-242 .... *Juan* I 43-III 21.
vv. 243-346 .... *Juan* IV.
vv. 347-636 .... *Mateo* IX 10-XII 37.

[14] Decimos «en líneas generales» porque hay ocasiones (aunque éstas en verdad son escasísimas) en las que Juvenco, que normalmente suele seguir el relato evangélico sin omitir nada, no parafrasea algún pequeño episodio de su fuente y se salta un reducido número de versículos de la misma. Así ocurre por ejemplo en el libro II en el tramo que comprende los vv. 347-636, paráfrasis de *Mt* IX 10-XII 37, donde el poeta prescinde del pasaje correspondiente a *Mt* XI 16-24 en el que Jesús juzga a su generación y maldice a las ciudades impenitentes; o al comienzo del libro III, donde se deja a un lado a *Mt* XIII 44-52, pasaje evangélico sobre las parábolas del tesoro, de la perla y de la red, parábolas no incluidas por Juvenco en su obra; etc. En cualquier caso, en la tradución hemos ido incluyendo siempre la fuente exacta seguida por Juvenco en cada uno de los pasajes, con lo cual resalta a primera vista cuándo el poeta no ha parafraseado uno de estos pequeños episodios a los que nos estamos refiriendo.

vv. 637-691 .... *Juan* V 19-47.
vv. 692-829 .... *Mateo* XII 38-XIII 35.

Libro III:

vv. 1-773 .... *Mateo* XIII 36-XXII 14.

Libro IV:

vv. 1-305 .... *Mateo* XXII 15-XXV 46.
vv. 306-402 .... *Juan* XI 1-46.
vv. 403-801 .... *Mateo* XXVI 3-XXVIII 20.

Es decir, si bien el poeta ha seguido en su paráfrasis fundamentalmente el evangelio de Mateo, sin embargo ha parafraseado también a veces a Lucas y a Juan. Al primero de ellos ha acudido en todo lo referente al anuncio del nacimiento de Juan el Bautista y la concepción del mismo, la Anunciación, la visita de la virgen María a Isabel, el nacimiento de Juan el Bautista, el nacimiento de Jesús y la adoración de los pastores, la circuncisión de Jesús y la presentación de éste en el templo. De Juan ha tomado los siguientes episodios: el encuentro de Jesús con Felipe y Natanael, las bodas de Caná, la expulsión de los profanadores del templo, la entrevista con Nicodemo, la estancia de Jesús entre los samarítanos, la curación del hijo del funcionario real de Cafarnaúm, el discurso de Jesús sobre la unidad del Padre y el Hijo y la obra de éste, y la resurrección de Lázaro.

Aunque es muy poco lo que del relato evangélico de Marcos encontramos en la *Historia evangélica*, no podemos decir sin embargo que nuestro poeta lo haya ignorado totalmente, pues Juvenco ha tomado pormenores de este evangelista en algunos pasajes de su obra, entre los que se suelen

destacar el episodio de la tempestad calmada (II 25-42) y el del geraseno endemoniado (II 43-74)[15].

El texto evangélico manejado por Juvenco debió de ser el de alguna de esas versiones cuyo conjunto constituyen lo que conocemos como *Vetus Latina*[16]; es decir, el poeta utilizaría como fuente una o varias de las versiones latinas de la Biblia anteriores a la *Vulgata* o versión jeronimiana[17].

La obra se cierra con un epílogo personal del poeta (IV 802-812) en el que primeramente Juvenco se nos presenta como versificador de los textos sagrados iluminado por la gracia de Cristo y en segundo lugar hace una alabanza del emperador Constantino, bajo cuyo gobierno el poeta compuso su obra.

La *Historia evangélica* ha surgido en ese ambiente propicio de época constantiniana en el que los cristianos, convencidos de que mediante la poesía podían dar a conocer las ideas y los sentimientos más profundos de su fe, han creado una poesía propia sirviéndose para ello de las formas tradicionales de la poesía pagana[18]. La obra de Juvenco pretende ser una síntesis entre la cultura pagana de un lado y la cris-

---

[15] Para los detalles tomados del evangelio de Marcos por parte de Juvenco, cf. A. Custodio Vega, «Capítulos de un libro: Juvenco y Prudencio», *Ciudad de Dios* 157 (1945), 209-247, esp. págs. 237-238.

[16] Cf. P. Sabathier, *Bibliorum sacrorum latinae versiones antiquae*, 6 vols., Reims, 1743-1749.

[17] Y ello resulta evidente si tenemos en cuenta que el autor de la *Vulgata* vivió entre los años 340-350 y 420 y es él precisamente, según hemos recogido ya en las páginas anteriores, quien nos da las primeras noticias sobre la vida y la obra de Juvenco.

[18] Pues para la creación del nuevo lenguaje poético sólo había dos posibilidades: crear *ex nihilo* unas nuevas formas literarias, tarea prácticamente imposible, o acudir a la prestigiosa poesía de la Antigüedad, a la que el público cristiano había tenido en cierta medida acceso en la escuela. Cf. E. Borrell Vidal, *Las palabras de Virgilio en Juvenco*, Barcelona, 1991, pág. 11.

tiana de otro, centrada esta última exclusivamente en la figura de Jesús de Nazaret. Y verdaderamente se percibe en la obra juvenciana una auténtica tensión entre estos dos polos tan dispares. En absoluto encontramos en ella una perfecta cohesión entre forma y contenido, sino que a un significado ya establecido —la vida y los hechos de Jesús— se le aplica un significante generado a partir de otros contenidos bien diferentes —los moldes tradicionales de la épica clásica—. Juvenco utiliza los recursos estilísticos de la épica como adornos de la sobriedad del texto evangélico[19].

Aunque el deseo de verter el contenido cristiano en la tradición literaria clásica hizo que la nueva poesía evitase rigurosamente todos los elementos lingüísticos específicamente cristianos, sin embargo en Juvenco, tal vez debido a su carácter de iniciador de la poesía épica cristiana, no se produce de forma sistemática esta sustitución léxica, sino que en su *Historia evangélica* alternan vocablos procedentes de esas dos esferas en las que se mueve su creación poética[20].

4. *La imitación de Virgilio*

Aunque en la *Historia evangélica* encontramos elementos tomados de los poetas más destacados de la Antigüedad clásica (Ennio, Ovidio, Estacio, Lucano, Horacio, Catulo, etc.), sin embargo Juvenco, al intentar verter la prosa del

[19] El mismo autor así lo reconoce en la conclusión de su obra. Cf. IV 803-805: *et in tantum lucet mihi gratia Christi, / versibus ut nostris divinae gloria legis / ornamenta libens caperet terrestria linguae* («y tanto me ilumina la gracia de Cristo, que la gloria de la ley divina acoge de buen grado en mis versos los terrenales ornamentos de la lengua»).

[20] Cf. CHR. MOHRMANN, «La langue et le style de la poésie chrétienne», *Rev. Étud. Lat.* 25 (1947), 280-297 (= *Études sur le latin des chrétiens* I, Roma, 1958, págs. 151-168), especialmente págs. 284-285.

Evangelio en los moldes tradicionales de la épica, ha tenido como maestro fundamental a Virgilio, que era el modelo por excelencia dentro de este género poético.

En líneas generales podemos decir que la imitación de Virgilio por parte de Juvenco gira en torno a cuatro aspectos fundamentales[21]:

a) Elección del vocabulario.
b) Incorporación de *iuncturae*[22].
c) Imitación de tramos más o menos largos.
d) Trasposición temática.

Examinamos a continuación brevemente cada uno de estos procedimientos utilizados por nuestro poeta.

a) La utilización del léxico virgiliano por parte de Juvenco es constante[23]. En la mayoría de las ocasiones nuestro poeta no se limita a tomar de diferentes hexámetros virgilianos las palabras que constituyen cada uno de sus versos, sino que además las coloca en la misma posición métrica en la que aparecen en su fuente. Así pues, al observar en los hexámetros virgilianos los elementos con los que Juvenco ha logrado formar un verso concreto de su obra, tenemos la impresión de encontrarnos ante una auténtica escalera en la que cada una de las palabras representa un peldaño. Ejemplo:

Juv., I 67: *Nuntius haec contra celeri sermone profatur*

---

[21] En este punto seguimos esencialmente a E. BORRELL VIDAL, *Las palabras de Virgilio en Juvenco,* Barcelona, 1991, págs. 19-91.

[22] Consideramos *iuncturae* un conjunto de al menos dos palabras ubicado la mayoría de las veces en principio o en final de verso, aunque también puede aparecer en otras posiciones.

[23] Cf. E. BORRELL VIDAL, *op. cit.,* págs. 27-30.

En. XII 75: Nuntius haec, *Idmon, Phrygio mea dicta tyranno*
En. XII 790: *adsistunt* contra *certamina Martis anheli*
En. V 485: *Protinus Aeneas* celeri *certare sagitta*
En. VIII 468: *aedibus et licito tandem* sermone *fruuntur*
En. IV 364: *luminibus tacitis et sic accensa* profatur

Más frecuentes todavía son sin embargo los casos en los que a esta escalera le falta un peldaño, es decir, aquellos casos en los que una palabra de un hexámetro concreto de Juvenco no la encontramos nunca en esa posición en Virgilio[24]. Ejemplo:

Juv., I 37: *auribus ingratis hominis visuque receptus*

En. VI 497: auribus *et truncas inhonesto vulnere naris*
En. VII 425: *I nunc,* ingratis *offer te, inrise, periclis*
Geórg. IV 444: *in sese redit atque* hominis *tandem ore locutus*
En. XI 527: *planities ignota iacet tuti*que receptus

b) Uno de los procedimientos más simples seguido por Juvenco para imitar a Virgilio consiste en incorporar en sus hexámetros *iuncturae* del poeta de Mantua[25]. Son numerosísimos los ejemplos de *iuncturae* virgilianas que encontramos en el comienzo de los hexámetros juvencianos:

Juv., I 12: nuntius et *soli iussas perferre loquellas*

En. XI 897: nuntius et *iuveni ingentem fert Acca tumultum*

Juv., I 175: Et simul his dictis *caeli secreta revisunt*

En. V 357: Et simul his dictis *faciem ostentabat et udo*

---

[24] Muchas veces incluso tal palabra juvenciana ni siquiera aparece en el *corpus* virgiliano por tratarse de un arcaísmo, un término cristiano, un neologismo o un vulgarismo.

[25] Cf. E. Borrell Vidal, *op. cit.*, págs, 31-66, cuyas ideas resumimos brevemente en nuestra exposición.

Juv., I 235: imperio accitos *iubet omnia quaerere legis*
En. XI 235: imperio accitos *alta intra limina cogit*

Y muy frecuentes también son los hexámetros que contienen un final tomado de Virgilio:

Juv., I 111: *ingeminat. Placuit multi tunc* iussa parentis
En. VII 368: *idque sedet, Faunique premunt te* iussa parentis

Juv., I 145: *Caesaris Augusti iussis per* plurima terrae
Geórg. I 184: *inventusque cavis bufo et quae* plurima terrae

Juv., I 153: *Hospitio amborum Bethleem* sub moenibus urbis
En. XII 116: *campum ad certamen magnae* sub moenibus [urbis

Pero hallamos igualmente *iuncturae* en interior de verso (Juvenco, I 73: *Sic cognata tibi,* sterilis quae *credita cunctis* / *Geórg.* II 53: *Nec non et,* sterilis quae *stirpibus exit ab imis*), versos con *iuncturae* virgilianas al principio y al final de los mismos (Juvenco, I 2: sub quo *servator iusti* templique sacerdos / *En.* X 167: sub quo *mille manus iuvenum, qui moenia Clusi*; *En.* VII 419: *fit Calybe Iunonis anus* templique sacerdos), *iuncturae* con inversión del orden de palabras (Juvenco, I 191: *caelestes voces,* cui quondam *praescia rerum* / *En.* XII 392: *Iasides, acri* quondam cui *captus amore*), creación de nuevas *iuncturae* a partir de la contaminación de dos o más *iuncturae* virgilianas[26], etc.

---

[26] Así ocurre por ejemplo con los bloques *et servare diem y permissa parentum* que encontramos en JUVENCO, I 56 (*et servare diem iussis permissa parentum*). La primera de estas cadenas léxicas (*et servare diem*) es la síntesis de la contaminación de VIRGILIO, *En.* X 502 (et servare *modum rebus sublata secundis!*) y *En.* VIII 269 (servavere diem, *primusque Potitius auctor*). La segunda *iunctura* (*permissa parentum*) debe de haberla

c) Es también frecuente en Juvenco la imitación de tramos largos de Virgilio[27]. Un ejemplo de este tipo de imitación puede ser el discurso del ángel a Zacarías en I 10-26, el primero de los discursos que encontramos en la *Historia evangélica* y en el que se transmite a Zacarías lo dispuesto por Dios[28].

El discurso guarda estrecha relación con el que encontramos en *En.* IV 219-237, discurso éste de gran importancia por ser el segundo de la *Eneida* en orden de aparición y longitud y por tener como objeto el recordar a Eneas que es su deber gobernar Italia y dar sus leyes al orbe entero[29].

La comparación de los dos discursos nos permite establecer un paralelismo entre los personajes que encontramos

---

obtenido Juvenco a partir de la combinación de elementos léxicos y fónicos de VIRGILIO, *En.* IX 97 (*Aeneas? Cui tanta deo* permissa *potestas*?), VIII 531 (*agnovit sonitum et divae* promissa parentis), XI 45 (*Non haec Evandro de te* promissa parenti), a lo que hay que añadir además el hecho de que *parentum* se halla siempre en VIRGILIO en final de verso (cf. *En.* II 681: *Namque manus inter maestorumque ora parentum*).

[27] Cf. E. BORREL VIDAL, *op. cit.*, págs. 67-79.

[28] Este discurso es a su vez paráfrasis de *Lc* I 11-14.

[29] «Prestó oídos el Omnipotente a quien le suplicaba con tales palabras y abrazaba sus altares, y volvió sus ojos a las murallas reales y a unos amantes olvidados de mejor fama. Entonces habla así a Mercurio y le da tales órdenes: 'Ea, ve, hijo, convoca a los Zéfiros y déjate caer con tus alas y al caudillo dardanio, que ahora se entretiene en la tiria Cartago y no se preocupa por la ciudad que le ha asignado el destino, háblale y llévale mis palabras a través de las rápidas brisas. No nos lo prometió así su hermosísima madre ni para esto lo salvó dos veces de las armas de los griegos, sino que sería quien gobernaría Italia preñada de imperios y agitada por la guerra, propagaría el linaje nacido de la ilustre sangre de Teucro y sometería el orbe entero a sus leyes. Si no lo enciende el honor de tan grandes hazañas ni afronta la tarea por su propia gloria, ¿va a privar como padre a Ascanio de la ciudadela romana?, ¿qué trama? o ¿con qué esperanza se detiene en un pueblo enemigo y aparta sus ojos de la prole ausonia y los campos lavinios? ¡Que se haga a la mar! Esto es todo, sea éste mi mensaje'».

en ambos: Júpiter-Dios, Mercurio-ángel, Eneas-Zacarías, Ascanio-Juan Bautista.

Pero es que además Juvenco ha adaptado el texto virgiliano desde la misma introducción de su discurso, recogiendo las palabras esenciales y los elementos definidores del discurso fuente. Así, el sustantivo *nuntius* que en Virgilio (v. 237) parece referirse al mensaje mismo lo encontramos también en Juvenco referido al ángel mensajero (v. 12); la expresión virgiliana *genetrix pulcherrima* (v. 227), referida a Venus, la madre de Eneas, se convierte en Juvenco en *cara tibi coniuge* (v. 18), referida a Isabel, la esposa de Zacarías; hay coincidencia de sílabas entre la orden dirigida a Mercurio al final del discurso virgiliano (v. 237: *hic nostri nuntius esto*) y la orden, también en el mismo fin del discurso, del ángel a Zacarías (v. 26: *tu vocitare memento),* donde Juvenco incluso conserva la forma del imperativo futuro; el epíteto *Omnipotens* referido a Júpiter (v. 222) se transforma en Juvenco en la perífrasis *rerum pater unicus* (v. 16) referida al Dios cristiano; la expresión *tantarum gloria rerum* (*En.* IV 232) tiene su correspondencia en *grandis rerum gloria* (Juvenco, I 19), donde el adjetivo *tantarum*, referido a *rerum*, es sustituido por *grandis*, referido a *gloria*; etc.

Otro ejemplo de imitación de un tramo largo de Virgilio puede ser la descripción juvenciana de la tempestad marina (II 25-32), donde nuestro poeta utiliza el léxico y las imágenes de la famosa tempestad virgiliana de *En.* I 81-156[30].

d) Son también numerosos los pasajes en que Juvenco no se limita a tomar de Virgilio una serie de elementos léxi-

---

[30] Para un análisis de esta imitación, cf. nota 86 de la traducción. El tema de la tempestad como «topos» de la epopeya lo tenemos tratado detalladamente en V. Cristóbal, «Tempestades épicas», *Cuad, Inv. Fil.* 14 (1988), 125-148.

cos, sino que lleva a cabo una verdadera trasposición temática más o menos elaborada de episodios virgilianos. Y es que cuando el tema sagrado presenta de algún modo cierta similitud con determinado pasaje de la épica virgiliana, nuestro poeta intenta acomodarse al tópico y añade notas y matices ajenos al Evangelio, logrando así introducir y recrear en su *Historia evangélica* escenas y situaciones de la obra del mantuano.

Un buen ejemplo de trasposición temática pueden ser los versos 403-405 del libro IV, con los que el poeta da comienzo a la pasión de Jesús[31]:

Ergo ad concilium scribae, plebisque vocatur
iam gravior numerus, qua vatum principis alte
pulchra Caiphaeae conlucent atria sedis.

En este pasaje[32], además de que la expresión *concilium... vocatur* (v. 403) no es sino una adaptación de la *iunctura* virgiliana *concilium vocat*[33], observamos fundamentalmente una gran similitud con el pasaje de *En.* XI 234-235, donde el rey Latino convoca en asamblea a los principales de los suyos:

Ergo concilium magnum primosque suorum
imperio accitos alta intra limina cogit[34].

---

[31] El análisis de estos versos que exponemos a continuación es un breve resumen de E. Borell Vidal, «Un ejemplo de trasposición temática virgiliana en Juvenco», *Anuari Fil.* 14 (1991), 11-17.

[32] En él se hace referencia a la asamblea del sanedrín que tiene lugar en el palacio del sumo sacerdote Caifás y que es a su vez paráfrasis de *Mt* XXVI 3: *Tunc congregati sunt principes sacerdotum, et Scribae, et seniores populi in atrium principis sacerdotum, qui vocatur Caiphas.*

[33] Cf. Virgilio, *En.* X 2: concilium*que* vocat *divum pater atque hominum rex.*

[34] «Así que reúne en el interior de su elevado palacio una gran asamblea y a los principales de los suyos hechos venir por orden suya».

Las semejanzas se dan en cada una de las tres partes que podemos distinguir en ambos textos:

1) Convocatoria de la asamblea, para lo cual encontramos en Virgilio la perífrasis *ergo concilium... / imperio accitos... cogit*, y que Juvenco resuelve con la simple expresión *ergo ad concilium vocatur* a la que ya hemos aludido anteriormente.

2) Asistentes a la asamblea e importancia de la misma, que el texto virgiliano expresa de modo sencillo mediante *concilium magnum primosque suorum*, mientras que Juvenco acude a la perífrasis encabalgada *scribae, plebisque... / iam gravior numerus*[35].

3) Lugar de celebración de la asamblea, donde Virgilio utiliza la sencilla expresión *alta intra limina*, en tanto que Juvenco describe más ampliamente el lugar con una oración de relativo (*qua vatum principis alte / pulchra Caiphaeae conlucent atria sedis*)[36].

Pero son en verdad numerosos los pasajes en los que podemos señalar una trasposición temática virgiliana: I 75 (*Geórg.* IV 438), I 84 (*En.* XII 411), I 122-124 (*En.* II 664-667), I 243-246 (*En.* II 693-698), IV 588-589 (*En.* II 57 ss.), etc.

---

[35] El adjetivo *magnum*, que hace referencia a la importancia de la asamblea, parece haberlo recogido Juvenco en el comparativo *gravior*; los asistentes, especificados por Virgilio con la expresión *primos suorum*, aparecen en Juvenco desglosados en *scribae, plebisque... / iam gravior numerus* (cf. *Mt* XXVI 3: *Scribae, et seniores populi*).

[36] Donde Juvenco ha sustituido la preposición *intra* por el adverbio *qua*, el adjetivo *alta* (que en el texto virgiliano hace referencia al interior de la mansión) por las palabras *pulchra, conlucent* y *alte* que aluden respectivamente a la belleza, resplandor y grandeza del lugar de reunión, y el sustantivo *limina* por *atria sedis*, con lo cual nuestro poeta se aproxima al texto evangélico (*Mt* XXVI 3: *congregati sunt ... in atrium principis sacerdotum*). Juvenco nos especifica el ocupante (*vatum principis Caiphaeae*), cosa que en el texto virgiliano hay que deducir del contexto (*Latini regis*).

5. *Procedimientos de composición*

Juvenco realiza con frecuencia su paráfrasis mediante un cierto número de procedimientos estandarizados que repite una y otra vez con insistente frecuencia. Sin pretender hacer un análisis exhaustivo, sino tan sólo intentando dar una visión muy general de los mismos, enumeramos a continuación aquellos que nos parecen esenciales[37]:

1.º) El procedimiento parafrástico fundamental en lo que al sustantivo se refiere consiste en sustituir el sustantivo del Evangelio por otro de mayor colorido y perteneciente a la lengua poética. Pero dentro de este procedimiento encontramos dos maneras típicas de parafrasear:

a) A un sustantivo del Evangelio, generalmente en caso recto, corresponde el mismo sustantivo en genitivo (sustantivo este último que a veces forma parte de una aliteración y en algún caso va acompañado de un adjetivo), con lo cual el concepto se hace más recargado. Ejemplos: *Mt* V 13: *Vos estis sal terrae* — I 472: *Discite vos hac in terra salis esse saporem*; *Mt* VI 20: *fures* — I 615-616: *horrida furum / factio; Jn* III 15: *habeat vitam aeternam* — II 223: *sublimis capiat donum inviolabile vitae;* etc.

b) Juvenco sustituye un sustantivo evangélico por un sinónimo del mismo más un adjetivo. Ejemplos: *Lc* III 4: *parate viam* — I 314-315: *amplas / instruite stratas*; *Jn* II 15: *eiecit de templo* — II 159: *sancta proturbat ab aede*; *Mt* XIII 38: *zizania* — III 7: *lolium infelix; Mt* XV 19: *adulteria* — III 170: *furta nefanda tororum*; etc.

[37] Seguimos en nuestra exposición el análisis también muy general de G. Simonetti Abbolito, «Osservazioni su alcuni procedimenti compositivi della tecnica parafrastica di Giovenco», *Orpheus* 6 (1985), 304-324.

2.º) En lo que se refiere al adjetivo, aunque la prosa del Evangelio es pobre en ellos, Juvenco los emplea abundantemente en su *Historia evangélica.* Nuestro poeta los usa para darle a su obra más colorido y dramatismo, para hacer su poesía mucho más rica en detalles y dotarla de mayor expresividad. Aparecen constantemente epítetos para caracterizar a los personajes, lo cual era algo corriente en toda la tradición épica; son muy abundantes como epítetos los adjetivos en *-tor: legum completor* (II 568), *leti victor* (II 405, IV 770), *mentis perspector* (II 274), etc. Gusta también el poeta de utilizar de los adjetivos compuestos tan frecuentes en la poesía épica (algunos de ellos son creaciones analógicas suyas): *omnigenus* (IV 154), *septemplex* (I 356), *velivolus* (II 11), *flammipes* (II 546), *flammivomus* (*praef.* 23), *altithronus* (*praef.* 24), *glaucicomans* (III 623), *ignicomus* (III 1), *flammicomans* (IV 201), etc. El adjetivo puede cumplir en Juvenco diversas funciones:

a) Con mucha frecuencia nuestro poeta añade a un sustantivo del Evangelio un adjetivo que tiene simplemente una función decorativa. Ejemplos: *Mt* II 2: *stellam* — I 230: *stellae fulgentis*; *Mt* XXIV 27: *adventus* — IV 148: *rapido adventu*; *Mt* XXIV 29: *stellae* — IV 151: *ignicomaeque stellae*; *Jn* XI 41: *gratias* — IV 387: *eximias grates*; etc.

b) Otras veces el adjetivo acentúa y enriquece de modo preciso el significado del sustantivo al que acompaña, en concordancia con el sentido general del contexto en el que aparece. Así, en el episodio de la matanza de los inocentes, el simple *Herodis, regis Iudaeae* de *Lc* I 5 va acompañado en Juvenco de *cruentus* en I 1 (*rex cruentus*) y de *ferus* en I 257 (*At ferus Herodes*)[38].

---

[38] Del mismo modo, cuando el ángel anuncia el nacimiento de Jesús a los pastores que dormían al raso y guardaban por turno durante la noche

3.º) En lo que se refiere a las formas verbales, es frecuente, en el contexto de elaboradas amplificaciones, que Juvenco las explicite mediante un sustantivo de la misma raíz del verbo, acompañado a su vez de uno o más adjetivos. Ejemplos: *Lc* I 21: *plebs mirabantur* — I 43: *populus miracula longa trahebat*; *Mt* VII 26: *qui audit verba mea haec, et non facit ea* — I 721-722: *Qui vero auditu tantum mea iussa tenebit / diversisque procul factis per lubrica perget; Mt* XXI 6: *disciputi fecerunt sicut praecepit* — III 630: *discipuli celeri complent praecepta paratu; Mt* XXIV 26: *nolite credere* — IV 144: *longe credulitas absit vanissima vobis;* etc.

4.º) Cuando el poeta participa de modo particularmente intenso y personal en el texto que parafrasea, se suele expresar normalmente en forma interrogativa, y por consiguiente con frases mucho más elaboradas, con el fin de atraer la atención del lector hacia aquellas enseñanzas que quiere resaltar. Ejemplo: *Mt* VI 26: *Respicite volatilia caeli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea: et pater vester caelestis pascit illa* — I 634-637: *Aerias spectemus aves: num vomere presso / terga soli subigunt, iaciunt aut semina farris, / aut segetum culmos incurva falce recidunt? / Proveniet tamen his satias potusque*

---

su rebaño (*Lc* II 8: *vigilantes, et custodientes vigilias noctis supra gregem suum*), Juvenco utiliza el adjetivo *sollicitae* (*noctis*) para expresar la agitación que se apodera de todo el mundo (I 158-159: *Circa sollicitae pecudum custodia noctis / pastores tenuit vigiles per pascua laeta*). Y en el episodio de Jesús y Nicodemo (cf. *Jn* III 19: *quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem*), la adjetivación que encontramos en II 235-236 (*Adventum lucis miseri fugere superbi / et magis amplexi caecas tenuere tenebras*) tiene como finalidad resaltar la gravedad que supone el hecho de que los hombres rechacen el mensaje de Jesús.

cibique[39]. Y en el episodio de las negaciones de Pedro, cuando una de las criadas se dirige a éste acusándolo de que también él era compañero de Jesús (cf. *Mt* XXVI 69: *et accessit una ex ancillis, dicens: Et tu cum Iesu Galilaeo eras*), Juvenco transforma esta afirmación en una interrogativa directa, con lo cual parece quedar mejor recogida la intención de la mujer, que no era otra sino la de atraer la atención de todos los presentes (cf. Juvenco, IV 570-572: *At Petrum mulier tristem quod viderat intus, / «tune etiam, iuvenis, fueras comes additus», inquit, / «isti, quem ludens procerum sententia damnat?»*)[40].

Todos estos procedimientos que hemos señalado demuestran que Juvenco no se ha limitado a traducir al lenguaje de la poesía clásica latina los conceptos expresados en el Evangelio, sino que con muchísima frecuencia ha procurado que sus términos guarden una estrecha relación con los empleados en su fuente cristiana.

Por lo general Juvenco tiende a hacer más expresivo y emotivo el relato evangélico, explicitándonos rasgos psicológicos y estados de ánimo que el Evangelio sólo deja entrever, utilizando también una abundante adjetivación que enriquece de detalles su paráfrasis.

---

[39] Pasaje en el que además Juvenco sustituye el pronombre de segunda persona del texto evangélico (*Respicite volatilia caeli*) por el de primera persona (*Aerias spectemus aves*), presenta los tres verbos de la interrogación con homeoteleuton (*subigunt, iaciunt... / recidunt*), todos con su complemento directo expreso, e introduce una insistente aliteración del sonido de la sibilante: *spectemus... soli subigunt... semina... segetum... satias.* Todos estos artificios que acompañan a la interrogativa acentúan el efecto del cuadro pictórico de los campesinos realizando sus trabajos.

[40] Los ejemplos se podrían multiplicar. Algunos de estos casos los iremos analizando individualmente en las notas a pie de página correspondientes.

6. *Los vocablos técnicos*

Juvenco muestra un especial cuidado en la traducción de todos los vocablos técnicos del Evangelio: grecismos (*synagoga*, *baptismus*, *baptizare*), palabras que designan grupos de personas (*pharisaei, sadducaei*), términos característicos del culto y la doctrina de los cristianos (*fides, poenitentia*), nombres comunes del latín clásico que en el contexto cristiano adquieren significado nuevo (*dominus, deus*), etc.

Dado que nuestro poeta se propone fundamentalmente trasladar el contenido de los Evangelios a la lengua clásica latina, pone una atención especial en este tipo de términos. Son más bien raros los casos en los que un término del Evangelio se sustituye sistemáticamente por otro perteneciente al lenguaje de la poesía. Lo más normal, especialmente cuando se trata de términos muy frecuentes, es que unas veces el poeta sustituya el sustantivo evangélico por otro o por una expresión compuesta y otras lo deje tal cual aunque especificándolo normalmente con una serie de detalles que no tienen paralelo en su fuente. Hay que añadir además que la *variatio* es un criterio básico en la técnica parafrástica de Juvenco. Examinemos brevemente los más importantes de estos términos[41]:

En cuanto al término *Deus*, el poeta se limita en muchas ocasiones a trasladarlo tal cual, sin modificación alguna[42]. Y en verdad son mucho más numerosos los pasajes en los

---

[41] En nuestra exposición sobre estos términos especializados seguimos fundamentalmente a G. SIMONETTI ABBOLITO, «I termini 'tecnici' nella parafrasi di Giovenco», *Orpheus* 7 (1986), 53-84.

[42] Cf. III 471-472: *Quod Deus ergo iubet proprio concrescere verbo, / inlicitum est hominum foedo secernere luxu* (*Mt* XIX 6: *Quod ergo Deus iunxit, homo non separet*).

que se conserva el término que aquellos otros en los que el poeta lo sustituye de un modo u otro[43].

El término *Dominus* (que en el Evangelio se utiliza referido tanto al Padre como al Hijo y que en la tradición cristiana se convierte en uno de los términos más usuales para designar a Cristo), Juvenco lo utiliza en su obra tanto referido a Yahveh como a Jesús. A veces, cuando el término se refiere a Dios, le suele añadir otros elementos[44]. En líneas generales podemos decir que este término es muy del gusto del poeta, lo cual concuerda con las preferencias del lenguaje cristiano de su tiempo.

El poeta evita sistemáticamente el adjetivo *Altissimus,* bien porque lo considerase demasiado prosaico, bien por razones métricas[45]. Para reproducir ese concepto de grandeza y trascendencia divina Juvenco recurre a otras expresiones[46].

---

[43] Cf. I 117-118: *Concelebrent cuncti laudes gratesque frequentent / astrorum et terrae, pontique hominumque parenti* (*Lc* I 68: *Benedictus est Deus Israël*), donde *Deus* del Evangelio aparece sustituido por *astrorum et terrae, pontique hominumque parenti;* IV 692: *Et Christus magna genitorem voce vocabat* (donde *genitor* sustituye a *Deus* de *Mt* XXVII 46); IV 553-554: *Adiurabo tamen summi per regna Tonantis / ut fateare palam, si fas te credere Christum* (*Mt* XXVI 63: *Adiuro te per Deum vivum, ut dicas nobis si tu es Christus Filius Dei*), donde Juvenco hace la máxima concesión al lenguaje épico romano sustituyendo *Deus* por *Tonans,* que es un epíteto tradicional de Júpiter.

[44] Así, el *Dominum* de *Lc* I 46 se convierte en JUVENCO (I 97) en *inmensi Domino mundi;* el *Dominum Deum* de *Mt* IV 10 y XXII 37 lo convierte nuestro poeta en *caeli Dominum* (I 406) y *sublimem caeli Dominum* (IV 40); etc.

[45] Aunque no en correspondencia con el *Altissimus* evangélico, Juvenco utiliza a veces el adjetivo *altithronus,* acuñado por él mismo y que tiene un mayor carácter épico. Así ocurre en *praef.* 24, II 62 (*Mt* VIII 31), III 409 (*Mt* XVIII 10).

[46] Cf. I 68: *Virtus celsa Dei circumvolitabit obumbrans* (*Lc* I 35: *et virtus Altissimi obumbrabit tibi*); I 173: *Gloria supremum comitatur debita Patrem* (*Lc* II 14: *Gloria in altissimis Deo*); etc.

En lo que se refiere a *Pater,* Juvenco no habría tenido dificultad en insertar siempre en sus hexámetros este término tal cual, pero su gusto por la *variatio* ha hecho que también recurra a otros procedimientos. Así, unas veces el poeta se limita a tomar el término del Evangelio (IV 65: *Unus item pater est, caeli qui in culmine regnat*)[47], otras le añade un adjetivo (II 552: *Iam mihi regnantis sunt omnia tradita patris*)[48], pero en muchísimas ocasiones lo sustituye por *genitor*, palabra mucho más poética y expresiva[49].

Christus (cf. nota 34 de la traducción) había llegado a ser en la época de Juvenco el término más corriente para referirse a Jesús. Es esto precisamente lo que explica que este vocablo sea en nuestro poeta mucho más frecuente que en el texto evangélico. Son muy abundantes los lugares en los que Juvenco emplea *Christus* cuando en el Evangelio encontramos *Iesus*[50]. Y más numerosos aún son aquellos pasajes en los que el poeta especifica con el término *Christus* una expresión pronominal del texto evangélico[51]. Pero se utiliza también para sustituir a *magister*[52], a *Dominus*[53], a *Filius*

---

[47] Cf. *Mt* XXIII 9: *unus est enim Pater vester, qui in caelis est.*

[48] Cf. *Mt* XI 27: *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo.*

[49] Cf. II 553-555: *Nec quisquam Domini poterit cognoscere natum, / ni solus genitor; genitorem mente videbit / filius* (*Mt* XI 27: *Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius*).

[50] Cf. II 599-600: *Talia perspiciens procerum molimina Christus / discedit* (*Mt* XII 15: *Iesus autem sciens secessit*).

[51] Cf. II 78: *ante pedes Christi lecto posuere cubantem* (*Mt* IX II: *Et ecce obtulerunt ei paralyticum*).

[52] Cf. III 382-383: *Convenere Petrum, quibus instat cura tributi, / solvere poscentes solitum pro nomine Christi* (*Mt* XVII 23: *Magister vester non solvit didrachma?*).

[53] Cf. I 219-220: *quae numine iussa / cognovit Christum* (*Lc* II 38: *Et haec... confitebatur Domino*).

hominis[54] y lo encontramos además en una serie de pasajes que parafrasean muy libremente expresiones evangélicas breves[55]. Hay ocasiones en las que el poeta realza de diversos modos el hondo significado que el término *Christus* tenía en su origen («ungido por Dios», «Mesías»), haciendo hincapié en el carácter y las consecuencias de la obra redentora de Jesús[56]. La frecuencia con la que Juvenco se sirve de este vocablo nos hace pensar que quería subrayar con él la doble dimensión humana y divina de la figura de Jesús.

Frente a la reiterada utilización de *Christus,* el término *Iesus* se emplea mucho menos en la *Historia evangélica.* Si en muchos casos, como ya hemos dicho, se sustituye por *Christus,* en otros sencillamente se omite[57], o bien es reemplazado por *salvator* o *servator*[58]. Precisamente el hecho de que nuestro poeta haya considerado a *Iesus* menos significativo que *Christus* explicaría también el que en numerosas ocasiones refuerce el término mediante la adición de sustantivos o adjetivos: *mundi regnator Iesus* (II 265); *mentis perspector Iesus* (II 274); *largus miserator Iesus* (II 293); *legum sed tum completor Iesus* (II 568); *terrarum lumen Iesus* (II 733); *clarus Iesus* (IV 790); etc.

---

[54] Cf. IV 148: *sic rapido adventu clarebunt lumina Christi* (*Mt* XXIV 27: *adventus Filii hominis*).

[55] Cf. II 7-8: *Sed verbum Christi tanto languore remoto / omnibus indulgens praebebat munera Patris* (*Mt* VIII 16: *omnes male habentes curavit*).

[56] Cf. II 291-292: *Illa dehinc: «Scimus, quod Christus nuntius orbi / adventu proprio vitalia saecula pandet»* (*Jn* IV 25: *Scio quia Messias venit* [*qui dicitur Christus*]).

[57] Cf. III 93: *Discipulis tunc inde iubet conscendere navem* (*Mt* XIV 22: *Et statim Iesus iussit discipulos suos ascendere in naviculam*).

[58] Cf. II 247: *Sederat hic rapido salvator anhelus in aestu* (*Jn* IV 6: *Iesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic super fontem*); III 195: *Inde Galilaeas repedat servator in oras* (*Mt* XV 29: ... *Iesus, venit iterum secus mare Galilaeae*).

A propósito de *Filius* referido a Cristo, podemos hacer más o menos las mismas consideraciones que hemos hecho respecto a *Pater*, si bien *Filius* es un término mucho menos utilizado. A veces Juvenco lo sustituye por términos más usados en poesía como *natus* y *suboles*[59]. Es muy utilizada la expresión *Filius hominis*, que pone de relieve al mismo tiempo la humanidad de Cristo y su divinidad[60].

En cuanto al término *Rabbi* («maestro»), apóstrofe respetuoso dirigido casi siempre a Jesús[61], Juvenco lo sustituye normalmente por *Sancte*[62], en algunas ocasiones por *magister*[63] y en otras sencillamente lo omite[64].

El término *Spiritus* (que en la *Praefatio* de la obra lo utiliza Juvenco sustituyendo a las Musas paganas como fuente de inspiración[65]) lo conserva el poeta en su paráfrasis la mayor parte de las veces que lo encuentra en la fuente

---

[59] Cf. IV 45: *Sed vobis cuius suboles ventura videtur* (v. *Mt* XXII 42); IV 713: *et subolem dixere Dei Christumque fatentur* (v. *Mt* XXVII 54).

[60] Cf. III 4-5: *Optima qui farris commendat glebis, / Filius est hominis* (*Mt* XIII 37: *Qui seminavit bonum semen, Filius est hominis*); III 587: *Filius hic hominis prodetur ad ultima mortis* (*Mt* XX 18: *Filius hominis tradetur principibus sacerdotum*).

[61] Cf. nota 256 de la traducción.

[62] Cf. II 180-181: *Haut dubium est, quod larga Dei te, Sancte, voluntas / humanis lucem concessit surgere rebus* (*Jn* III 2: *Hic* [Nicodemo] *venit ad eum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia a Deo venisti magister*).

[63] Cf. IV 60-62: *Et nomen sublime volunt gestare magistri. / Sed vos noluerim praecelsi nominis arcem / adfectare* (*Mt* XXIII 6-8: *amant... vocari ab hominibus Rabbi. Vos autem nolite vocari Rabbi*).

[64] Cf. II 302: *Discipuli interea rogitabant, sumeret escas* (*Jn* IV 31: *rogabant eum discipuli, dicentes: Rabbi, manduca*), donde mediante el discurso indirecto se evita el término hebreo.

[65] Cf. *praef.* 25-26: *Ergo age! sanctificus adsit mihi carminis auctor / Spiritus.*

evangélica[66]. Pero por el contrario no gusta Juvenco de la expresión evangélica *Spiritus sanctus* y cuando la encuentra en su fuente sólo conserva *Spiritus* en tanto que *sanctus* lo prafrasea de diversos modos, aunque intentando siempre poner de relieve la excelencia del Espíritu divino[67]. A veces sustituye el término *Spiritus* por *flatus*[68], *flamen*[69] y *spiramen*[70]; y estos tres términos sí suelen ser especificados por Juvenco mediante el adjetivo *sanctus*.

En cuanto a *angelus*, hay que decir que nuestro poeta ha omitido sistemáticamente este grecismo propio del lenguaje cristiano. Unas veces lo sustituye por la correspondiente palabra latina *nuntius*[71], otras por *minister*[72] y en otras ocasiones lo omite por completo y sólo hace referencia al mandato divino transmitido por el ángel[73].

El término evangélico *diabolus* lo sustituye a veces Juvenco por el más clásico *daemon*, aunque convenientemente re-

---

[66] Cf. II 466: *Spiritus in vobis pro vobis digna loquetur* (*Mt* X 20: *Non enim estis vos qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis*).

[67] Cf. I 69: *Spiritus et veniet purus, lectissima virgo* (*Lc* I 35: *Et respondit Angelus, et dixit ad illam: Spiritus sanctus superveniet in te*).

[68] Cf. II 193-195: *Liquido si quis de fonte renatus / et flatu sancto rudibus consistere membris / coeperit* (*Jn* III 5: *nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu*).

[69] Cf. I 85: *divinae vocis completa est flamine sancto* (*Lc* I 41: *repleta est Spiritu sancto*).

[70] Cf. I 340: *Abluet ille hominis sancto spiramine mentem* (*Mt* III 11: *ipse vos baptizabit in Spiritu sancto*).

[71] Cf. IV 746-747: *caelo lapsus discendit aperto / nuntius* (*Mt* XXVIII 2: *Angelus enim Domini descendit de caelo*).

[72] Cf. II 124-125: *Cernetis pariter totum se scindere caelum / atque Dei celeres aethram penetrare ministros* (*Jn* I 51: *videbitis caelum apertum, et Angelos Dei ascendentes*).

[73] Cf. I 255: *monitis caelestibus actus* (*Mt* II 13: *ecce angelus Domini apparuit*); I 272: *urgetur monitis* (*Mt* II 19: *ecce angelus Domini apparuit in somnis Ioseph in Aegypto*).

forzado[74]; en otras ocasiones lo que encontramos en lugar de *diabolus* son verdaderas abstracciones perifrásticas como *horrendi sceleris fallacia* (I 374), *furibunda fallacia* (I 398), *pestiferi rabies vesana veneni* (I 404), *vis sola nocendi* (II 59), etc.

El poeta evita en su obra el empleo de *publicani* y por ello se ve obligado a recurrir a perífrasis como ésa de amplias dimensiones que encontramos en II 348-349 (*publica conductis qui vectigalia lucris / professi rapiunt alieno nomine praedam*)[75] y que los describe con precisión, o aquélla otra mucho más genérica de I 571 (*gens dedita lucris*)[76].

Continuamente utiliza Juvenco tal cual el vocablo evangélico *propheta*. Por otra parte, el término compuesto *pseudoprophetae* (*Mt* XXIV 11 y 24) se convierte en Juvenco sencillamente en *falsi prophetae* (IV 113 y 138).

El término *synagoga*, que aparece en algunas ocasiones en el evangelio de Mateo (IV 23, IX 35, XIII 54, XXIII 6) no lo encontramos nunca en los correspondientes pasajes de Juvenco (I 435, II 422, III 18, IV 59)[77].

Sí encontramos en la *Historia evangélica* el vocablo *sabbata,* aunque el poeta se esfuerza por explicar y aclarar el significado de dicha palabra[78].

---

[74] Cf. IV 286-287: *quas pater horrendi barathri per stagna profundis / daemonis horrendi sociis ipsique paravit* (*Mt* XXV 41: *Discedite a me maledicti, ite in ignem aeternum, quem paravit Pater meus diabolo, et angelis eius*).

[75] Cf. *Mt* IX 10: *ecce multi publicani et peccatores venerunt, et recumbebant cum Iesu.*

[76] Cf. *Mt* V 46.

[77] Al parafrasear a *Mt* X 17 (*in conciliis, et in synagogis suis flagellabunt vos*), Juvenco (II 461: *conciliisque hominum statuentur corpora vestra*) ha conservado *conciliis* pero ha omitido *synagogis,* cuyo significado podría hasta cierto punto estar contenido en *concilium.*

[78] Cf. II 564-568: *Ille dies veteri poscebat lege quietem, / sabbata nam priscis repetebant otia iussis. / Ecce Pharisaei coram reprendere Chris-*

No emplea Juvenco la palabra *ecclesia,* que se sustituye por *concilium*[79], *multi*[80] y *aedes*[81].

El término *baptismus*, a pesar de tener una gran importancia en el léxico cristiano, tampoco lo encontramos en nuestro poeta, que lo sustituye por paráfrasis[82]. E igualmente se omiten y se desarrollan mediante perífrasis el término *Baptista*[83], sobrenombre aplicado a Juan, y el verbo *baptizo*[84].

Fides, palabra fundamental en el léxico cristiano, es muy utilizada por nuestro poeta en su paráfrasis, pues hay que tener en cuenta que también era un término común en el latín clásico, tanto en prosa como en verso. E incluso en algunos casos Juvenco utiliza *fides* para sustituir otros términos evangélicos[85].

---

tum, / quod sanctae legis calcarent iussa metentes / discipuli (*Mt* XII 2: *Ecce discipuli tui quid faciunt, quod non licet eis facere sabbatis*).

79 Cf. III 426: *tunc ad concilium referantur crimina plenum* (v. *Mt* XXVIII 17).

80 Cf. III 428: *Sin et multorum contempserit efferus ora* (v. *Mt* XVIII 17).

81 Cf. III 279-280: *Hac in mole mihi saxique in robore ponam / semper mansuras aeternis moenibus aedes* (se trata del famoso pasaje de *Mt* XVI 18 en el que Jesús le dice a Pedro: *super hanc petram aedificabo ecclesiam meam*).

82 Cf. I 309-311: *omnes / ad deponendas maculas clamore vocabat, / fluminis ut liquidis caperent miranda lavacra* (v. *Lc* III 3); III 680-681: *Nuper Iohannes, puro qui gurgite lavit / sordentis populi maculas* (v. *Mt* XXI 25).

83 Cf. III 38-39: *erroris labem puris quod solveret undis / iustus Iohannes* (*Mt* XIV 2: *Hic est Iohannes Baptista*). Tan sólo en una ocasión utiliza el poeta el término *Baptista,* en II 541-542: *Lex omnis summam Baptistae ad tempora cepit / atque prophetarum finis concluditur idem* (*Mt* XI 13: *Omnes enim prophetae et lex, usque ad Iohannem, prophetaverunt*).

84 Cf. I 321-322: *Ergo aderant populi passimque hinc inde ruentes / complebant ripas avidique lavacra petebant* (*Lc*, III 7: *Dicebat ergo ad turbas quae exibant ut baptizarentur ab eo*).

85 Cf. III 365: *O gens nullius fidei* (*Mt* XVII 16: *O generatio incredula*), donde *nullius fidei* sustituye a *incredula;* II 209: *Ecce fides nulla est*

En cuanto al término *resurgere*, palabra fundamental en el cristianismo, Juvenco utiliza a veces el simple *surgere*[86], en tanto que otras veces recurre a expresiones elaboradas en las que aparecen verbos o sustantivos que comienzan por *re-*, tratándose por lo general de términos poéticos muy utilizados[87]. El poeta evita igualmente el término *resurrectio*[88].

7. *Recursos compositivos y estilísticos*

Si bien la poesía de Juvenco se caracteriza esencialmente, en concordancia con su fuente evangélica, por su sobriedad, no es menos cierto sin embargo que también encontramos en nuestro poeta toda una serie de recursos compositivos y estilísticos que, pretendiendo la vinculación del poema con la tradición literaria pagana y el embellecimiento del mismo, hacen que éste se aparte un tanto del escueto y sencillo relato evangélico y muestre elementos característicos de la tradición épica clásica. A algunos de estos recursos ya nos hemos referido en las páginas anteriores[89]. Conviene sin embargo resaltar también éstos otros:

(*Jn* III 11: *testimonium nostrum non accipitis*), donde *fides* sustituye a *testimonium*.

[86] Cf. III 589: *adfixusque cruci post tertia lumina surget* (*Mt* XX 18-19: *Filius hominis... tertia die resurget*).

[87] Cf. IV 464: *Post ubi vita novos caeli mihi reddet honores* (*Mt* XXVI 32: *Sed postquam resurrexero*); IV 734-735: *e mortis sese tenebris ad lumina vitae / cum trino solis pariter remeare recursu* (*Mt* XXVII 63: *Post tres dies resurgam*).

[88] Cf. I 209-210: *Hic puer ad casum populi datur, iste renasci / concedet populos* (*Lc* II 34: *Ecce hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum*).

[89] Así por ejemplo hemos destacado la profusa adjetivación (cf. págs. 26-27) como uno de los rasgos esenciales de la *Historia evangélica*.

A) Juvenco, en su intento de acomodar el texto evangélico al lenguaje épico, utiliza profusamente las llamadas «fórmulas de transición»[90]. Dentro de estas fórmulas las más importantes sin duda en Juvenco son las de introducción (aquellas que sirven para introducir las palabras de un personaje), en tanto que son muchísimo menos frecuentes las de conclusión (las que recogen las palabras de un personaje)[91].

Atendiendo a la extensión de las fórmulas, podemos distinguir en la *Historia evangélica* entre fórmulas breves y fórmulas largas.

Las fórmulas breves contienen el mínimo de los elementos posibles (su extensión no sobrepasa por tanto el medio verso) y suelen aparecer en la inmensa mayoría de los casos en el comienzo mismo del hexámetro. Como es lógico, no encontramos en ellas epítetos referidos al personaje en cuestión, pero no es raro que lleven una marca temporal. Son éstas la fórmulas más estereotipadas y las más frecuentes. Ejemplos: *Olli Christus ait*[92], *Christus ad haec*[93], *Ille sub haec*[94], *Talia tum Christus*[95], *Et Iudaeus ad haec*[96], etc.

Las fórmulas largas, que normalmente ocupan todo un verso, son mucho menos estereotipadas. Llama la atención de ellas su variedad, debida en gran parte a los elementos

---

[90] Para estas fórmulas juvencianas, cf. V. Rodríguez Hevia, «Las fórmulas de transición en Juvenco», *Stud. Phil. Salm.* V (1981), 255-271.

[91] En realidad sólo una parte de las intervenciones y discursos está encuadrada a la vez por una fórmula de introducción y otra de conclusión. Y además esto suele ocurrir generalmente en los discursos e intervenciones de Cristo, como si el poeta quisiera destacar mediante una perfecta delimitación cada una de las intervenciones del héroe.

[92] Cf. II 4; 252; III 659; IV 29.

[93] Cf. II 23; 121; 184.

[94] Cf. II 193; 259.

[95] Cf. II 205.

[96] Cf. II 204.

modificantes que contienen, entre los que destacan las marcas temporales y los participios[97]. Ejemplos: *Olli confusa respondit mente sacerdos* (I 27), *Ad quem virgo dehinc pavido sic inchoat ore* (I 64), *Ac sic discipulis gremium cingentibus infit* (I 453), *Quem miserans animo verbis compellat Iesus* (II 79), *Olli respondit mundi regnator Iesus* (II 265), *Tunc sic prosequitur mentis perspector Iesus* (II 274), *Christus ad haec contra placido sic ore profatur* (II 365), *Hoc super ad populum depromit talia Christus* (II 527), *Olli confidens respondit talia Petrus* (III 110), *Tum sator aeternae respondit talia vitae* (III 161), *Crebrius instanti tum talia fatur Iesus* (III 185), *Sed Christus cernens fallacia pectora fatur* (III 223), *Ille sed ad Petrum conversus talia fatur* (III 384), *Tum sic discipulis vitae spes unica fatur* (III 521), *Tum Petrus fidei munitus moenibus infit* (III 534), *Post Sadducaei hinc inde latratibus urgent* (IV 14), *Talia tum Christus depromit pectore verba* (IV 459), etc.

Por lo que respecta a las fórmulas de conclusión, suelen contener por lo general anafóricos y se trata normalmente de construcciones participiales o breves frases temporales: *Talibus adloquiis comitum dum pectora complet* (II 321), *Talia discipulis bis sex cum iussa dedisset* (II 509), *Talibus excussus* (I 408), *Talia dicentem* (I 728), *Haec ubi dicta dedit* (III 316), *Talia dum loquitur* (III 330), etc.

Para pasar de un tema a otro, de un milagro a otro o para marcar un cambio de ciudad o viaje se utilizan muy frecuentemente como fórmula *inde* (que alterna en ocasiones con

---

[97] Mediante las marcas temporales (*tum, tunc, post, dehinc,* etc.) las fórmulas dejan de ser algo que está fuera del tiempo y de los personajes, convirtiéndose por el contrario en algo concreto y situacional. Los participios a su vez convierten a las fórmulas en pequeños cuadros descriptivos que nos van detallando las cualidades de los diferentes personajes, sus reacciones ante los hechos, sus estados anímicos, etc.

tum e *interea*) y *ecce*, siempre en principio de verso. Hay que resaltar que *ecce* se utiliza muchísimo en el texto evangélico. Las fórmulas introducidas por esta partícula tienden a presentarse con la estructura *ecce* + participio en dativo + sujeto, y suelen extenderse hasta la cesura heptemímera: *Ecce sed egresso iuvenis* (II 44), *Ecce revertenti iuvenis* (II 76).

En modo alguno podemos decir que Juvenco se limite exclusivamente a tomar de Virgilio sus formas de transición sin cambio alguno. Bien es verdad que encontramos en nuestro poeta una serie de fórmulas calcadas de Virgilio[98] (*Christus ad haec*; *Dixerat*; *Dixit*; *Talia dicenti*; *Talia dicentem*; *Haec ubi dicta dedit*; *Talia fatur*; *Haec ait et*; etc.), pero un buen número de ellas son el resultado de la fusión o contaminación de dos o más fórmulas virgilianas[99] y otras pueden considerarse verdaderas innovaciones de Juvenco bien porque introduce en ellas nuevos términos como *promere*, *depromere*[100], *cachinnat*, *inchoat*, *inclamat*, *superincrepitans*, etc., bien porque se trata de construcciones originales

[98] Especialmente fórmulas de conclusión, un tipo de fórmulas muy estereotipadas y que no tienen correspondencia en el Evangelio, tratándose casi siempre de fórmulas breves que han sido utilizadas por toda la tradición épica (Homero, Ennio, Virgilio, etc.).

[99] Juvenco muestra también una gran originalidad al incluir en sus fórmulas de transición elementos que en Virgilio se encuentran en otros contextos. Así, en la fórmula de I 64 (*Ad quem virgo dehinc pavido sic inchoat ore*), todos los elementos que la integran son virgilianos, pero sólo tres de ellos (*dehinc*, *sic* y *ore*) aparecen en fórmulas virgilianas.

[100] Virgilio utiliza *depromere* con el significado de «tomar», sacar» y llevando como complemento *tela* o *sagittam* (cf. *En.* V 501: *depromunt tela pharetris*), mientras que Juvenco lo utiliza en fórmulas de transición, con el significado de «decir», «expresar» y llevando como complemento *dicta, talia, verba, vocem,* etc. (cf. IV 348: *Christus item sancto depromit pectore vocem*).

como *Respondit dominus*[101], *Tum Christus fatur* y *Talia tum Christus* (con inclusión de marcas temporales), *Tunc e discipulis unus*, etc.

B) En la tradición épica existían una serie de fórmulas estereotipadas para señalar el tiempo en el que transcurrían las acciones, fundamentalmente el momento del amanecer y del anochecer[102]. Característico de estas fórmulas es la personificación mítica del Sol, la Aurora y la Noche así como una gran abundancia de notas cromáticas. Por el contrario el texto evangélico era muy escueto en sus indicaciones temporales. Así pues, Juvenco se hallaba también en este caso entre dos extremos y parece haberse decidido por el término medio. Aunque por lo general este tipo de fórmulas no contienen en nuestro poeta las personificaciones mitológicas que aparecen en la tradición, sin embargo son más extensas e imaginativas que las evangélicas, presentando mayor número de adjetivos y más notas cromáticas que éstas. Como ejemplos de estas fórmulas podemos destacar: *Fuderat in terras roseum iubar ignicomus sol* (III 1)[103], *Sidera iam luci concedunt et rapidus sol / progreditur radiis terras trepidantibus implens* (IV 586-587)[104], *Iamque dies rutilo complebat lumine terras* (IV 727)[105], etc. La más extensa de ellas es la que abre el libro II (vv. 1-3: *Iamque dies prono*

[101] Determinada sin duda por la abundante utilización de *respondit* en el Evangelio.

[102] Cf. M.ª D. Castro, V. Cristóbal, S. Mauro, «Sobre el estilo de Juvenco», *Cuad. Filol. Clás.* 22 (1989), 133-148, especialmente págs. 137-138.

[103] «El sol de ígneos cabellos había esparcido su rosada luz sobre las tierras».

[104] «Ya las estrellas se retiran ante la luz del día y el sol sale rápidamente llenando las tierras con sus rayos temblorosos».

[105] «Y ya con su brillante luz había llenado las tierras el día».

decedens lumine pontum / inciderat, furvamque super nox caerula pallam / sidereis pictam flammis per inane trahebat[106]), donde el poeta nos llega a presentar a la noche personificada.

C) Pero también Juvenco, con el fin de no tergiversar lo más mínimo el mensaje evangélico, prescinde casi totalmente de ciertos procedimientos tradicionales de la épica clásica. Es por ello por lo que no encontramos en la obra juvenciana las comparaciones o símiles tan propias y características del género épico, aunque sin embargo hay que destacar como notable excepción el símil de I 687-689, donde el poeta, intentando ilustrar la manera como serán arrebatados y arrastrados los perversos, recoge tres famosas comparaciones de la épica clásica[107].

Y por la misma razón tampoco encontramos en su obra écfrasis descriptivas de paisajes, personas y objetos, recurso tradicional en el género épico[108]. Dado que el texto evangélico carecía de estas écfrasis, nuestro poeta prescinde igualmente de ellas, aunque también aquí hay que resaltar como excepción una pequeña écfrasis sobre los Magos en I 224-228[109]: *Gens est ulterior surgenti conscia soli, / astrorum sollers ortusque obitusque notare; / huius primores nomen tenuere Magorum. / Tunc hinc delecti Solymos per longa*

---

[106] «Y ya el día retirándose con su luz declinante había caído en el mar y desde lo alto la oscura noche arrastraba a través del vacío su manto sombrío adornado de estrellados fuegos».

[107] Cf. nota 78 de la traducción.

[108] Para las características particulares de la écfrasis, su utilización como recurso estilístico, su evolución desde las primeras obras griegas, etc., cf. M.ª A. ZAPATA FERRER, *La écfrasis en la poesía épica latina hasta el siglo I d. C. inclusive*, tesis, Madrid, 1986, esp. pág. 10 ss.

[109] Cf. M.ª D. CASTRO, V. CRISTÓBAL, S. MAURO, *op. cit.*, pág. 137.

viarum / deveniunt regemque adeunt orantque doceri...[110]. Con esta écfrasis Juvenco amplía notablemente la escueta afirmación de *Mateo* (cf. II 1: *ecce Magi ab oriente venerunt Ierosolymam*). Y vemos cómo la descripción se introduce con la fórmula usual del verbo *sum* en presente[111] y cómo se concluye con la acostumbrada fórmula que contiene el demostrativo *hic* o algún adverbio de él derivado[112].

D) En lo que respecta a los recursos fónicos[113], tenemos que destacar la aliteración, con la que Juvenco pretende darle relieve y sonoridad a su lenguaje y de cuyo empleo abusa en no pocas ocasiones. Dentro de ella habría que distinguir:

a) Aliteraciones que comprenden dos palabras, aliteraciones muy frecuentes pero poco laboriosas: *genitore gemens* (I 297), *iustus Iohannes* (II 510), *famuloque fatigans* (IV 191), *laetitia attonitis* (IV 764), etc.

b) Abundan también las aliteraciones que implican a tres palabras, de carácter menos fortuito y que demuestran un mayor esfuerzo por parte del poeta. Ejemplos: *talia tractanti torpescunt* (I 137), *malis mentem maculaverit* (II 237), *conscendunt culmina cuncti* (IV 458), *caeco corde sacerdos* (IV 561), etc.

c) No faltan ejemplos de aliteraciones yuxtapuestas, es decir, dos o tres palabras en las que se repite un sonido seguidas de otras dos o tres en las que se repite otro diferente:

[110] «Hay en comarcas lejanas una raza conocedora del sol naciente, experta en observar el nacimiento y el ocaso de los astros. Sus príncipes tuvieron el nombre de Magos. Entonces unos escogidos de entre éstos llegan hasta los sólimos a través de largos caminos, se dirigen a su rey y piden que se les muestre...».

[111] Cf. Virgilio, *En.* I 530: *Est locus.*

[112] Cf. Virgilio, *En.* I 16: *Hic illius arma,...*

[113] Cf. M. Donnini, «L'alliterazione e l'omeoteleuto in Giovenco», *Ann. Fac. Lett. Per.* 12 (1974-75), 128-159.

Vitalis vastis stipatur semita saxis (I 683), *quondam coperta canens vox vera* (IV 637), etc.

Juvenco hace también uso tanto de la paranomasia como del poliptoton: *lumina luna* (I 51), *dona dabant* (I 251), *facit faciat* (I 577), *defunctis defunctos* (II 24), etc.

E) Es frecuente en nuestro poeta, como en la poesía latina en general, la *disiunctio* entre adjetivos y nombres. Mediante este procedimiento Juvenco construye quiasmos simples y quiasmos con enmarcamiento (normalmente del verbo), los denominados «versos áureos». En el primer caso presentan la estructura ABBA: *dominus caeli terraeque repertor* (I 35), *auricolor caeli septemplicis aethra* (I 356), *Herodem pestis novissima regem* (III 40), etc. En lo que respecta a los versos áureos, los encontramos con la estructura ABCBA (I 28: *Aemula promissis obsistit talibus aetas*; I 215: *femineam sancto complet spiramine mentem*; I 670: *homines natis panem poscentibus omnes*; II 152: *perpetuam stabili firmavit robore mentem*; II 625: *vocibus insana laceretur mente profusis*; III 57: *compositas cantu iungit modulante choreas*; IV 399: *qui tanti Mariam fuerant Marthamque secuti*) y con la estructura ABCAB (II 399: *ultima supremae celebrabant munera pompae*; IV 437: *insano tantum cepisset corde venenum*).

F) En lo que a la métrica se refiere [114], los hexámetros de Juvenco, muy influenciados por los virgilianos, tienen por lo general un ritmo pesado y lento debido a la presencia mayoritaria de espondeos. Son extraordinariamente abundantes los hexámetros que contienen sólo dos dáctilos (primer y quinto pie), pero también son muy frecuentes aquellos que sólo

[114] Cf. A. LONGPRÉ, «Aspects de métrique et de prosodie chez Juvencus», *Phoenix* 29 (1975), 128-138.

presentan un dáctilo (quinto pie): I 15: *visus, cum laeti sermonis gratia placat?*; II 510: *iustus Iohannes caeci de carceris umbris*; IV 114: *Haec inter si quis protectum a vulnere pectus*; IV 204: *Stultarum vero non est prudentia talis*; etc. La verdad es que el empleo abusivo de estos versos de estructura fundamentalmente espondaica y la utilización de versos holospondaicos (cf. IV 233: *certatim duplis auxerunt incrementis*) no parecen obedecer en Juvenco a una razón estilística particular, aunque tal vez pueda pensarse bien en un deseo de expresar la gravedad y solemnidad del relato evangélico, bien en una pretensión de arcaísmo.

8. *Transmisión del texto*

Son numerosos los manuscritos de la obra de Juvenco que han llegado hasta nosotros. De entre ellos los más valiosos sin duda son los más antiguos, pero también otros muchos pueden sernos de utilidad a la hora de restablecer el texto de la *Historia evangélica*[115]. Éstos son, por orden cronológico, los más importantes[116]:

1.º) El *Codex Collegii corporis Christi Cantabrigiensis* 304 *(C)*. Está en escritura uncial y remonta al siglo VII. Es éste el más antiguo y el mejor de los manuscritos que nos conservan la obra de Juvenco.

2.º) Del siglo VIII:

a) El *Codex Musei Britannici* 15 A XVI (*R*)

---

[115] Hay que resaltar el hecho de que la obra juvenciana se nos ha transmitido la mayoría de las veces en manuscritos en los que se encuentra también la obra de otros poetas cristianos y especialmente junto con el *Carmen Paschale* de Sedulio.

[116] En nuestra exposición sobre los manuscritos de Juvenco resumimos brevemente lo dicho por HUEMER al respecto en el prólogo de su edición ya citada, especialmente págs. XXIII-XLIII.

b) El *Codex lat. Monacensis* 6402 (*M*). Anteriormente se llamó *Codex Frisingensis* 202.

c) El *Codex Augiensis* —también llamado *Karoliruhensis*— 112 (*A*).

3.º) Del siglo IX:

a) *Codex Karoliruhensis* 217 (K_1 y K_2), llamado anteriormente *Codex Augiensis*. Se trata de un único manuscrito donde se nos ha conservado por dos veces, en distintos lugares, el poema completo de Juvenco.

b) *Codex Laudunensis* 101 (*L*).

c) *Codex Montepessulanus* 362 (*Mp*).

d) *Codex Parisinus* 9347 (*P*), llamado anteriormente *Codex Remensis*.

d) *Codex Turicensis* C 68 (*T*).

4.º) Conservamos también una serie de manuscritos interesantes que debieron de escribirse en los siglos IX o X:

a) *Codex Bernensis* 534 (*B*).

b) *Codex Ambrosianus* C 74 (*Bb*), llamado en otro tiempo *Codex Bobiensis*.

c) *Codex Vaticanus Reginensis* 333 (V_1).

d) *Codex Vaticanus Ottobianus* 35 (V_2).

e) *Codex bibliothecae nationalis Matritensis* 10.029 (*Matr.*).

5.º) Del siglo XI hay que destacar:

a) *Codex Helmstadiensis* 553 (*H*).

b) *Codex Harleianus* 3093 (*Hl*).

6.º) Del siglo XII habría que resaltar el *Codex Neoclaustroburgensis* 1243 (*N*).

7.º) Del siglo XIII proviene el *Codex Gedanensis* XVII A 9.66 (*G*).

9. *La presente traducción*

Hemos seguido para nuestro trabajo la edición de J. HUEMER, *Gai Iuvenci Evangeliorum libri quattuor, CSEL*

XXIV, Praga-Viena-Leipzig, 1891 (= Nueva York-Londres, 1968). Sólo nos hemos apartado de este texto en dos ocasiones: 1.ª) En I 418 seguimos la lectura *voluptas* (K_2, *T*) frente a la lectura *voluntas* propuesta por Huemer; 2.ª) Del mismo modo, en IV 717, frente al *cum* (*C*, *M*, *P*) propuesto por el editor, seguimos la lectura *tum* de la mayoría de los códices. Hay también en la edición de Huemer un reducido número de versos que el editor considera espurios y que no presenta en el texto propiamente dicho, sino que sólo los va recogiendo en el aparato crítico. En nuestra traducción estos versos los incluimos en el texto, pero los ponemos siempre entre corchetes y los señalamos con un asterisco en la numeración.

Las traducciones de la obra de Juvenco son escasísimas. En realidad sólo conocemos la antiquísima traducción francesa en verso de P. Tamisier, Lyon, 1591, y la versión alemana de A. Knappitsch, Graz, 1910-1913. Es la nuestra, por tanto, la primera traducción de la *Historia evangélica* que ve la luz en español. En ella hemos procurado mantenernos fieles al texto latino, intentando también al mismo tiempo lograr una versión inteligible en nuestro propio idioma.

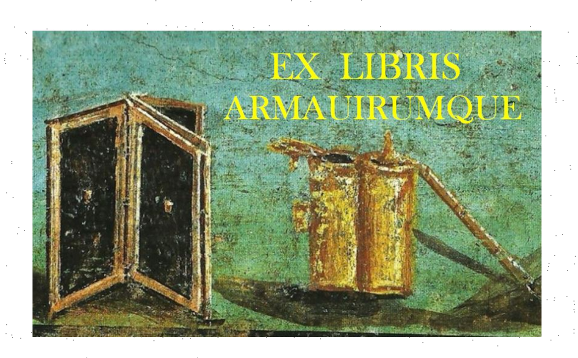
Con el fin de hacer la obra más manejable para el lector y facilitarle la consulta de la misma, cada uno de los pasajes va precedido de un encabezamiento que contiene: 1.º) Un epígrafe que resume el contenido del mismo; 2.º) Los versos que comprende dicho pasaje; 3.º) La fuente concreta utilizada por el autor (la primera cita dada es la fuente propiamente dicha, en tanto que las otras señalan los pasajes evangélicos paralelos).

En lo que respecta a las notas, la mayoría trata sobre el contenido mismo del Evangelio, siendo especialmente abundantes aquellas que intentan aclarar aspectos del AT, de las tradiciones y costumbres del pueblo judío, su país, sus gru-

pos sociales, sus fiestas, etc. Para elaborarlas hemos manejado varios diccionarios y enciclopedias, pero nos ha sido especialmente útil el magnífico *Diccionario enciclopédico de la Biblia* (Barcelona, Herder, 1993).

En cuanto a los textos bíblicos que se encuentran a lo largo de la obra (en la «Introducción» y en las notas), los latinos se citan según la edición ya mencionada de P. Sabathier (*Bibliorum sacrorum latinae versiones antiquae*, 6 vols., Reims, 1743-1749) y los castellanos según la edición española de la conocida *Biblia de Jerusalén* (Bilbao, 1975). Los diferentes libros bíblicos aparecen citados de acuerdo con el modo habitual en tal tipo de textos[117].

[117] Así, a manera de ejemplo: *I Cró* = 1.º *Crónicas; Dt* = *Deuteronomio; Lev* = *Levítico; I Re* = 1.º *Reyes; Sal* = *Salmos;* etc.



BIBLIOGRAFÍA

1. Ediciones

F. Arévalo, *C. Vetti Aquilini Iuvenci presbyteri hispani Historiae Evangelicae Libri IV, Eiusdem Carmina Dubia aut Supposita ad mss. codices Vaticanos aliosque, et ad veteres editiones,* Roma, 1792 (= J. P. Migne, *PL* 19).

J. Huemer, *Gai Iuvenci Evangeliorum libri quattuor, CSEL* 24, Praga-Viena-Leipzig, 1891 (= Nueva York-Londres, 1968).

C. Marold, *C. Vettii Aquilini Iuvenci libri evangeliorum IIII,* Bibliotheca Teubneriana, Leipzig, 1886.

T. Poelmann, *Iuvenci Hispani Evangelicae Historiae libri IIII,* Basilea, 1520 (= Marburg, 1537).

E. Reusch, *C. Vetti Aquilini Iuvenci, Hispani presbyteri, historiae evangelicae libri IIII,* Frankfurt-Leipzig, 1710.

2. Traducciones y comentarios

A. Knappitsch, *C. Vetti Aquilini Iuvenci Evangeliorum libri quattuor,* 4 vols., Graz, 1910-1913 (traducción alemana).

H. H. Kievits, *Ad Iuvenci Evangeliorum librum primum commentarius exegeticus,* tesis, Groninga, 1940.

P. TAMISIER, *La sacrée poésie et histoire évangélique de Juvencus*, Lyon, 1591 (traducción francesa en verso).

J. DE WIT, *Ad Iuvenci Evangeliorum librum secundum commentarius exegeticus*, Groninga, 1947.

3. LÉXICOS Y CONCORDANCIAS

E. BORRELL VIDAL, *Studia Iuvenciana*, Universidad de Barcelona, Col.lecció de Tesis Doctorals Microfitxades, núm. 811, Barcelona, 1990 (microforma); vol. III: *Iuvenci Evangeliorum concordantiae secundum I. Huemer editionem.*

—, *Iuvenci index verborum et alia instrumenta lexica,* Barcelona, 1990.

N. HANSSON, *Textkritisches zu Iuvencus, mit völlständigem Index verborum,* Lund, 1950.

M. WACHT, *Concordantia in Iuvenci Evangeliorum libros,* Hildesheim, 1990.

4. MONOGRAFÍAS

E. BORRELL VIDAL, *Studia Iuvenciana,* Col.lecció de Tesis Doctorals Microfitxades, núm. 811, Barcelona, 1990 (microforma).

S. COSTANZA, «Giovenco», en *Enciclopedia Virgiliana,* II, Florencia, 1985, págs. 748-749.

A. R. GEBSER, *De Caii Vettii Aquilini Iuvenci presbyteri Hispani vita et scriptis,* Jena, 1827.

J. T. HATFIELD, *A Study of Juvencus,* Bonn, 1890.

R. HERZOG, *Die Bibelepik der lateinischen Spätantike,* Múnich, 1975.

D. KARTSCHOKE, *Bibeldichtung. Studien zur Geschichte der epischen Bibelparaphrase von Juvencus bis Otfrid von Weissenburg,* Múnich, 1975.

F. LAGANÀ, *Giovenco,* Catania, 1947.
J. M. POINSOTTE, *Juvencus et Israël. La représentation des Juifs dans le premier poème latin chrétien,* París, 1979.
M. J. ROBERTS, *The Hexameter Paraphrase in Late Antiquity: Origins and Applications,* Liverpool, 1985.
J. SCHICHO, *C. Vettius Aquilinus Juvencus. Untersuchungen zur poetischen Kunst des ersten christlichen Epikers,* tesis, Graz, 1987.

5. ESTUDIOS

a) *Fuentes*

E. BORRELL VIDAL, «Virgilio en Juvenco», en *Societat espanyola d'estudis clàssics. Actes del VIè simposi (Barcelona 11-13 de febrer de 1981),* Barcelona, 1983, págs. 137-145.
—, «*Miracula rerum:* una *iunctura* virgiliana en Juvenco», en L. FERRERES (ed.), *Actes del IXè simposi de la Secció Catalana de la S.E.E.C.: treballs en honor de Virgilio Bejarano,* I-II, Barcelona, 1991, vol. II, págs. 751-756.
—, «Un ejemplo de trasposición temática virgiliana en Juvenco», *Anuari Fil.* 14 (1991), 11-17.
—, *Las palabras de Virgilio en Juvenco,* Barcelona, 1991.
V. CRISTÓBAL, «Tempestades épicas», *Cuad. Inv. Fil.* 14 (1988), 125-148.
V. J. HERRERO LLORENTE, «Lucano en la literatura hispanolatina», *Emerita* 27 (1959), 19-52.
A. HUDSON-WILLIAMS, «Virgil and the Christian Latin Poets», *Proc. Virg. Soc.* 6 (1966-1967), 11-21.
C. MAROLD, «Über das Evangelistenbuch des Juvencus in seinem Verhältnis zum Bibeltext», *Zeitschrift für Wiss. Theol.* 33 (1890), 329-341.
C. RATKOWITSCH, «Vergils Seesturm bei Iuvencus und Sedulius», *Jahrb. für Ant. Christ.* 29 (1986), 40-58.
H. WIDMANN, *De Gaio Vettio Aquilino Iuvenco carminis evangelici poeta et Vergili imitatore,* tesis, Breslau, 1905.

b) *Lengua, técnica compositiva, estilo y métrica*

M.ª D. Castro, V. Cristóbal, S. Mauro, «Sobre el estilo de Juvenco», *Cuad. Fil. Clás.* 22 (1989), 133-148.

M. Donnini, «Annotazioni sulla tecnica parafrastica negli *Evangeliorum libri* di Giovenco», *Vichiana* n. s. 1 (1972), 231-249.

—, «Un aspetto della espressività di Giovenco. L'aggetivazione», *Vichiana* n. s. 2 (1973), 54-67.

—, L'allitterazione e l'omoteleuto in Giovenco», *Ann. Fac. Lett. Per.* 12 (1974-1975), 128-159.

P. Flury, «Zur Dichtersprache des Juvencus», en *Lemmata. Donum natalicium W. Ehlers sexagenario a sodalibus Thesauri linguae Latinae oblatum*, Múnich, 1968, págs. 38-47.

A. Longpré, «Aspects de métrique et de prosodie chez Juvencus», *Phoenix* 29 (1975), 128-138.

Chr. Mohrmann, *Études sur le latin des chrétiens*, 4 vols. (I: *Le latin chrétien et liturgique*; II: *Le latin chrétien et médiéval*; III: *Le latin des chrétiens*; IV: *Latin chrétien et latin médiéval*), 2.ª ed., Roma, 1961-1977. Apéndice: J. Schrijnen, «Characteristik des altchristlichen Latein».

F. Murru, «Analisi semiologica e strutturale della *praefatio* agli *Evangeliorum libri* di Giovenco», *Wiener Studien* n. f. 14 (1980), 133-151.

P. G. van der Nat, «Die *Praefatio* der Evangelienparaphrase des Iuvencus», en W. den Boer, P. G. van der Nat, C. M. J. Sicking y J. C. M. van Winden (eds.), *Romanitas et Christianitas. Studia in honorem Waszink a. d. VI kal. Nov. a. MCMLXXIII XIII lustra conplenti oblata,* Amsterdam, 1973, págs. 249-257.

R. Palla, «*Aeterna in saecula* in Giovenco, *Praefatio* 17», *Stud. Class. e Orient.* 26 (1977), 277-282.

F. Quadlbauer, «Zur *Invocatio* des Iuvencus (*praef.* 25-27)», *Grazer Beiträge* 2 (1974), 185-212.

V. Rodríguez Hevia, «Las fórmulas de transición en Juvenco», *Stud. Phil. Salm.* 5 (1980), 255-271.

G. Simonetti Abbolito, «Osservazioni su alcuni procedimenti compositivi della tecnica parafrastica di Giovenco», *Orpheus* 6 (1985), 304-324.

—, «I termini tecnici nella parafrasi di Giovenco», *Orpheus* 7 (1986), 53-84.

L. STRZELECKI, *De synaloephae apud Iuvencum usu*, en *Rozprawi Wydzialu Filol. Polska Akad. Umiejet* 58, 3 (1949).

F. VIVONA, *De Iuvenci poetae amplificationibus*, Palermo, 1903.

G. ZANNONI, «Quid poetica popularis ratio, quid optimorum scriptorum imitatio ad Latinam christianorum poesim contulerint», *Latinitas* 6 (1958), 93-106.

c) *Crítica textual*

G. FRANK, «*Vossianus* 986 and *Reginensis* 333», *Amer. Journ. Phil.* 44 (1923), 67-71.

N. HANSSON, *Textkritisches zu Iuvencus, mit vollständigem Index verborum,* Lund, 1950.

J. HUEMER, «Kritische Beiträge zur *historia evangelica* des Juvencus», *Wiener Studien* 2 (1880), 81-112.

J. JIMÉNEZ DELGADO, «Juvenco en el Códice Matritense 10.029», *Helmantica* 19 (1968), 277-332.

O. KORN, *Beiträge zur Kritik der «Historia evangelica» des Juvencus. I: Die Handschriften der «Historia evangelica» in Danzig, Rom und Wolfenbüttel,* Danzig-Leipzig, 1870.

G. MERCATI, «Il palinsesto bobbiese di Iuvenco», en *Eis mnémen S. Lámprou. Epistropè ekdóseos tôn kataloípon S. Lámprou,* Atenas, 1935, págs. 506-512.

P. SANTORELLI, «Nota a Giovenco IV 809», *Ann. Fac. Lett. Nap.* 29 (1986-1987), 17-20.

H. THOMA, «The Oldest Manuscript of Iuvencus», *Classical Review* 64 (1950), 95-96.

J. DE WIT, «De textu Iuvenci poetae observationes criticae», *Vigiliae Christianae* 8 (1954), 145-148.

d) *Estudios diversos*

S. COSTANZA, «Da Giovenco a Sedulio. I proemi degli *Evangeliorum libri* e del *Carmen Paschale», Civ. Class. e Crist.* 6 (1985), 253-286.

P. FLURY, «Das sechste Gedicht des Paulinus von Nola», *Vigiliae Christianae* 27 (1973), 129-145.

—, «Juvencus und Alcimus Avitus», *Philologus* 132 (1988), 286-296.

A. FO, «La visita di Venere a Maria nell' *Epithalamium de nuptiis Honorii Augusti* di Claudiano», *Orpheus* 2 (1981), 157-169.

J. FONTAINE, «*Dominus lucis*. Un titre singulier du Christ dans le dernier vers de Juvencus», en E. LUCCHESI y H. D. SAFFREY (eds.), *Mémorial André-Jean Festugière. Antiquité païenne et chrétienne,* Ginebra, 1984, págs. 131-141.

H. NESTLER, *Studien über die Messiade des Juvencus,* Passau, 1910.

I. OPELT, «Die Szenerie bei Juvencus. Ein Kapitel historischer Geographie», *Vigiliae Christianae* 29 (1975), 197-207.

M. TESTARD, «Juvencus et le sacré dans un épisode des *Evangeliorum libri IV*», *Bull. Assoc. Guill. Budé* 49 (1990), 3-31.

A. C. VEGA, «Capítulos de un libro: Juvenco y Prudencio», *Ciudad de Dios* 157 (1945), 209-247.

C. WEYMAN, «Zu Juvencus», en *Beiträge zur Geschichte der christlich-lateinischen Poesie,* Múnich, 1926, págs. 21-28.

PROEMIO

Mateo estableció las normas en el camino de las virtudes y proporcionó en justo orden las reglas de la vida correcta[1]. Marcos gusta de volar entre la tierra y el cielo y lo surca

[1] En su edición de la *Historia evangélica* J. Huemer (cf. *Prolegomena* XXIV-XXV), siguiendo a C. Marold, considera que estos versos no son de Juvenco. Como prueba de ello aduce toda una serie de razones: 1.ª) Estos versos sólo se encuentran en un número reducido de códices (*C, C_2, Mp, P, T, V_p, B, H*), en tanto que faltan en los restantes; 2.ª) En los códices *Mp* y *T* los precede un poema sobre los cánones eusebianos compuesto por Laurencio Escoto (s. vii); 3.ª) En dos códices (*codex Musei Britannici* [s. x] y *codex Sangallensis* 197 [s. ix-x]) los leemos al final de la *Historia evangélica;* 4.ª) En el códice *C,* el más antiguo de los manuscritos juvencianos, este proemio antecede al nombre mismo de nuestro poeta, y en C_2 (*codex Cantabrigiensis,* [s. ix]) se le atribuye al papa Dámaso (366-384); 5.ª) Los evangelistas no aparecen enumerados en el orden usual, que sería: Mateo, Juan, Lucas y Marcos; 6.ª) Como ya señaló correctamente C. Marold, el término *Mattheus* está considerado en este proemio como bisílabo, y el término *Iohannes* como trisílabo y con «i» consonántica, particularidades ambas en contradicción con el tratamiento métrico dado normalmente a estos nombres en la obra de Juvenco. Así pues Huemer piensa que estos versos son de los que llamamos «versos memoriales» e insinúa que tal vez se compusieran en época carolingia, época en la que fue muy frecuente tal tipo de versos. F. Arévalo por el contrario cree que estos versos son del propio Juvenco, a pesar de que no era costumbre en la época escribir dos proemios. Por su parte A. Knappitsch, dado que el símbolo de Marcos

todo en rápido vuelo como un águila impetuosa[2]. Lucas describe con gran profusión las luchas de Cristo; con razón sagrado novillo, porque relata los deberes de los sacerdotes. Juan ruge por su boca como un león; semejante a éste en sus rugidos truena exponiendo los misterios de la vida eterna.

---

es en este proemio el águila y el de Juan el león, mientras que en S. Jerónimo (entre 340 y 350-420), S. Agustín (354-430), Sedulio (mitad del siglo v), el papa S. Gregorio Magno (590-604), etc. encontramos ya la asignación más habitual —el león como símbolo de Marcos y el águila como símbolo de Juan—, piensa (cf. *C. Vetti Aquilini Iuvenci Evangeliorum libri quattuor,* 4 vols., Graz, 1910-1913, vol. I, págs. 10-11) que el proemio ciertamente no es de Juvenco, pero que se escribiría en época anterior a la carolingia, no mucho después de la composición de la *Historia evangélica.*

[2] La representación de los evangelistas mediante el símbolo de los cuatro seres vivientes de *Ez* I 5-14 («Había en el centro como una forma de cuatro seres cuyo aspecto era el siguiente: tenían forma humana. Tenían cada uno cuatro caras, y cuatro alas cada uno... En cuanto a la forma de sus caras, era una cara de hombre, y los cuatro tenían cara de león a la derecha, los cuatro tenían cara de toro a la izquierda, y los cuatro tenían cara de águila...») y *Ap* IV 7 («El primer Viviente, como un león; el segundo Viviente, como un novillo; el tercer Viviente tiene un rostro como de hombre; el cuarto Viviente es como un águila en vuelo») remonta a Ireneo, el obispo de Lyon martirizado en el año 202. Sin embargo la aplicación de cada uno de los seres vivientes (hombre, león, toro, águila) a los respectivos evangelistas no ha sido siempre la misma. En Occidente terminó por generalizarse la llevada a cabo por Jerónimo, que se basó para tal atribución en el modo de comenzar de cada uno de los evangelios: a Mateo le aplicó el hombre, pues su relato comienza con la genealogía humana de Jesús; a Marcos el león, animal de las estepas desérticas, pues su evangelio comienza por la predicación de Juan el Bautista en el desierto; a Lucas el toro, el animal de los sacrificios, dado que su evangelio comienza con la evocación del sacerdote Zacarías oficiando en el templo de Jerusalén; y a Juan el águila, ave admirada por su vuelo majestuoso y raudo y por las alturas vertiginosas en las que anida, pues da comienzo a su obra con un grandioso himno cristológico que anuncia los grandes temas evangélicos. Pero frente a esta asignación jeronimiana de emblemas iconográficos a los cuatro evangelistas, en este proemio, como ya hemos indicado en la nota anterior, el águila y el león son símbolo de Marcos y Juan respectivamente.

PREFACIO[3]

Nada inmortal se encuentra en la estructura del universo: ni el orbe, ni los reinos de los hombres, ni la áurea Roma, ni el mar, ni la tierra, ni los astros resplandecientes del cielo. Pues el Padre de todas las cosas ha fijado el tiempo

---

[3] Este prefacio comprende un total de veintisiete hexámetros y estructuralmente puede dividirse en dos partes casi simétricas (vv. 1-14 por un lado y vv. 15-27 por otro). En la primera parte domina el contenido pagano, en tanto que en la segunda destacan los elementos cristianos (cf. E. MURRU, «Analisi semiologica e strutturale della *praefatio* agli *Evangeliorum libri* di Giovenco», *Wiener Studien* n. f. 14 [1980], 133-151). Una gran parte del mismo se dedica al tema tradicional de la fama eterna de los poetas ilustres y de los personajes celebrados por ellos en sus composiciones (cf. vv. 6-14). Y Juvenco se augura a sí mismo una gloria inmortal por el tema de su canto: frente a las falsedades insertas en los poemas paganos (v. 16: *quae veterum gestis hominum mendacia nectunt*), su obra versará sobre «las hazañas de la vida de Cristo» (v. 19: *nam mihi carmen erit Christi vitalia gesta*), muy lejos de cualquier engaño. Las epopeyas clásicas comienzan con un proemio en el que suele bosquejarse la temática de la obra junto con una invocación a las Musas, y Juvenco se ajusta al molde tradicional, con la particularidad de que el poeta cristiano invoca para que lo inspire, no a la Musa, sino al Espíritu Santo (vv. 25-26: *sanctificus adsit mihi carminis auctor / spiritus*). En realidad en el prefacio se manifiesta ya la tensión de los dos polos entre los que se mueve el quehacer poético de Juvenco (cf. *Introducción,* págs. 16-17). Para una mayor profundización en

irrevocable[4] en el que el último fuego abrasador asolará al mundo en su totalidad. Pero sin embargo sus acciones sublimes y la gloria de su valor acompañan a lo largo de los tiempos a innumerables hombres cuya fama y alabanzas aumentan los poetas. A unos los celebran los elevados cantos que fluyen de la fuente de Esmirna[5], a otros la dulzura del Mincíades[6] Marón. Y no discurre menor la gloria de los poetas mismos, que permanecerá semejante a la eterna, mientras los siglos se sucedan volando y el movimiento rotatorio del mundo, según las leyes establecidas, haga girar al cielo estrellado alrededor de tierras y mares. Pero si fama tan duradera alcanzaron poemas que entrelazan falsedades con las hazañas de los héroes antiguos, la decidida confianza en una alabanza eterna para la posteridad me proporcionará gloria inmortal y recompensará mi mérito. Pues mi canto serán las hazañas de la vida de Cristo, regalo divino para los pueblos,

---

cuestiones relativas al prefacio, cf. P. G. VAN DER NAT, «Die *Praefatio* der Evangelienparaphrase des Iuvencus», en W. DEN BOER, P. G. VAN DER NAT, C. M. J. SICKING y J. C. M. VAN WINDEN (eds.), *Romanitas et Christianitas. Studia I. H. Waszink a. d. VI kal. Nov. a. MCMLXXIII XIII lustra complenti oblata,* Amsterdam, 1973, págs. 249-257, y F. QUADLBAUER, «Zur *Invocatio* des Iuvencus (*praef.* 25-27)», *Grazer Beiträge* II (1974), 185-212.

[4] En el v. 4 de este Prefacio (*Nam statuit genitor rerum inrevocabile tempus*) hemos interpretado *rerum* como determinante de *genitor* («el Padre de todas las cosas»). Esta juntura aparece en otros lugares de la obra de Juvenco (cf. I 16: *rerum pater unicus*). No obstante, cabe también la posibilidad, más lógica desde el punto de vista del orden de palabras, de interpretar *rerum* como determinante de *inrevocabile tempus*. En ese caso la traducción sería: «Pues el Padre ha fijado el tiempo irrevocable de las cosas...».

[5] Alusión a Homero. Aunque eran varias las ciudades que se disputaban el haber sido la cuna del gran poeta, los espíritus más privilegiados de la Antigüedad sostenían que la patria de Homero debió de ser o Quíos o Esmirna.

[6] Esto es, nacido en las riberas del río Mincio, el río de la Galia Transpadana cercano a Mantua, la patria de Publio Virgilio Marón.

sin atisbo de engaño. Y no tengo miedo de que el incendio del mundo arrastre consigo esta obra; pues ella tal vez me sustraerá al fuego entonces, cuando de una nube que vomite llamas descienda relumbrante el juez, la gloria del Padre que se sienta en el alto trono, Cristo. Así pues, ¡venga!, que el Espíritu Santificador me asista como inspirador del canto y rocíe el alma del poeta con la corriente pura del dulce Jordán para que podamos decir cosas dignas de Cristo.

LIBRO I

Sobre el nacimiento de Juan el Bautista, precursor de Jesús, y sobre su concepción (vv. 1-51).
Lc I 1-25.

En el pueblo de Judea[7] hubo un rey sanguinario, Herodes[8], bajo el cual vivió Zacarías[9], observador de la justicia y sacerdote del templo, a quien, de acuerdo con el orden establecido entre los sacerdotes escogidos, le correspondía el cargo de cuidar en su turno

---

[7] Aunque sus límites territoriales han variado en el transcurso de los siglos, generalmente se entiende por Judea el más meridional de los tres distritos (Galilea, Samaria, Judea) en los que se divide Palestina cisjordánica en los tiempos de Cristo. Esta región era la más importante de Palestina, pues allí habitaba el pueblo santo, albergaba el Templo, tenía como capital la ciudad santa de Jerusalén, era la sede del sumo sacerdote y del sanedrín. Es decir, Judea era el centro de la vida religiosa nacional. Pero en algunos textos neotestamentarios (entre ellos éste de Lucas en el que se basa Juvenco) el término Judea tiene un sentido más amplio, refiriéndose a todo el reino judío, reino que en el año 4 a. C. (fecha de la muerte de Herodes) comprendía seis regiones: Judea, Samaria, Idumea, Galilea, Batanea y Perea.

[8] Se trata del rey Herodes el Grande (*c.* 74-4 a. C.). Su padre, el idumeo Antípatro, que fue consejero del débil Hircano II (*c.* 103-30 a. C.), el que fuera el último monarca de la dinastía asmonea, lo había hecho nombrar en un primer momento estratego de Galilea. Tras la muerte de Antípatro (43 a. C.), fue el mismo Herodes quien lo sustituyó en la misión de go-

el templo[10]. Estaba unida a su lecho una esposa dignísima. Ambos tenían igual preocupación por el camino de la justicia, a ambos los mantenían unidos los preceptos de la ley. Y no tuvieron ellos, ya entonces en edad avanzada, descendencia con el fin de que, no esperándolo ya, fuese más grato el don. Pero cuando por casualidad Zacarías llevaba el in-

---

bierno y tutela del impotente rey Hircano. Ante la confusa situación en Oriente, logró que los triúnviros Octavio y Antonio le concedieran el título de rey y lo invistieran de toda clase de poderes para poner orden en Palestina. Con el fin de asegurar su posición entre los judíos, que no veían con buenos ojos a un monarca de origen extranjero (idumeo), se casó con una princesa asmonea, Mariamme I. Sometido estrechamente a Augusto en política exterior, obtuvo de Roma favores esenciales y así pudo reinar en un territorio que comprendía Idumea, Judea, Samaria, Galilea, Gaulanítide, Batanea, Traconítide, Auranítide y Perea. Sin embargo, dejó tras de sí una reputación de crueldad (su misma vida familiar estuvo marcada por la tragedia: hizo matar a su esposa Mariamme I y a dos de los hijos que tuvo con ella, Alejandro y Aristobulo; hizo ejecutar a Antípatro, también hijo suyo con Doris, su primera esposa; etc.) y durante su reinado fermentó la violencia, que se desencadenó inmediatamente tras la muerte del soberano (primavera del 4 a. C.). Prueba de su reputación de crueldad puede ser el juicio muy desfavorable que merece a los evangelios de la infancia (cf. *Mt* II y *Lc* I 5; el último sólo habla de él para dar una fecha).

[9] Sacerdote de época de Herodes el Grande, de la familia de Abías (octava de las veinticuatro clases sacerdotales). Esposo de Isabel y padre de Juan Bautista. Vivía en la comarca montañosa de Judá.

[10] Fue Moisés el que por indicación divina escogió a los componentes de la familia de Aarón como sacerdotes, quienes se transmitirían hereditariamente sus funciones (*Éx* XXVIII 1). Como auxiliares de los sacerdotes se escogieron los pertenecientes a la tribu de Leví. Ser de la familia aarónida era condición indispensable para pertenecer a la casta sacerdotal. Al multiplicarse los descendientes de Aarón, no era posible que ejercieran todos a la vez los ministerios y por ello David los dividió en veinticuatro grupos (*I Cró* XXIV 3-19) y cada una de estas familias sacerdotales atendían por turno el servicio del Templo durante una semana. El servicio comenzaba el sábado; el turno saliente ofrecía el sacrificio de la mañana y el entrante el de la tarde. Los sacerdotes debían ofrecer los sacrificios rituales según determinadas ceremonias y eran los guardianes del Templo.

cienso al santuario y al altar[11], pareció descender del cielo abierto un ángel[12] y decirle a él solo las palabras que le habían sido ordenadas (pues el resto del pueblo oraba entonces tendido en las puertas): «¿Qué temor provocó en tu corazón la espantosa visión, cuando el favor de un mensaje dichoso produce sosiego[13]? Pues a mí, enviado desde el alto trono del cielo, el Padre único de todas las cosas me ordena dirigirte ahora la palabra y te promete de tu querida esposa pronto un hijo, al que aguarda una gran gloria por sus hechos, quien con su nacimiento procurará grandísimo gozo a los pueblos. Permanecerá siempre sobrio; a él, encerrado en el vientre mismo de su madre, el Espíritu Santo lo llenará de

---

[11] El incienso aparece en el más antiguo ritual hebreo y la Biblia lo señala como procedente de Saba y otros lugares de Arabia meridional. Entraba en la composición del perfume que se quemaba como rito sagrado en el altar, perfume compuesto también de estacte, caña aromática y gálbano, mezcla que a su vez fue complicándose con el tiempo hasta llegar a comprender una gran cantidad de elementos diversos. Esta composición quedaba restringida al culto, la ofrecían los sacerdotes y se prohibía severamente su uso profano. La ofrenda del incienso en el altar era la ocupación más digna de los sacerdotes y se realizaba por sorteo. La incensación tenía lugar antes del sacrificio de la mañana y después del de la tarde.

[12] El ángel Gabriel, «hombre de Dios» o «Dios es mi fuerza». En el NT Gabriel es el mensajero de Dios en los relatos de la anunciación a Zacarías (*Lc* I 11-20) y a María (*Lc* I 26-38). Al ser el portador para María del mensaje de la encarnación de Jesús, se le conoce por el título de «ángel de la Encarnación». La iconografía sobre Gabriel es abundantísima, especialmente en imágenes sobre el tema de la Anunciación.

[13] Al parafrasear estas palabras del ángel Gabriel a Zacarías (cf. *Lc* I 13: *Ne timeas, Zacharia, quoniam exaudita est deprecatio tua*), Juvenco intenta resaltar el estado de ánimo del sacerdote mediante una interrogación (vv. 14-15: *Quem tibi terribilis concussit corde pavorem / visus, cum laeti sermonis gratia placat?*), en la que las cesuras ponen de relieve los dos términos en antítesis *terribilis / laeti* y donde hay además un fuerte contraste entre los verbos *concussit / placat* (debido especialmente al cambio de tiempo).

una luz brillante. Mediante sus enseñanzas conducirá a la mayor parte de este pueblo hacia el camino verdadero, inmediatamente reconocerá el primero a su Señor y Dios y transformará a la multitud. Tú recuerda darle el nombre de Juan[14]». A él le respondió el sacerdote con su mente confundida: «La vejez envidiosa se opone a tales promesas y no podrá tocar en suerte a unos fatigados ancianos el hijo que Dios, apartándoselo, les negó en la flor de la juventud». Estas palabras dijo el sacerdote estremeciéndose; a él le añade tales otras el ángel: «Si algún mortal te hubiera prometido descendencia, tal vez la vacilación de tu mente hubiera debido, de acuerdo con la desconfianza, insistir dudando de tardías promesas. Ahora yo, de quien el señor del cielo y creador de la tierra ha querido que me mostrara como servidor ante su rostro, recibido de modo ingrato por los oídos y los ojos de un hombre, he cumplido los menospreciados mandatos de Dios supremo. Por ello con la promesa permanece irrevocable el regalo, pero a ti se te cortará la voz, mensajera del rápido pensamiento, hasta que os sean confirmados todos los favores de Dios». Así habló y se mezcló con las suaves brisas.

Entretanto el pueblo se maravillaba desde hacía largo tiempo de por qué quería el sacerdote detenerse tanto en el templo. Saliendo temblorosamente, hizo saber mediante ges-

---

[14] El hijo de Zacarías e Isabel será Juan Bautista, esto es, «el que sumerge» (cf. en gr. *baptistḗs*). Toda la actividad del Bautista estará orientada hacia el Mesías. El Bautista es el heraldo, el precursor mesiánico. Los Evangelios sinópticos, haciendo suya una tradición judía que esperaba a Elías como precursor del juicio divino y del Mesías, presentan a Juan Bautista como Elías *redivivus* (*Mt* XI 14; XVII 10-13; *Mc* IX 11-13; *Lc* I 17), aunque en algunos lugares de la tradición sinóptica este reconocimiento del Mesías en la persona de Jesús por parte del Bautista no aparece tan claro. Incluso algunos textos (cf. *Mt* XI 2 ss.) dejan traslucir ciertas incertidumbres de Juan Bautista a este respecto.

tos que había visto una fuerza superior, y evidenció la pérdida de su desdichada voz. Luego el sacerdote, tras haber cumplido rigurosamente el servicio, regresa a casa y la promesa alivia la privación del habla. Y no tardando mucho, llegó el regalo de la descendencia. Pero la esposa ocultaba angustiada el gozo de su vientre, hasta que cinco ciclos de luz llenaron la cóncava luna.

El ángel Gabriel es enviado por Dios a la virgen María (vv. 52-79). *Lc* I 26-38.

Entonces el mismo ángel, enviado para que fuese escuchado por la virgen María, le anunció a continuación resoluciones mayores[15]. Ella, prometida ya a su debido tiempo a un pariente suyo, maduraba castamente recluida en los habitáculos de las vírgenes y aguardaba el día del casamiento cuando se lo permitiesen las órdenes de sus padres[16]. Para

---

[15] El término «anunciación» designa por excelencia el relato en el que el ángel Gabriel anuncia a María que va a ser la madre de Jesús. Pero en el NT hay otros relatos de este tipo: el anuncio, que ya hemos visto, que hace Gabriel a Zacarías acerca del nacimiento de Juan Bautista (*Lc* I 11-12), anuncio a José de la concepción de Jesús por María (*Mt* I 18-25), anuncio a los pastores del nacimiento en Belén del Salvador (*Lc* II 8-14). Y del mismo modo, este tipo de relatos es frecuente en el AT: anuncio del nacimiento de Sansón (*Jue* XIII 2-20), anuncio a Gedeón de su misión de juez (*Jue* VI 11-24), etc. Literariamente las «anunciaciones» se ajustan a un esquema típico y muy estereotipado: presentación de la persona que va a recibir el mensaje, aparición del ángel y saludo, turbación del sujeto que recibe la visión, anuncio de la noticia por parte del mensajero divino, objeción del protagonista mediante una pregunta que expresa duda, confirmación del ángel, aceptación por parte del sujeto y partida del mensajero divino. Lucas, evangelista en el que se basa Juvenco para la Anunciación, le da a su relato un aire bíblico retomando los temas tradicionales del pensamiento y la reflexión de Israel.

[16] Ya en el antiguo Israel la virginidad es algo esencial en la mujer que es dada en matrimonio (Cf. *Éx* XXII 15-16; *Lev* XXI 13-15; *Dt* XXII 13-21). Creemos sin embargo que en estas palabras de Juvenco hay un verdadero eco de lo que fue la situación real de las mujeres y vírgenes en el si-

ella el mensajero divino comienza apaciblemente el discurso: «Salve tú, que vas a servir a la tierra con un hijo provechoso, deja de perturbar tu espíritu por la sobrecogedora aparición. Pues tus entrañas concebirán por mandato divino un hijo, del que Dios se alegra, y ordena que gobierne por todos los siglos y sea considerado Hijo suyo propio. Cuando lo hayas dado a luz, sea llamado Jesús». A él comienza la virgen después a hablarle así con tímidas palabras: «Dicen que sin marido no puede producirse concepción alguna. Así pues, ¿de dónde esperaré yo que me venga un hijo?». El ángel a su vez dice estas cosas con rápidas palabras: «El poder excelso de Dios volará a tu alrededor cubriéndote de som-

glo IV. Aunque el clero católico sostenía que el matrimonio había sido instituido por Dios, sin embargo, lo que predicaban con mayor fervor era la virginidad, hasta tal punto que era grandísimo el número de vírgenes en todas las iglesias y no resultaba fácil para los obispos controlar y proteger este séquito simbólico. La mayor parte de las vírgenes de la Iglesia eran muchachas jóvenes en edad casadera, que se habían criado en familias donde el control que ejercían los padres sobre las perspectivas matrimoniales de los jóvenes en general, y de las muchachas en particular, era absoluto. La familia decidía la suerte de las muchachas y éstas eran un auténtico peón en el juego de las alianzas familiares. También los padres tomaban a menudo la decisión de consagrar a sus hijas a la virginidad con el fin de aliviar a la familia del pago de las dotes y demás gastos que ocasionaban las hijas. En el cristianismo del mundo romano del siglo IV las vírgenes, las «esposas de Cristo», pertenecían a las clases altas y eran vasos sagrados dedicados al Señor, especialmente preciosos para la comunidad cristiana. El propio cabeza de familia alentaba la vocación y mantenía la reclusión de las mujeres consagradas. Las vírgenes no tenían vida fuera de la casa de sus padres y sólo salían de sus habitaciones para participar en las ceremonias de la iglesia local; iban entonces formando un grupo claramente reconocible y sus voces llenaban la iglesia y las calles de su ciudad con el canto de los salmos. Para esta cuestión de las mujeres y las vírgenes en el siglo IV, cf. el maravilloso libro de P. BROWN, *El cuerpo y la sociedad. Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo* [trad. de A. J. DESMONTS], Barcelona, 1993, especialmente págs. 353-385.

bra, el Espíritu llegará puro, virgen excelentísima, y luego te ordenará con su casta palabra engendrar un niño poderoso para los pueblos, al que es necesario considerar sagrado y llamarlo Hijo de Dios supremo. Así la esposa de Zacarías, pariente tuya, a la que todos creían estéril, mediante semen mortal ha experimentado hace poco el prodigio en sus miembros agotados por la edad. Se acerca el sexto mes: todo obedece así a los mandatos divinos». Después la virgen: «Ahora ya me ves dispuesta a servir como esclava el mandamiento del Señor, conforme proclaman tus palabras». El ángel, retirándose, desapareció en las espaciosas brisas.

María visita a Isabel (vv. 80-104). *Lc* I 39-56.

Ella, después, con rápidos pasos se dirige a una ciudad de Judea, entra en la casa de Zacarías y saluda a la embarazada Isabel[17], cuando al punto los miembros del hijo contenido en su vientre saltan inquietos en el seno de su útero con un movimiento mayor. Y al mismo tiempo saltó la madre sacudida por un temblor, quedó llena de la palabra divina por obra del Espíritu Santo y dijo exclamando con gran voz: «Oh mujer dichosa, salve, tú que llevas un fruto dichoso en el seno de tu vientre. ¿Por qué ha querido Dios benévolo iluminar con tan gran honor mi casa, de modo que la visitara la madre de la poderosa divinidad? He aquí que mi hijo salta alegrándose en mis entrañas cuando ha oído las primeras palabras de María. Dichoso el que cree que pronto llegará el cumplimiento para las palabras que con gran condescendencia pronuncia Dios para sus siervos». Ella, agitando su espíritu con gozo mezclado de pudor, deja oír las

[17] El matrimonio residía en una ciudad de Judá, nombre geográfico que originariamente designaba la región montañosa que se extendía desde el norte de Belén al sur de Hebrón. La ciudad se identifica hoy preferentemente con Ain Karim, situada a 6 km al oeste de Jerusalén.

temblorosas palabras de su voz retenida[18]: «Espléndidas alabanzas y gracias devuelve mi espíritu al Señor del mundo infinito. Apenas este espíritu puede contener tan gran gozo, porque Dios justo, habiendo condescendido a ello, me levanta excelsa al cielo desde mi humilde condición y ha querido que sea considerada dichosa por todas las gentes y siglos. He aquí que les quitó el trono a los despiadados y abatió a los soberbios, a los humildes necesitados los enriqueció con bienes en abundancia». Entonces permaneció allí tres meses sucesivos, y a su propia casa regresa ya segura de lo que iba a ocurrir.

Nacimiento de Juan el Bautista (vv. 105-132). *Lc* I 57-80.

Y ya se acercaba el tiempo en el que el transcurso de los días obligaba a Isabel a hacer salir a las regiones de la luz al hijo prometido[19]. A la noticia del parto acudió deprisa, conjuntamente, la multitud de parientes; entonces celebran en grupo el prodigio admirable y disponen que tenga el nombre de su progenitor. Se niega a ello la madre e insiste, en cambio, en que se llame Juan. Pareció bien entonces consultar los deseos de su padre mudo y le piden que indique el nombre por escrito. Pero, ¡ah, fe admirable!, cuando intenta escribir en la tablilla, rompe el impedimento de su lengua con palabras resonantes. Luego penetra también el Espíritu en su mente acostumbrada a recibirlo y, lleno de

---

[18] Las palabras de María que siguen a continuación se conocen con el nombre de *Magnificat* (*Lc* I 46-55), himno de alabanza a Dios que recibe su nombre de la primera palabra latina (cf. *Lc* I 46: *Et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum;* pero Juvenco [I 96-97] ha sustituido este verbo por el adjetivo correspondiente: *Magnificas laudes animus gratesque rependit / inmensi Domino mundi*). Este himno contiene préstamos o reminiscencias del AT, como por ejemplo del cántico de Ana (*I Sam* II 1-10).

[19] Juan Bautista. Cf. nota 14.

él, profiere palabras sabedoras del futuro[20]: «Que todos hagan alabanzas y den gracias al Padre de los astros y la tierra, del mar y los hombres, porque ha querido visitar a su propio pueblo y liberarlo. Mirad, hace dichosa a su vetusta raza y con el cuerno de la salvación erguido proporciona una luz en la estirpe de David. Esto es lo que vaticinaron sucesivamente los antiguos profetas, ésta es aquella salvación mediante la cual nos arrebata de los espantosos enemigos para que podamos servir justamente a la justicia[21]. Pero tú, niño pequeño, serás considerado profeta sagrado y digno, pronto precederás al Señor en su camino y conducirás a tu pueblo a través de la luz abierta: gracias a ti despreciarán el error y dispersarán las tinieblas de la muerte todos los que sigan tus preceptos».

Luego el muchacho tuvo siempre una vida apartada en valles retirados hasta que, como lo exigían sus años, creció y llegó a la madurez de su edad para cumplir el quehacer de profeta[22].

---

[20] El himno que sigue a continuación es el que se conoce con el nombre de *Benedictus,* himno que San Lucas pone en boca de Zacarías al recobrar éste el habla cuando se disponían a llevar a cabo la circuncisión de su hijo, rito durante el cual se le imponía también en el NT el nombre a la criatura. Pero Juvenco, mucho más en concordancia con la tradición judía —donde el niño recibe el nombre inmediatamente al nacer—, nada nos dice de la circuncisión, que se debía practicar a todos los hijos varones a sus ocho días de vida, sino que sitúa la imposición del nombre y la entonación del himno en el nacimiento mismo del Bautista. El *Benedictus* (*Lc* I 68-79) es el segundo de una serie de cuatro himnos que aparecen en *Lc* I-II; los otros tres son: el *Magnificat* (*Lc* I 46-55), el *Gloria* (*Lc* II 13-14) y el *Nunc dimittis* (*Lc* II 29-32). Del primero ya hemos hablado (cf. nota 18); el tercero lo recoge Juvenco en I 173-174 y el cuarto en I 202-213.

[21] Con esta traducción, que puede parecer un tanto redundante, intentamos mantener la llamativa paronomasia del original latino (cf. v. 124: *ut iuste iusto servire queamus*).

[22] Para Juan Bautista, cf. lo dicho en nota 14. La presentación que Lucas, y por tanto Juvenco, hacen de la infancia del Bautista se inspira bas-

José pretende repudiar a María (vv. 133-143). *Mt* I 19-24.

Entretanto el prodigio agita el espíritu del prometido de María porque vio la carga manifiesta de su vientre, y piensa consigo mismo de qué modo puede encubrir el deshonor de su prometida mantenido oculto y rehusar el matrimonio[23]. Mientras medita tales cosas, se le entorpecen los

---

tante en temas y motivos veterotestamentarios y por ello es difícil distinguir fácilmente la realidad objetiva de los hechos. Hay una hipótesis que asocia al Bautista con el movimiento esenio (grupo destacado del judaísmo entre aproximadamente el año 100 a. C. y el 68 de nuestra era; este grupo se conoce directamente gracias a los descubrimientos efectuados en Qumrán, a unos 12 Km al sur de la actual ciudad de Jericó, en la costa occidental del mar Muerto; la comunidad esenia presentaba una rigurosa estructura jerárquica, perseguía la caridad fraterna, menospreciaba los placeres de los sentidos y las riquezas, creía al mundo dividido entre el espíritu de la luz y el de las tinieblas, etc.). Esta referencia de *Lc* I 80 y la primitiva tradición cristiana, que colocan al Bautista creciendo en el desierto de Judá, han dado un mayor fundamento a esta hipótesis, dado que los esenios vivían en el desierto de Judá y sabemos que tenían la costumbre de adoptar niños pequeños. Por otro lado, la vida de Juan coincide también en el tiempo con la plena vitalidad del movimiento esenio. Y es que además existen coincidencias sorprendentes entre el movimiento esenio y el movimiento bautista: ambos tienen conciencia de estar en vísperas del gran acontecimiento escatológico anunciado por los profetas. También es verdad que se dan profundas diferencias entre los dos movimientos: el grupo de Qumrán vive encerrado en sí mismo y limita su mensaje a los miembros de la comunidad esenia, mientras que el Bautista se abre a todos los grupos sociales.

[23] Así nos refiere Juvenco lo dicho por *Mt* I 19 (*Ioseph autem vir eius, cum esset homo iustus, et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam,* «Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto»). Es decir, parece que José había decidido romper el compromiso con María, pero secretamente (en presencia de dos testigos sin explicar el motivo de su decisión) y no según las normales medidas públicas (ante el sanedrín). De este modo sería mínimo el perjuicio causado a la honra de su prometida.

miembros con el sopor y en medio de sueños horrendos escuchó la voz de Dios: «Acepta el casamiento con tu prometida exenta de delito, cuyas entrañas llenó el Espíritu Santo con un fruto sagrado. El profeta vaticinó que llegaría, y de una virgen, este hijo cuyo nombre es DIOS CON NOSOTROS[24]». Al punto él, obedeciendo estos preceptos, mantiene los esponsales convenidos.

Edicto de revisión del empadronamiento. Nacimiento de Jesús (vv. 144-157). *Lc* II 1-7.

Pero entonces, por casualidad, las órdenes de César Augusto exigían en la mayor parte de la tierra una revisión de las personas según un nuevo censo. Entonces gobernaba Siria legítimamente Quirino, a quien por todas las ciudades las gentes le daban cuenta de las tierras de su propiedad, sus bienes, su nombre y su linaje[25]. Hay en Judea una ciu-

[24] Se alude aquí al famoso vaticinio hecho a Acaz (rey de Judá, siglo VIII a. C.) en *Is* VII 14: «Pues bien, el Señor mismo / va a daros una señal: / he aquí que una doncella está encinta / y va a dar a luz un hijo, / y le pondrá por nombre Enmanuel». Es este último término el que significa «Dios con nosotros». Los exégetas católicos están generalmente de acuerdo en entender *Is* VII 14 en sentido mesiánico directo y admitir que Isaías predice con el «Enmanuel» al futuro Mesías: es para ellos prueba de este sentido mesiánico del pasaje el que de ese niño se dice que será dueño de la tierra de Judá (*Is* VIII 8), vencedor de los enemigos (*Is* VIII 9-10) y rey pacífico y universal con atributos divinos (*Is* IX 5-6). Pero según otras explicaciones, Enmanuel sería Ezequías (hijo de Acaz), o un hijo del mismo Isaías, o cualquier niño judío que naciera después de la profecía; se apoyan en el hecho de que el texto dice claramente que la profecía se realizará durante el reinado de Acaz. Por su parte Mateo nos da aquí la interpretación mesiánica de este pasaje, como suele hacer con otros muchos del AT.

[25] Lucas, evangelista al que sigue Juvenco en esta parte de su relato, pone en relación la fecha del nacimiento de Jesús con un censo universal del imperio ordenado por César Augusto y llevado a cabo cuando P. Sulpicio Quirino era gobernador de Siria. Por FLAVIO JOSEFO (*Ant.* XVIII 1-3) sabemos que Quirino fue gobernador de Siria del 6 al 12 d. C. y que el 6 d. C. hizo un censo de Judea. Según estos datos, Jesús habría nacido el 6 d. C., lo

dad, Belén, que engendró al melodioso David y que reclamaba según la ley el censo de su linaje[26]. Aquí José, de la estirpe de David, dio cuenta de María inscribiéndola como prometida suya y declarándola embarazada. Unas construcciones muy pequeñas de un campo angosto al pie de las murallas de la ciudad de Belén habían servido de albergue de ambos. Allí la virgen, tras haber llegado al fin de su gestación, se libera de su fruto primerizo, envuelve al niño un lecho de paños viejos y se le da un duro pesebre como cuna.

El ángel anuncia a los pastores el nacimiento de Cristo (vv. 158-180). *Lc* II 8-20.

En los alrededores la custodia de los ganados a lo largo de la noche llena de zozobras mantuvo vigilantes a los pastores en los frondosos pastos. He aquí que pareció descender del cielo un ángel por orden de Dios, pero el terror postró súbitamente en la verde tierra a los cuerpos de

---

cual está en contradicción con *Mt* II 1 que, como muy tarde, supone la fecha del nacimiento de Jesús el 4 a. C. Aunque se han intentado dar diversas explicaciones, la más aceptable es la de que Lucas cayó en alguna confusión al establecer sus sincronismos.

[26] Belén, ciudad situada a 8 Km al sur de Jerusalén, en el limite del desierto y las tierras de cultivo, es la patria del rey David (*I Sam* XVII 12). En sus alrededores guardaba el futuro rey los rebaños de su padre mientras sus hermanos combatían a los filisteos (*I Sam* XVII 15); de Belén partió para matar a Goliat en el valle del Terebinto, más al oeste (*I Sam* XVII 19); en Belén lo ungió Samuel como rey de Israel (*I Sam* XVI 1-13). En cuanto a la expresión «melodioso David», era experto en tocar la cítara y, según *I Sam* XVI 18-23, el nombramiento de David como escudero del rey Saúl se debió a su destreza en tañer este instrumento. Por lo que respecta a las promesas mesiánicas, el AT habla insistentemente de un hijo de David restaurador y continuador eterno de la dinastía (cf. *I Re* VIII 25 ss., IX 4-5; *I Cró* XXII 10, XXVIII 7; *Os* III 5; *Is* VII 14 ss.; *Miq* IV-V; *Jer* XVII 25, XXII 4; etc.). La espera del Hijo de David cobró una urgencia mayor en el siglo I a. C. con la invasión romana. Jesús es en el NT el «Hijo de David» por la sangre. Él continúa y consuma la obra del gran rey. Las muchedumbres de Palestina imploran de él la salvación.

los pastores temblorosos de miedo[27]. Y enviada del cielo corrió volando para los atónitos tal voz: «Pastores, dejad a un lado el terror de vuestro espíritu, escuchad mis palabras, con las cuales os traigo este gozo ingente. Pues ha nacido un niño de la ilustre estirpe de David, que pronto propagará entre las gentes la luz y la alegría. Os daré esta señal: que podréis ver a un niño llenando con su tierna voz un pesebre». Mientras dice tales cosas se le unen miles de la multitud celeste, todos alaban y suplican a Dios y tales palabras del ejército reunido inundan el aire[28]: «La gloria debida acompaña al Padre supremo; en la tierra seguirá a los hombres justos la paz que se merecen». Y al mismo tiempo que pronuncian estas palabras se retiran de nuevo a los lugares apartados del cielo.

Los pastores acuden apresuradamente y ven al niño que yace en el hueco del pesebre. Luego desde allí difunden en

---

[27] Frente al simple *et timuerunt timore magno* (*Lc* II 9) referido a los pastores, en JUVENCO (I 161-163) encontramos: *at subitus terror tremefacta pavore / prostravit viridi pastorum corpora terrae. / Talis et attonitis caelo vox missa cucurrit*, donde los adjetivos *subitus*, *tremefacta*, *attonitis* acentúan el espanto y el terror de los pastores, mientras que el adjetivo *viridi (terrae)*, que ya había sido en cierto modo anticipado por la expresión *pascua laeta* (v. 159) insinúa con su nota de color la alegría con la que termina resolviéndose la escena (cf. vv. 164-165: *ponite terrorem mentis, mea sumite dicta, / pastores, quibus haec ingentia gaudia porto*).

[28] El pequeño himno que sigue a continuación se conoce con el nombre de *Gloria* (cf. *Lc* II 13-14: *Et subito facta est cum Angelo multitudo exercitus caelestis, laudantes Deum, et dicentes: Gloria in altissimis Deo, et pax in terra hominibus bonae voluntatis*, esto es: «Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: 'Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad'»). Mientras que en el *Magnificat*, el *Benedictus* y el *Nunc dimittis* (cf. nota 20) intervienen personajes particulares (María, Zacarías y Simeón respectivamente), el *Gloria* en cambio lo canta «una multitud del ejército celestial». Literariamente el himno está construido con el procedimiento del paralelismo antitético: cielo y tierra, Dios y hombres.

gran número por toda la comarca las primicias de una noticia que se extiende rápidamente. Lo elogian con admiración, y quedan pasmados de alegría, porque todo coincide con las predicciones nocturnas.

Circuncisión de Jesús y presentación del mismo en el templo (vv. 181-223). *Lc* II 21-39.

El niño había visto la luz del octavo día; he aquí que es necesario, según la costumbre de la ley, que se le circuncide y se le dé un nombre[29]. Le fue impuesto el que por requerimiento divino le ordenó en otro tiempo a María la voz enviada por Dios: Jesús[30].

Moisés había escrito los preceptos de la antigua ley[31], entre los cuales estableció cumplir con la presentación, para

---

[29] La circuncisión (del latín *circumcidere* < *circum*, «alrededor», y *caedere*, «cortar») consiste en cortar circularmente una porción del prepucio para que pueda descubrirse el glande. Han sido muchos los pueblos que han practicado la circuncisión, como medida profiláctica e higiénica o como costumbre religiosa. Es uno de los ritos fundamentales de la legislación religiosa israelita. Las referencias de la Biblia a la circuncisión son muchas. Comenzó a ser practicada por Abraham después de su entrada en Canaán y fue instituida por Dios como signo de la alianza con Abraham y su descendencia (cf. *Gén* XVII 10-14). Se circuncidaba al niño en su casa a los ocho días de nacer y la operación (que se practicaba siempre de día) la llevaba a cabo generalmente el padre, aunque podía ser suplido por un varón de la familia. En cuanto al significado de la circuncisión, en Israel era una señal indeleble del pacto de Dios con su pueblo, al que sólo pertenecían los circuncidados. Hay que añadir que esta práctica suscitaba las burlas de los paganos y tuvo que luchar contra la invasión de costumbres griegas, que no la admitían. Los judíos helenizados intentaban disimular la marca de la circuncisión haciéndose operar (cf. I *Mac* I 15). El padre o la madre imponían el nombre al hijo inmediatamente después de nacer éste; es neotestamentaria la costumbre de poner el nombre a la criatura en la circuncisión (cf. nota 20).

[30] «Jesús» es la transcripción griega *(Iēsoûs)* del nombre hebreo que significa «¡Yahveh, salva!».

[31] Es lo que se conoce con los nombres de *Torah*, «Ley de Moisés» o simplemente «Ley», que designan el conjunto de obligaciones reveladas

que fuesen consagrados, de los primogénitos nacidos de la vetusta estirpe de los profetas y al mismo tiempo llevar al santuario palomas implumes[32]. Cuando María lleva al templo esta ofrenda mantenida según la tradición, he aquí que se explicaba en su pensamiento las palabras divinas el digno

---

por Dios a Israel por mediación de Moisés. Estos términos se refieren generalmente al Pentateuco (los cinco primeros libros del canon judío y que forman una cierta unidad: *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio*), pero pueden designar por extensión a la Biblia hebrea en su conjunto, e incluso el judaismo fariseo habla también de una Ley transmitida oralmente y no escrita. El Pentateuco, la *Torah*, es más una historia que un código, aunque en él predominan los textos jurídicos y rituales. El material legislativo se nos presenta aquí como una recopilación de colecciones diferentes, entre las que destacan: el Decálogo (cf. gr. *déka lógoi*, «diez palabras») o lista de mandamientos transmitidos, de forma algo distinta, en *Dt* V 6-21 y *Éx* XX 2-17; el Código de la alianza, colección de leyes reunida en *Éx* XX 22-XXIII 19; la Ley de santidad (*Lev* XIX-XXVI); el Código deuteronómico (*Dt* XII-XXVI). Junto a estos grupos extensos, encontramos también diseminadas por todo el Pentateuco un gran número de prescripciones diferentes. Es claro que todas las leyes contenidas en el Pentateuco no se han elaborado en un mismo momento, sino que han ido surgiendo poco a poco en el transcurso de la historia.

[32] Las parturientas tenían que llevar a cabo un ritual de purificación (cf. *Lev* XII) que comprendía el holocausto de un cordero y la ofrenda de un pichón o una tórtola. Si la mujer es pobre, se puede sustituir el cordero por otro pichón o tórtola. Esta ceremonia tenía lugar cuarenta días después del nacimiento de un hijo y ochenta y cuatro días después del nacimiento de una hija. Según los más antiguos códigos de Israel, los primogénitos del hombre y los animales pertenecen a Dios. Los primogénitos de los animales se ofrecen en sacrificio (cf. *Dt* XV 19-20), y una parte de ellos corresponde a los sacerdotes (*Núm* XVII 15-18). Los primogénitos del hombre eran consagrados a Dios (*Éx* XXII 28) con una consagración que no se sabe bien en qué consistía y de la que siempre eran rescatados (cf. *Éx* XIII 13, XXXIV 19-20). En cualquier caso el pasaje de Juvenco, que muestra notables divergencias con el texto evangélico de Lucas, no se refiere a todos los varones primogénitos, sino sólo a los descendientes de los profetas (v. 186: *primos prisco de sanguine vatum*).

anciano Simeón[33], a quien la fuerza conocedora del porvenir le había predicho una vez que, libre de la cárcel abandonada de su cuerpo enfermo, vería la muerte y el descanso tan pronto como hubiese visto que llevaba las acostumbradas palomas al templo la gloria del cielo y la salvación de la tierra, a quien todos los oráculos de los profetas presentan como Cristo[34]. Y cuando él, abrumado por lo encorvado de su cuerpo, penetra bastante debilitado ya en el templo, cosa a la que lo había inducido la resolución de su espíritu, he aquí que al mismo tiempo se dio cuenta de que había llegado al templo en el regazo de su madre el pequeño Jesús, cogió al niño en sus temblorosos brazos y profirió alegre estas palabras[35]: «Ahora, ahora a mí, su siervo, ahora el Se-

---

[33] Anciano de Jerusalén, a quien «le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor» (*Lc* II 26). En nuestra traducción de los vv. 190-191 (*Ecce senex Simeon dignus comprendere sensu / caelestes voces*) hemos considerado *dignus* como adjetivo referido a *Simeon* y hemos interpretado *comprendere* como infinitivo histórico. No obstante, podría también sobrentenderse el verbo *sum*, interpretar *dignus* como atributo y considerar el infinitivo *comprendere* como dependiente de dicho atributo. En este último caso la traducción podría ser: «...,he aquí que mereció entender con su pensamiento las palabras divinas el anciano Simeón,...».

[34] Palabra de origen griego (*khristós*, «ungido» < *khríō*, «ungir») que pretende traducir el participio hebreo *māšîaj* (cf. Mesías), «ungido». Una vez que los discípulos reconocieron en Jesús al Mesías, lo llamaron «el Cristo» (con artículo). También añadieron a su nombre de Jesús el título de «Cristo» o decían «Jesús, el llamado Cristo». Pero dado que el mundo helenístico ignoraba el sentido de este título judío, «Cristo» (ya sin artículo) llegó a ser el segundo nombre propio de Jesús. Y fue a partir de este uso como se le dio a los seguidores de Cristo el nombre de «cristianos» (cf. gr. *khristiánoi*) que aparece por primera vez en *Act* XI 26, aplicado a los fieles de Antioquía.

[35] La primera parte de este discurso de Simeón (vv. 202-207) es lo que se conoce como el *Nunc dimittis* (cf. nota 20). El himno (cf. *Lc* II 29-32: «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, / dejar que tu siervo se vaya en

ñor me libera de las negras cadenas del cuerpo y se digna, según sus palabras, otorgarme con paz el fin. He aquí que circunda nuestros ojos y resplandece con sus rayos tu brillante luz, que la gloria del pueblo engrandecido de los israelitas proporciona a todas las naciones de los hombres a las que aquella ha iluminado. ¿Por qué quedó tan estupefacto el corazón de María su madre? Este niño se otorga para infortunio de pueblos, éste permitirá que renazcan pueblos; su palabra llegará como señal para contradicciones, pagando su deuda para con la muerte y recorriendo el alma de su madre con un puñal de hierro refulgente, para que se muestren claramente los tenebrosos repliegues del oculto corazón».

Estas cosas dice Dios mediante Simeón. Luego he aquí que con el soplo sagrado inunda la mente de una profetisa[36]. Ésta era Ana, de avanzada edad, a la que en la flor de su ju-

---

paz, / porque han visto mis ojos tu salvación, / la que has preparado a la vista de todos los pueblos, / luz para iluminar a los gentiles / y gloria de tu pueblo Israel») muestra la alegría personal de Simeón y la visión profética de la salvación universal. La fuente literaria de Lucas parece haber sido aquí el Déutero-Isaías (*Is* XL-LV), y más concretamente *Is* XL 5 («Se revelará la gloria de Yahveh, / y toda criatura a una la verá»), XLII 6 («Yo, Yahveh, te he llamado en justicia, / te así de la mano, te formé, / y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes»), LII 9-10 («Prorrumpid a una en gritos de júbilo, / soledades de Jerusalén, / porque ha consolado Yahveh a su pueblo, / ha rescatado a Jerusalén. / Ha desnudado Yahveh / su santo brazo / a los ojos de todas las naciones, / y han visto todos los cabos de la tierra / la salvación de nuestro Dios»), etc.

[36] Ana, mencionada a continuación, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Habiendo enviudado joven, fue consagrada a Dios tras la muerte de su marido y ya no dejó el Templo. Tenía ochenta y cuatro años en el momento de la presentación de Jesús. En la Biblia encontramos varias mujeres profetisas. En el AT se le da este nombre a María, la hermana de Moisés (*Éx* XV 20), a Débora, que en tiempos de los Jueces transmitía oráculos divinos a sus compatriotas (*Jue* IV 4-5, V 7) o a Juldá en tiempos del rey Josías (II *Re* XXII 14-20). En el NT encontramos también mujeres poseídas del espíritu profético, como la Ana de este pasaje o las hijas de Felipe (*Act* XXI 9).

ventud dejó viuda la muerte prematura de su marido. Pero una vida casta pasada siempre en el templo y el servicio a Dios reemplazaron al esposo. Ella, impulsada por la divinidad, reconoció a Cristo y habló con palabras semejantes.

Luego, cuando la madre y José, admirándose de todo, cumplieron en nombre del niño la ley según la costumbre, regresan contentos a su patria y llevan consigo al niño[37].

Adoración de los Magos (vv. 224-254). *Mt* II 1-12.

Hay en comarcas lejanas una raza conocedora del sol naciente, experta en observar el nacimiento y el ocaso de los astros[38]. Sus príncipes tuvieron el nombre de Magos[39]. Entonces unos escogidos de entre éstos llegan hasta los sólimos después de recorrer largos caminos, se dirigen a su rey y piden que se les muestre qué Judea albergaba a un ni-

[37] Es decir, la familia regresa a la región de Galilea, a Nazaret, aldea situada a 24 Km al suroeste de Tiberíades. Según *Mt* II 22-23, José y María eran originarios de Judea y sólo se establecieron en Nazaret tras su regreso de Egipto y por temor al nuevo rey de Judea, Arquelao, hijo de Herodes el Grande (cf. nota 8). Por el contrario, según *Lc* I 26, II 4 y 39, la sagrada familia era originaria de Nazaret. Lo cierto es que Jesús pasó aquí su vida oculta y que durante su actividad pública se le consideró oriundo de Nazaret.

[38] Para esta écfrasis sobre los Magos, cf. «Introducción», págs. 43-44.

[39] Nombre que la tradición ha dado a los extranjeros que fueron a adorar al niño Jesús, episodio que sólo nos relata el evangelio de San Mateo. Al decirnos el evangelista vagamente que «venían del Oriente» (*Mt* II 1), se ha pensado que se trataba de astrólogos babilonios (los famosos «caldeos» de los textos clásicos), de sacerdotes persas (que practicaban la adivinación y la astrología) o incluso de sabios venidos de Arabia o de Siria (lo cual estaría en relación con los regalos ofrecidos al niño). Ha sido la tradición popular la que ha hecho de ellos reyes y los ha considerado como testigos de las naciones paganas (Europa, Asia, África) que reconocieron al Mesías.

ño recién nacido con poderes de rey[40]: que ellos habían hecho el camino, guiados por la aparición de una estrella resplandeciente, para adorar con su diestra suplicante a la venerable divinidad nacida en la tierra. Aterrorizado, Herodes manda que los sumos sacerdotes de los sólimos y los que interpretan las predicciones de los antiguos profetas[41], hechos venir mediante orden suya, indaguen todas las cuestiones de la ley, a quiénes se muestra, cuál es la ciudad natal de Cristo, la llegada de quién anuncian todos los oráculos de los profetas. Entonces manifiestan que está decretado que nazca en la ciudad de Belén aquel que debe guiar al pueblo

[40] La contradicción que encontramos en Juvenco de que la adoración de los Magos tenga lugar en Belén (Judea) después de que la Sagrada Familia haya partido hacia Nazaret (Galilea), se debe a que nuestro autor ha cambiado de fuente pero no se ha preocupado de insertar el pasaje en el lugar adecuado. Hasta aquí la fuente primordial ha sido Lucas, pero en los tres próximos episodios (adoración de los Magos [vv. 224-254], huida a Egipto y muerte de los inocentes [vv. 255-270] y vuelta de Egipto y residencia en Nazaret [vv. 271-277] Juvenco va a seguir a San Mateo. Sólima es otro nombre de Jerusalén; de ahí que los sólimos sean los habitantes de la ciudad santa. Es costumbre en la poesía clásica aludir, mediante sinécdoque, a un determinado lugar con el nombre de sus habitantes.

[41] El plural «sumos sacerdotes» (v. 233: *culmina vatum*), sólo aparece en el NT; aunque hay diversas teorías, tal vez designe a los miembros que constituían el colegio de sacerdotes encargados de la administración de los edificios y del dinero del Templo (el gobernador del Templo, los jefes de las veinticuatro clases sacerdotales [cf. nota 10], los tesoreros, etc.). En muchas ocasiones (como hace aquí Juvenco siguiendo el texto de *Mt* II 4) se menciona a los sumos sacerdotes junto con los demás grupos del sanedrín: «sumos sacerdotes, ancianos y doctores de la Ley», «los sumos sacerdotes y los judíos más influyentes», etc.; con tales expresiones se pretende únicamente designar al conjunto de las autoridades religiosas de los judíos. De acuerdo con lo que estamos diciendo, «los que interpretan las predicciones de los antiguos profetas» (v. 234: *quique profetarum veterum praedicta recensent*) equivalen a los llamados «escribas» o «doctores de la Ley», que son especialistas en los textos sagrados y ejercen como consejeros de tribunales, jueces y enseñantes.

venerable de los israelitas por el camino de la sagrada virtud. Luego Herodes ordena a los persas que prosigan su marcha y que le muestren, cuando lo hayan encontrado, al niño para adorarlo. He aquí que en medio del camino ven que, surcando con su fuego las brisas, va delante de ellos la estrella, la cual se detuvo en lo alto del edificio y les señala la morada del niño iluminada. Experimentan los Magos una gran alegría, dan vivas al astro y, después que vieron al niño al pecho de su madre, tras haberse echado a tierra, se tendieron en el suelo con sus cuerpos boca abajo y al mismo tiempo suplican humillados. Entonces le iban ofreciendo tres dones de incienso, oro y mirra y se los daban como regalos al que era rey, hombre y Dios[42]. Luego espantosos sueños los inquietan durante toda la noche y les ordenan esquivar al despiadado tirano. Finalmente los Magos evitan por apartados senderos el palacio de Herodes y regresan en secreto a su patria.

Huida a Egipto y muerte de los inocentes (vv. 255-270). *Mt* II 13-18

También al mismo tiempo José, guiado por los consejos divinos, lleva a Egipto al propio niño con su madre. Pero el fiero Herodes cree que lo reemplazará a él en persona aquel al que había buscado la solicitud de los Magos expertos en los astros. Alarmado por la precavida marcha de éstos, ordenó una horrible matanza por las calles de Belén[43].

---

[42] Tradicionalmente se han visto simbolizadas en estos regalos la realeza (oro), la divinidad (incienso) y la pasión de Cristo (mirra).

[43] El episodio, que sólo lo encontramos en *Mt* (II 16-18), intenta subrayar el paralelismo entre la historia de Jesús y la de Moisés (cf. *Éx* I 22: «Entonces Faraón dio a todo su pueblo esta orden: 'Todo niño que nazca lo echaréis al río; pero a las niñas las dejaréis con vida'»). La matanza se limitaría a la aldea de Belén y a sus aledaños (cf. v. 260: *horribilem iussit Bethleem per compita caedem*). Debemos señalar también que en Roma se

Arrebata con la espada, sin indicio alguno de culpa, a todos los niños y a la tierna multitud que se halla bajo el pecho de su madre. También estaba anunciada desde hacía tiempo esta matanza, que el buen Jeremías, guiado por la inspiración divina, deplora cuando dice que las madres golpeaban penosamente el cielo con sus horrendos lamentos por la muerte miserable de sus hijos[44]. Pero cuando se apaciguó el furor y la despiadada crueldad del tirano se sació con la espantosa sangre de los niños, cree haber extinguido a todos aquellos a los que, desdichados, habían aniquilado su primer y segundo año de vida, la edad declarada mortífera[45].

contaba un episodio semejante con el nacimiento de Augusto (cf. SUETONIO, *Aug.* 94).

[44] Se alude a *Jer* XXXI 15: «Así dice Yahveh: / En Ramá se escuchan ayes, / lloro amarguísimo. / Raquel que llora por sus hijos, / que rehúsa consolarse —por sus hijos— / porque no existen». Históricamente este pasaje se refiere a la escena de las concentraciones de judíos que Nabucodonosor, rey de Babilonia (604-562 a. C.), hizo en la ciudad de Ramá (la actual *er-Rām,* a 9 Km al norte de Jerusalén) para ser deportados a Babilonia. Jeremías había invocado en su pasaje a Raquel (la esposa predilecta de Jacob, madre de José y Benjamín y uno de los grandes antepasados del pueblo de Israel) llorando amargamente por estos prisioneros que marchaban a la cautividad. El que Mateo haya insertado este pasaje de Jeremías en su relato de la matanza de los inocentes ha podido deberse a la existencia de una tradición que situaba la tumba de Raquel en Belén (cf. *Gén* XXXV 19-20).

[45] El lugar en el que debía ser llevada a cabo la matanza e igualmente la edad de los niños que debían morir fueron fijados por Herodes a partir de las revelaciones que le habían hecho los Magos y de las interpretaciones que le habían dado los sumos sacerdotes y los doctores de la Ley (vv. 227-240). Cf. MATEO, II 16: «Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los Magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los Magos».

Vuelta de Egipto y residencia en Nazaret
(vv. 271-277).
Mt II 19-23.

Consejos prodigiosos apremian de nuevo a José, cuando el sueño se *apoderó* de sus miembros, a llevar a María y al niño desde Egipto a su patria, donde la dichosa Nazaret permitió añadirle al niño el nombre predicho desde hacía tiempo[46]. También la voz de otro profeta, estimulada por Dios, había dicho anteriormente: «Vendrá, vendrá mi hijo desde el remoto Egipto como luz y salvación para los pueblos[47]».

Jesús entre los doctores
(vv. 278-306).
Lc II 40-51.

Crecía el niño con el rápido paso de los años, sobresalía su sabiduría aventajando a su edad y un venerable encanto brillaba en su rostro y en sus palabras.

---

[46] Si sólo tuviéramos en cuenta el texto de Juvenco, deduciríamos sin problemas que tal nombre es «Nazareno» («natural de Nazaret» o «habitante de Nazaret»), vocablo que aparece con frecuencia en *Mc* (I 24, X 47, XIV 67, XVI 6) y que no plantea problema alguno. Pero si nos fijamos en *Mt* II 23, texto seguido aquí por Juvenco, vemos que se nos dice literalmente: «Y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret: para que se cumpliese el oráculo de los profetas: 'Será llamado Nazoreo'». Aunque hay quien considera los vocablos Nazareno y Nazoreo como sinónimos y por tanto intercambiables, sin embargo parece que no lo son y que el segundo tiene el significado de «salvado», «preservado», «superviviente». Y no resulta en modo alguno sorprendente el hecho de que a Jesús, el resucitado de entre los muertos, se le llame Nazoreo. En realidad la idea de un Mesías salvado se encontraba en el pensamiento del pueblo judío, donde se hablaba de Moisés como salvado de las aguas antes de convertirse él mismo en salvador. Por otra parte, no se sabe con certeza a qué textos proféticos se refiere este pasaje (cf. v. 274: *olim praedictum .... nomen*).

[47] Alusión a *Os* XI 1: «Cuando Israel era niño, yo lo amé, / y de Egipto llamé a mi hijo». El pasaje de Oseas se refiere a que Yahveh, por amor, sacó a Israel de la cautividad de Egipto. Sin embargo Mateo utiliza una y otra vez textos proféticos del AT e intenta hacernos ver su cumplimiento en Cristo.

Y ya había cumplido dos veces seis años de edad, cuando los padres, observando el ritual de la Pascua[48] según la costumbre, solían llevar al niño al templo a las alegres fies-

[48] La Pascua es la primera de las tres solemnidades anuales (las otras dos son Pentecostés y Tabernáculos) en las que todo varón israelita no impedido se debía presentar en el Templo. Dos son los ritos fundamentales de la Pascua: el sacrificio del cordero y los panes ácimos. Estos dos ritos resultaron de la fusión de dos fiestas que en principio no tuvieron relación entre sí: la Pascua y los Ácimos. La primera de ellas es en realidad una fiesta muy antigua que se remonta a la época seminómada de Israel y cuyo ritual (el de una fiesta de pastores) está relacionado con los sacrificios primaverales de los antiguos árabes por la preservación y fecundidad de sus rebaños en el momento en el que iban a partir hacia los pastos de verano (los beduinos toman un animal del rebaño, lo asan al fuego, lo comen con pan sin levadura y, con el fin de protegerse del «exterminador», untan con la sangre de la víctima las estacas de sus tiendas). Posteriormente, su conexión con la historia de la salida de Egipto le ha conferido una significación particular: el rito pascual de la sangre se convirtió en el recuerdo de la salvación de Yahveh, que con la sangre de la víctima pascual preservó del exterminio a los israelitas en el país de la esclavitud (cf. *Éx* XII 23). Si la Pascua era en su origen una fiesta de pastores, los Ácimos parecen ser sin embargo una fiesta esencialmente agrícola que coincide con el comienzo de la recolección y en la que se le ofrecían a la divinidad las primicias de la siega. Esta fiesta, que podría ser de origen cananeo, se relacionó también muy pronto con la liberación de Egipto. Pascua y Ácimos acabaron por juntarse en una sola fiesta. La víctima pascual se sacrificaba por parte del padre de familia al atardecer del día 14 del mes de nisán (primer mes del año, que corresponde aproximadamente a marzo/abril) y se comía después de la puesta de sol; con su sangre se teñían los postes y el dintel de la casa donde se celebraba el banquete. Con la centralización del culto en tiempos de Josías (640-609 a. C.), la celebración de la Pascua tiene lugar en el santuario de Jerusalén y la sangre de la víctima se derrama en el altar. La fiesta de los Ácimos (desde el 15 al 21 del mes de nisán) comenzaba a continuación de la solemnidad pascual. Durante toda la semana estaba prohibido comer pan fermentado, que ni siquiera podía tenerse en casa. Así pues, de acuerdo con lo que acabamos de exponer, el término «Pascua» puede designar tanto el primer día como los siete días de fiesta. La obligación de celebrar la Pascua se extendía a todos los israelitas.

tas, haciéndolo así ya todos los años sucesivos de acuerdo con la tradición[49]. Así pues, habían llegado juntos a la Pascua y, una vez concluidos todos los días de fiesta, se disponían a regresar a su patria, cuando entre la muchedumbre el niño abandonó el rastro de su madre que lo acompañaba y se dirigió con gusto al interior del templo. La madre lo buscaba entre los conocidos y parientes por los barrios de la ciudad, por el interior de las casas y por las calzadas del camino. Pero cuando llegó el tercer día, regresa deprisa al templo y lo encuentra mezclado con los grupos de sacerdotes y discutiendo con la asamblea de ancianos los aspectos oscuros de las leyes. Los ancianos experimentaron una admiración apenas digna de las palabras de un niño. Por su parte la piadosa madre dijo: «Hijo, desde que te perdí te busco juntamente con tu padre angustiada, llorando con abundantes lágrimas. ¿Qué motivo te separa de la marcha de tus padres y te retiene en el templo?». Pero él a su vez dice: «¿Por qué, por qué me buscáis con tanto empeño? ¿O aún no te das cuenta, madre, de que es necesario por ley que el Hijo habite en la casa y morada del Padre?».

Así habla, se une a la marcha y vuelve a su patria. Y no se percató la madre de la importancia de tan grandes palabras; sin embargo lo profundo de su corazón las conservaba todas rigurosamente. Por su parte el niño, uniendo a ambos

[49] La Pascua debían celebrarla todos los varones israelitas. Las mujeres no estaban obligadas, pero normalmente participaban en ella. Podían también tomar parte los extranjeros y esclavos, siempre que estuviesen circuncidados. En lo que respecta a los niños, no estaban obligados a celebrarla hasta los trece años, aunque a los doce se les solía hacer cumplir las prácticas de la Ley con el fin de ir acostumbrándolos. Pascua, Pentecostés y Tabernáculos eran las tres fiestas de peregrinación en las que los judíos tenían que subir al santuario nacional de Jerusalén.

con su extraordinaria y dulcísima obediencia, los atraía siempre a su propio amor.

Predicación de Juan el Bautista. Bautismo de Jesús (vv. 307-363). *Mt* III 1-17; *Mc* I 1-11; *Lc* III 1-18, 21-22; *Jn* I 19-34.

Entretanto la sucesión de los siglos, discurriendo por el destino fijado por los antiguos escritos, iba cumpliendo todas las profecías. En valles desiertos el hijo de Zacarías, con el fin de que abandonaran sus pecados, los llamaba a todos a gritos para que recibieran los prodigiosos baños del límpido río, mediante los cuales la virtud del alma brillaría una vez que se lavara la mancha[50]. El profeta Isaías vaticinó esto por mandamiento de la divinidad[51]: «Una voz resuena anchamente en los valles desiertos. Construid amplias calzadas, sea recto todo el recorrido de los caminos para que soporte

[50] El ritual de los baños sagrados es algo usual tanto en los misterios helenísticos (cf. los baños de sangre en el culto de Atis y de Mitra) como en las religiones de la mayor parte de los pueblos orientales. La religión israelita conoce el baño de agua como medio de purificar a los impuros (cf. *Lcv* XIV 8; XV 16-18); pero estas purificaciones y lavatorios tenían como finalidad únicamente la purificación legal, sin revestir carácter moral. El judaísmo posterior fue también imponiendo poco a poco la costumbre del bautismo de los prosélitos (en un primer momento acompañando secundariamente a la circuncisión y posteriormente equiparándose con ésta), bautismo que tenía como objetivo purificar al antiguo pagano que acababa de convertirse; pero se trata esencialmente de una pureza legal, de una incorporación jurídica al pueblo de Israel. El bautismo practicado por Juan hay que inscribirlo dentro del contexto de los baños de purificación de su tiempo, pero a su vez se diferencia de ellos profundamente. El bautismo de Juan implica la «conversión moral» y sitúa lo esencial de la doctrina del AT en la perspectiva del reino de Dios que se acerca. Es «un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados» (*Mc* I 4; *Lc* III 3).

[51] Cf. *Is* XL 3-5. Los tres evangelistas sinópticos (cf. *Mt* III 3; *Mc* I 2-3; *Lc* III 4-6) ven anunciado en estas palabras de Isaías el ministerio del Bautista. Literalmente el pasaje del profeta se refiere a la liberación del pueblo judío de su cautiverio de Babilonia.

con dignidad las pisadas del Señor. Se rebajarán las colinas, todo valle se rellenará. La línea derecha del camino recto enderezará los rodeos y el Padre y Señor de la salvación permitirá a todos ver con los ojos corporales la luz apacible».

Así pues, llegaban las gentes y luego después, precipitándose por todas partes, llenaban las orillas y buscaban ansiosos el baño. Las vestimentas de Juan habían sido tejidas con pelos de camello y cinturones de piel ciñeron al profeta por medio, [estaba acostumbrado a comer langostas en los rústicos campos][52] y las mieles silvestres le ofrecían un ligero alimento. Y él, cuando ve precipitarse a la corriente a tantos pueblos surgidos de apartadas regiones, comienza así con su palabra: «Descendencia de una raza de víboras, ¿quién os enseña a esquivar los suplicios destinados a vosotros y las iras amenazadoras? Pero si os arrepentís, oh desgraciados, producid un fruto apropiado y no ensoberbezca vuestros espíritus la confianza en vuestro linaje. Pues incluso de las piedras hará surgir Dios fácilmente multitudes en lugar de vuestras personas, porque su estirpe anda vagando degenerada. Ante los ojos de todos amenaza ya próximo a las sólidas raíces el corte afilado del hacha. Se cortarán los bosques estériles y avivarán el fuego. Ahora yo he comenzado a lavar en la corriente pura las manchas adquiridas en el pasado. Pero vendrá otro más poderoso, al que no soy digno de tocarle las ataduras de sus pies. Él purificará el espíritu del hombre con el soplo sagrado y limpiará con bolas de fuego los corazones culpables. También sus manos

[52] Es éste uno de los versos que, como hemos señalado anteriormente (cf. «Introducción», págs. 47-48), no aparece recogido por Huemer en el texto propiamente dicho, sino que tan sólo lo encontramos en el aparato crítico. En nuestra traducción estos versos los ponemos siempre entre corchetes.

tienen la rústica pala, limpiará la propia era de sus mieses, abundancia de trigo limpio llenará sus graneros y el fuego eterno consumirá las ingrávidas pajas».

Así dice y lo distingue a él mismo en persona dirigiéndose con rápidos pasos a través del bosque al venerable baño del Jordán. Pero el profeta se lo impide increpándolo y le dice tales cosas: «¿Acaso consideras tú digno que mis manos te sumerjan en el agua, cuando el baño recibido de las tuyas podría mejor purificarme a mí?». Esto dijo Juan, al que Jesús le responde tales palabras: «Permítelo ahora, pues esto es lo conveniente, así cumpliremos nosotros en todas las cosas santas el orden de justicia que ha de seguirse». Recordando esto, penetraba en las aguas cristalinas del río. Cuando se levanta, se hace patente una clara presencia de divinidad. Se escinde el éter de color de oro del séptuplo cielo y, adquiriendo una forma corpórea, descendió de lo alto el Espíritu adoptando la forma de una paloma en su vuelo desde las nubes y con su soplo sagrado recubrió el cuerpo de Jesús[53]. Entonces la voz de Dios corrió enviada a través del extenso vacío y le habla a Cristo, purificado por las aguas y ungido por el soplo[54]: «Con alegría, Hijo, te

[53] En este pasaje del descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en el Jordán (cf. *Mt* III 16: *et vidit Spiritum descendentem de caelo sicut columbam, venientem in ipsum*), Juvenco resalta mediante el instrumental *sancto flatu*, referido a *Spiritus*, la idea del Espíritu Santo como soplo divino que inunda a Jesús (vv. 357-359: *corporeamque gerens speciem discendit ab alto / Spiritus aeriam simulans ex nube columbam / et sancto flatu corpus perfudit Iesu*). La misma idea vuelve a aparecer dos versos más abajo (v. 361: *ablutumque undis Christum flatuque perunctum*).

[54] Al parafrasear a *Mt* III 16 (*Et baptizato Iesu, confestim ascendit de aqua*), Juvenco omite el verbo *baptizo* (cf. «Introducción, pág. 37), pero su descripción llama la atención por la perfecta simetría (v. 361: *ablutumque undis Christum flatuque perunctum*), pues se coloca a *Christum* en posición central entre dos verbos compuestos, dos conjunciones y dos circunstaciales en disposición quiástica.

declaro hoy engendrado por mí, me complace esta gloria de mi retoño».

Ayuno de Cristo y tentaciones por parte del diablo (vv. 364-408). *Mt* IV 1-11; *Mc* I 12-13; *Lc* IV 1-13.

Entonces se dirige a los montes umbrosos y a los parajes de las fieras, y los siervos de su Padre disputaban por ofrecerle rápidos sus servicios; luego la envidia juntamente con el terror se apoderan de la oscura mente del demonio y no le faltó entretanto al corrompido la insidiosa malicia de tentar a Cristo. Habían pasado para él cuarenta días seguidos desde que no recibía ningún alimento de comida y bebida, pero al mismo tiempo los pensamientos de su mente para establecer su reino sobre la tierra mantenían el continuado ayuno de su firme corazón. Entonces su cuerpo lo exhortó por fin a buscar comida. Entretanto el incitador de horrendos crímenes le dice tentándolo[55]: «Si a ti ciertamente te engendró Dios, podrás ordenar con tus poderosas palabras a todas estas piedras que adquieran el valor y la forma del pan de trigo». Cristo responde a esto: «Nada me aterran ya tales cosas; pues recuerdo que ha

[55] Tras recibir el bautismo de Juan en el Jordán, Jesús se retiró al desierto, donde ayunó cuarenta días y fue tentado por el demonio. Marcos señala vagamente el hecho de la tentación, en tanto que Mateo, al que sigue Juvenco, y Lucas describen tres tentaciones, si bien este último refiere la segunda y tercera en orden distinto al de Mateo. Las tentaciones se refieren a la utilización egoísta del poder de hacer milagros que tiene Jesús: satisfacer el hambre (cambio de las piedras en pan), vanagloria (arrojarse desde el pináculo del Templo) y ambición (posesión de todos los reinos de la tierra). Ciertos autores como J. DUPONT (cf. «L'arrière-fond biblique du récit des tentations de Jésus», *New Test. Stud.* 3 [1957], 287-304) ven en las tentaciones de Jesús una repetición de las tentaciones de Israel en el desierto. Pero mientras que Israel fue infiel, Jesús se muestra como el verdadero «Hijo de Dios», el auténtico Israel. Las tentaciones por tanto no hacen sino iluminar su dignidad de Mesías.

sido escrito[56] que no sólo la liviana sustancia del pan mantendrá la vida del creyente, sino que la virtud llena con la palabra de Dios los corazones piadosos». Pero de nuevo aquel tentador se apresura a urdir engaños disponiéndolos con maliciosas artimañas. Pues la fuerza de la envidia[57] vio luego que Cristo encaminaba sus pasos a las murallas de la ciudad y lo hizo colocarse en la cima marmórea del templo. Entonces comienza así con el engañoso veneno de su voz: «Si Dios es verdaderamente tu Padre, desde la cima del templo arrojarás de un salto tu cuerpo a través del vacío del aire. Será tu testigo la escritura, que promete claramente tal mandato de tu Padre supremo a sus siervos[58]: que se esfuercen por librar de la caída al cuerpo que se haya precipitado. Y correrán a sostener tus miembros con sus manos serviles para que el choque contra las piedras no lastime las plantas de tus pies al caer desde lo alto». A estas palabras respondió Cristo con palabras opuestas: «Es más conveniente que yo me acuerde del escrito celeste de que la audacia no debe tentar confiada las fuerzas del Señor[59]». Luego el furioso engañador vio que Cristo se detenía de nuevo en la elevada cima de un monte abrupto y, mostrándole los esplendorosos reinos a través del orbe, le dice: «¿Te das cuenta de cuál es la gloria de tan gran imperio? Puedo concederlo ya todo a tu poder si, venerándome a mí que te regalo tales cosas, me adoras».

---

[56] Cf. *Dt* VIII 3: «Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh».

[57] Esto es, el diablo. Cf. «Introducción», pág. 35.

[58] Cf. *Sal* XCI 11-12: «Que él dará orden sobre ti a sus ángeles / de guardarte en todos tus caminos. / Te llevarán ellos en sus manos, / para que en piedra no tropiece tu pie».

[59] Cf. *Dt* VI 16: «No tentaréis a Yahveh vuestro Dios, como lo habéis tentado en Massá».

Entonces Jesús rechazó con palabras al que de tal modo persistía: «Retírate, ira insensata de pernicioso veneno, para que siempre nos permanezca inmóvil el mandato de que el justo adore piadosamente al Señor del cielo y, sirviendo únicamente a su nombre, lo venere eternamente[60]». Rechazado con tales palabras, el diablo huyó por apartados lugares.

Jesús vuelve a Galilea tras el encarcelamiento de Juan el Bautista (vv. 409-420). *Mt* IV 12-17; *Mc* I 14-15; *Lc* IV 14-15.

Cuando Jesús supo que Juan había sido introducido en las sombras de la cárcel[61], contuvo el dolor en su entristecido corazón y decidió establecer su residencia en el territorio de la tribu de Zabulón[62], para que la palabra de Isaías se hiciera realidad punto por

---

[60] Cf *Dt* VI 13: «A Yahveh tu Dios temerás, a él le servirás, por su nombre jurarás».

[61] Aunque la duración de su vida pública no se puede precisar con exactitud, podemos decir que, tras una estancia más o menos larga en el desierto, el Bautista (cf. Flavio Josefo, *Ant.* XVIII 116-119) predica y bautiza en las orillas del Jordán en el año décimoquinto de Tiberio (27-28 d. C.). Juan el Bautista censuró públicamente la conducta escandalosa de Herodes Antipas (4 a. C.-39 d. C.), hijo de Herodes el Grande (cf. nota 8) y de la samaritana Maltaque, quien tras la muerte de su padre se convirtió en tetrarca de Galilea y Perea. Herodes Antipas se había casado con su sobrina Herodías, mujer a su vez de su hermano Filipo. El Bautista criticó duramente este comportamiento, críticas que le valieron la prisión y le costaron la vida en la fortaleza de Maqueronte (situada en los montes de Moab, en la región de Perea).

[62] Aunque en el evangelio de Mateo (IV 13) leemos que entonces Jesús «vino a residir en Cafarnaúm junto al mar, en el término de Zabulón y Neftalí», sin embargo Juvenco es mucho menos explícito y sólo nos dice que el Mesías decidió establecerse en la tierra de Zabulón, aunque a continuación, en el v. 413, al reproducir las palabras del profeta Isaías, tambiém menciona las tierras de la tribu de Neftalí. Las tribus de Zabulón y Neftalí son las tribus galileas más importantes; sus territorios se extienden por tanto en la parte septentrional de Palestina, al oeste del lago de Genesaret o lago de Tiberíades.

punto de principio a fin[63]: «El territorio de la tribu de Zabulón y de la región con el nombre de Neftalí, los caminos que hay lejos más allá del mar a través de los campos de Galilea, las gentes del otro lado del Jordán y los pueblos inmersos en tinieblas verán súbitamente una gran luz. Para aquellos que permanecen en la sombra de la muerte surge un gozo esplendoroso proveniente de la luz nutricia de la fe». Así pues Cristo, haciendo resonar largos sermones de salvación, anuncia que está próxima la gracia del reino de Dios.

Llamamiento de los cuatro primeros discípulos
(vv. 421-434).
Mt IV 18-22; *Mc* I 16-20.

Caminando adelante por la orilla del ponto[64], ve a dos hermanos —al muy firme Simón, digno del sobrenombre de Pedro[65], y a Andrés con él— disponer los sinuosos repliegues de la red como emboscadas para los peces en las aguas del piélago. «Ahora», les dijo, «capturáis peces en las profundas aguas agitadas del mar, pero si os agrada seguirme, os llegará una poderosa ganancia proveniente de la espléndida captura de hombres». Al instante con su corazón afianzado, tras haber abandonado las redes, decididos siguen los dos juntos sus preceptos. Después cuando vio a los hermanos Santiago y Juan urdir emboscadas para los rebaños marinos con su red de mallas y les dirigió desde la orilla

---

[63] Cf. *Is* VIII 23-IX 1.

[64] El llamado «mar de Galilea», «lago de Genesaret» o «lago de Tiberíades». Su forma es semejante a la de una cítara o una lira. Mide 21 Km de norte a sur y su anchura máxima es de 12 Km. Su nivel está alrededor de 210 m por debajo del nivel del Mediterráneo. Su superficie es de 144 Km^2. En tiempos de Cristo su orilla occidental estaba muy poblada, como se desprende de los mismos evangelios y de la descripción que de esta región nos ha dejado FLAVIO JOSEFO (*Guerra de los judíos* III 506-521). Las llanuras costeras estaban dedicadas a la agricultura y también eran muchas las aldeas que vivían de la pesca, en la que el lago era muy abundante.

[65] Cf. nota 187.

palabras semejantes, aquéllos abandonan en la barca a su padre Zebedeo siguiendo al punto los grandiosos mandamientos de la salvación[66].

Jesús enseña en Galilea y cura a los enfermos (vv. 435-451). *Mt* IV 23-25; *Mc* III 7-12, *Lc* VI 17-19.

Después Cristo sembraba por la tierra de Galilea las sagradas noticias de su reino haciéndoselas saber a las gentes y procuraba una rápida curación a los inválidos y a los enfermos. Y pronto la difundida fama alcanzaba ya a lo lejos Siria haciendo resonar con mil palabras los dones presentes de Cristo. Por último, llevaban a porfía ante Cristo a los consumidos por la languidez de su dolencia y a los afectados por males diversos, a quienes la prolongada enfermedad les había arrebatado con el dolor, agotándoselas, las fuerzas de sus miembros. Pero con su sencillo favor los

---

[66] Si bien en el NT la palabra «discípulos» puede también referirse a un grupo numeroso de seguidores de Jesús (como los 70 ó 72 que envía delante de sí [*Lc* X 1] o las mujeres que lo acompañan [*Lc* VIII 2-3]), lo más normal es que se refiera a los doce apóstoles. Tanto en los evangelios sinópticos como en *Act* los apóstoles aparecen distribuidos en tres grupos: 1.º) Los cuatro primeramente llamados: los dos hermanos Simón Pedro y Andrés, y los otros dos hermanos Santiago y Juan, hijos de Zebedeo; 2.º) Felipe, Bartolomé (Natanael), Mateo y Tomás, apodado Dídimo («gemelo»); 3.º) Los hermanos Santiago y Judas, hijos de Alfeo, Simón el Zelota y Judas Iscariote. Aunque en el interior de cada uno de estos tres grupos el orden de los nombres difiere, sin embargo los cabezas de lista de los mismos (es decir, Simón Pedro, Felipe y Santiago de Alfeo) permanecen siempre inalterables. Tras la ascensión de Jesús, Matías fue designado por sorteo (entre dos candidatos: él y José Barsabás) apóstol en lugar de Judas Iscariote (cf. *Act* I 25-26). Por otra parte no podemos olvidar que el doce es un número con un gran significado simbólico: muchas religiones antiguas tenían doce dioses, la Ley de las Doce Tablas constituía la base del derecho romano, doce son las tribus de Israel, etc. Y sin duda este antiguo significado simbólico del doce resuena en el número de los apóstoles elegidos por Jesús, que se convertirán en las columnas de apoyo del cristianismo.

restituía a todos rápidamente sanos a la prodigiosa alegría. Y ya las enfermedades del alma misma, los implacables delirios y la locura de la mente, que acompaña las fases de la luna, se retiraron cuando se lo ordenó la severa gravedad de sus palabras. Mientras obra grandes prodigios lo acompañan rodeándolo multitudes de gentes diversas, los sólimos, los sirios y la muchedumbre de Judea, abundante en pueblos, y de Galilea y aquellos a los que separa el Jordán con sus aguas estancadas.

Las bienaventuranzas (vv. 452-471). *Mt* V 1-12; *Lc* VI 20-23.

Cuando vio a estos pueblos, se sentó en una altísima roca y comenzó a hablar así a los discípulos que lo rodeaban a él situado en el centro[67]: «Bienaventurados los humildes, a los que envuelve un espíritu pobre, pues a ellos los reci-

---

[67] En los vv. 452-730 (cf. *Mt* V-VII) nos presenta Juvenco el famoso «sermón de la montaña». Hay que decir que éste es el primero de los cinco grandes discursos que constituyen la trama fundamental del evangelio de Mateo. A partir de una serie de materiales preexistentes, Mateo compuso este sermón como una enseñanza (*didakhḗ*) dirigida a la comunidad judeocristiana primitiva. En líneas generales podemos decir que el evangelista lo ha estructurado del siguiente modo: 1.º) Introducción (*Mt* V 1-20): breve pincelada de la situación, bienaventuranzas, *logia* (sentencias desprovistas de marco narrativo) sobre la sal y la luz y máximas sobre el cumplimiento de la Ley. Corresponde a los vv. 452-495 de nuestro poeta; 2.º) Primera parte (*Mt* V 21-48): antítesis de la justicia nueva respecto a la enseñanza de los escribas. Son los vv. 496-572 de Juvenco; 3.º) Segunda parte (*Mt* VI 1-18): polémica contra las actitudes de los fariseos sobre la limosna, la oración y el ayuno. Corresponde a los vv. 573-610 de Juvenco; 4.º) Tercera parte (*Mt* VI 19-VII 12): desarrollo positivo de la vida nueva. Se trata de los vv. 611-678 de Juvenco; 5.º) Conclusión (*Mt* VII 13-29): insistencia en la necesidad de una elección práctica; los versículos 28-29 marcan la transición al pasaje siguiente. Son los vv. 679-730 de nuestro poeta. Aunque son muchas las interpretaciones que se han dado del sermón de la montaña, podemos decir que nos encontramos ante una profundización de la Ley antigua, ante un exigente y riguroso programa de perfección moral.

be el reino sublime del cielo[68]. Semejantes a éstos son los apacibles, a los que corona la mansedumbre, a cuyo gobierno le está reservada la hermosísima tierra. Del mismo modo, grandes consuelos acompañarán a los que lloran. Plena abundancia de comida aguarda para saciar a aquellos que ahora buscan el alimento y la bebida de la justicia. Dichoso quien se afligió de corazón por la suerte del desgraciado, pues a él lo aguardará la generosa compasión del Señor. Dichosos los que contemplan el cielo con un corazón puro; a ellos se les mostrará visible Dios por todos los siglos. Dios incluye en el número de sus hijos a los pacíficos. Sumamente dichosos aquellos a los que por causa de la justicia oprime la frenética persecución; a ellos pronto se les abrirá el palacio del cielo. Alegraos aquellos a los que, por mantener la justicia de las obras, os amenazará con sus crueles aguijones la injuria fogosa; pues una recompensa muy grande os está reservada en el cielo, y en verdad tal fue la persecución de que fueron objeto los profetas.

Jesús llama a sus discípulos sal de la tierra y luz del mundo (vv. 472- 482). *Mt* V 13-16; *Mc* IX 49-50; *Lc* XIV 34-35.

Sabed que vosotros sois en esta tierra el sabor de la sal. Si, tras haber perdido ya la fuerza, se debilita este sabor, ¿qué condimento añadirá el gusto desaparecido de la sal? Y después de esto no queda ningún empleo de la inútil sal, si no es que todos la pisen arrojada lejos.

[68] El exordio de este grandioso sermón lo constituyen las «bienaventuranzas» (*Mt* V 3-12), que Juvenco recoge en los vv. 454-471. Cada una de las ocho bienaventuranzas se compone de dos elementos: proclamación de felicidad y motivo de ésta. En ellas se manifiesta que Dios no es en modo alguno neutral, sino que está del lado de los pobres, mansos, afligidos, hambrientos, misericordiosos, puros de corazón, trabajadores por la paz y perseguidos por la justicia. En la parte final (*Mt* V 11-12; JUVENCO, I 468-471) no aparece en realidad ninguna nueva bienaventuranza, sino una especie de ampliación o explicación de la última. Juvenco sigue fielmente el texto de Mateo.

Vosotros sois (no lo ocultéis) la brillante luz del mundo. ¿Pues quién puede mantener oculta una ciudad apostada en altísimas rocas? Llegue así vuestra luz a todos y colóquese el esplendor del mundo bajo la claridad pura. Que todos elogien la gloria de vuestro Padre, cuyo trono es la mansión del elevado cielo.

Cumplimiento de la Ley (vv. 483-495). *Mt* V 17-19.

No he venido yo a abolir las viejas leyes ni a cambiar los mandamientos que dispusieron los antiguos profetas. Pues todo os aguardará para que lo cumpláis con mi ayuda. Digo cosas reales hasta que llegue el fin del cielo, la tierra y el mar, y ni siquiera faltará una letra de la ley o la sutil distinción de un diminuto ápice, de modo que todo suceda según el orden dispuesto del tiempo. Pues si alguien se atreviese a transgredir la mínima parte de un mandamiento y enseñase igualmente a los hombres a atreverse, éste tendrá en la mansión celeste la reputación de muy pequeño. Pero todo el que, manteniendo la moderación de sus propias obras, transmita al mismo tiempo inviolados los preceptos de los antepasados, será grande y alzará su fama de grande más allá de los astros.

Sobre el homicidio (vv. 496-503). *Mt* V 21-22.

Habéis oído el mandato en los preceptos de la antigua ley: si alguien mancha con sangre humana sus manos, aquel acusado pagará el castigo con la espada vengadora. Pero yo os ordenaré que nadie se atreva a estallar en ira ni a excitarse por el odio ardiente a un hermano. Pues este reo pagará su castigo bajo un juez equitativo. Y una llama no menor perseguirá los gritos injuriosos de aquellos que llaman a su hermano con los nombres de necio o desgraciado.

Sobre la presentación de la ofrenda (vv. 504-510). *Mt* V 23-24.

Pero si, al venerar los altares, quieres presentar una ofrenda y conmueve entonces el fondo oculto de tu mente silenciosa el hecho de que tienes una enemistad contraída en casa con tu hermano, deja allí todas las ofrendas llevadas al santuario y ve antes corriendo deprisa a tratar de alcanzar la paz. Conciliado ya finalmente con el amor fraterno, con el corazón tranquilo ofrécele a Dios los gratos dones.

Sobre la concupiscencia de la carne (vv. 511-518). *Mt* V 25-26.

Además siempre es tu enemigo la inclinación del cuerpo[69]; que éste sea tratado con diligente amor de la castidad, mientras marcha contigo por las encrucijadas de la vida fugaz. Pues el torpe uso del cuerpo te acusará y te colocará atado bajo el juez sublime. Sus siervos te arrastrarán condenado a las crueles cadenas y no te librarás de las tinieblas de la negra cárcel hasta que no devuelvas la última parte de la más pequeña moneda.

[69] Aunque hemos señalado como fuente de estos versos (511-518) a *Mt* V 25-26, hemos de decir sin embargo que en la primera parte (vv. 511-515) nuestro poeta discrepa en cierto modo del evangelista. En realidad Mateo nos habla de la necesidad de reconciliarse con una persona adversaria (v. 25: *Esto consentiens adversario tuo cito dum es cum illo in via: ne forte tradat te adversarius iudici, et iudex tradat te ministro: et in carcerem mittaris,* «Ponte enseguida a buenas con tu adversario mientras vas con él por el camino; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al guardia, y te metan en la cárcel»), mientras que en Juvenco es el cuerpo, la concupiscencia de la carne, el adversario de uno mismo y lo que hay que perseguir es la castidad (vv. 511-515: *Est tibi praeterea semper contraria virtus / corporis; hoc casti celeri curetur amore, / dum rapidae tecum graditur per compita vitae. / Accusabit enim polluti corporis usus / et te sublimi statuet sub iudice vinctum*).

Sobre el adulterio (vv. 519-530). *Mt* V 27-30.

No os permanece desconocida, creo, la resolución de la ley que aparta del adulterio al cuerpo[70], pero ahora mis mandamientos ponen freno a las imaginaciones ocultas del interior de la mente: y no se debe pagar menos la pena del deseo que la de la acción.

Si a ti por casualidad te engaña el error de tu ojo derecho, arráncate deprisa el causante de tu desdichado trastorno y arrójalo lejos. Pues conviene perder un pequeño miembro antes que entregar el cuerpo entero a las llamas y hacer rodar a la vez al alma en castigos perpetuos. Y si tu mano derecha lleva a tu mente por lugares apartados, es preferible cercenar con la espada la causa del engaño a conceder el cuerpo entero a las llamas eternas.

Sobre el repudio (vv. 531-535). *Mt* V 31-32; XIX 7-9; *Mc* X 11-12; *Lc* XVI 18.

Ordenan los antiguos, si alguien rompe su matrimonio, poner por escrito el divorcio[71], crueles palabras de la legislación. Únicamente la adúltera se irá con justicia de la casa del varón, pero que permanezcan las otras, pues la mu-

[70] En el AT se consideran como adulterio las relaciones ilícitas de la mujer casada, y las relaciones extraconyugales de un hombre con una mujer casada (pero no con una no casada, divorciada, concubina, etc.). Hay que añadir que una mujer prometida se consideraba ya en realidad como una casada. Este estado de cosas supone en realidad la vigencia de la poligamia. El adulterio estaba prohibido y se castigaba con la pena de muerte de ambos adúlteros. Ésta se ejecutaba mediante lapidación (cf. *Dt* XXII 24; *Ez* XVI 40; *Jn* VIII 5). El NT perfecciona la noción de adulterio, igualando la falta de marido y mujer. Se advierte que incluso el deseo de la mujer ajena ya constituye adulterio. No existe la pena de muerte, pero se insiste en la enorme gravedad del delito y se les amenaza con la condenación eterna.

[71] Cf. nota 212.

jer repudiada perderá su condición de casto pudor por instigación del marido.

Sobre el juramento (vv. 536-547). *Mt* V 33-37.

Las leyes antiguas prohíben a las lenguas los falsos juramentos, pero por mandato mío cese la osadía de jurar. Y no le está permitido al hombre jurar por el alto cielo, que es la mansión del Señor, ni por la tierra, que sostiene los pies de Dios, ni nunca jurará por el venerable nombre de la ciudad de Sólima[72], porque es propiedad del gran rey. Y a nadie le será lícito jurar por su propia cabeza, pues veis que ni el cabello más pequeño tiene poder para cambiar su color blanco o negro. Si es, baste con decir 'es'; si no es, decid: 'no es'. Lo que sobrepasa a esas palabras, todo lo acumulará con engaños en el espíritu corrompido la fuerza abominable del veneno[73] deslizándose subrepticiamente.

Queda derogada la ley del talión (vv. 548-554). *Mt* V 38-40; *Lc* VI 29.

Conocéis los preceptos de la ley divulgados desde hace largo tiempo: que un castigo similar persiga siempre al que hace daño. Pero la serena paciencia vencerá mejor el mal. Y si alguien te golpea con su mano una parte de la cara, no te olvides de ofrecerle pronto la otra parte de tu rostro. O si alguien te quita la túnica amenazándote con el poder del juez, concédesela de buen grado y que al mismo tiempo se lleve consigo tu manto.

Acompaña a quien te obligue a caminar con él (vv. 555-557). *Mt* V 41.

Y si alguien por casualidad te obliga a caminar con él mil pasos y a soportar el esfuerzo de la pesada carga, te dispondrás pronto a hacerlo y lo acompañarás el doble más de camino.

[72] Jerusalén. Cf. nota 40.

[73] *Vis tetra veneni,* esto es, el demonio. Cf. «Introducción», pág. 35.

Sobre la limosna y los préstamos (vv. 558-560). *Mt* V 42; *Lc* VI 30.

Si te pide algún necesitado, incluso si finge ser un necesitado, dale en abundancia compadeciéndote de corazón; o si alguien te pide algo prestado, concédeselo y no le retires tu rostro apacible.

Se debe amar a los enemigos (vv. 561-572). *Mt* V 43-48; *Lc* VI 27-35.

Y no sea para ti agradable socorrer únicamente a los amigos o considerar a los enemigos dignos de ciegos odios. Más aún, yo te ordenaré estar siempre entre todos con afectuosa complacencia y apaciguar a Dios con súplicas propicias en favor de la vida de esos mismos que se alegran de destruiros y os persiguen fieramente con ánimo adverso y con odio. Pues nuestro Padre dio una misma luz del sol y una misma lluvia tanto a los justos como a los malvados. Porque si sólo honramos a los amigos unidos a nosotros, ¿cuál podrá ser considerado entonces el motivo de la justa recompensa? La gente entregada al lucro sirve sólo a la amistad. Pero vosotros sed semejantes a vuestro Padre perfecto.

Las acciones justas deben realizarse en secreto (vv. 573-579). *Mt* VI 1-4.

Si alguna vez se os presenta la hermosa posibilidad de la justicia, evitad las miradas de los hombres; pues, en ese caso, no habrá ninguna recompensa que acompañe después a tal acción. Sólo la aplaudirá la estéril alabanza del vulgo. Por el contrario, lo que hace tu mano derecha convendrá que tu mano izquierda no sepa que lo hace; el escudriñador de lo recóndito de tu corazón dará entonces a cambio, sólo él, recompensas dignas de los justos méritos.

La plegaria debe hacerse en secreto (vv. 580-589). *Mt* VI 5-8.

Hay quienes se envanecen por la presunción de su muy soberbio espíritu, se alegran de que la multitud asista a sus propias plegarias y se fatigan pasando el día en abundantes palabras; detrás de estos votos viene el vano fruto de la pompa. Pero tú cierra el recóndito interior de tu casa para la piadosa plegaria y honra a Dios con pocas palabras. El Padre mismo sabe cuál es la inquietud de tu espíritu. Nada podemos hablar sin la presencia de Dios, nada ocultan encerrado las secretas cavidades del corazón, todo lo ve Dios estando presente. Así pues, sea de tu agrado concluir tu súplica con estas palabras[74]:

El Padrenuestro (vv. 590-603). *Mt* VI 9-15; *Lc* XI 2-4.

'Padre que estás sentado en la cima estrellada del cielo, que la veneración de tu nombre, te lo pedimos, Padre poderoso, sea santificada entre nosotros. Que tu luz llegue apacible al mundo y nos abra propicia tu reino. Hágase tu ilustre voluntad así en el cielo como en la tierra y lléguenos hoy la sustancia vital de tu sagrado pan. Que tu generosidad borre pronto con su perdón las innumerables deudas de nuestro pernicioso error; no de otro modo perdonamos también nosotros los intereses a nuestros deudores. Esté lejos de nosotros la cruel tentación del demonio abominable y

[74] El *Padrenuestro* es la oración cristiana por excelencia, enseñada por Jesús a sus discípulos. Se nos han transmitido, con diferencias significativas entre ambas, dos versiones del *Padrenuestro* (*Mt* VI 9-13; *Lc* XI 2-4). El *Padrenuestro* transmitido por Mateo, versión seguida por Juvenco, comprende siete peticiones: las tres primeras referidas a la gloria de Dios y las otras cuatro a las necesidades de los hombres.

que tu diestra nos levante desde el mal a la luz'. Pues es así como el Padre perdonará a las gentes sus faltas, si estáis dispuestos a perdonaros los unos a los otros vuestras culpas y a no dirigir obstinadamente vuestro corazón a los pecados.

El ayuno en secreto (vv. 604-610). *Mt* VI 16-18.

Son también muy gratos a Dios los ayunos del pueblo. Pero muchos se esfuerzan por desfigurar su propia cara con el fin de que sus ayunos consigan la vana estima de los hombres. Por el contrario también tú, tras haber puesto tu cabello brillante con el agradable aceite, lava tu alegre rostro con el agua de fuentes puras, para que sólo tu Padre, al ver la recóndita servidumbre de tu piadoso corazón, la elogie y le dé a cambio su recompensa.

El verdadero tesoro (vv. 611-617). *Mt* VI 19-21; *Lc* XII 33-34.

Es inútil velar por los talentos enterrados en el suelo. Allí reinan la herrumbre y las voraces polillas, y todo lo roban los ladrones tras haberlo sacado de sus escondrijos. Esconded vuestros tesoros en la cima del cielo; a ellos no los arrebatará la herrumbre ni las polillas ni una terrible partida de ladrones. Donde está escondida vuestra hacienda, allí también retiene vuestros corazones una fuerza similar.

El ojo, lámpara del cuerpo (vv. 618-624). *Mt* VI 22-23; *Lc* XI 34-35.

Es con la luz del cuerpo con la que ves la luz habitual; pero si la mirada de tus ojos brilla pura y cándida, resplandecerán luminosamente los miembros de tu cuerpo entero. Mas si por el contrario es perversa y contempla torcidamente, oscuras tinieblas se arrojarán sobre todos tus miembros. Pero si la luz se convierte en negras sombras, ¿cuánto horror habrá en las tinieblas mismas sin luz?

Dios y el dinero. Abandono en la Providencia (vv. 625-654). *Mt* VI 24-34; *Lc* XVI 13; XII 22-31.

Nadie puede servir igualmente a dos señores; o cederá al odio hacia uno o cederá al amor hacia el otro, y el esclavo no soportará a los dos señores al mismo tiempo. Nunca podrá alguien servir a las riquezas y a Dios a la vez; pero vosotros conservad estos mandamientos: que no os preocupe el vestido para vuestro propio cuerpo, ni busquéis con angustiosa preocupación los alimentos, fáciles de conseguir. ¿Acaso no apreciamos más el alma que los alimentos del cuerpo? ¿O duda alguno en anteponer el cuerpo al vestido? Miremos las aves del cielo: ¿acaso remueven la superficie de la tierra con la reja del arado hundida, o esparcen semillas de trigo, o siegan con la encorvada hoz las cañas de las mieses? Sin embargo les llegará a ellas abundancia de bebida y comida. ¿Acaso no hay en el corazón de Dios una mayor inquietud por los hombres? Y no habría sido justo ubicar en nuestras entrañas la preocupación por el vestido; no, aunque los hombres pudiesen darles a sus miembros aumentos de un codo[75]. Mirad, ¡cómo resplandecen los lirios por los fértiles campos! Nunca sin embargo excitó a éstos esfuerzo alguno, y ni al ilustre Salomón[76], a pesar de que la corte de su opulento reino go-

[75] Medida de longitud que comprende desde la punta del codo hasta la extremidad del dedo medio, unos 45-55 cm. El codo era una unidad de medida muy utilizada (cf. *Éx* XXV-XXVII; *I Re* VI-VII), especialmente en la construcción de edificios y en la fabricación de muebles.

[76] Salomón (*c.* 970-931 a. C.), nacido en Jerusalén, fue el segundo hijo de David y Betsabé. La descripción de su reinado (aunque enriquecida con temas folclóricos y cargada con grandes exageraciones) la encontramos en *I Re* III-XI. Tras las guerras expansionistas de David (*c.* 1010-970 a. C.), el reinado de Salomón constituyó un período de tranquilidad y paz. El soberano, más inclinado a la diplomacia que a la guerra, mantuvo buenas relaciones con los estados vecinos. La prosperidad económica de su reinado

zaba de la abundancia, lo cubrió la hermosura de un vestido
semejante. [Os agradará la excelencia natural propia de las 645*
tierras]. Mas si Dios mismo viste los abundantes brotes de
praderas y arbustos, destinados a las llamas de nuestros fue-
gos, ¿por qué no tenéis una mayor confianza en vuestro Pa-
dre? Así pues, la comida, la bebida, el vestido y todo lo va-
no dejadlo como la preocupación terrena para las gentes
infieles. Vosotros, mejor, buscad dignamente los reinos ce-
lestes y la justicia de Dios —el resto llegará de modo es-
pontáneo—, y no os preocupe el acopio de lo necesario para
mañana; cualquier día es bastante para sí mismo por sus
quebrantos ordinarios.

No juzgar implacablemente. Sobre la paja en el ojo ajeno. No arrojar joyas a los cerdos (vv. 655-667). *Mt* VII 1-6; *Mc* IV 24; *Lc* VI 37-42.

Que de vuestro juicio se aparte
la condena implacable; pues el Se-
ñor seguirá los argumentos de vues-
tra justicia, los que vosotros, pri-
sioneros del tiempo, establezcáis en
la tierra: [éstos mismos os aplicará 657*
vuestro Padre en el cielo], te es ne-
cesario soportar la medida que fi-
jes. Ves la brizna de paja adherida
en el ojo de tu hermano, y sin embargo no te das cuenta de
que en el tuyo propio hay una viga y te esfuerzas por lim-
piar antes el ojo del otro; pero quita de tu propio ojo la en-
gañosa madera, luego te preocuparás por sustraer la peque-
ñísima raspa del otro. No le deis a los perros lo que es
sagrado ni queráis echarle vergonzosamente alhajas a los
inmundos puercos. Pues aquéllas yacerán en el cieno ex-

la evidencian la gran cantidad de construcciones que en él se llevaron a cabo. El NT habla de Salomón como antepasado del Mesías (*Mt* I 6-7) y destaca en él tres elementos: su riqueza y gloria (*Mt* VI 29; *Lc* XII 27), su sabiduría (*Mt* XII 42; *Lc* XI 31) y la construcción del Templo (*Act* VII 47).

puestas a sus pezuñas y los cerdos, volviéndose contra vosotros, os despedazarán a horribles dentelladas.

Benevolencia del Padre. La esencia de la Ley (vv. 668-678). *Mt* VII 7-12; *Mc* XI 24; *Lc* XI 9-13; VI 31; *Jn* XIV 13.

Al que pide se le dará, el que busca algo lo tendrá tras haberlo hallado y al que llama en las entradas se le abrirá con las puertas de par en par. Todos vosotros los hombres no daréis una piedra a vuestros hijos si os piden pan, ni una culebra si os piden un pez. Vosotros, digo, inflexibles, que tenéis como cosa muy arraigada la dureza de corazón, siempre daréis a vuestros hijos lo bueno. ¡Cuánto más se alegra el Padre benévolo de los hombres de procurar dignamente dulces bienes a los justos que se lo piden! Los beneficios de los hombres que deseáis que os lleguen a vosotros, éstos mismos proporcionádselos a todos con vuestro apoyo[77]. Ésta es la esencia de la ley, esta justicia proclamaron los profetas.

Los dos caminos (vv. 679-689). *Mt* VII 13-14; *Lc* XIII 24.

Pasad, haciéndoos justos, por la puerta estrecha situada sobre el éter. ¡Qué ancha y espaciosa es la ruta que por la senda izquierda envuelve al escarpado camino con las tinieblas de la muerte, y por cuyos declives entran innúmerables multitudes! La senda de la vida está llena de gigantescos escollos, y apenas a unos pocos conduce por los pedregales la excelsa virtud. Pero si convenció a algunos la demasiado engañosa y seductora llanura de los males, resbaladiza por su viciosa inclinación, a éstos los arrebata y los arrastra hacia delante como el ímpetu de un torrente o el rápido corcel

---

[77] Esta máxima, aunque en forma negativa, era bien conocida por el judaismo (cf. *Tob* IV 15: «No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan»). Jesús y los escritos cristianos le dan un giro positivo.

desenfrenado tras haber roto sus riendas o la nave privada de piloto a través del mar azotado por los vientos[78].

Sobre los falsos profetas (vv. 690-700). *Mt* VII 15-20; *Lc* VI 43-44.

Precaveos de aquellos que con nombre falso os tienden emboscadas y se llaman profetas. A éstos los recubre una apariencia de ovejas, pero ocultan pérfidamente crueles entrañas de lobos y, arrastrándolas, despedazan a las desprevenidas multitudes de los que ceden, a los que embauca un engaño terrible. Por sus propios frutos se conoce a

---

[78] Es ésta la única ocasión en que Juvenco recurre a uno de los procedimientos más utilizados en la épica (y sin duda el ornamento más importante y original del género): el símil o comparación. El prestigio de la épica griega y la propia autoridad de los teóricos de la poesía hicieron que el símil haya sido un elemento tradicional obligado de la épica clásica en primer lugar y de todas las epopeyas clasicistas escritas en la literatura occidental posteriormente (cf. G. Highet, *La tradición clásica* I, México, 1978 [1.ª ed. 1949], pág. 246). Pero Juvenco, con el fin de no tergiversar lo más mínimo el mensaje evangélico, no introduce en su obra comparaciones, aparte de las que ya se hallan en el texto del Evangelio. De ahí que el caso que comentamos, los vv. 687-689 (... *velut impetus amnis, / aut alacer sonipes ruptis effrenus habenis, / aut rectoris egens ventosa per aequora puppis*), constituyan una verdadera excepción dentro de su *Historia evangélica*. En ellos introduce el poeta (intentando así ilustrar el modo como serán arrebatados y arrastrados los injustos y perversos) tres de las más famosas comparaciones de la épica clásica: la del torrente embravecido e impetuoso (cf. Homero, *Il.* IV 452-455, V 87-92, XI 492-495, XVII 263-265, XXI 282-283; Virgilio, *En.* II 304-308, 496-499, X 603-604; Ovidio, *Met.* III 79, 568-571; Silio Itálico, IV 520-524; Estacio, *Tebaida* III 671-676; etc.), la del corcel desenfrenado que ha roto sus riendas (cf. Virgilo, *En.* XI 492-497) y la de la nave desprovista de piloto en el mar agitado por la tempestad (cf. Estacio, *Tebaida* X 13-14). Habría que resaltar sin embargo que Juvenco, con el fin de no apartarse demasiado del texto evangélico, ha elaborado tres comparaciones simples y sencillas, desprovistas de los tradicionales adornos que llegan a ocupar un buen número de versos en otros símiles de la tradición.

tales monstruos; debe examinarse qué fin busca una doctrina falaz. 696* [Por ello inspecciónese la estructura de las cosas]. Pues nunca habéis observado a través de las superficies de la tierra que de los abrojos hayan brotado higos y de las zarzas uvas. Y como el árbol se viste con los gérmenes propios de su fruta, así el engaño se hace manifiesto al mostrarse el fruto de aquéllos.

Necesidad de cumplir los preceptos divinos para alcanzar el reino de Dios (vv. 701-714). *Mt* VII 21-23.

No me conmoveré yo con las palabras y la sumisión de los aduladores ni, porque la muy lisonjera adulación me llame Señor, recibirán espontáneamente los premios de la morada celeste. Pero se alegrarán con la merecida recompensa del reino aquellos que cumplan de buen grado los mandatos de nuestro Padre. Llegará pronto el día supremo que con su rigurosa ley le concederá los premios a la justicia y el infierno a la maldad. Entonces el llanto de muchos me dirá a gritos tales cosas: '¿Acaso en otro tiempo nuestras poderosas virtudes, en tu nombre, no lo sometieron todo a tus sagrados preceptos? A menudo también nuestra voz fue incluida en el número de los profetas y en tu nombre fue siervo nuestro el demonio'. Entonces les juraré a aquéllos que nunca conocí una vida humana semejante que está manchada de acciones injustas.

La casa edificada sobre piedra es sólida; la que se edifica sobre arena se derrumba (vv. 715-730). *Mt* VII 24-29; *Lc* VI 47-49.

El que consagre a mis preceptos tanto sus oídos como sus acciones, a éste lo compararé con el hombre que pone los cimientos en sólidas rocas, para quien se alzan encima equilibrados muros. Aquella casa permanecerá incólume a lluvias y vientos y con su solidez afianzada vencerá las amenazas de los torrentes, porque sus cimientos están adheridos a la pie-

dra inconmovible[79]. Pero quien sólo retenga de oído mis mandatos y continúe su marcha lejos a través de lugares resbaladizos con acciones contrarias, a éste lo consideraré semejante a aquel que apoya los cimientos de su casa en la arena inconsistente; cuando comienzan a abatirse sobre ella los vientos con su primer soplo y la lluvia con el derrame de sus aguaceros, todo el edificio se derrumba por el desplome de su peso y prosigue la ruina con la imponente caída del tejado».

La fija admiración de la muchedumbre quedó inmensamente maravillada del que decía tales cosas, porque el poder concedido a Cristo había superado profundamente la doctrina de los antiguos.

Jesús cura a un leproso al descender de la montaña (vv. 731-740). *Mt* VIII 1-4; *Mc* I 40-45; *Lc* V 12-14.

Por último, cuando abandonaba las cimas de la elevada montaña, lo acompañaba con alegría la multitud de los pueblos que lo seguían. Pero he aquí que un joven con sus entrañas afectadas por una horrible epidemia, a quien había desfigurado la lepra tras haberse apoderado de todo su cuerpo, se postró con veneración ante Cristo y le suplica: «Para estar libre al fin del peso de tan gran enfermedad, será suficiente tu voluntad». Entonces la diestra de Cristo purificó sus lívi-

[79] Frente a *Mt* VII 24-25, Juvenco nos presenta en su paráfrasis el concepto mucho más recargado. Hay en el texto juvenciano toda una serie de expresiones con un adjetivo incluido (*solidis saxis, librata moenia, inlaesa manebit, firmato robore, haerent immotae*) que ponen de relieve la firmeza y solidez de la casa construida sobre roca. Del mismo modo, en lo que respecta a la casa construida sobre la arena, nuestro poeta añade al simple texto evangélico (*Mt* VII 26-27) una serie de adjetivos que pretenden reforzar y hacer visible la idea de su inestabilidad. Cf. G. Simonetti Abbolito, «Osservazioni su alcuni procedimenti compositivi della tecnica parafrastica di Giovenco», *Orpheus* 6 (1985), 304-324, especialmente pág. 312.

dos miembros con sólo tocarlo[80]. Después le ordenó al ya sano: «Mantén oculta tu alegría y, obedeciendo la ley, presenta tus ofrendas en el templo».

Jesús sana al criado paralítico de un centurión (vv. 741-766). *Mt* VIII 5-13; *Lc* VII 1-10.

Luego, al instante, cuando se retira, se le presenta suplicante un centurión y, tras haberse arrojado delante, le dice con tales súplicas: «Se atormenta el espíritu enfermo de mi criado impúber, al que la enfermedad, avanzando lentamente, le impide todos los usos de sus miembros y ya un sufrimiento perdurable se apodera de su vida. Pero, te lo suplico, muestra tu compasión con una orden, pues mis delitos impiden que entre en mi casa el Padre de la vida y la luz. Ahora es suficiente que ordenes con una palabra el regreso de la salud. Así a menudo mi poder obligó a los hombres sometidos a mí a cumplir las misiones que les ordené con una palabra». Dijo. Jesús, conmovido por las súplicas y la fe del hombre, tras haberse vuelto a la multitud que lo seguía, le dirige tales palabras: «No recuerdo haber encontrado nunca una fe semejante en mi vetusto pueblo; pero aprended de las palabras verdaderas que el reino sublime del cielo llamará a muchos hombres nacidos en distintas partes del orbe a reclinarse a la mesa de la vida juntamente con nuestros antepasados, cuya descendencia, sumergida en oscuras tinieblas, soportará el castigo rechinando de modo horrendo con sus dientes y recurriendo con frecuencia al llanto perseguida por tormentos perpetuos. Pe-

[80] El medio terapéutico utilizado por Jesús en sus curaciones es el simple tocamiento o la imposición de las manos, que aparecen como un poder irradiante. El motivo de la imposición de las manos lo encontramos a veces asociado al de la saliva (*Mc* VII 32; VIII 22), o al del barro mezclado con saliva (*Jn* IX 6). En el enfermo (o en los asistentes) encontramos la fe en el poder curativo del taumaturgo.

ro a ti, joven, firme en la fuerza de tu espíritu, te llegará ya, como crees, el fruto juntamente con la luz de la salvación. [Obtén al instante lo que deseas, porque lo pides sensata- 762*
mente]». Dijo, y más deprisa que lo pronunció, juntamente con la voz del que habla, van corriendo hasta el criado los favores de la rápida palabra y, marchando el centurión a su casa en un apresurado regreso, se alegra de que hayan llegado antes los dones curativos de Dios.

Curación de la suegra de Pedro (vv. 767-770). *Mt* VIII 14-15; *Mc* I 29-31; *Lc* IV 38-39.

Luego el venerable Jesús entraba en la casa de Pedro, cuya suegra yacía jadeante por el ardor de la fiebre. Y cuando Jesús salvador le tocó su diestra, la mujer le ofrecía sana su servicio en la mesa.

LIBRO II

Jesús es rodeado por la multitud. Exigencias de la vocación apostólica (vv. 1-18). *Mt* VIII 16-20; *Mc* I 32-34; *Lc* IV 40-41; IX 57-58.

Y ya el día retirándose con su luz declinante había caído en el mar y desde lo alto la oscura noche arrastraba a través del vacío su manto sombrío adornado de estrellados fuegos[81]: cuando los pueblos llevaban ya a porfía en tenebrosa noche a muchos hombres que se precipitaban en la caída por la debilidad de su espíritu y a cuyas almas habían sometido las frenéticas artimañas del diablo. Pero la palabra de Cristo, tras haber alejado tan gran enfermedad, les ofrecía indulgentemente a todos los dones del Padre. Pero he aquí que en el nacimiento del día hubo un tumulto mayor con multitudes de gente que le daba las gracias; Jesús, angustiado, ordenó a sus discípulos arrastrar la elevada nave hacia el mar sobrevolado por las velas[82]. En-

[81] Para las fórmulas épicas que señalan el tiempo en el que transcurren las acciones y su utilización por parte de Juvenco, cf. «Introducción», págs. 41-42.

[82] Para así pasar a la parte oriental del lago de Tiberíades (cf. *Mt* VIII 18: «Viéndose Jesús rodeado de la muchedumbre, mandó pasar a la otra orilla»).

tonces un escriba[83] pedía con abundantes súplicas marchar al mismo tiempo en la embarcación del Señor. A él le dice Cristo: «¿Adónde me sigues tú, escriba? A las zorras les ofrece escondrijos en el monte el hueco de una roca, y a las aves del cielo les proporciona descanso el bosque; pero al Hijo del hombre[84] no le está permitido entrar en cobijo alguno: de tal naturaleza son las maquinaciones de vuestra raza[85]».

[83] Para los escribas, cf. nota 41. El origen de estos escribas versados en el estudio de la Ley remonta al período del exilio de los judíos, período en el que tuvieron que releer y recomponer las tradiciones en las que basaban su identidad. En este ambiente de restauración teocrática era totalmente necesario que los escribas tuvieran una gran importancia. Eran formados en una tradición escolar y tal vez eso nos haga comprender el hecho de que menospreciasen a Jesús, que pretendía enseñar con autoridad sin haber estudiado.

[84] Aunque la expresión «Hijo del hombre» (cf. gr. *hyiós anthrṓpou*, lat. *filius hominis*) puede tener la misma acepción que el vocablo «hombre», sin embargo sirvió como designación mesiánica o escatológica en determinados círculos del judaísmo, de los cuales la tomó Jesús. Concretamente, el uso evangélico de la expresión «Hijo del hombre» parece tener su origen en *Dan* VII 13 («Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: / y he aquí que en las nubes del cielo venía / como un Hijo de hombre»), donde la venida de este hombre primordial se sitúa en un contexto de persecuciones y marca una inversión de la situación (*Dan* VII 14: «A él se le dio imperio, / honor y reino, / y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. / Su imperio es un imperio eterno / que nunca pasará, / y su reino no será destruido jamás»). En el NT es sólo el mismo Jesús quien emplea este título y tiene en su predicación una clara significación soteriológica y escatológica. En la iglesia naciente enseguida se tomó conciencia de que era Jesús el Hijo del hombre.

[85] En este episodio del escriba que quiere seguir a Jesús (*Mt* VIII 19-20), Juvenco presenta en forma interrogativa la invitación del maestro a que aquél desista de su propósito. Cf. «Introducción», pág. 28.

Que los muertos entierren a los muertos (vv. 19-24). *Mt* VIII 21-22; *Lc* IX 59-60.

Entonces uno de sus discípulos le rogaba así con sus palabras: «Le debo a mi padre muerto los últimos honores, pero que tu voluntad, Señor, me conceda tiempo para que me sea posible enterrar el cadáver de mi desdichado padre». Cristo respondió a esto: «Acompañarás, mejor, mi camino, y deja a los muertos sepultar en la tierra a los muertos».

La tempestad calmada (vv. 25-42). *Mt* VIII 23-27; *Mc* IV 35-41; *Lc* VIII 22-25.

Suben a la nave, las velas se hinchan infladas por un viento favorable y vuela la quilla por las estridentes olas. Después que la embarcación alcanzó alta mar, el ponto amenaza con alzarse en cólera, encresparse con los vientos desencadenados por ambos lados y levantar al cielo airados montes[86]; [la cólera de los vientos mezclada con las tempes- 29*

[86] El tema de la tempestad constituye un tópico dentro de la epopeya. El ejemplo más famoso de «tempestad épica» tal vez sea el que encontramos en Virgilio, *En.* I 81-156 (contaminación a su vez de la borrasca y el naufragio sufridos por Ulises a causa de la cólera de Posidón [cf. Homero, *Od.* V 291-425] y de la que Nevio hacía padecer a los troyanos en el libro primero de su *Bellum Poenicum* [cf. Macrobio, *Sat.* VI 2, 31]). La tempestad virgiliana ha sido modelo para toda la épica posterior, tanto latina como romance. En esta descripción juvenciana de la tempestad marina (cf. vv. 25-32: *Conscendunt navem ventoque inflata tumescunt / vela suo, fluctuque volat stridente carina. / Postquam altum tenuit puppis, consurgere in iras / pontus et inmissis hinc inde tumescere ventis / instat et ad caelum rabidos sustollere montes; / et nunc mole ferit puppim nunc turbine proram, / inlisosque super laterum tabulata receptant / fluctus disiectoque aperitur terra profundo*) el poeta (desarrollando una brevísima indicación del evangelista [*Mt* VIII 24]: *et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus*) ha intentado acomodarse al tópico y ha utilizado el léxico y las imágenes del famoso pasaje virgiliano. Son varias las concordancias de Juvenco con Virgilio: las montañas de agua (Juvenco, II 29) recuerdan al *praeruptus aquae mons* de *En.* I 105; la expresión *ferit puppim* (Juvenco, II 30) ya la teníamos en *En.* I 115; la visión de la tierra en las profundidades cuando se abre el mar

30* tades de uno y otro lado amenaza también con elevar aira-
31* dos montes al cielo y el ponto levanta escarpadas montañas
30 más allá de los astros]; y ora sacude la popa con una ava-
lancha, ora la proa con un remolino, los entablados de los
costados soportan arriba los azotes de las olas y se hace vi-
sible la tierra tras haberse abierto la profundidad del mar.
Entretanto Jesús gozaba del sueño en la embarcación. A él
sus discípulos y los marineros temblorosos de miedo le su-
35 plican al mismo tiempo que se levante y le señalan los peli-
gros del ponto. Él les dice a continuación: «¡Qué escasa
confianza tenéis en vuestro interior! El temor invade vues-
tros desconfiados espíritus». Luego da órdenes a las tempes-
tades y extiende sobre el mar una apacible calma. Ellos dis-
cuten los prodigios entre sí con temerosas conversaciones,
40 qué fuerza tan grande le ha sido concedida también, qué po-
der es éste a cuyas amenazas se someten los mares agitados
por los vientos y los cuellos de la tempestad desencadenada.

El geraseno endemoniado (vv. 43-74). *Mt* VIII 28-34; *Mc* V 1-20; *Lc* VIII 26-39.

Y ya la embarcación se había
detenido en el litoral de los gerase-
nos[87]; pero he aquí que al que había
desembarcado le sale al encuentro
—admirable de decir— un joven
45 al que un espíritu maligno le llenaba su mente desdichada
atormentándolo con la fuerza inmunda de la locura. La mo-
rada grata para él se encontraba en los repugnantes sepulcros;

(Juvenco, II 32: *aperitur terra*) está también tomada de Virgilio, *En.* I 107 (*terram inter fluctus aperit*). Para todo cuanto estamos diciendo, pueden consultarse V. Cristóbal, «Tempestades épicas», *Cuad. Inv. Fil.* 14 (1988), 125-148, y Ch. Ratkowitsch, «Vergils Seesturm bei Iuvencus und Sedulius», *Jahrbuch für Antike und Christentum* 29 (1986), 40-58.

[87] En este episodio del endemoniado, Juvenco sigue el relato de Marcos y Lucas (ambos hablan de un endemoniado «geraseno») y deja un tanto al margen el relato de Mateo (el cual habla de dos endemoniados «gadarenos»). Hay que decir sin embargo que Gerasa (ciudad de la Decápolis [ac-

y nadie podía detener su impetuoso furor, y aún más, rompía los resistentes grillos de hierro y destrozaba las pesadas cadenas como a hebras de lana[88]. Y, tras haberse liberado ya de los grillos, era una agradable diversión para él brincar y golpearse salvajemente el pecho con piedras. Y cuando éste vio a Cristo prosiguiendo su camino por el litoral, se lanzó con gritos precipitadamente y acudió deprisa dirigiéndole desde lejos palabras de veneración: «Certísimo Hijo del Señor siempre reinante, te pedimos que a nosotros, mortificados por los tormentos,

---

tualmente Jerash], a 36 Km al norte de Amán) tal vez sea aquí una corrupción de Gádara (también ciudad de la Decápolis [actualmente Umm Qeis], a 19 Km al sudeste de Tiberíades). La mención de Gerasa en *Mc* V 1 y *Lc* VIII 26 (también en Juvenco, II 43) resulta problemática porque esta ciudad se encuentra a más de 50 Km del lago de Tiberíades (el mar adonde se precipitan los puercos del pasaje), en tanto que el territorio de la ciudad de Gádara se extendería hasta el lago mismo. Así pues, probablemente haya que leer con *Mt* VIII 28 «gadarenos» en lugar de «gerasenos».

[88] En los evangelios se habla con mucha frecuencia de los posesos o endemoniados (*Mt* VIII 16; *Lc* VII 21; etc.). Estas personas están dominadas por un espíritu impuro que les da una fuerza sobrehumana, los atormenta y los vuelve semejantes a bestias salvajes. Jesús, mediante su palabra poderosa, libera a muchos de estos posesos, expulsando de ellos el mal espíritu y devolviéndoles el dominio de sí mismos. Frente al medio terapéutico utilizado en las simples curaciones (cf. nota 80), en los exorcismos se trata de un verdadero combate entre el taumaturgo y el demonio que posee al individuo. El poseso es como el teatro de un conflicto cósmico en el que se enfrentan dos fuerzas sobrehumanas: Dios y Satán. Son en total seis los exorcismos que encontramos en los evangelios: el endemoniado de Cafarnaúm (*Mc* I 21-28; *Lc* IV 31-37); el endemoniado de Gerasa o, tal vez mejor (cf. nota anterior), de Gádara (*Mt* VIII 28-34; *Mc* V 1-20; *Lc* VIII 26-39); la hija de la sirofenicia (*Mt* XV 21-28; *Mc* VII 24-30); el niño epiléptico (*Mt* XVII 14-21; *Mc* IX 14-29; *Lc* IX 37-43); el endemoniado mudo (*Mt* IX 32-34; *Lc* XI 14); el endemoniado ciego y mudo (*Mt* XII 22-23). Bien es verdad que muchas veces en los textos no está clara la frontera entre exorcismo y curación; ello tal vez sea debido a que se relacionaba fácilmente la enfermedad con alguna acción demoníaca.

no nos arrojes lejos de las costas de nuestra región habitual. Pues nuestro nombre es Legión[89] y únicamente una fuerza nociva junta a muchos espíritus en un solo nombre. ¿Ves cómo los cerdos inmundos hozan estos prados? Que nos sea posible al menos desfogar en éstos nuestra furia expulsada, te lo pedimos por el nombre sublime del Padre asentado en el alto trono». Cristo les ordena a éstos abandonar la mente del hombre y les permite a sus furores acabar en la piara de puercos. Y ya el corazón del hombre, asombrado tras la expulsión del demonio, venera los dones inesperados de su propia curación. Y ya los cerdos se apresuran a destruir sus vidas tras haberse arrojado de cabeza al mar desde el borde de los acantilados. Pero los porqueros por su parte, sintiendo miedo de tan grandes prodigios, huyen de sus atalayas dispersos, corren apresuradamente hacia los edificios de la ciudad, avivan la noticia y empujan a la muchedumbre hacia el litoral. Pero después que la multitud de gente que lo contempló se vio obligada a creer que el joven poseído había vuelto en sí, asustados le pedían a Jesús que abandonara aquella región.

Curación de un paralítico (vv. 75-94). *Mt* IX 1-8; *Mc* II 1-12; *Lc* V 17-26.

Luego Jesús, la luz del mundo, retorna a su casa[90]. He aquí que al regresar Cristo pusieron ante sus pies los miembros paralizados de un joven que estaba tendido en un lecho, a los que una penosa enfermedad les había imposi-

[89] Éste es el nombre del espíritu impuro. Sin embargo no debemos interpretarlo como el nombre propio de uno solo, sino como designando a muchos de estos espíritus reunidos. Y es que a veces, en el caso de estas posesiones, se trata de varios demonios juntos (cf. los siete que salieron de María Magdalena, mencionados en *Lc* VIII 2).

[90] Situada en la orilla occidental del lago, en Cafarnaúm, localidad de Galilea enclavada al oeste del lago de Genesaret a 4 Km de la desemboca-

bilitado sus funciones. Jesús, compadeciéndose de corazón, se dirige a él con estas palabras: «Que una firme perseverancia, joven, asista a tu espíritu, pues se te perdonará el error de tu vida pasada». Esta sentencia la criticaban los escribas en lo recóndito de su mente maligna, porque había pronunciado palabras que debe proferir el poder de Dios. Pero Cristo, conociendo tales pensamientos, dijo: «Esta sentencia la desaprueba la voz de los escribas. Comprobarán, por la fuerza de las palabras y los hechos que siguen a continuación a un tiempo, cuánto más fácil fue haber dicho esto y verán que me ha sido concedido perdonar los pecados. Por eso, joven, levántate vigoroso tras habérsete restaurado el funcionamiento de tu cuerpo y lleva a tu casa tu propio lecho». Se levantó, dispone el lecho en sus hombros ya fuertes y se retiraba vigoroso por medio del pueblo que se admiraba. Entonces el temor y las alabanzas al Señor en los corazones de la multitud celebran al mismo tiempo los gozosos prodigios ocurridos.

Vocación de Mateo (vv. 95-98). *Mt* IX 9; *Mc* II 13-14; *Lc* V 27-28.

Luego, prosiguiendo su camino desde allí hacia las oficinas de los impuestos, vio a Mateo en medio de una multitud[91]; así pues, le ordena al punto unirse a sus discípulos. Aquél, no rechazándolo en absoluto, obedece el mandato de Cristo y se alegra de seguirlo.

---

dura del Jordán en el lago. Durante su ministerio en Galilea, Jesús hizo de Cafarnaúm su principal centro de actividad. Es probable que se tratara de la casa de Pedro (cf. *Mt* VIII 14 = Juvenco, I 767-768), llamada la mayor parte de las veces «casa de Simón y Andrés» (*Mc* I 29) y con frecuencia «la casa» sin más (*Mc* II 1, III 20, etc.).

[91] Este Mateo es el autor del primer evangelio y uno de los doce apóstoles (cf. nota 66). Se le llama hijo de Alfeo y parece que es originario

Encuentros con Felipe y Natanael (vv. 99-126). *Jn* I 43-51.

Después, continuando su marcha[92], exhorta a Felipe con palabras semejantes y lo acogió como compañero entre sus discípulos[93]. Cuando él conoció el poder y el camino de Cristo, tan pronto como se encontró con el justo Natanael[94], le dijo: «Mira, le ha sido concedido a nuestro

---

de Cafarnaúm (*Mc* II 14-15). También recibe el nombre de Leví (*Mc* II 14; *Lc* V 27). Se nos presenta como un publicano, es decir, como un empleado encargado de cobrar los derechos de tránsito y el impuesto sobre los productos y mercancías. Estos impuestos no los cobraban funcionarios romanos, sino que se arrendaban a particulares, los cuales tenían a su servicio a empleados (lat. *publicani*). Aunque estas tarifas aduaneras las fijaba la autoridad, sin embargo con mucha frecuencia se aplicaban de modo arbitrario (pues los arrendatarios tenían que pagar el arrendamiento, cubrir gastos y obtener ganancias). De ahí que toda la población odiase a los publicanos y que en el NT «publicano» sea casi sinónimo de «pecador» («publicanos y pecadores» [*Mt* IX 10], «publicano y pagano» [*Mt* XVIII 17], «publicanos y prostitutas» [*Mt* XXI 31]).

[92] A partir de aquí (v. 99) y hasta el v. 346 inclusive, Juvenco cambia de fuente, deja a Mateo y parafrasea a Juan. Los pasajes elaborados según el último de los evangelios son: encuentro con Felipe y Natanael (vv. 99-126); las bodas de Caná (vv. 127-152); purificación del Templo (vv. 153-176); entrevista con Nicodemo (vv. 177-242); Jesús entre los samaritanos (vv. 243-327); curación del hijo de un funcionario real (vv. 328-346). A partir del v. 347 el poeta vuelve a tomar como fuente el primer evangelio (*Mt* IX 10 ss.), retomándolo en el mismo punto en el que lo había dejado en el v. 99 (*Mt* IX 9).

[93] Felipe es uno de los doce apóstoles (cf. nota 66), natural de Betsaida, localidad situada en la orilla del mar de Galilea.

[94] Discípulo de Jesús, natural de Caná de Galilea (cf. *Jn* XXI 2). Fue llamado al mismo tiempo que Felipe. Pero su nombre no aparece mencionado en las listas de los apóstoles (para los cuales, cf. nota 66). Con el fin de resolver este problema, se le ha identificado con alguno de ellos: con Simón el Celante, el Zelota o, según *Me* III 18, el Cananeo; con Bartolomé, ya que éste sigue siempre a Felipe en las listas; con Mateo, debido a que sus nombres significan prácticamente lo mismo (Mateo: «don de Yahveh»;

tiempo hacer surgir a aquel al que vaticinaron las voces de los antepasados y los sagrados profetas. José, proveniente de la estirpe de David[95], engendró a éste, que tiene a Nazaret[96] como patria dichosa y por nombre Jesús[97]». Aquél le responde: «Si algo engendró Nazaret, me admiro de que sea digno alguna vez de tan grandes poderes». A continuación dice Felipe: «Lo verás, deja de dudar. [Y, prosiguiendo tu marcha, contémplalo, pues te será posible verlo con tus ojos]». Cuando Jesús lo vio de lejos acercándose a él, dijo: «Aquí viene un hombre cuyo corazón, desconocedor de la falsedad, conserva la virtud pura sin perfidia maligna». Aquél dijo después de esto: «¿Dónde o en qué momento me has conocido?». Para él emite el Señor desde su mente adivina estas palabras: «Cuando te protegía la sombra de la desparramada higuera, antes incluso de que te llamaran las palabras de Felipe, te vio y te eligió como compañero el Espíritu creador». Sigue la voz del atónito Natanael con tales otras palabras: «Hijo venerable de Dios, ínclito rey de nuestra raza, tú eres la salvación manifiesta para los pueblos y el maestro de la vida». Cristo responde a esto: «Te ha impulsado a creer un sencillo milagro, el hecho de que he visto que tú estabas recostado bajo la sombra de un árbol; pero a partir de ahora aguardan mayores prodigios de la realidad. Veréis al cielo entero abrirse al mismo tiempo y a los ángeles de Dios penetrar rápidos en el éter, y traerle luego una corona deslumbrante al Hijo del hombre».

Natanael: «Dios ha dado»). Sin embargo los padres de la Iglesia lo excluyeron muy pronto de la lista de los doce.

[95] Cf. nota 26.

[96] Para Nazaret como patria de Jesús, cf. nota 37.

[97] Cf. nota 30.

Las bodas de Caná (vv. 127-152). *Jn* II 1-11.

Entretanto disponían festivas bodas para un casamiento en la región de Caná[98], donde la madre del ilustre Jesús asistía al banquete juntamente con su hijo. Pero entretanto se estaba agotando el vino en el convite. Entonces su madre suplica a Cristo con tales palabras: «¿Ves que ya se ha terminado el licor de la alegría? Que lleguen, hijo, a las espléndidas mesas regalos otorgados por ti[99]». A ella le respondió Cristo, gloria del mundo: «Te apresuras, madre; aún no me obliga un momento propicio a conceder regalos tales a las comidas de los hombres». Luego después la madre llamaba con alegría a los sirvientes de las mesas y les mandaba obedecer las órdenes de su hijo. Había allí seis hermosísimas tinajas de cóncavas piedras, las cuales tenían una capacidad de tres metretas[100]; ordena a los ministros llenarlas del seno de una fuente. Obedecen los jóvenes los mandatos y coronan el agua en los bordes llenos de las tinajas; entonces a través de las bocas la espuma agita hasta arriba el aire mezclado con el agua. De aquí manda que le sea llevado al maestresala para que lo pruebe. Cuando aquél, desconocedor de que la necesidad había convertido en delicioso vino las que hacía poco eran aguas de una fuente pura,

[98] Caná (hebr. *qãneh*, «caña») es una ciudad de Galilea de localización insegura. Posiblemente haya que situarla a unos 13'5 Km al norte de Nazaret, en una zona pantanosa que justificaría bien su nombre.

[99] La preocupación de María durante el banquete de bodas (cf. *Jn* II 3) queda resaltada en Juvenco mediante *cernis* y forma interrogativa. Cf. «Introducción», pág. 28.

[100] El valor exacto de la metreta (medida de capacidad que sólo encontramos en este pasaje [*Jn* II 6]) es difícil de determinar. Posiblemente haya que pensar en una capacidad de entre 20 y 25 litros. Es decir, las tinajas de las que se nos habla contendrían de 40 a 75 litros, lo cual se corresponde bastante bien con las que nos han puesto al descubierto las excavaciones arqueológicas.

cató los regalos de exquisito sabor, reprocha al ignorante esposo que, habiendo guardado los mejores vinos, hubiese repartido antes por las mesas los peores. Con estos prodigios afianzó para siempre con sólida fuerza el espíritu de los discípulos que creían honradamente.

La purificación del Templo (vv. 153-176). *Jn* II 13-22; *Mt* XXI 12-13; *Mc* XI 15-17; *Lc* XIX 45-46.

Luego, cuando se acercaban las solemnes fiestas de la Pascua de los judíos[101], encaminó su marcha hacia los sólimos[102] y entraba en el templo. Encontró aquí a la gente disponiendo muchas mercancías: unos vendían ovejas, otros corpulentos novillos, otros, ansiosos de dinero[103], dedicaban su tiempo al oficio de contarlo. Entonces Cristo entrelaza con cuerdas un látigo de azotar, arroja del sagrado templo a tales gentes y desparrama montones de dinero volcando las mesas e increpándolos desde lo alto: «Llevaos esto lejos, impíos, para que se venere aquí a mi Padre y no a las mezquinas ganancias».

Entonces la multitud judía bramaba pidiendo una señal, por qué tenía el atrevimiento de espíritu para comportarse así. Entonces Cristo proclama de modo confuso tal futuro: «Destruid con vuestras manos manchadas este venerable templo; yo lo levantaré de nuevo cuando al tercer día el sol comience a esparcir por la tierra su brillante luz». Aquéllos, discutiendo entre sí con un insensato murmullo, dicen: «¿Podrás tú reconstruir en un plazo de tres días este templo le-

---

[101] Cf. nota 48.

[102] Esto es, los habitantes de Jerusalén. Cf. nota 40.

[103] Esto es, los cambistas, quienes en la época del NT desempeñaban en Jerusalén un papel muy importante, ya que los peregrinos procedentes de la diáspora tenían que cambiar la moneda de sus países de origen en moneda local de bronce (con la cual realizaban las compras) y en moneda de plata de Tiro (con la que se pagaba el medio siclo correspondiente al impuesto del Templo).

vantado con dificultad durante cuarenta y seis años gracias al esfuerzo de un reino vetusto[104]?». En otro momento, después del tiempo predestinado, los hombres dignos comprendieron esta sentencia, que Cristo había hablado de su propio cuerpo como santuario de Dios. Pero entonces muchos, al ver las señales, adquirieron la fe y siguieron al Señor.

Jesús discute con Nicodemo sobre el bautismo y otras cuestiones (vv. 177-242). *Jn* III 1-21.

En la oscuridad de la noche llegó, encumbrado por su elevada dignidad, uno de los próceres principales del pueblo judío[105] y le habló a Cristo en voz baja[106]: «No hay duda, Señor, de que la generosa voluntad de Dios te ha concedido hacer surgir la luz para los asuntos de los hombres. Y nadie podrá hacer milagros con tan grandes señales si la gracia de Dios no ordena, acompañándolo, que comience a resplandecer». Cristo respondió a esto: «Si

---

[104] Se trata del Templo de Herodes el Grande, al que los historiadores y arqueólogos consideran como tercer templo (el primero sería el de Salomón y el segundo el de Sesbasar y Zorobabel). Este templo (del que tenemos una descripción en FLAVIO JOSEFO, *Ant.* XV 380-425 y *Guerra de los judíos* V 184-237) comenzó a construirse en el año 20-19 a. C. Los cuarenta y seis años de que nos habla aquí el Evangelio nos llevan a situar la escena en los años 27-28 d. C. El Templo de Herodes fue después destruido el año 70 d. C. por las tropas romanas de Tito. Pero, como se especifica a continuación, Jesús está refiriéndose en el pasaje a su propio cuerpo, aludiendo así a su muerte y resurrección.

[105] Esto es, Nicodemo, probablemente un miembro del sanedrín (cf. nota 282). Es uno de los escasos miembros de la elite judía que los evangelios nos presentan reconociendo en cierto modo la autoridad de Jesús.

[106] Frente a la sencillez del texto evangélico (cf. *Jn* III 1-2: *Nicodemus nomine, princeps Iudaeorum. Hic venit ad eum nocte, et dixit ei*), el texto juvenciano aparece mucho más recargado de adjetivos (vv. 177-179: *Nocte sub obscura celso sublatus honore / primorum procerum Iudaei nominis*

buscas la cima del camino justo, nadie podrá ascender al excelso reino si no franquea el comienzo del nacimiento que se le ha concedido de nuevo y alcanza por gracia divina una nueva vida». Pero aquél, con su corazón estupefacto por tan grandes palabras, dijo: «No le es posible a mi mente comprender esto. ¿Quién podrá hacer volver el inicio de una vida comenzada? ¿Acaso uno de edad avanzada puede introducirse otra vez en el seno de su madre para llegar nuevamente a la luz y volver a recorrer la vida?». Tras esto, Jesús respondió: «Si alguien, renaciendo del agua pura y del Espíritu Santo[107], comienza a vivir con nuevos miembros, subirá sin trabas al palacio celeste. La carne terrenal ha nacido de carne terrenal; no de otro modo el Espíritu engendra un soplo semejante a él. Este Espíritu es Dios, al que obedecen todas las cosas del mundo. Él, cuando quiere, vuela por cualquier lado y lanza su voz a través de los aires, pero tú desconoces cuál es el comienzo de su voz y a qué parte se dirigen sus soplos en su carrera. Así pues, todo el que vuelve a tomar el comienzo de una vida justa, es seguro que éste renace semejante al Espíritu Santo». Y el judío respondió a estas cosas: «No puedo comprender nada de esto». Entonces Cristo dijo tales cosas: «Insigne maestro de los sólimos, [gloria sublime del pueblo de los israelitas], ¿también tú, miserable, hundes precipitadamen-

---

unus / venit et ad Christum submissa voce profatur). El *sub obscura* que Juvenco añade al texto evangélico continúa su efecto en *sublatus* y *submissa*, acentuándose así el contraste entre la gran autoridad de Nicodemo y el temor que lo empuja a acercarse a escondidas a Jesús.

[107] Es decir, mediante el bautismo, para el cual, cf. nota 50. Hay que hacer notar sin embargo que para la comunidad cristiana el bautismo de Juan y el bautismo cristiano son bien distintos: el primero sólo anuncia el reino, mientras que el segundo implica la inauguración del tiempo del Espíritu (cf. *Act* XIX 1-6). El primero es un bautismo «con agua», el segundo un bautismo «con espíritu» («con fuego» en el lenguaje judeocristiano). El gesto del agua está en este último relacionado de alguna forma con la recepción del Espíritu.

te tu espíritu, arrebatado de la luz de la vida, en las oscuras tinieblas y no puedes comprender tales cosas tras habérsete embotado el entendimiento? ¡Mira, no es necesaria fe alguna, sólo he tratado cuestiones relativas a la tierra! ¿Qué ocurrirá si mi discurso comienza a elevarse hasta las potencias celestes y a explicar las representaciones superiores de las cosas? ¿Quién de vosotros podrá abrirme su mente endurecida? Así pues, escuchad cuál es el significado de las nuevas enseñanzas. Nadie podrá subir al cielo estrellado, excepto uno sólo, el que ha llegado enviado de la corte del cielo, al mismo tiempo Hijo del hombre, el que vive en la morada del cielo. Como un *día en las regiones desiertas las manos de Moisés alzaron con* honores supremos una serpiente[108], así es necesario que sea levantado a la altura el Hijo del hombre para que, todo el que en las profundas interioridades de su espíritu encamine su fe hacia el nombre de aquél, aplaste con sus pies la muerte en el torbellino del mundo y, alzándose más allá de los astros, reciba la recompensa invulnerable de la vida sublime. Pues con tanto amor quiso Dios al mundo que su único Hijo descendió a la tierra para incorporar a la vida eterna a los que creen en el

---

[108] Se alude aquí al episodio relatado en *Núm* XXI 6-9: «Envió entonces Yahveh contra el pueblo serpientes abrasadoras, que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel. El pueblo fue a decirle a Moisés: 'Hemos pecado por haber hablado contra Yahveh y contra ti. Intercede ante Yahveh para que aparte de nosotros las serpientes'. Moisés intercedió por el pueblo. Y dijo Yahveh a Moisés: 'Hazte un Abrasador y ponlo sobre un mástil. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá'. Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida». A veces se ha visto en este relato un vestigio de la ofiolatría, o culto a las serpientes entre los orientales. En tiempos de Ezequías (727 ó 719-699 a. C.) los israelitas daban culto en el Templo jerosolimitano a una serpiente de bronce llamada Nejustán, a la que consideraban como la utilizada por Moisés. Ezequías la hizo despedazar para evitar la idolatría (*II Re* XVIII 4). En el pasaje Jesús alude a su futura crucifixión como medio de redención.

Señor. Y Dios no envió a este Hijo a escrutar las tierras con una ley rigurosa o a enjuiciarlas en un proceso terrible, sino para que lleguen a los pueblos los dulces dones de la vida. Pues cuando la fe haya abrazado decididamente la salvación, no habrá entonces ninguna ambigua aplicación de la ley. Pero cuando se hayan rechazado los dones para la curación, ya la propia condena de sí mismos atormentará su espíritu; pues no fue reconocido por ellos el Hijo único del Señor. Los desdichados esquivaron con arrogancia la llegada de la luz y permanecieron abrazando más las sombrías tinieblas. Así, todo el que ha manchado su espíritu con obras perversas, se retira amedrentado a las tinieblas para que no se muestre con el brillo de la luz el sórdido contagio de su manchado corazón. Pero todo el que ha mantenido la senda de la vida piadosa se dirige presuroso a la vista de la gente y se alegra de que comience a brillar la luz para que la gloria de su virtud resplandezca por sus espléndidas acciones».

Jesús entre los samaritanos (vv. 243-327). *Jn* IV 1-42.

Luego el salvador Jesús regresa a Galilea[109]. Pero en su marcha hacia adelante llegó por casualidad a la ciudad samaritana de Siquem[110]. Había allí una heredad, prestigiosa por el nombre de Ja-

[109] En el camino de regreso desde Judea a Galilea tenía que atravesar toda Samaria. Aunque las fronteras de la región de Samaria cambiaron a través de los siglos, en líneas generales podemos decir que comprende la parte central de las montañas de Palestina. Se trata de una región dividida por amplios y fértiles valles. El odio entre judíos (naturales de la región de Judea [cf. libro I, nota 1]) y samaritanos era recíproco. En la época de Jesús, «samaritano» era una injuria (cf. *Jn* VIII 48). A su vez los samaritanos importunaban a los peregrinos judíos que subían a Jerusalén (*Lc* IX 52-54; Flavio Josefo, *Ant.* XX 118-133).

[110] En el texto evangélico el nombre de la ciudad es Sicar. Aunque no podemos saber con exactitud la palabra utilizada por el propio Juvenco, hemos de decir sin embargo que a partir de Jerónimo los exégetas bíblicos vieron en «Sicar» una falta del copista en lugar de «Siquem». En el más

cob[111], y un pozo de gélidas aguas abierto hasta las profundidades. Se había sentado aquí el Salvador fatigado en medio del calor sofocante y los discípulos, tras haberse dispersado por todas partes por las murallas de la ciudad para comprar comida, habían dejado solo a su maestro. Saliendo de las murallas, llegó una mujer samaritana para sacar agua del fondo profundo del pozo. A ella le dice Cristo: «Mujer, dame de beber agua». [A ella le pide Cristo que le dé de beber]. La mujer le contesta en respuesta: «Me pides sorprendentemente que yo, una mujer samaritana, despreciando los preceptos de mis antepasados samaritanos, te dé de beber a ti, un judío». Entonces le dice el Salvador: «Si conocieses los dones del Señor y quién es el sediento que te pide agua del pozo, tú más bien le pedirías que te diera agua viva». Aquélla dice después de esto: «El pozo se hunde hasta la profundidad del fondo y tú no tienes ningún cántaro ni tienes el amarre de una soga; así pues, ¿de dónde podrás darme el agua viva? ¿Acaso serás tú más grande que la fuerza

antiguo de los manuscritos que de la obra de Juvenco conservamos (el llamado manuscrito *C*, del siglo VII) leemos ya *Sichen* (la forma propuesta en la edición de Huemer), que es en realidad una variante de la forma más utilizada *Sichem*. En cualquier caso, lo cierto es que debe de tratarse de un sitio distinto de Siquem, ya que esta ciudad fue destruida por Juan Hircano en el año 107 a. C. y no se reconstruyó (con el nombre de Neápolis [Nablús] y a 2 Km al oeste del antiguo emplazamiento) hasta Vespasiano. Es decir, en la época de Jesús, la pequeña ciudad de Sicar (la actual Ascar, a 3 Km al este de Nablús, al pie del monte Ebal) sería el único punto que permitiría situar el pozo de Jacob del que se nos habla a continuación.

[111] Cuando regresó de casa de su tío Labán, Jacob (el padre, a través de sus hijos, de las doce tribus de Israel) compró en Siquem un campo y erigió allí un altar (cf. *Gén.* XXXIII 18-20: «Jacob llegó sin novedad a la ciudad de Siquem, que está en el territorio cananeo, viniendo de Paddán Aram, y acampó frente a la ciudad. Compró a los hijos de Jamor, padre de Siquem, por cien agnos la parcela de campo donde había desplegado su tienda, erigió allí un altar, y lo llamó de 'Él', Dios de Israel»).

de nuestro padre? Pues Jacob bebía de este pozo juntamente con su prole y a menudo trajo aquí sus propios rebaños para abrevarlos». A ella le respondió Jesús, el rey del mundo: «Nadie se saciará plenamente con ese agua, pues sentirá de nuevo sed; pero los dones de mi agua eliminarán por los siglos eternos el deseo ardiente de beber. A quien le lleguen los dulces vasos de mi fuente, le fluirá luego más abundante la gracia del agua de la vida. Pero si se apodera de ti el deseo de mi agua, que venga contigo pronto tu marido tras haberlo hecho salir de la ciudad». La mujer niega que ella esté unida en matrimonio. Entonces Jesús, el conocedor del corazón, prosigue así: «Mujer, hablas acerca de tu esposo con palabras verídicas. Pues a ti te han unido ya los matrimonios de cinco maridos; ahora además mantienes unas relaciones exentas de enlaces matrimoniales». Entonces la mujer dice: «Es seguro que tú eres un venerable profeta. Pero nuestros antepasados nos dejaron en otro tiempo el precepto de que la veneración debe ser en la cima de ese monte[112]; vosotros por vuestra parte decís que se debe orar en la región de los sólimos[113]». A la que dice tales cosas Jesús le responde tales otras: «Mira, llegará un tiempo en el que la veneración estará lejos de la cima de vuestro monte y de todos los sólimos, pero ahora la verdadera salvación surge de la región de Judea y apremia ahora la llegada del tiempo que ya está próximo en el que los verdaderos adoradores, tras haberse eliminado la confusión, oren al venerable Padre provistos de

[112] El monte Garizim, situado al sur de Siquem y próximo al monte Ebal. En tiempos de Alejandro Magno los samaritanos edificaron allí un templo, en el cual se admitió el sincretismo entre Yahveh y Zeus Xenios (FLAVIO JOSEFO, *Ant.* XII 257). Aunque el templo fue destruido por Juan Hircano I (135-104 a. C.), sin embargo el monte Garizim siguió siendo el lugar de culto para los samaritanos.

[113] Habitantes de Jerusalén. Cf. nota 40.

normas legítimas. Éstos tendrán el espíritu y una fe plena y el Padre excelso [El espíritu y la fe llegarán al mismo tiempo y el Padre excelso] exige en la tierra tales corazones de sus adoradores». Ella dice a continuación: «Sabemos que con su propia llegada Cristo le mostrará al orbe como mensajero tiempos eternos». Y entonces Jesús, sintiendo gran compasión de la pecadora, confiesa que él, Cristo, ha venido como luz para el mundo. Y ya los discípulos, de vuelta, quedaron estupefactos ante su maestro porque la samaritana gozase en solitario de aquellas palabras. La mujer, a su vez, dejó deprisa el cántaro delante del pozo e hizo salir al pueblo fuera de todas las murallas de la ciudad. Pues les cuenta que todas las cosas que ella misma había realizado con anterioridad, le fueron dichas una tras otra en la conversación que había mantenido con el profeta. Entonces las multitudes se dirigieron esparcidas a Cristo apresuradamente. Entretanto sus discípulos le pedían con insistencia que tomara alimentos. Él les respondió que le sobraba bastante de excelente comida. Pero entonces la conversación de los discípulos, que se maravillaban, discurría entre ellos con veladas palabras: «Tal vez alguien adelantándose le ha dado antes aquí comida al maestro de modo que, tras haberse saciado, rechaza con razón nuestros alimentos». Pero él, viendo las elucubraciones del interior de su mente, dijo: «Éstos son mis manjares, este corazón se saciará si llevo a cabo a través del orbe los mandatos de mi poderoso Padre. Creéis con seguridad que a partir de este momento quedan cuatro meses para el comienzo de la gozosa recolección, para el fructífero verano. Pues alzad los ojos, mirad las campiñas blanqueando y a todos los campos exigiendo ya oportunamente la siega. Todo el que siegue ahora gozará profusamente después con el salario de su honroso trabajo y con el fruto eterno y el sembrador acogerá con gozo las alegrías de los segadores.

Yo os he enviado a vosotros ahora a segar una mies fecunda a la que no enterró en los surcos vuestro esfuerzo. A vosotros os enriquecerá ahora el trabajo ajeno de una cosecha próspera». Mientras llena con tales palabras los corazones de sus discípulos, he aquí que llegaron suplicándole gentes de los samaritanos y consiguen con sus ruegos que permanezca allí dos días. Y ya una fe profunda había fortalecido a muchos del pueblo; y no creían ya solamente por las palabras que les había dicho la mujer, sino que su manifiesto poder les hacía ver claramente que había llegado Jesús, el salvador del mundo.

Curación del hijo de un funcionario real (vv. 328-346). *Jn* IV 46-54.

Y ya había regresado a la región de Galilea, donde un día había convertido en vino las aguas de una fuente[114]. Aquí un joven funcionario real[115], a cuyo hijo lo abrasaba en el límite extremo de la vida una enfermedad con un jadeante ardor, cuando llega a saber con certeza que Cristo ha vuelto de regreso, acude a él apresuradamente y le ruega con abundantes súplicas por la suerte de su hijo, pidiéndole el favor de una rápida salvación, para que su hijo no fuese arrastrado prematuramente a una muerte amarga. Cristo responde a esto: «Si mi poder no convenciera de todo con prodigios, no habría fe alguna; pero márchate y abraza en tu casa a tu dulce hijo con su vida a salvo». Con estas palabras

---

[114] Alusión a las bodas de Caná. Cf. vv. 127-152 y nota 98.

[115] Un funcionario civil o militar del rey Herodes Antipas (4 a. C.-39 d. C.). El milagro que se nos relata en este pasaje tal vez sea el mismo que nos cuentan *Mt* VIII 5-13 (cf. Juvenco, I 741-766) y *Lc* VII 1-10, aunque estos evangelistas nos hablan del criado de un centurión en Cafarnaúm, en tanto que en Juan se trata del hijo de un funcionario real que, al enterarse de que Jesús estaba en Caná, se dirigió a él a pedirle la curación de su hijo, que estaba enfermo en Cafarnaúm.

la fe gloriosa, que va a percibir pronto el fruto de la salvación, fortalece el espíritu en su alegre corazón. Y ya al que ha emprendido el camino de regreso le sale al encuentro de parte de los siervos, que se apresuran, la noticia anunciadora y que una inesperada salvación ha hecho tornar al muchacho a las regiones de la luz desde el umbral de la muerte. Cuando aquél vio que la hora coincidía exactamente con las palabras de Cristo sanador, somete tanto su persona como su casa abrazando el regalo venerable de la fe.

Palabras de Jesús a los publicanos (vv. 347-360). *Mt* IX 10-13; *Mc* II 15-17; *Lc* V 29-32.

Una ocasión propicia había juntado por casualidad en un mismo banquete a muchos de los que públicamente en nombre ajeno, mediante el arrendamiento de los tributos, se apropian como botín los impuestos estatales[116]. A éstos los recibía Jesús juntamente con sus discípulos. He aquí que los fariseos le censuraban con una risa ficticia que el doctor de la ley[117] participase en tales banquetes. Pero él, viendo qué encerraban sus herméticos corazones, dijo: «No se necesita de médicos cuando una salud inquebrantable vivifica con el privilegio de la fuerza unos miembros vigorosos. Pero el medicamento se debe aplicar justamente a los desdichados enfermos. Ahora sabed al menos qué ordenan las palabras del profeta[118]: 'No deseo yo los corazones sagrados más que los apacibles'. Pues no he venido para los justos que caminan rectamente, sino a apartar de su senda los malos pasos de los pecadores».

---

[116] Esto es, los publicanos, para los cuales cf. nota 91. A partir de aquí Juvenco vuelve a tomar como fuente a Mateo (cf. nota 92).

[117] Término equivalente a escriba, especialista en la aplicación de la ley (cf. notas 41 y 83).

[118] Cf. *Os* VI 6: «Porque yo quiero amor, no sacrificio, / conocimiento de Dios, más que Holocausto».

Respuesta de Cristo a uno de los discípulos de Juan el Bautista (vv. 361-376). *Mt* IX 14-17; *Mc* II 18-22; *Lc* V 33-39.

Pero he aquí que de entre la multitud de los que admiraban los prodigios de Cristo uno de los discípulos de Juan[119] preguntaba por qué ellos mismos observaban los frecuentes ayunos de la ley y las muchedumbres sometidas a Cristo no llevaban a cabo ningún ayuno[120]. Cristo a su vez responde así a esto con apacibles palabras: «Quienes acompañan con alegres coros las bodas del esposo no soportan tristes ayunos mientras aquél está presente. Y ya llegará el día en el que el torbellino del mundo arrebatará al esposo del medio de sus compañeros: ellos le ofrecerán entre afligidas lágrimas sus corazones con el abandono de las comidas. [Llorando concebirán en sus espíritus lánguidos ayunos]. ¿Qué locura es remendar vestidos viejos con telas nuevas, para que el lamentable desgarrón se muestre peor? ¿O echar el cálido mosto en odres muy usados, por cuyas grietas es fácil

---

[119] Juan Bautista (cf. notas 14, 22 y 61). Jesús habría vivido algún tiempo con este profeta rudo y severo. Pero a partir de su bautismo abandonó el círculo de Juan y comenzó su propia predicación. Si bien para la fe cristiana está claro que Jesús era «aquel más poderoso» preconizado por el Bautista (cf. *Mt* III 11; JUVENCO, I 338-339), los evangelios parecen suscitar alguna duda a este respecto. El Bautista continuó teniendo discípulos e incluso hubo competencia entre éstos y los de Jesús. Parece que los caminos de Jesús y de Juan, comunes al principio, se separaron rápidamente. El Bautista lleva una vida de asceta en el desierto, en tanto que Jesús predica entre las multitudes.

[120] Según el NT, los fariseos y los discípulos del Bautista ayunaban celosamente (cf. *Mc* II 18; *Lc* V 33). La verdad es que el judaísmo le fue concediendo una importancia creciente al ayuno, que formaba parte de los ritos de penitencia (*I Sam* VII 6) y de duelo (*II Sam* I 12; *Jdt* VIII 5-6). Además se proclamaban días de ayuno en situaciones críticas nacionales o locales.

perder todo el vino[121]? Lo razonable, más bien, es poner el espumeante mosto en odres nuevos: de este modo conservan el vino unos envases resistentes».

Curación de una hemorroisa y resurrección de la hija de un jefe de sacerdotes (vv. 377-407). *Mt* IX 18-26; *Mc* V 22-43; *Lc* VIII 41-56.

Mientras habla tales cosas, he aquí que un jefe de los sacerdotes[122], afligido en su corazón por el dolor, se arroja a sus pies venerándolo, reclama con lágrimas a su difunta hija —muerte lamentable— e incluso pedía que les llegara a los muertos, como don de Cristo, una verdadera salvación. No hay demora; el salvador Jesús, levantándose, emprende el camino. Siguiendo los pasos del que marcha delante va detrás una mujer a la que en el transcurso de dos veces seis años con una penosa languidez [venía torturándola una enfermedad que la consumía en la palidez cuando se encontraba en la flor de la vida, quedando sus vísceras secas por un flujo interminable de sangre] la venía consumiendo un flujo interminable de sangre que la atormentaba, con sus fuerzas totalmente perdidas y agotada en todo su cuerpo. Ésta, en el

[121] Lo que en el Evangelio es una sencilla afirmación (cf. *Mt* IX 16: *Nemo autem committit commissuram panni rudis in vestimentum vetus: tollit enim fortitudinem eius a vestimento veteri, et peior fit scissura*), en Juvenco se transforma en una interrogación que da mayor vivacidad a la exposición (vv. 371-374: *Quam stultum est, rudibus veteres subtexere pannos / vestibus, ut turpis peius scissura patescat? / Aut utribus calidum tritis committere mustum, / quis ruptis totum sequitur disperdere vinum?*).

[122] Mientras que Mateo nos presenta a este personaje como un funcionario de Cafarnaúm, Marcos y Lucas nos lo muestran como jefe de la sinagoga y nos dan además su nombre (Jairo). Los relatos evangélicos de resurrección como el que leemos en este pasaje hay que ponerlos en relación con las curaciones (cf. nota 80), ya que en realidad son relatos de reanimación.

interior de su corazón, le daba vueltas a su callado pensamiento esperanzadamente y se mantenía ya firme consigo misma en la creencia de que la infección huiría al instante de su cuerpo agotado si pudiera tocar el borde del manto de Cristo. Cuando ella a través de la multitud tocó con su mano temblorosa el fleco colgante del manto prodigioso, al punto él, viendo no sólo las causas de su enfermedad sino también su corazón creyente, le concedió una rápida curación juntamente con tales palabras: «Recibe la recompensa que mereció tu perseverancia en la fe». Y enseguida se fortalecieron las venas tras haberse sujetado la sangre. Después que se llegó a donde los funerales de la muchacha, el ruido ingente del pueblo que lloraba y el sonido de las trompetas llevaban a cabo los honores finales del último cortejo[123]: «Aléjese», dijo, «de tu casa esta tristeza. Pues yace sumergida en un plácido sueño la muchacha a la que la ignorante muchedumbre de los que lloran cree muerta». La multitud de quienes se reían abandonó al que profería tales cosas, porque había dicho que la muchacha, arrebatada de la muerte, estaba durmiendo. Pero Cristo, vencedor de la muerte y creador de la vida, dignándose coger con su diestra la diestra de la que estaba fría, le ordenó luego que se levantara para prodigiosa alegría de su padre.

Cristo cura a dos ciegos (vv. 408-416). *Mt* IX 27-31.

Luego al regresar se le presenta por delante el clamor de dos ciegos cuyos pasos avanzaban al mismo tiempo. A ellos les dice Cristo: «¿Qué creen vuestros corazones? ¿Acaso con mi poder se os devolverá la luz que se os quitó?». Le

[123] Al igual que en todos los pueblos vecinos, en Palestina la música acompañaba todos los actos de la vida. Había música en las bodas y banquetes, en la coronación de los reyes, en todos los festejos profanos, en el duelo y en los funerales, etc.

confiesan que ellos lo creen de firme corazón. Entonces Cristo les dice: «Puesto que creéis, ved la luz, y después de esto no le deis a conocer a nadie mi nombre». Dijo; pero entre tan gran gozo el entusiasmo incontenible de los ya videntes divulgaba la noticia por todas partes.

Curación de un endemoniado mudo y quejas sobre la escasez de segadores (vv. 417-429). *Mt* IX 32-38; *Lc* XI 14-15; X 2.

Y después se le presenta un joven a quien la irrupción del demonio le había arrebatado la facultad de su resonante voz. Pero cuando el demonio se retiró arrojado de su pecho, al instante volvieron de nuevo las facultades a su lengua sana[124]. Lo rodea la apiñada multitud del pueblo que admiraba tales prodigios; pero al ver tantos miles de hombres, se lamenta como el dueño de una heredad a quien innumerables ovejas privadas de pastor le pacen sus ricos pastos. Entonces dirige tales palabras a sus discípulos: «¡Qué fecundas cosechas se extienden por la superficie del campo! Pero la abundancia de mies supera la escasez de segadores. Ya hace falta pedir al dueño de tan gran cosecha que quiera llenar sus campos de multitud de agricultores[125]».

Discurso de Jesús a sus doce apóstoles sobre la misión de éstos (vv. 430-508). *Mt* X 1-42; *Mc* III 13-15; VI 7-13; *Lc* VI 13; IX 1-6.

Tras haber dicho esto, reúne separadamente en asamblea a los doce enérgicos corazones elegidos de entre todo el pueblo[126]. Cuando los tuvo aparte, los instruyó con tales preceptos: «Evitad el camino que huellan los pérfidos gentiles y los pasos fraudulentos de los

[124] Para los endemoniados y su curación, cf. nota 88.

[125] Los vv. 425-429 (cf. *Mt* IX 37-38) son una verdadera transición al pasaje siguiente.

[126] Los apóstoles (cf. nota 66). Los vv. 430-508 constituyen el discurso sobre la misión de los apóstoles (cf. *Mt* X), el segundo de los cinco

samaritanos[127]. Avanzad por donde está en peligro la custodia del ganado de vuestro Padre. Al proseguir vuestro camino, asumid un espíritu semejante a mí, para que la sagrada fe someta bajo vuestro yugo los poderes del demonio maligno y os proporcione un piadoso remedio para las enfermedades. Estas facultades no os las proporcionará ninguna retribución y del mismo modo ofreced vosotros estos dones gratuitamente. Que no domine a vuestro espíritu la posesión de oro o plata ni os subyugue el ansia perversa de dinero. Que el siervo de la verdadera virtud no desee poseer dos vestidos ni dos pares de sandalias para sus pies. Cuando hayáis pasado las murallas de una ciudad, indagad siempre en el alojamiento de qué personas les conviene a los justos hospedarse; y luego, al entrar, invocad la paz dentro de la casa. Si la casa es apacible, aquella paz permanecerá; si por el contrario está erizada de abominables costumbres de los que la habitan, se desvanecerá y vuestra paz seguirá vuestra marcha. Os aparta cualquiera violentamente del umbral de su casa o desprecia con duros oídos las palabras dadoras de vida, [o si una casa, sintiendo repugnancia, os impide hos- 451*
tilmente a los siervos de Dios entrar bajo su techo y com- 452*
partir el fuego del hogar], en ese caso, al marcharos de la casa, sacudid vuestros pies para que no quede en vosotros una pizca de vida abominable. A aquéllos, cuando le llegue el fin al mundo entero, les aguardará un castigo peor que los

grandes discursos que integran el evangelio de Mateo. Y de acuerdo con la alternancia palabra-acción que rige la estructuración de este evangelio, los vv. 509-732 corresponden a la acción (*Mt* XI-XII), si bien Juvenco ha omitido aquí algunos breves pasajes de su fuente primordial (*Mt* XI 16-24, XII 15-21) y por el contrario ha insertado en los vv. 637-691 un nuevo pasaje de *Juan* (V 19-47) que versa sobre la unidad del Padre y el Hijo.

[127] Cf. nota 109.

suplicios de los habitantes de Sodoma[128]. Ahora continuad vuestro camino como ovejas, la presa de los crueles lobos; vosotros, por vuestra parte, haceos fuertes con la astuta inteligencia de las serpientes, procurando, sin embargo, superar en sencillez a las dulces palomas. Pues a menudo caerá sobre vosotros precipitadamente la injuria y pondrán vuestros cuerpos ante los tribunales de los hombres. Bramando de cólera os amenazará por mi causa la violencia del mundo con látigos, rígidas cadenas y crueles tiranos. Cuando os hayan entregado, dejad a un lado la preocupación por las palabras; el don del habla se os concederá fluyendo espontáneamente; el Espíritu que habita en vosotros hablará dignamente en favor vuestro. Pues la locura criminal del hermano traicionará al hermano y los hijos entregarán los cuerpos de sus padres para la muerte. Os acosarán siempre los odios por causa de mi nombre, pero la gloria de la vida llega tras el término supremo de la fe. Huid de las casas de la ciudad que os persiga; buscad desde aquí una residencia, luego desde allí otra. Necesariamente tendréis siempre ciudades que sometan su pueblo al nombre de los israelitas. Que el discípulo no sobrepase nunca las elevadas cimas del maestro y que el siervo no intente ser superior a su señor. Es bastante para el discípulo igualar las facultades de su maestro o para el siervo alcanzar una virtud semejante a la de su señor. Que se aparte siempre de vuestros corazones todo temor; pues todo sale desnudo a la luz desde sus escondrijos. Todo lo que os ordenen secretamente en las tinieblas, proclamadlo bajo la

[128] Principal ciudad de la Pentápolis cananea (las otras cuatro son: Gomorra, Admá, Seboím y Bela). En el AT es proverbial la perversidad de Sodoma (*Gén* XIII 13; *Jer* XXIII 14; *Ez* XVI 48-50). La catástrofica destrucción de la ciudad quedó como modelo del juicio punitivo de Dios (*Dt* XXIX 22; *Is* XIII 19; *Jer* XLIX 18; *Am* IV 11).

brillante luz del sol resplandeciente. Y todo lo que os digo susurrándolo a vuestros oídos, propagadlo a los pueblos desde la elevada cima del tejado. Despreciad la cólera de aquellos que abatan vuestros cuerpos con la espada: no tienen éstos poder alguno para aniquilar al mismo tiempo con la muerte el espíritu eterno. Pero teman más bien las profundidades de vuestro corazón a aquel que tiene juntamente todo el poder sobre el cuerpo y el alma. Apenas una pequeña cantidad de dinero se establecerá como precio para los pájaros; sin embargo no es justo creer que caiga uno solo de ellos en nuestras redes sin el consentimiento del Señor. ¿Qué sabio puede dudar de que en el corazón del Señor un hombre solamente vale por muchos millares de pájaros? A quien me haya reconocido ante el juez en la tierra, a él lo reconoceré yo igualmente en presencia de mi Padre; así, del mismo modo negaré delante de mi Padre al que me niegue. Pues no he venido yo ahora a traer la paz a la tierra, sino la espada que separe al hijo del corazón de su padre y que separe a la dulce hija del corazón de su madre. Si alguien tiene a su padre en más que el amor a mí, o pospone el amor a mí a su madre o a su descendencia, conocerá la horrible expulsión de mi morada. Todo el que desprecie su vida por causa de mi nombre, la hallará floreciente con el fruto gozoso de la salvación. Quien os acoja a vosotros, se alegrará para provecho suyo en la vida eterna de haberme acogido a mí con sus bondadosas atenciones y al mismo tiempo de haberme acogido a mí en representación del Padre supremo».

Pregunta de los discípulos del Bautista a Jesús y palabras de éste sobre aquél (vv. 509-547). *Mt* XI 1-15; *Lc* VII 18-30.

Cuando dio tales mandamientos a sus dos veces seis discípulos, desde las sombras de la tenebrosa cárcel el intachable Juan manda a unos elegidos de entre la multitud de los que lo siguen a que le lleven a Cristo tales palabras y

a que consigan la verdad[129]: «¿Eres tú para los piadosos espíritus el descanso que prometió a las tierras la corte del cielo, descanso que resplandece en nuestro tiempo? ¿O hay que esperar después de esto otra salvación?». Cristo le hace llegar esta respuesta con tales palabras: «Las tinieblas de los ciegos se transforman en resplandor de luz y los miembros de los inválidos tienen fuerza tras haberse restablecido su vigor; la lívida lepra se desvanece del cuerpo escamoso, el sonido aéreo de la voz penetra en los oídos sordos. La fuerza ya libre del alma, regresando al cadáver, [la esencia del 522* alma, regresando al cuerpo muerto,] es devuelta tras las exequias de la muerte a la vida perdida y la gloria de mi resplandeciente llegada se muestra esplendente a sus pobres 524* sin desdeñarlos [y la gloria esplendente de mi llegada se 523* muestra anchamente, sin desdeñarlas, a todas las tierras que hacen brotar la luz]. Será dichoso aquel al que no engañe el error». Tales respuestas le llevan los discípulos a su maestro. Además de esto, Cristo dirige al pueblo tales palabras: «¿Por qué habéis querido contemplar recientemente en el desierto un cañaveral moverse con la agitación del viento? ¿Por qué también ver a uno cubierto con un vestido delicado? Con un vestido delicado están en los palacios de los reyes. La revelación de los antiguos escritos de otro tiempo promete que sólo aquél supera los poderes de los profetas. Pues a éste se refiere la lectura de la palabra venerable[130]: 'Mira, yo envío delante de tu rostro a un siervo mío para que prepare los caminos'. Y ninguna mujer dio a luz a un hijo que fuese más poderoso que las fuerzas de nuestro Juan. Pero el más pequeño en el palacio del cielo será más grande que éste. Desde el nacimiento de Juan la regia mora-

[129] Para Juan Bautista, su encarcelamiento y su relación con Jesús, cf. notas 14, 22, 61 y 119.

[130] Cf. *Mal* III 1.

da del cielo sufre la violencia y una cruel ferocidad desgarra 540
el reino del cielo. Toda la ley alcanzó su culmen en los
tiempos del Bautista y al mismo tiempo se establece el fin
de los profetas. Si queréis saber los misterios del tiempo fu-
gaz, [va a llegar a la época de Juan el dichoso Elías,] el di- 543*
choso Elías[131], al que en otro tiempo arrebató la apariencia
de una cuadriga de rápidas llamas enviada en un torbellino 545
fulgurante, eligió para habitarlo el cuerpo de Juan. Que oiga
esto el que abre sus oídos a las palabras de la vida.

El Evangelio revelado a los sencillos. Jesús, maestro bondadoso (vv. 548-560). *Mt* XI 25-30; *Lc* X 21-22.

Ahora te alabo, Padre, al que
está sometida la gloria del tiempo
resplandeciente y de las tierras fru-
gíferas, porque has ocultado ahora 550
estas cosas a los sabios orgullosos,
[ocultaste en otro tiempo estas verdades a los ojos de los 550*
hombres de escasa sabiduría] y deseas que comprendan esto
los humildísimos corazones de los niños. Ya me han sido
entregadas todas las cosas de mi Padre reinante, y nadie po-
drá conocer al Hijo del Señor si no es únicamente su Padre;
en su espíritu verá al Padre el Hijo o aquel al que el mismo 555
Hijo le muestre tales cosas. Que vengan aquí todos a los que

[131] Elías (siglo IX a. C.), originario de Tisbé de Galaad, gozó siempre de una gran popularidad en Israel. La importancia de Elías en su época radíca en el hecho de que se pronunció con gran decisión por la veneración exclusiva de Yahveh, convirtiéndose en el defensor solitario de un yahvísmo intransigente. El personaje tiene además una clara dimensión escatológica, como demuestran *Eclo* XLVIII 1-11 y especialmente la profecía de Malaquías (*Mal* III 23-24: «He aquí que yo envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahveh, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que venga yo a herir la tierra de anatema»). El judaísmo tardío espera a Elías como precursor del Mesías. El NT considera que en la actividad de Juan Bautista se ha cumplido esta espera de Elías. En lo que respecta a la «ascensión» del profeta, se trata de un relato sutil y artificioso envuelto en el misterio (cf. *II Re* II 1-18).

oprime el peso de una gran carga; a éstos mi poder, con la gracia del Padre, será capaz de restaurarles sus viejas fuerzas mediante el alegre reposo. Coged valientemente mi yugo, ligera es mi carga para los justos, pues se les concede generosamente la dulce salvación en pago a su humildad de corazón».

Las espigas cogidas en sábado (vv. 561-582). *Mt* XII 1-8; *Mc* II 23-28; *Lc* VI 1-5.

Cuando emitió estas palabras, pasa por unos sembrados de mies madura y la multitud de discípulos que lo seguían cogía para comer, conforme a la costumbre, el fruto granado de las espigas. Aquel día, según la antigua ley, exigía descanso, pues de acuerdo con los viejos mandamientos los sábados obligaban al ocio[132]. He aquí que los fariseos[133] censuraban a Cristo públicamente porque al cortar

[132] El sábado como séptimo día de la semana, en el que se descansa después de seis días de trabajo (cf. *Éx* XXXI 12-17; XXXV 1-3; *Lev* XXIII 3), es algo propio de Israel que no tiene paralelo en el mundo antiguo. Algunos ambientes del judaísmo llegaron bastante lejos en el respeto del sábado y multiplicaron de modo asombroso las reglas para que el precepto se observara rigurosamente. Parece que los esenios (para los cuales cf. nota 22) fueron los más severos de todos los judíos (cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos* II 147): se inhibían de cualquier trabajo, preparaban los alimentos la víspera para no tener que encender fuego el día siguiente, se abstenían de cambiar cualquier objeto de lugar e incluso de hacer sus necesidades. Es decir, con el fin de garantizar el carácter sagrado del sábado, se fueron multiplicando poco a poco las reglas relativas a este día, reglas que también contribuyeron a convertirlo en una especie de carga.

[133] Uno de los grupos judíos de la época de Jesús (según Flavio Josefo [*Ant.* XVIII 12-25] en el siglo I se podían reconocer entre los judíos cuatro sectas: fariseos, saduceos, esenios y zelotas). Los fariseos constituyen un partido preocupado por una gran fidelidad a la Ley. Contaban con numerosos doctores y escribas que se destacaban especialmente en el estudio y la interpretación de la Escritura. Deseosos de elaborar un marco preciso que permitiera la estricta observancia de la Ley, multiplicaron sus prescripciones y llegaron a elaborar una ingente cantidad de reglas. El ri-

las espigas sus discípulos infringían los mandamientos de la sagrada ley. Pero entonces Jesús, cumplidor de las leyes, comienza a aclararles a ellos los testimonios de los escritos antiguos: «Indudablemente habéis oído que en otro tiempo el cantor David[134] juntamente con su pueblo cogió en el templo los panes sagrados y sació su propia hambre y la de sus compañeros; pero a todos ellos les estaba prohibido tocar aquellos panes que, según la ley, sólo podía coger el sacerdote[135]. En la misma ley está escrito con justa moderación: que los sacerdotes quebranten, sin ser reos de culpa, los sábados en el templo[136]. Y no es la aglomeración de vuestra multitud aquí menos valiosa que la santidad del templo. Si vuestro entendimiento hubiera comprendido que Dios no prefiere los corazones sagrados sino los apacibles, vuestra facción no habría ya condenado a menudo a unos hombres

---

gor con que vivían hacía que tuvieran una gran audiencia entre el pueblo llano. Aunque era el grupo judío del que Jesús estaba más cerca (los fariseos también creen en la resurrección de los muertos y llaman a la conversión), sin embargo son múltiples los puntos de colisión con ellos: Jesús come con pecadores y publicanos, no respeta las prescripciones del sábado, se despreocupa de las reglas de pureza, etc. Es decir, Jesús les discute el carácter demasiado absoluto de la Ley.

[134] Cf. nota 26.

[135] El episodio se nos cuenta en *I Sam* XXI 2-6. David, huyendo precipitadamente con algunos de sus compañeros de la ira de Saúl, llegó extenuado por el hambre a Nob, donde se presentó al sacerdote Ajimélec y le pidió algo de comer. A pesar de que éste sólo tenía a mano los llamados «panes de la proposición» o «panes de la presencia» (doce panes ácimos, en representación de las doce tribus, colocados en dos hileras sobre una mesa en el santuario y reemplazados todos los sábados por otros nuevos; únicamente podían servir de alimento a los sacerdotes), no tuvo reparo en entregárselos a David y sus compañeros.

[136] Los sábados precisamente se incrementaba el trabajo de los sacerdotes, por ser mayor el número de sacrificios que se ofrecían. Los mismos rabinos consideraban más importante el servicio del Templo que la observancia del sábado.

venerables, libres de culpa. Pero ahora yo seré el dueño de todos los sábados por derecho de ley, disponiendo sobre ellos de acuerdo con mi propia voluntad».

Curación del joven de la mano paralizada (vv. 583-598). *Mt* XII 9-14; *Mc* III 1-6; *Lc* VI 6-11.

Entonces después de tales palabras se dirige a la sinagoga[137] de ellos mismos; luego ve aquí ante el umbral a un joven al que le colgaba seca desde el hombro la masa inservible de su mano. Pero entonces, sondeándolo con astutas palabras, le preguntan si es lícito proporcionarles la curación a los enfermos en sábado[138], de forma que permanezca el castigo por la infracción de la ley. Cristo respondió a estas cosas: «Si por casualidad vuestras ovejas cayeran en un hoyo, sin duda dejaríais a un lado el ocio de la ley y sacaríais del hondo barranco a la res más insignificante. Así pues, ¡cuánto más nos debe avivar la curación de los hombres nuestros espíritus elevándolos hacia las buenas acciones! Por consiguiente, joven, venga, extiende tú la mano re-

[137] La sinagoga es el lugar destinado a la reunión de la comunidad judía para la lectura bíblica y para la oración. Las sinagogas eran por lo general rectangulares, divididas frecuentemente en tres naves, que estaban separadas entre sí por columnas y que poseían cada una su propia entrada. Las puertas o el ábside estaban orientados hacia Jerusalén, ya que para orar los judíos se volvían hacia dicha ciudad. Podemos decir que estos edificios se conciben como pequeños templos en los que hay un lugar tapado por un velo (el «Santo», donde se conservan los libros sagrados) y el resto de la construcción, la parte más amplia, que constituye la sinagoga propiamente dicha. En medio del lado del Santo se halla el púlpito del presidente de la asamblea y del lector. A lo largo de las paredes hay bancos para los fieles. En un principio los servicios sólo tenían lugar los sábados y los días festivos; más tarde hubo servicio también los demás días, especialmente los de ayuno. Jesús y sus apóstoles utilizaron las sinagogas para predicarles el Evangelio a los judíos allí reunidos (cf. *Mt* IV 23; *Lc* IV 44; *Act* XIII 5).

[138] Cf. nota 132.

generada». Con estas palabras extendió curado ambas palmas. Entonces ante tales prodigios, a los que el fervor del pueblo que se maravillaba apenas podía honrar con una justa veneración, los fariseos[139] gritan en sus terribles asambleas que Cristo debe ser eliminado.

Calumnias de los fariseos a Cristo y respuesta de éste (vv. 599-636). *Mt* XII 15-37; *Mc* III 22-30; *Lc* XI 14-23.

Conociendo Cristo tales intenciones de los próceres, se aleja; proporciona a las variadas enfermedades de los hombres la curación concedida a los pueblos por la gracia de su Padre. Se le presentó luego uno del que, privado tanto de la voz como de la vista, el horrible poder del demonio quería que viviese para el sufrimiento y que fuese el alimento para sus propios suplicios[140]. Cuando la ciega facción de la estirpe de los fariseos se dio cuenta de que éste había sido curado y que estaba gozando de la vista y de la voz, dicen que aquél había conseguido esto con la ayuda del demonio porque solamente el príncipe de los demonios tiene bajo su dominio las fuerzas de la perversidad. Pero Cristo pone al descubierto tales corazones refutándolos con palabras veridicas: «Si un reino se escinde dividido en dos partes y las dos mitades separadas luchan entre sí, rápidamente se desplomará todo tras la destrucción de sus entrañas. Y si un espantoso demonio es arrojado por otro demonio horrendo, lucha contra sí mismo escindido en fuerzas adversas. ¿Quién podrá conseguir un botín de las casas de los hombres si el ladrón no sujeta antes con ataduras los brazos de los guardia-

[139] Cf. nota 133.

[140] Para los endemoniados y su curación, cf. nota 88. Aquí se trata de un endemoniado ciego y mudo. Las palabras de *Mt* (XII 22) y el pasaje paralelo de *Lc* (XI 14) parecen indicar que la ceguera y la mudez eran efectos de la posesión del demonio.

nes para que el robo del botín resulte fácil? Cualquier soldado que esté lejos apartado de mis armas se mostrará como enemigo en el frente adverso de la contienda. Cualquiera que se desvíe libremente de las aglomeraciones de mis rebaños, que tasque él los pastos por lugares apartados de mi ganado. Pero cualquier pecado de los hombres que haya existido acerca de cualquier cosa, podrá perdonarse; tan sólo que nunca un corazón insensato ultraje al Espíritu con desenfrenadas palabras. O si alguno profiere encolerizadamente injurias al Hijo del hombre, también estos pecados podrán serle perdonados. Pero sólo con que la ira profana de las palabras de cualquiera ofenda al Espíritu Santo, se abrasará ahora y siempre en los irrevocables suplicios del fuego. ¿Cuándo la terrible progenie de la serpiente venenosa podrá apaciguarse con el dulce fruto de las palabras? Pues normalmente los dulces bienes se sacan de los tesoros y los venenos perniciosos proceden de las bocas mortíferas. Por el valor de las palabras llegará el castigo de parte del juez; por el valor de las palabras se concederá la vida de parte del juez.

Sobre la unidad del Padre y el Hijo (vv. 637-691). *Jn* V 19-47.

Lo que haga el Padre, todo lo continuará el Hijo, pues enseña también claramente al Hijo todo lo que hay que ver y después le mostrará los prodigios superiores de la realidad. Pues así como el Padre hará a los cuerpos muertos volver a la brillante luz de la vida, así el Hijo, en el resurgimiento de los cuerpos, conducirá al resplandor de la vida a todos los que quiera; y el Padre no indagará nada actuando él como juez vuestro, sino que le ha concedido al Hijo el derecho de indagar estas cosas a través del orbe para que la gloria tanto del Padre como del Hijo permanezca semejante. Pues si vosotros apartáis de vuestra veneración al Hijo, des-

preciaréis al Padre con igual perversidad. Pero a quien la gracia de nuestra palabra le consolide la fe, pronto se le mostrarán los dones del Padre que me envía y su esforzada constancia le otorgará la vida eterna. Y no hay juicio para él, sino que se va lejos de la negra muerte y se dirige floreciente a los umbrales de la luz.

Llegará el tiempo en el que los cuerpos muertos oigan mi voz y con la voz alcancen la vida. Pues como el Padre posee su vida en sí mismo, así le otorgó la vida al Hijo y le ordenó impartir justicia porque ha venido a la tierra con cuerpo de hombre. Y no os parezca admirable que todos los cuerpos se levanten de sus propios sepulcros al sonido de mi voz, que las almas de los justos se unan con sus cuerpos resucitados y que los perversos miserables se levanten para un juicio riguroso. Y la función de juez no me la ha otorgado a mí únicamente mi poder, porque todo lo dispone la voluntad del Padre que me ha ordenado impartir justicia en la tierra. Pues si yo me presento como testigo de mi propia causa, hablaré falsamente; y de la misma manera, dado que se considera a otro testigo mío, es justo que se desprecien siempre tales manifestaciones a mi favor. Pues es el testimonio poderoso de mis acciones el que, por los verdaderos prodigios de mis obras, resplandece más claramente que toda la luz. Al concederme tales cosas, se adhiere a mí como testigo el Padre, que me ha enviado a la tierra a exponer sus mandamientos. Pues nunca pudisteis comprender su palabra ni os concedió contemplar su propio aspecto. Y su palabra no podrá establecerse en vuestros corazones, porque no tenéis capacidad alguna de creer. Investigad vosotros la recopilación de las antiguas escrituras, de la que pensáis que os procura a todos la vida eterna. También esta recopilación da testimonio de mi oferta. Y sin embargo no os atrevéis a estar más cerca de mí, no sea que os toque en suerte la gra-

cia de la vida verdadera. Yo no pretendo conseguir la gloria de la alabanza terrena. Pues vosotros me rechazáis porque he venido en nombre del Padre supremo, pero vendrá otro menos resplandeciente al que vuestro pueblo seguirá a pesar de estar sustentado sólo por su nombre. Vosotros alcanzáis la gloria de la fama los unos de los otros y rehuís el buscar únicamente la alabanza de uno solo[141]. Y no os acusaré en presencia de mi Padre, sino que allí el acusador será Moisés, al que elogia solamente vuestra esperanza, al que no habéis honrado con ninguna veneración de fe. Pues si vuestro desvarío creyera en sus escritos, creería también en mí, al que aluden a menudo los escritos de Moisés[142]».

Los escribas piden a Cristo una señal convincente (vv. 692-724). *Mt* XII 38-45; *Mc* VIII 11-13; *Lc* XI 29-32, 24-26.

Luego continúan a su vez tales palabras de los escribas: «Una fe libre de duda seguirá a estas manifestaciones si tu poder confirma con señales evidentes los prodigios». Él dijo a continuación: «Una generación manchada de perversidades pide señales para sí; pero habrá señales en acontecimientos futuros. Pues cuanto tiempo pasó el profeta en el cóncavo vientre del cetáceo[143], tanto permanecerá el Hijo del hombre

[141] Dios.

[142] Para los «escritos de Moisés», cf. nota 31. El pasaje intenta mostrar que la fe en estos escritos lleva consigo la fe en la palabra de Jesús, pues éste es el centro y el fin de la obra de Moisés y de todas las Escrituras.

[143] Alusión a la historia de Jonás. Éste, habiendo recibido de Dios la orden de ir a predicar la conversión a los habitantes de Nínive, se sustrajo a esta misión y se embarcó para Tarsis. Sorprendidos por una tempestad, los marineros, con el fin de salvar el navío, arrojan al mar a Jonás, que es tragado por un pez (en el texto latino encontramos *ceti* [v. 697], término que hemos traducido por «cetáceo», pues, en contra de lo que comúnmente se cree, el animal que se tragó a Jonás no fue una ballena, sino «un pez

sumergido en las hondas profundidades de la tierra. Llegará el tiempo en el que la raza de los hombres, devuelta a la vida, se levante entregada al llanto por sus propias acciones. Ella[144] condenará con justa razón a este pueblo[145] porque, advertida por la voz del profeta que se alzaba desde el fondo

---

grande»), una especie de monstruo marino que no es posible especificar). Al cabo de tres días el pez lo vomita en la orilla. Tras haber escuchado la llamada por segunda vez, Jonás se dirige a Nínive, donde convierte a los habitantes con su predicación. Tres son los textos evangélicos que nos hablan de «la señal de Jonás»: *Mt* XII 38-41 (= Juvenco, II 692-706), XVI 1-4 y *Lc* XI 29-32. Pidiéndole el auditorio a Jesús que muestre una señal evidente de su misión, éste responde que no se dará otro signo que «la señal de Jonás» (cf. v. 696 de Juvenco: *rebus stabunt sed signa futuris*). Dos son, fundamentalmente, las interpretaciones que los exégetas han dado a este misterioso signo: 1.ª) La muerte y resurrección de Jesús, interpretación sugerida por la expresión «tres días y tres noches» de *Mt* XII 40: «Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches»; 2.ª) La predicación de Jesús (así como Jonás fue signo para los ninivitas al anunciarles el juicio y exhortarlos a la conversión, Jesús también es, mediante su predicación, un signo para esta generación), interpretación sugerida por *Mt* XII 41 y *Le* XI 32 («Los ninivitas se levantarán en el Juicio con esta generación y la condenarán; porque ellos se convirtieron por la predicación de Jonás, y aquí hay algo más que Jonás»); a esta interpretación se le ha objetado el hecho de que la predicación de Jesús es algo actual, mientras que «la señal» se producirá en un momento futuro. Creemos no obstante que en el pasaje de Juvenco tenemos también elementos para ambas interpretaciones: los vv. 696-699 parecen aludir a la muerte y resurrección de Jesús, en tanto que los vv. 702-706 nos hacen inclinarnos más bien por la segunda de las interpretaciones mencionadas.

[144] Creemos que hay aquí bastante imprecisión por parte de Juvenco, pues si bien la expresión *gens hominum* (v. 701) parece aludir a todos los hombres en general, el demostrativo *haec* (v. 702) que pretende repetirla sólo puede referirse, desde el punto de vista del contenido del pasaje, a «la raza de los ninivitas» en particular.

[145] El pueblo judío.

del mar, se convirtió al Señor deshecha en lágrimas. Y aquí exhortan a ello consejos más poderosos que los de Jonás y el pueblo impío desprecia con espíritu violento la luz. Y la reina del Noto[146] se alzará a las regiones de la vida. Por consideración a ella se condenará al pueblo desenfrenado porque ella, sometida a las órdenes recibidas, vino desde los remotos confines de Libia para escuchar al piadoso Salomón[147]; ahora hay una fuerza más poderosa que Salomón y sin embargo se vuelven ciegos los corazones de un pueblo insensible. Si alguna vez huye expulsado del corazón el demonio, al que un soplo sagrado sacude del cuerpo purificado, aquél recorre con envenenados pasos las regiones por donde no brota ninguna corriente de agua de una fuente, y abrasándose no encuentra para sí el descanso de una plácida morada. Entonces regresa sediento a los aposentos del corazón habitual. Pero si por casualidad halla las entretelas sometidas a sus venenos y los umbrales sonrientes con agradables adornos, la fuerza enemiga del hombre reúne en una agrupación a siete espíritus semejantes y penetra serpeante en las entrañas. Así este linaje, cuando se haya apartado de la verdad del espíritu, se lamentará de sus cadenas sometido a castigos eternos».

---

[146] Esto es, la reina de Saba, territorio situado al suroeste de la península arábiga y que corresponde a los actuales valles y mesetas del norte de Yemen. Esta reina, que había oído vagos rumores sobre la sabiduría de Salomón, emprendió un largo viaje para comprobarlo personalmente (cf. *I Re* X 1-10). «Noto» está empleado por «Sur», en tanto que el Noto es el viento del Sur. Juvenco sin embargo ha confundido los lugares y hace venir a la reina de los confines de África.

[147] Cf. nota 76.

La verdadera familia de Jesús (vv. 725-732). *Mt* XII 46-50; *Mc* III 31-35; *Lc* VIII 19-21.

Y mientras repite estas palabras de vida a las gentes, delante de la puerta se detuvo cerca de él su madre junto con sus hermanos[148] y le pide entablar de cerca una conversación fuera. Entonces envía tales palabras a los ruegos de su madre: «Aquí se sienta conmigo mi madre, conmigo los cuerpos de mis hermanos. Pues el que cumple la voluntad del Padre, aquél une su propio cuerpo con mi sangre y es tratado con el título de madre y pariente mío».

Parábola del sembrador (vv. 733-794). *Mt* XIII 1-23; *Mc* IV 1-20; *Lc* VIII 4-15.

Sale del templo Jesús, la luz del mundo, se sentó en la orilla remota del mar[149] y la tierra y acudieron allí innumerables multitudes de gente. Pero él, subiendo a lo alto de una embarcación que estaba próxima, le dirige tales palabras al pueblo que llenaba el litoral[150]: «Mirad, un sembra-

[148] Los evangelios mencionan a veces a hombres y mujeres a los que se llama «hermanos» o «hermanas» de Jesús (cf. *Mc* III 31-35; VI 3; *Lc* VIII 19-21; etc.). Son diversas las opiniones sobre si se trata de hermanos y hermanas de la misma madre y/o del mismo padre o si hay que interpretar estas expresiones de otro modo. La tradición católica excluye que María tuviera más hijos aparte de Jesús. Por el contrario la mayoría de los exégetas protestantes interpretan «hermano» con el significado estricto de «hijos de los mismos padres».

[149] El lago de Tiberíades (cf. nota 64).

[150] En II 733-III 16 Juvenco inserta el llamado «discurso parabólico» (*Mt* XIII 1-52), discurso que desarrolla el tema del crecimiento del reino de los cielos en la tierra. En el pasaje evangélico de Mateo encontramos un total de siete parábolas, las cuatro primeras pronunciadas ante la multitud y las tres últimas referidas en privado a sus discípulos. Sin embargo Juvenco sólo ha incluido en su obra las cuatro primeras y ha omitido las tres últimas (las parábolas del tesoro [*Mt* XIII 44], de la perla [*Mt* XIII 45-46] y de la red [*Mt* XIII 47-50]). Las parábolas insertadas son en concreto:

dor confía las semillas al campo de su propiedad; aquéllas caen esparcidas por el suelo y corren su suerte según la naturaleza de los lugares. Pues si en algún lugar la tierra de los caminos está apelmazada bajo los pies en un compacto sendero por haber sido hollada frecuentemente, las semillas ofrecen a las aves del cielo comida al descubierto. A su vez, donde una capa muy fina de tierra recubre un pedregal, en verdad que los granos sacan fuera el verde comienzo de su brote; pero dado que no hay debajo en el suelo ninguna sustancia jugosa, los filamentos de sus raíces se secan porque penetra en ellos el calor y pronto todas las puntas de los tallos se precipitan a la muerte. Y a otras semillas les corresponden terrenos escabrosos; aquí el crecimiento del vigor de abrojos y espinas silvestres se desarrolla con más rapidez y, ahogando al grano, lo hace morir. Pero las semillas que se arrojan al suelo fértil, aquéllas producen una excelente sementera, cuya fecunda exuberancia multiplica su desarrollo con un rendimiento de ciento por uno. Que oiga esto quien tenga abiertos los oídos del espíritu». Los discípulos, que se maravillan de tales expresiones, le preguntan por qué se lo envuelve todo al pueblo en enmarañadas palabras. Pero él, tras haberse retirado la multitud de creyentes, les dice: «A vosotros, que habéis fortalecido vigorosamente el espíritu en vuestro sólido corazón para recibir los misterios de Dios, se os ha concedido el estableceros completa-

1.ª) II 738-793: parábola del sembrador; los vv. 755-793 son en realidad una conversación privada entre Jesús y sus discípulos en la que aquél acaba explicándoles a éstos el significado de la parábola que ha expuesto; 2.ª) II 795-811: parábola de la cizaña; 3.ª) II 812-819: parábola del grano de mostaza; 4.ª) II 820-823: parábola de la levadura. Los vv. 824-829, el final del libro II, señalan también el final del discurso de Cristo a la multitud y el abandono de la misma para retirarse a su casa. En el comienzo del libro III (vv. 1-16) Jesús les explica en privado a sus discípulos el significado de la parábola de la cizaña.

mente en los santuarios del reino; a aquéllos se les cierran los ojos del espíritu por su culpa. Si un hombre justo tiene posesiones, en su exuberancia recibirá bienes más valiosos; pero quienes se apartan de la verdad privados del favor del cielo, incluso perderán lo que conservan como propio. Por eso mi discurso con símbolos aturde a aquel pueblo cubierto de oscuras ambigüedades, para que se cumpla la palabra de Isaías sobre el pueblo culpable[151]: 'Mirad, el pensamiento de la gente se rodea para todo de gruesas barreras. Están presentes con los oídos cerrados y con los ojos abatidos, no sea que el pueblo culpable se cure tras haberse convertido al bien'. ¡Qué dichosos son ahora vuestros oídos y ojos! Pues muchos justos y venerables profetas antiguos pidieron contemplar los dones que resplandecen para vosotros. Así pues, grabad en vuestros espíritus cuál es el significado de la parábola de la semilla: al que deja mi palabra en sus encumbrados oídos y no retiene los preceptos con la firme energía del pensamiento, el demonio se lo arrebata todo de su corazón. Éste es semejante al campo endurecido que les expone a las rápidas aves como alimento los gérmenes del trigo que no habrán de dar fruto. Hay otros que acogen mis palabras con alegría en su corazón, pero es breve en ellos el aprecio del fruto recibido. Pues si una penosa vejación oprime su espíritu atenazándolos, inmediatamente entregan a la muerte temblorosos lo que les ha sido confiado. El terreno pedregoso comienza a verdear con una ligereza semejante a la de éstos. A su vez la tierra llena de abrojos se corresponde con los abrumados por una mole de preocupaciones, a los que agobia el peso de las riquezas. Así se asfixian las ahogadas semillas de mi parábola, y no se produce fruto, porque acaba con él el erizado crecimiento de los abrojos. Así también

[151] Cf. *Is* VI 9-10.

los suelos fértiles se yerguen con fuerzas iguales a las de aquellos que acogen los preceptos de la luminosa salvación, los cuales penetran en su espíritu mediante una persistente reflexión de su pensamiento, y con la fuerza de su virtud producen un fruto centuplicado». Estas cosas les decía entonces a sus discípulos y añade además éstas otras a la multitud:

Parábola de la cizaña (vv. 795-811). *Mt* XIII 24-30; *Mc* IV 26-29.

«El reino sublime del Tonante[152] es semejante a un agricultor. Éste siembra buena semilla confiándola al campo de su propiedad, pero luego el terrible enemigo, permaneciendo al acecho del sueño de los siervos, llega eludiéndolos a escondidas y siembra amarga cizaña. Pero he aquí que cuando en las cañas se ha desarrollado para dar fruto el erizado crecimiento de las espigas, es muy abundante la mies que está salpicada de cizaña. Entonces los siervos, quedándose maravillados, le dicen tales cosas a su señor: '¿Acaso no sembraste buena semilla por la superficie de tu tierra? Así pues, ¿por qué tus campos están llenos de horrible cizaña? Pero, si lo ordenas, limpiaremos ya toda la siembra y el esplendor del trigo permanecerá después que hayamos cogido aparte las impurezas'. Entonces el señor les dice a su vez con apacibles palabras: 'Éste es, enemigo, un engaño tuyo, pero dejemos al trigo crecer junto con la ciza-

[152] Con la utilización de esta expresión poética (v 795: *Tonantis*) para referirse a Dios, Juvenco se aparta claramente de su fuente evangélica y hace una máxima concesión al lenguaje tradicional de la épica latina. El término *Tonantis* se empleaba de modo sistemático en la literatura clásica (especialmente en la epopeya) para referirse a Júpiter, en tanto que éste es precisamente el dios de los fenómenos atmosféricos y sus funciones primarias están relacionadas con la lluvia, el retorno del buen tiempo y, muy particularmente, con el trueno y el rayo.

ña. Pues en el tiempo apropiado de la recolección ordenaré quemar en el fuego la cizaña separada en haces atados aparte; por su parte el segador, tras la limpieza de la mies, llenará después mis graneros de semilla mía'.

Parábola del grano de mostaza (vv. 812-819). *Mt* XIII 31-32; *Mc* IV 30-32; *Lc* XIII 18-19.

Del mismo modo, si abrís los oídos de vuestro corazón, el reino de los cielos es semejante a un diminuto grano de mostaza que un labrador echa enterrándolo en un pequeño campo de su propiedad. Se sabe que aquél es la más pequeña de todas las semillas vegetales; pero tan pronto como ha logrado el desarrollo de su natural verdor, supera con su erguida cima a todas las plantas de los campos, de modo que una multitud de aves se recrea en sus ramas y puede habitar sus verdegueantes sombras.

Parábola de la levadura. La predicación mediante parábolas (vv. 820-829). *Mt* XIII 33-35; *Mc* IV 30-34; *Lc* XIII 20-21.

El reino de los cielos es semejante a la saludable levadura que una mujer envuelve en una gran masa de harina. Ésta, al haberse mezclado después con el moderado calor de la levadura expandido, fermenta en un cuerpo de una única masa».

Entonces daba a conocer tales misterios al pueblo con intrincadas palabras, para que las palabras del antiguo profeta pudiesen concordar por orden con los acontecimientos prescritos del tiempo: «Consentiré en abrir mi boca, las imágenes de mis variadas palabras recogerán los misterios del mundo para darlos a conocer[153]». Luego regresó tarde a su casa y abandonó a las multitudes.

[153] Cf. *Sal* LXXVIII 2: «Voy a abrir mi boca en parábolas, / a evocar los misterios del pasado».

LIBRO III

Interpretación de la parábola de la cizaña (vv. 1-16). *Mt* XIII 36-43.

El sol de ígneos cabellos había esparcido su rosada luz sobre las tierras[154]. Los discípulos le preguntan con insistencia qué significa la parábola de la cizaña y del campo sembrado. El ilustre Jesús les responde esto: «El que confía a sus tierras sus mejores semillas de trigo es el Hijo del hombre[155]; bajo el nombre de campo entended el mundo, y por semilla pura hombres justos. A su vez los hombres abrumados por las artimañas del demonio son la cizaña siniestra; el enemigo será el demonio, poder horrible[156]; el remoto fin del mundo[157] apa-

[154] Para este tipo de fórmulas, cf. «Introducción», págs. 41-42.

[155] Cf. nota 84.

[156] En los siglos que precedieron al nacimiento de Cristo, y por influencia del dualismo iranio, en determinados círculos judíos aparecieron «espíritus del mal», opuestos a Dios, llamados Belial, Asmodeo, Satán, etc. Son éstas las concepciones que refleja el NT. Encontramos ante Dios la figura de un jefe de los demonios llamado Diablo, Satán, Beelzebul, etc. De ahí que los evangelios nos hablen continuamente de las expulsiones de los demonios (cf. nota 88).

[157] La doctrina bíblica afirma que el mundo marcha hacia una consumación y que el hombre debe vivir con miras a este cumplimiento ya que es en este futuro donde se dará una decisión definitiva sobre su salvación o

rece por tiempo de la recolección. Como segadores vendrán por los campos los sirvientes del Padre, a los que el Hijo ordenará que recojan del cuerpo de su propio reino los lazos del engaño y las causas de la iniquidad y que los quemen amontonados juntamente en las rápidas llamas. Para éstos será siempre el rechinar de dientes y el llanto eterno, y a los justos les llegará en lugar aparte la luz áurea de la vida, cuando resplandezcan en la morada del cielo como los rayos del sol».

Visita a Nazaret (vv. 17-32). *Mt* XIII 53-58; *Mc* VI 1-6; *Lc* IV 16-24.

El Salvador[158] les enseñó estas cosas y regresó a la ciudad de sus padres[159]. Allí, explicándoles a las gentes —admirable de decir— normas de justicia y provechosos preceptos de vida, les enseñaba al mismo tiempo con maestría

---

su condenación. Es en este fin del mundo cuando tendrá lugar la parusía o venida gloriosa de Cristo, que llegará entonces súbitamente como juez, rodeado de sus ángeles, quienes se encargarán de preparar el juicio final. Este juicio no concernirá solamente a los que en ese momento estén en la tierra, sino también a las generaciones pasadas (es decir, el juicio final irá precedido de la resurrección de los muertos). El fin del mundo (y por tanto la parusía con el subsiguiente juicio final) tendrá lugar tras el espacio de tiempo necesario para proclamar el Evangelio a todas las naciones *(Mt* XXIV 14; *Mc* XIII 10). La parusía irá acompañada de conmociones cósmicas (cf. *Mc* XIII 24), que en realidad repiten la imaginería usual en algunos profetas a propósito de las intervenciones vengadoras de Dios. El acontecimiento tiene un alcance universal, pone un término al mundo presente marcado por el pecado e inaugura una especie de nueva creación.

[158] El título de «Salvador» (v. 17: *servator*) se aplica en primer lugar a Dios mismo, en tanto que saca a su pueblo de las dificultades, lo libera de los enemigos, etc. En el NT se repite una y otra vez que Dios es el salvador de todos los hombres. Pero pronto el título se le aplica a Jesús: él ha llevado a cabo, mediante su propia sangre, la redención del mundo entero. El término sugiere también la idea de «curación», lo cual pone en relación a Jesús con los dioses curadores y taumaturgos del paganismo helenístico, entre los cuales el más conocido es Asclepio.

[159] Esto es, a Nazaret. Cf. nota 37.

las virtudes del Padre. Entonces la multitud de sus conciudadanos, excitada por una envidia malsana, dándoles vueltas a la vez a los milagros de su gracia presente y examinando por orden la descendencia de su conocido linaje, discute entre sí de este modo con susurrantes palabras: «¿No es éste el hijo del carpintero al que llamamos José? ¿No es su madre María, no es conocido el linaje de sus hermanos[160]? ¿Cómo, pues, es doctor de la ley y servidor de tan gran virtud éste ante el que se retira vencida la mancha de los males?». Así hablaba el pueblo de Nazaret; a éste le responde Jesús tales palabras: «Siempre se desprecian los milagros en la propia región de uno y los profetas permanecen sin honor en la tierra de su país». Cristo, indignándose por tales cosas, puso fin a sus prodigios.

Muerte de Juan el Bautista (vv. 33-69). *Mt* XIV 1-12; *Mc* VI 14-29; *Lc* III 19-20.

Entretanto volaba de todas partes al soberbio rey[161] el rumor de que el poder divino de Jesús le hacía vencer todos los males. Pero pensaba Herodes que aquél poseía tan grandes dones de santidad en calidad de Juan liberado de las leyes de la muerte. Pues comprendiendo un día el demonio en su envidioso espíritu que el ecuánime Juan hacía desaparecer con el agua pura la mancha del pecado, la furiosísima peste[162], encendida por los daños de los males, se dirige entonces al rey Herodes y, entrando fácilmente en las estancias de su inicuo corazón, lo obliga a acumular crímenes impíos mediante crueles acciones. Había ardido Herodes encendido por un amor ilícito a la mujer de su hermano, cosa que con justa razón prohibía

160 Cf. nota 148.

161 Herodes Antipas. Cf. nota 61.

162 El demonio. Cf. «Introducción», pág. 35.

el sabio Juan[163]. Pero la crueldad, desconocedora de la justicia, sometió las leyes a sus pies, goza del abominable matrimonio y, además, al mismo que prohibía sus perversidades lo abrumó de tinieblas y cadenas encerrado en la cárcel. Pues en un principio la sedienta crueldad, refrenada por el temor, se abstuvo de la sangre del ecuánime Juan, porque una gran veneración del pueblo honraba al profeta. Pero como por casualidad en el día de su cumpleaños el tirano Herodes dispusiera festivos banquetes en mesas colmadas de manjares —porque la arrogancia se regocija unida a la suntuosidad—, en medio de los jóvenes la doncella hija de la reina[164], avivando alternativamente sus movimientos con las ondulaciones de sus caderas, hace concordar las combinaciones de la danza con el canto que le marca el ritmo. Pero él mismo, sorprendido entre los primeros por el arte admirable de la doncella, quedó estupefacto; entonces promete bajo juramento conceder todos los premios que haya pedido la muchacha. Pero ella, velando por los impíos crímenes de su horrenda madre, apremia pidiendo que sea arrancada de su cuello la cabeza de Juan y que le sea traída inmediatamente como regalo en una fuente. Herodes, entristecido por el honor de los próceres presentes y acordándose del juramento, manda, aunque de mala gana, que la cabeza del inocente sea traída y entregada a la muchacha. Ella —sacrilegio— se la lleva para alegría criminal de su madre. Por su parte sus discípulos sepultan en la tierra llorando el tronco mutilado de un cuerpo sin nombre y siguen a Cristo[165].

---

[163] Cf. nota 61.

[164] Se trata de Salomé, hija de la reina Herodías y de Herodes Filipo I (cf. Flavio Josefo, *Ant.* XVIII 136), nacida hacia el año 14 d. C.

[165] Una tradición que se remonta a los primeros siglos de la Iglesia asegura que el Bautista recibió sepultura en la ciudad de Samaria (también llamada Sebaste, a 12 Km al noroeste de Nablús). Para las relaciones entre Jesús y Juan

Multiplicación de los panes y los peces (vv. 70-92). *Mt* XIV 13-21; *Mc* VI 30-44; *Lc* IX 10-17; *Jn* VI 1-15.

Cuando conoce él la muerte miserable del íntegro Juan, abandona la tierra manchada de sangre inocente y se oculta en la frondosa sombra de un apartado valle. Pero las muchedumbres buscan con afán los dones de su infinito poder. Cuando él ve que se habían juntado en el retirado valle multitudes de creyentes, sintiendo compasión les proporcionó la salud a muchos cuerpos tras haberles echado fuera la infección de sus enfermedades.

Y ya en la última luz del sol declinante los discípulos le aconsejan a Cristo que despida a las multitudes para que cada uno se disponga a buscarse su comida yéndose por los caminos. Él ordena que allí mismo se sirva un banquete para todos. Los discípulos le hacen saber que, excepto dos peces y cinco piezas de pan, no hay nada más de comida. «Con eso es suficiente», dijo. Luego después mandó a la multitud recostarse en el lecho de hierba y dejar descansar sus cuerpos. Y a continuación él mismo, mirando al cielo mientras suplica a su Padre, reparte por orden los dos peces y los cinco panes y colmó las mesas de abundante comida. Y ya la multitud yace saciada —admirable de decir—, y después los sirvientes recogieron de las mesas los restos y llenan con los trozos la capacidad de dos veces seis cestos. El número de los hombres que comieron fue entonces cinco mil y hubo además una multitud de madres y niños [166].

---

el Bautista, cf. nota 119. Aunque algunos de los discípulos del Bautista siguieron a Jesús (cf. *Jn* I 40), sin embargo el movimiento de Juan siguió en su línea paralelo al naciente cristianismo. Son los denominados «joanistas», cuya presencia en Alejandría y Éfeso testimonia la difusión de sus ideas.

[166] Este milagro de la multiplicación de los panes y los peces corresponde a los llamados «milagros de donación». Aparte de éste, en los evan-

Jesús camina sobre las aguas. Curaciones de enfermos (vv. 93-132). *Mt* XIV 22-36; *Mc* VI 45-56; *Jn* VI 16-21.

Luego después ordena a sus discípulos que suban a la embarcación y crucen el mar mientras él despide a todos los hombres, a cada uno a su casa. Entonces subió a la cima de un monte y a continuación venera en solitario el nombre de su Padre. Y ya todo se paralizaba por la soporífera noche cuando la embarcación surcaba las olas en medio del mar zarandeada por el soplo adverso del viento que se levantaba. Pero cuando ya en la cuarta guardia de los centinelas[167] el lucero de la mañana, alzándose rápidamente en su salida, detenía el curso de la noche, con sus pies apoyados en las líquidas olas —¡admirable de ver!— emprendía Jesús el camino andando sin mojarse[168]. Y ya se aproximaba a la embarcación, pero los marineros se estremecían atónitos en sus desconocedores corazones con un tembloroso miedo y, con su mente confundida, dieron al mismo tiempo un grito. Entonces Cristo les dice a los asustados: «Aléjese todo temor y rija a vuestro espíritu la vivificadora perseverancia de los creyentes.

---

gelios se relatan otros tres milagros de este tipo: el ya aparecido de las bodas de Caná (cf. JUVENCO, II 127-152), la segunda multiplicación de los panes y los peces (cf. JUVENCO, III 204-219) y la pesca milagrosa (*Lc* V 1-11; *Jn* XXI 3-14). En ellos no se habla de ninguna manipulación ni de palabras milagrosas por parte del taumaturgo; tan sólo se constata el resultado.

[167] Aunque los antiguos israelitas dividían las doce horas de la noche en tres partes o vigilias, en tiempos de Jesús habían adoptado la división romana en cuatro vigilias de tres horas cada una. La cuarta venía a ser desde las tres de la madrugada hasta la salida del sol.

[168] Cabe considerar este milagro dentro de las «epifanías», milagros que presentan una serie de motivos característicos: fenómenos visuales o auditivos, palabras de revelación, desaparición repentina y reacción de terror o de pesar de los participantes. Aparte de ésta, encontramos en los evangelios tres epifanías más: la del bautismo de Jesús (cf. JUVENCO, I 346-363), la de la transfiguración (cf. JUVENCO, III 316-342) y la de los peregrinos de Emaús (*Lc* XXIV 13-35).

Mirad, soy yo, reconoced al maestro de vuestra salvación». Pedro, confiando en él, le responde tales palabras: «Si en verdad tu poder se digna visitarnos, con una orden tuya permíteme a mí igualmente marcar sobre las aguas mis pasos sin sumergirse en las líquidas olas». Asintió a esto el Señor; luego Pedro se atreve a dejar la embarcación e imprimir en el ponto sus huellas sosteniéndose en pie. Pero cuando la maravilla de tan gran milagro aterra su pensamiento y ve él intensificarse las amenazas del viento, poco a poco ceden licuadas por el dudoso temor las aguas que soportaban la fuerza enérgica de la fe. Y ya Simón, con la mitad de su cuerpo sumergido, grita: «¡Cristo, saca de las espantosas olas al que se está hundiendo!». Inmediatamente se extiende su diestra en dirección a Pedro, con amargas palabras critica duramente su dudosa fe y, después de que subieron a la nave, ceden los vientos adversos a ella. Quedaron estupefactos suplicando al allí presente Hijo de Dios todos a los que el azar mantenía como compañeros en la travesía. Había pasado por fin la embarcación al otro lado surcando las agitadas olas y la pesada ancla había alcanzado el anhelado puerto. En rápida carrera a través de los litorales acuden multitudes trayéndole enfermos, ansían tocar la punta de los flecos de su manto y —prodigioso— por este procedimiento todos los creyentes logran una total recuperación en sus miembros.

Discusión sobre las tradiciones farisaicas. Doctrina sobre lo puro y lo impuro (vv. 133-175). *Mt* XV 1-20; *Mc* VII 1-23.

He aquí que por todas partes los fariseos y escribas[169], intentando astutamente confundir a Cristo, profieren palabras engañosas: «¿Por qué tu doctrina permite a tus discípulos apartarse de los preceptos de los antepasados? Pues se ha pasado por alto el cuidado de lavarse las ma-

[169] Para los escribas, cf. notas 41 y 83; en cuanto a los fariseos, cf. nota 133.

nos y toman los alimentos juntamente con inmundicias[170]». Él dice después de estas palabras: «Más digno que esto es preguntar por qué todos vosotros os mostráis transgrediendo los mandamientos de Dios. Pues en la ley establecida Dios amenaza con la muerte si un padre es ofendido con algún término amargo o una madre es herida por las crueles palabras del hijo[171]. Vosotros consideráis eso sin ningún valor enseñando lo contrario. Qué claras resplandecen las palabras del profeta acerca de vosotros[172]: 'El pueblo me ensalza en honores con labios grandilocuentes, pero las interioridades de su corazón andan apartadas lejos de mí'. Así pues, escuchad todos y aprestad los oídos del corazón: lo que se haya introducido en el hombre, no lo salpicará de vergonzosa inmundicia ni permanecerá en su vida o en su espíritu. Pero lo que sale de las profundidades de la boca de los hombres, manchará miserablemente el interior de su corazón tras haber sido proferido». Los

---

[170] La ablución de las manos obedece a un deseo no sólo de limpieza, sino sobre todo de purificación religiosa. En las casas había tinajas de agua reservadas para este uso (cf. *Jn* II 6 y JUVENCO, II 139-140). Los fariseos concedían una gran importancia a la pureza de los vestidos y comidas. Incluso consideraban a los paganos como impuros y por ello se abstienen de comer con ellos. Jesús denuncia el formalismo de sus prácticas y pone el acento únicamente en la pureza moral.

[171] Son en verdad numerosos los pasajes bíblicos que hablan del precepto de honrar a los padres y del castigo que deben recibir aquellos que lo incumplan: *Éx* XX 12 («Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yahveh, tu Dios, te va a dar»), XXI 17 («Quien maldiga a su padre o a su madre morirá»), *Lev* XX 9 («Quien maldiga a su padre o a su madre, será muerto sin remedio, pues ha maldecido a su padre o a su madre; su sangre caerá sobre él»), *Dt* V 16 («Honra a tu padre y a tu madre, como te lo ha mandado Yahveh tu Dios, para que se prolonguen tus días y seas feliz en el suelo que Yahveh tu Dios te da»).

[172] Cf. *Is* XXIX 13. Es la misma idea que encontramos también en *Sal* LXXVIII 36-37: «Mas le halagaban con su boca, / y con su lengua le mentían; / su corazón no era fiel para con él, / no tenían fe en su alianza».

discípulos le refieren a Cristo que los corazones de los escribas interpretan con una risa velada las palabras que él había pronunciado. Él dice a continuación: «Las semillas de las plantas que mi Padre mismo no ha sembrado en la superficie de su campo las arrojará lejos tras haberlas arrancado completamente de raíz. Si por casualidad un ciego, hallando como guía a otro ciego, va de un lado para otro, ambos caerán hundidos al mismo tiempo en la fosa». Luego Pedro pide que les sea explicado qué significa la amonestación que poco antes él mismo había hecho a los fariseos y escribas. Entonces el sembrador de la vida eterna responde tales palabras: «Vosotros también mantenéis aparte de vuestro endurecido corazón todos los mandamientos y la incertidumbre de vuestro pensamiento no admite la luz. Pues todo lo que llega de fuera a la boca de los hombres se va al vientre y corre desconocido para el alma. Pero los frutos que las bocas de los hombres sacan del interior del corazón pueden ensuciar el espíritu con la salpicadura de su corrupción y manchar al hombre con el inmundo pecado. De la profundidad del corazón se sacan las resoluciones dañosas para la vida, los asesinatos, los abominables tratos ilícitos de los lechos, los fraudes, el falso testimonio de los hombres en calidad de testigos y la locura de la palabra precipitada, locura que hiere al cielo. Esto es lo que mancha al hombre, lo que lo llena de inmundicias. Pero nunca lo mancha el tomar por deseo del cuerpo alimento de la tierra con las manos sin lavar».

Curación de la hija de una sirofenicia (vv. 176-194). *Mt* XV 21-28; *Mc* VII 24-30.

Cuando profirió estas palabras, se dirige a las bellísimas tierras de los sirios, a Sidón y a Tiro[173]: cuando una mujer cae postrada a sus pies con los cabellos sueltos e intercediendo con súplicas por su

[173] Ciudades de Fenicia meridional (separadas entre sí por unos 35 Km, Sidón más septentrional, Tiro más al sur). Ambas formaban parte de la provincia romana de Siria. En la época grecorromana estas ciudades mantu-

hija que está en cama, y no deja de pedir angustiada al silencioso Cristo que rehabilite el espíritu atormentado por el cruel demonio y le sea posible por fin a la desdichada volver en sí. Entonces también a las súplicas de los discípulos que lo siguen responde que prefiere las ovejas propias del Padre, a las que había dispersado anchamente un infundado error. Luego le dice Jesús tales cosas a la que porfiaba con mucha insistencia: «Nunca nadie les quitará el pan a sus hijos y se lo arrojará a los perros». Entonces la mujer le dice tales otras: «Al menos a los perros les cae su propia parte de las migajas de la mesa y en nada se importuna la comida de los señores». Entonces dice el Señor: «Que te llegue el justo premio de la salud que han obtenido las fuerzas de tu gran fe». El Salvador profirió tales cosas con divinas palabras y, tras la expulsión del demonio, su fecundo poder fortaleció con los dones de la salud el espíritu poseído de la muchacha.

Numerosas curaciones y segunda multiplicación de panes y peces (vv. 195-219). *Mt* XV 29-38; *Mc* VIII 1-9.

Luego el Salvador regresa a la región de Galilea[174] y se sentó lejos en la cima de un monte muy elevado. E inmediatamente acuden las gentes y una parte arrastraba consigo a los privados de la vista, a una multitud paralizada de piernas, a otros que eran mudos y mil tipos de enfermedad. Él sin embargo les quitó a todos las amargas dolencias y con su venerable favor les da enérgicas fuerzas. Entonces las gentes celebran en masa al mismo tiem-

---

vieron estrechas relaciones comerciales y culturales con Palestina, extendiendo su hegemonía hasta el alto Jordán. «Tiro y Sidón» es una fórmula frecuente en el AT (*Jer* XXV 22; *Zac* IX 2; *I Mac* V 14, etc.), que también solemos encontrar en el NT (*Mt* XI 21-22; *Mc* III 8; *Lc* VI 17; etc.). En este último se utiliza normalmente como una expresión estereotipada.

[174] Región septentrional de Palestina, limitada por la llanura de Izreel, el Jordán, Tiro y Sidón. Cf. nota 7.

po tan grandes prodigios y ensalzan con alabanzas y gracias al Padre eterno. Cristo, reuniendo a sus discípulos en la cima del monte, les habla aparte: «Tengo mucha lástima de la plebe, pues ya vuelve por tercera vez la luz del sol a la tierra desde que no toman para sí el alimento de ninguna comida; no quisiera dispersar en ayunas a tan gran multitud, para que la fatiga no extenúe a las gentes mientras andan por largos caminos». Los discípulos le hacen saber a Cristo que tienen para las próximas comidas siete panes y unos pocos pececillos. Entonces ordenó al pueblo reclinarse por la superficie de la tierra; se encarga de dividir en partes con sus propias manos todo lo que hubo y de repartirlo grupo por grupo a toda la multitud. Los discípulos sirven los alimentos y la gente se harta de comida hasta la saciedad; recogen luego los trozos de pan y con la cantidad acumulada llenan siete espuertas. Había habido entonces cuatro mil de todo el pueblo y no se incluyó en este número a las madres y a los niños[175].

Los fariseos y saduceos piden una señal divina. La levadura de éstos (vv. 220-256). *Mt* XV 39-XVI 12; *Mc* VIII 11-21; *Lc* XII 54-56.

Luego pasa rápido a la nave en dirección a las costas de los magedas[176]. He aquí que los fariseos y saduceos[177] lo hostigan intentando astutamente pedirle señales divinas. Pero Cristo, viendo sus falsos corazones, les dice: «Cuantas veces la noche húmeda cierra el convexo cielo, si el véspero se al-

[175] Para este segundo milagro de multiplicación de panes y peces, cf. nota 166.

[176] Frente al nombre de la ciudad usado por *Mt* (XV 39: *Magedan*, Magadán), Juvenco utiliza el nombre de sus habitantes (v. 220: *Magedarum*). La ciudad de Magadán se menciona únicamente en este pasaje de Mateo (en *Mc* VIII 10 se nos dice que tras la segunda multiplicación de los panes y los peces Jesús y sus discípulos se dirigieron a Dalmanuta). Magadán podría ser uno de los antiguos nombres de Tabga (a 9 Km al norte de Tiberíades), aunque hay quienes consideran el nombre simplemente como una corrup-

za rojizo por el estrellado Olimpo, decís: 'El día próximo habrá un tiempo sereno'. Y cuando ya en el nacimiento del sol las sombrías nubes se mezclan con un color rojizo en la confusa luz, decís que les llegan a los campesinos y marineros la estruendosa cólera de los vientos y los furores de las tempestades. Falsos, ¿sois capaces de distinguir el aspecto del cielo, pero no sabéis reconocer por sus propias señales los períodos del tiempo? Pero se os darán señales que en otro tiempo vinieron de la inmensa profundidad del mar cuando el monstruo retuvo al profeta en la cárcel de su vientre[178]». Estas cosas dice y, desatando apresuradamente las amarras de la embarcación, trata con rápida marcha de alcanzar al otro lado del mar los campos de Filipos[179] y les

ción de Magdala (situada a medio camino entre Tiberíades y Cafarnaúm, en la orilla occidental del lago de Genesaret; sería la Tariqueas de la que nos habla FLAVIO JOSEFO [*Guerra de los judíos* II 634-635] como una ciudad floreciente por sus explotaciones pesqueras y su artesanado textil).

[177] Para los fariseos, cf. nota 133. Los saduceos eran otro de los grupos judíos. Formaron un partido político-religioso desde el siglo II a. C. hasta la caída de Jerusalén (70 d. C.). Sus miembros pertenecían sobre todo a las grandes familias sacerdotales y a la aristocracia seglar. Frente a la estricta observancia de los fariseos, tenían una actitud más libre y laica. No tuvieron dificultades en adaptarse primero al helenismo de los seléucidas y posteriormente al poder romano. Desde el punto de vista religioso sólo aceptaban el Pentateuco (cf. nota 31) como texto normativo, siendo partidarios de la exégesis literal y rechazando la tradición de interpretación oral preferida por los fariseos. Eran, pues, muy conservadores. Los evangelios los mencionan mucho menos que a los fariseos, pues tenían mucho menos contacto que éstos con el pueblo.

[178] Cf. nota 143. Traducimos ahora por «monstruo» la palabra *belua* (v. 235) con la que Juvenco se refiere aquí al grandioso animal que se tragó al profeta Jonás.

[179] Frente al nombre de esta ciudad que nos ofrece el texto evangélico (cf. *Mt* XVI 13: *Venit autem Iesus in partes Caesareae Philippi*), Juvenco nos presenta un nombre idéntico al de la famosa ciudad tracia en la que Antonio y Octaviano derrotaron a Casio y Bruto en el 42 a. C. (cf. v. 238:

dice tales cosas a sus compañeros: «Evitad vosotros cuidadosamente los trigos nocivos y apartad de vuestras mesas la levadura fogosa[180]. Los astutos fariseos y saduceos mezclan estas cosas con sus comidas y las encubren con el nombre de pan. ¿Por qué agita la duda vuestros silenciosos pensamientos? ¡Ah! ¡Cómo sucumbe la poca fe cuando está embotado el entendimiento! Decís equivocadamente que no tuvisteis tiempo de traer panes a la embarcación y que yo os ordeno que os guardéis de los engaños del trigo; pensaba que vosotros recordabais y sabíais que cinco panes me saciaron a cinco mil personas y que los trozos sobrantes de comida fueron recogidos en tal cantidad de cestos como para tener que amontonarse, y que otra vez siete panes saciaron fácilmente a cuatro mil comensales y visteis que se recogían de nuevo espuertas repletas de sobras[181]. Pero os

---

arva Philipporum). En realidad se trata de Cesarea de Filipo, ciudad situada a unos 50 Km del lago de Genesaret cerca de una de las principales fuentes del Jordán, al pie del Hermón, en su vertiente sudoeste. Esta ciudad se llamó antiguamente Paneas, pues los griegos habían dedicado aquí un santuario al dios Pan y a las ninfas. En el año 20 a. C. Augusto donó la región de Paneas a Herodes el Grande. Tras la muerte de Herodes, la región fue incluida en la tetrarquía de Filipo (Herodes Filipo II, al que el NT llama «Filipo», hijo de Herodes el Grande y Cleopatra de Jerusalén), quien la reorganizó y le dio a la ciudad el nombre de «Cesarea de Filipo» en honor de Tiberio César y en el suyo propio (cf. FLAVIO JOSEFO, *Ant.* XVIII 28).

[180] Para los israelitas el proceso de fermentación era un proceso de corrupción e impureza (de ahí que todo pan que se llevaba en ofrenda al altar o se empleaba directamente en el culto tuviese que ser ácimo). Y esta idea de corrupción e impureza aparece igualmente en los textos en que la palabra «levadura» se emplea en sentido metafórico. Jesús tan sólo utiliza una vez en sentido positivo la imagen de la levadura (cf. la parábola de la levadura [JUVENCO, II 820-823], donde la levadura designa a los discípulos y la masa al mundo que se ha apartado de Dios). Pero en general la imagen se emplea para poner de manifiesto algún aspecto de corrupción.

[181] Para las multiplicaciones de panes y peces, cf. vv. 77-92 y 204-219.

aconsejo que os guardéis siempre de las levaduras de ésos». Los discípulos, comprendiendo por fin las palabras de la vida, ven que se ha designado la doctrina con el nombre de levadura.

Profesión de fe y primado de Pedro. Primer anuncio de la pasión (vv. 257-302). *Mt* XVI 13-23; *Mc* VIII 27-33; *Lc* IX 18-22.

Luego, cuando por la superficie del límpido mar se llegó a la famosa región que florece con el nombre de Filipo[182], reúne la asamblea de los discípulos que lo acompañan y les pregunta quién creían los rumores de las gentes que era él. Le responden que eran entonces muchas las habladurías del pueblo[183]: que habían oído con mucha frecuencia y que muchos afirmaban que era el íntegro Juan[184], el que lavó de sus culpas a las multitudes en el río. Otra parte refiere que habían conocido las palabras del alado rumor de que había llegado de nuevo Elías[185], al que en otro tiempo la fuerza ardiente de una rápida llama, semejante a una cuadriga, condujo hasta los astros en el veloz carro mediante un torbellino celeste. Otros dijeron que se había presentado el profeta Jeremías[186].

---

[182] Cf. nota 179.

[183] En el siglo I a. C. el pueblo judío, dominado política y culturalmente por una potencia extranjera y dividido internamente, se sentía realmente amenazado. De ahí que aumentase su esperanza en una intervención de Dios mediante el envío de un Mesías que restableciera el reino de Israel definitivamente en toda su grandeza y los redimiera del yugo extranjero. El pueblo por lo general no creía que Jesús fuera este Mesías, pues esperaba a un rey glorioso y triunfante sobre sus enemigos políticos, y la vida y la doctrina de Jesús no respondían a ese ideal.

[184] Juan el Bautista. Cf. notas 14, 22, 61, y 119. Para el bautismo practicado por Juan, cf. nota 50.

[185] Cf. nota 131.

[186] Jeremías (*c.* 650-*c.* 580 a. C.) es el segundo gran profeta de Israel. Según *II Mac* II 1-12, este profeta había escondido en tiempo de destierro el tabernáculo, el arca y el altar del incienso. Eran muchos los que pensa-

Entonces Cristo, sonriéndoles a todos con dulce corazón, pregunta cuál es la opinión de los discípulos. Pero el firme Pedro dijo: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios, el que llenas las tierras de espléndida luz». Entonces el Señor le responde tales palabras al sólido Pedro: «Serás dichoso, Pedro, pues nunca podrá en verdad la sangre humana o el cuerpo, una porción de tierra, revelar tales cosas. Sólo la gracia de Dios puede conceder una fuerza de fe tan poderosa. Tú llevas el nombre de Pedro por méritos justos[187]. En esta mole y en la solidez de la piedra edificaré mi morada para que permanezca siempre con muros eternos. Esta casa tendrá una cerradura asegurada con una fuerza perpetua, cerradura insalvable para las puertas del infierno[188]; es mi deseo concederte las llaves del reino del cielo[189]; lo que dejes atado en la tierra

---

ban que habría de venir antes de la llegada del Mesías para descubrir el lugar en el que estaban ocultos estos tesoros.

[187] El nombre de Pedro (gr. *pétros*) no es sino el masculino de la palabra griega *pétra* («piedra»), correspondiente al arameo *kepha* («roca»). Dado que se trataba de un sobrenombre aplicado a un varón, se adoptó la forma *pétros* en lugar del femenino *pétra*. El nombre hace referencia a la tarea encomendada por Jesús a Simón: ser el fundamento de la Iglesia.

[188] El infierno (cf. lat. *inferni* < *infer*, «inferior», «que está debajo») era propiamente la morada de los muertos (equivalente al «seol» del AT o al «Hades» griego). Se concebía como una cárcel defendida por fortísimas puertas (cf. *Is* XXXVIII 10). Pero también se llegó a concebir (y así hay que entenderlo en este pasaje) como lugar de perdición de los pecadores, como reino del diablo, siendo sinónimo entonces de «gehena», «tinieblas», «tártaro», etc. Las «puertas del infierno» (v. 281: *infernis portis*) vendrían por tanto a equivaler a algo así como «poder infernal».

[189] Dado que, según una antigua concepción, tanto el cielo como el mundo subterráneo estaban cerrados con portones, la llave desempeñó un papel considerable en las creencias religiosas. Las llaves del reino de los cielos, que probablemente estaban antes en manos de los escribas y fariseos (cf. *Mt* XXIII 13; *Lc* XI 52), le otorgan a Simón Pedro el poder de permitir y prohibir el acceso al reino de Dios. Por lo demás la imagen es muy frecuente en el arte. Desde el siglo v aparece representada en sarcófagos y mo-

por resolución tuya, permanecerá igualmente anudado en el cielo; y a su vez, lo que una decisión tuya haya desatado en la tierra, del mismo modo aparecerá desatado en la morada del cielo. Pero vosotros, mis discípulos, guardaos de decir a todos que yo soy Cristo, para que sólo conozcan tales cosas los justos. Pronto llegará el día en el que la cólera, acosándome con sus rápidas carreras y en las murallas de los sólimos[190], vuelta hacia mí con locura, saciará con mi sangre a los más ilustres de los sacerdotes. Pero cuando por tercera vez el sol haga volver de nuevo su lucífero nacimiento, al mismo tiempo se alzará mi vida coronada con los rayos de la salvación y les concederá sus propios dones a todas las tierras». Entonces Pedro, afligido en su corazón por un gran dolor, dijo: «Estén lejos de tus venerables miembros, Cristo, tan funestas calamidades; ni es posible creer tal cosa, ni podrá sucederte tan cruel desgracia». Cristo dijo a esto: «Lejos de aquí, vete lejos, demonio. No mueve a tu espíritu una sabiduría divina, sino que entiendes lo terreno y comienzas a temblar con un miedo cobarde[191].

Condiciones para seguir a Jesús (vv. 303-315). *Mt* XVI 24-28; *Mc* VIII 34-IX 1; *Lc* IX 23-27.

Pero si alguno de vosotros va a seguir mis pasos, niéguese a sí mismo rechazando su cuerpo y su alma y alégrese de añadir su propia cruz a mi séquito; a él la gloria le compensará la pérdida de su vida; pues la salvaguardia del deleite de la vida en la tierra tiene

saicos la entrega de las llaves a Pedro (*donatio clavis*). Posteriormente encontramos con frecuencia en el pórtico de las iglesias (= puerta del reino de los cielos) la figura de Pedro llevando una llave de grandes dimensiones.

[190] Los habitantes de Jerusalén. Cf. nota 40.

[191] Jesús reprende duramente a Pedro, en tanto que éste ha hablado de acuerdo con la concepción que había del Mesías como rey terreno y liberador glorioso de su pueblo (cf. nota 183). De ahí que lo llame también «demonio», pues, al igual que éste, se ha opuesto al plan trazado por Dios.

un fin. ¿Pero de qué les servirán los beneficios perecederos del mundo si sufren la pérdida de la luz y de la vida eterna? ¿O qué precio digno puede fijarse para el alma? Vendrá aquí el Hijo del hombre[192] en nombre del Padre, lo rodearán a él los ángeles del cielo en comitiva de estruendoso júbilo y pagará a la vida de los hombres sus deudas[193]. Hablo la verdad: encontraré aquí a algunos al pie del umbral de la vida cuando refulgente tome yo posesión de los reinos del cielo[194]».

La transfiguración. Sobre la venida de Elías (vv. 316-352). *Mt* XVII 1-13; *Mc* IX 2-13; *Lc* IX 28-36.

Cuando profirió estas palabras, dejando transcurrir la luz de dos veces tres días mientras el cielo gira alrededor de la tierra, ordena entonces a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo[195] subir con él por descarriados caminos a un monte escarpado. Luego, cuando llegaron a la cima del apartado monte, al punto se transfigura Cristo en su rostro con un brillante fulgor y resplandece su vestimenta con la blancura

---

192 Cf. nota 84.

193 Alusión a la parusía y al juicio final. Cf. nota 157.

194 La exégesis cristiana ha interpretado tradicionalmente que los vv. 314-315 (*Mt* XVI 28) hacen referencia a una venida de Jesús diferente a la que se menciona en los vv. 311-313 (*Mt* XVI 27). Los vv. 314-315 anuncian la ruina de Jerusalén y del mismo pueblo judío, pues en este momento se produce una venida de Cristo con su Iglesia triunfante. Entre estos dos acontecimientos combinados en este pasaje hay un nexo esencial en tanto que el segundo (la destrucción de Jerusalén) es el precursor y la prefiguración del primero (juicio final), pues en el fin del mundo Dios ejercerá sobre el género humano el mismo juicio que ejerció antes sobre el primer pueblo elegido (Israel). No obstante, hay más interpretaciones sobre este pasaje. La historia de las mismas puede verse en F. Segarra, «Algunas observaciones sobre la interpretación de *Mt* 16, 28», *Est. Ecles.* 10 (1931), 475-499, y 11 (1932), 83-94.

195 Esto es, Santiago y Juan. Cf. nota 66.

de la nieve[196]. Vuelven a mirarlo sus acompañantes y ven que está en medio de los venerables Elías y Moisés. Entonces Pedro dice tales palabras: «Considera si nos conviene más retirarnos lejos o contemplar aquí el espectáculo de tan gran milagro; sin embargo, si lo ordenas, con tres haces de fronda os haré aquí tiendas diferentes, para que a la noche os acojan separadamente como refugios a cada uno de vosotros». Mientras pronuncia tales palabras, una nube resplandeciente en el cielo envolvía al monte con su fulgor proyectado alrededor de los ojos y salió claramente una voz del medio de la luz: «Éste es mi Hijo único, mi voluntad suprema; abrazad con justo corazón su justicia». Los discípulos cayeron a tierra con su cuerpo tembloroso y no se hubiesen atrevido nunca a levantar de su precipitada caída el rostro si Cristo no les hubiese fortalecido sus corazones con un toque divino de su mano derecha reconfortándolos con cariñosas palabras: «Levantaos y pisad valientemente el miedo tras ha-

[196] Los tres evangelios sinópticos nos refieren la transfiguración de Cristo a continuación de la confesión mesiánica de Pedro en Cesarea y del primer anuncio de su pasión por parte de Jesús. El relato en sí contiene una visión a la que sigue una interpretación dada por la voz divina. La revelación está reservada a los tres apóstoles privilegiados que volvemos a encontrar en las grandes ocasiones (cf. *Mc* V 37; XIV 33). Según una tradición muy antigua de mediados del siglo IV, el monte en el que tuvo lugar el suceso es el Tabor (a 9 Km al sudeste de Nazaret y a unos 70 Km de Cesarea de Filipo). La aparición de Elías y Moisés entronca perfectamente con las esperanzas del pueblo judío: Elías como precursor del Mesías (*Mal* III 23-24; *Eclo* XLVIII 10) y Moisés como su acompañante (cf. *TgP* de *Éx* XII 42). Con ambos se da testimonio de que Jesús es el cumplimiento de la Escritura. Las tiendas que Pedro propone levantar evocan la fiesta de las Tiendas o Tabernáculos, en la cual se esperaba que Yahveh manifestara su realeza universal. La nube luminosa es el signo de la presencia divina (cf. *Éx* XXIV 15-16). El centro de gravedad del texto es sin duda la proclamación divina. La voz repite lo ya anunciado en el bautismo de Jesús (cf. JUVENCO, I 356-363).

berlo abatido, a nadie le sea revelada con palabras la visión de ahora si antes no vuelve aquí el Hijo del hombre trayendo a la vida desde la morada de la muerte su brillante triunfo[197]». Se levantan, lo ven solo y le preguntan con su voz por qué la facción de los escribas se esfuerza en sostener con los escritos de los antepasados que en primer lugar regresa Elías a la tierra desde la morada del cielo y que después surge la luz de Cristo[198]. A esto responde Cristo: «Tras haberle sido ordenado, Elias vendrá en el tiempo fijado cumpliendo luego todas sus deudas para con el mundo. Pero si hay alguien que crea, ya había venido antes naciendo de nuevo; a él la ciega ira de la locura lo sumergió en la muerte como a un desconocido[199]; otro final más cruel amenaza pronto al Hijo del hombre con horribles tormentos».

Curación de un lunático endemoniado (vv. 353-380). *Mt* XVII 14-21; *Mc* IX 14-29; *Lc* IX 37-43.

Dice estas cosas, va a buscar al pueblo y abandona el monte. Pero he aquí que un hombre de avanzada edad, con las rodillas dobladas y deshecho en llanto, venera a Cristo rogándole con súplicas: «Hijo de David[200], luz y salvación de los hombres, te lo suplico, expulsa del cuerpo de mi hijo

---

[197] Es decir, Jesús pide a sus discípulos que no le cuenten a nadie su visión hasta que él mismo haya resucitado de entre los muertos.

[198] Cf. notas 14 y 131.

[199] En los vv. 347-351 Jesús parece distinguir dos venidas del profeta Elías: 1.ª) vv. 347-348: el profeta vendrá en persona al fin de los tiempos para preparar la venida del Mesías juez (cf. nota 157); 2.ª) vv. 349-351: Elías ya ha venido en la persona del Bautista (cf. libro II, vv. 543-547) y el pueblo judío ha terminado dándole muerte (cf. nota 61 y libro III, vv. 33-69). Según la exégesis cristiana, la profecía de *Mal* III 23-24 (cf. nota 131) podría muy bien referirse a ambas venidas y tendría entonces dos cumplimientos sucesivos.

[200] Cf. nota 26.

la horrible enfermedad[201] y concédele el consuelo a mi anciana vida. Pues el curso de la luna atormenta a mi hijo con la destreza del demonio, lo lanza precipitado a las líquidas olas o voltea al desgraciado arrojándolo en medio del fuego. Pues habiéndolo intentado con frecuencia los discípulos que siguen tus preceptos, no me han dado realmente ningún fruto». Entonces Cristo, conmovido en su corazón por un gran dolor: «Oh gente de ninguna fe, gente siempre cruel, ¿soportaré yo todavía estar con vosotros en la tierra?». Así dice y manda al padre traer al niño ante su rostro. Entonces arremetió con la ingente gravedad de su voz y al mismo tiempo hizo desaparecer las convulsiones de su espíritu tras haber sido purificado su corazón de los venenos del horrible demonio. Los discípulos preguntan con insistencia por qué no les salió bien a ellos la tantas veces intentada curación del mismo muchacho. Responde el Señor: «Porque la marcha de vuestra fe vacila insegura en vuestro corazón titubeando por lugares resbaladizos. Pues si tuvierais segura una porción de fe, que pudiera resaltar como un pequeñísimo grano de mostaza, podríais arrancar de aquí toda la mole de ese monte y trasladarla a otro sitio. Pues esta clase de enfermedad la alejan, juntamente con las súplicas sin fin, la fe y los numerosos ayunos de un firme corazón».

El tributo pagado por Jesús y Pedro (vv. 381-395). *Mt* XVII 24-27.

Luego llegó caminando a la región de Cafarnaúm[202]. Acudieron a Pedro aquellos a quienes compete la gestión de los impuestos, exigiéndole que pagara en nombre de

[201] Se trataba de un epiléptico. Creíase además que las fases de la luna ejercían un efecto pernicioso en los epilépticos y de aquí que se les llamara vulgarmente «lunáticos» (cf. *Mt* XVII 14: *lunaticus*).

[202] Cf. nota 90.

Cristo lo acostumbrado[203]. Pero éste, tras haberse vuelto hacia Pedro, le dirige tales palabras: «Contéstame», dijo, «¿a los hijos de quiénes han ordenado los reyes pagar impuestos, a los extraños o a los suyos propios?». Responde Pedro: «Es claro que pagan los ajenos». «Te das cuenta», dice Cristo, «de que el hijo de un rey no paga; pero, para no ofender a nadie, escucha mis órdenes: mira, Simón, escala tú la roca más elevada del resonante mar, la que sale hacia lo alto, y arroja a la profundidad un anzuelo sujeto con un hilo de cerdas. Y al primer pez que se clave en la encorvada punta, descúbrele el interior de su vientre escindido. Paga como impuesto por ambos lo que hayas encontrado allí».

El grandioso valor de los niños (vv. 396-418). *Mt* XVIII 1-14; *Mc* IX 33-37, 42; *Lc* IX 46-48; XVII 1-2; XV 3-7.

Luego después preguntan los discípulos quién es el más grande en el reino sublime del cielo y por qué méritos. Entonces Cristo manda a un niño colocarse en medio de la reunión y el maestro dice con apacibles palabras[204]: «El que de-

[203] Se trata del llamado «impuesto del Templo», impuesto que todos los varones israelitas mayores de veinte años (tanto los de Palestina como los de la diáspora) debían pagar para el mantenimiento del santuario y los gastos del culto. Su importe ascendía a una didracma (moneda griega de plata equivalente a dos dracmas, es decir, unos 7 gr en la época romana) o medio estater (moneda que, aunque tuvo distintos valores según las regiones y épocas, en la Palestina del siglo I parece que equivalía a una tetradracma de plata) o medio siclo (moneda equivalente también a una tetradracma a partir de la época helenística); esta última era la moneda en la que la tradición recomendaba pagar el impuesto del Templo (cf. nota 103). Tras la clausura del Templo en el 77 d. C., los judíos seguían estando obligados a pagar este tributo, que desde entonces iba a parar a una caja romana, el *fiscus iudaicus,* destinado al templo de Júpiter capitolino.

[204] Los vv. 396-458, correspondientes al cap. XVIII del evangelio de Mateo, constituyen el llamado «discurso comunitario» o «eclesiástico», donde se proponen los principios de la comunidad eclesial: el respeto a los

see ascender a la alta morada del cielo, mirad, hágase en sus costumbres semejante a ese niño. Es cierto que proliferan en el mundo los lazos del engaño, pero sin embargo desdichado aquel por el que se genere el engaño. Verdaderamente quien engañe a alguno de esos pequeños, si es juicioso, que ate su cuello a una piedra de molino y se arroje de cabeza a las olas del mar. Y que nadie desprecie con arrogancia a esos pequeños. Sus guardianes en la morada celeste[205] contemplan más allá de las estrellas el rostro del Padre que está sentado en el alto trono. Pero si algún pastor, a quien cien ovejas le pacen los pastos a él confiados, cuando por casualidad un desconocido extravío le mantiene aparte a una, las deja a todas para buscar a una sola y sigue sus huellas por todo el bosque por si puede encontrarla con un gran esfuerzo, entonces surge una alegría por la oveja hallada mayor que por la totalidad del rebaño, ya que ninguna se ha quedado atrás. Así el Padre no tolera perder a ninguno de esos pequeños y se alegra de que aumenten en su reino.

La corrección fraterna (vv. 419-432). *Mt* XVIII 15-20; *Lc* XVII 3.

Si ves a tu propio hermano manchado con una falta, repréndelo a solas pronto con tus palabras tras haberlo llevado a un lugar aparte. Si, admitiendo las advertencias de tus palabras, las elogia, ganarás en calidad de hermano el corazón de un hermano que se está perdiendo. Pero si, rechazando tus palabras dichas a solas, las desprecia, que entonces otro consejero al mismo tiempo le haga con frecuencia sinceras amonestaciones. Pero si rechaza las advertencias de los dos maestros, entonces llévense sus faltas a la asamblea

niños (vv. 396-418), la corrección con el hermano (vv. 419-432), el perdón de las ofensas y de las deudas (vv. 433-458). Éste es el cuarto gran discurso del evangelio de Mateo (cf. nota 67).

[205] Esto es, los ángeles.

general, para que al menos se corrija conmovido por la autoridad del pueblo. Y si a su vez desprecia desenfrenadamente los consejos de muchos, castígalo tú con el nombre de la gente enemiga[206]. Pues mi presencia se hará ver siempre en vuestra asamblea y es necesario que yo me encuentre en medio si hay una reunión de dos o de tres en mi nombre».

El perdón de las ofensas. Parábola del siervo despiadado (vv. 433-458). *Mt* XVIII 21-35; *Lc* XVII 4.

Entonces Pedro pregunta cuántas faltas puede perdonar a un hermano, si tal vez es lícito tolerar hasta siete errores humanos. Cristo prosigue: «No sólo siete faltas, sino perdónensele además a un hermano sus ofensas multiplicadas por diez[207].

Pues el reino del cielo[208] es en todo semejante al palacio de un señor muy rico que ha ordenado que le sea ajustada la

[206] Es con esta expresión (v. 429: *diversae gentis*) como Juvenco intenta reproducir la consideración de gentil y publicano (cf. *Mt* XVIII 17: *ethnicus et publicanus*) en la que se tiene a los no cristianos.

[207] De este modo tan peculiar (vv. 435-436: *Non septem crimina tantum, / sed decuplata donentur vulnera fratri)* es como parafrasea Juvenco la famosa sentencia evangélica: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (*Mt* XVIII 22: *Non dico tibi usque septies; sed usque septuagies septies).*

[208] El «reino de Dios», al que Mateo designa generalmente con el nombre de «reino de los cielos», constituye sin duda la idea central de la predicación de Jesús en los evangelios sinópticos. El reino de Dios es en estos evangelios una noción escatológica y trascendente que equivale a la de «vida eterna». Para acceder a él hay que cumplir la voluntad de Dios, hay que «convertirse», cambiar de espíritu y romper con los intereses terrenos. Y además el reino de los cielos es esencialmente un don del Padre, mediante el cual Dios llama de forma urgente. En líneas generales los textos evangélicos nos presentan el reino de Dios bien como objeto de espera, bien como algo ya presente; es decir, aunque se trata fundamentalmente de un reino escatológico cuya llegada no puede determinarse, sin embargo el reino de los cielos está ya también presente, manifestado en la persona y en las obras de Jesús (en realidad los textos evangélicos identifican a Cris-

cuenta del dinero y que manda que sea detenido junto con su esposa y sus hijos un siervo que le debe muchos talentos[209] y que se exponga con todos sus bienes con la inscripción de puesto en venta. Entonces el siervo suplica al señor con su cuerpo postrado y promete pagar al señor toda la cantidad de dinero si hay para él alguna concesión de tiempo. Conmovió al señor la compasión por el llanto del siervo y fue condescendiente con el esclavo en todas sus deudas más allá de lo que éste merecía. Pero al salir, el esclavo coge a un compañero de esclavitud al que había encontrado en el umbral mismo; entonces con mucha insistencia lo apremia a que le pague las deudas, amenazadoramente no le dio lugar para las súplicas, y lo atormentaba tras haberlo sumergido en las tinieblas de la cárcel y en los castigos. Después que el señor comienza a saber esto por las palabras de los esclavos, en su dolor dirigió justísimas críticas al siervo, que había sido llevado ante él, excita su cólera y, restableciéndole todas las deudas, con órdenes rigurosas precipitó en los tormentos al despiadado hasta que pagara con justos castigos entre cadenas. Así os hará el Padre, que posee la cumbre del cielo, si de modo rígido queréis con cruel cora-

---

to con el reino de Dios). De ahí que este reino implique dos fases: una actual en la que el reino vive en el misterio y la humildad, y otra futura en la que alcanzará su pleno desarrollo en la gloria y la luz.

[209] El talento es una medida de peso/moneda (de plata) de origen griego. El talento israelita (heb. *kikkār*, «círculo») debía de pesar 60 minas (moneda que en el antiguo Israel pesaba aproximadamente 570 gr), es decir, 34'2 Kg. Es ésta la mayor unidad de peso utilizada en el AT tanto para el oro (cf. *Éx* XXV 39, *II Sam* XII 30, *I Re* IX 14, etc.) como para la plata (*I Re* XX 39, *II Re* V 22, etc.). El talento griego equivalía a 6.000 dracmas, esto es, entre 21-26 Kg de plata (pues el peso del dracma osciló entre unos 4'36 gr en las épocas persa y helenística y unos 3'5 gr en la época romana). El talento griego lo tenemos ya documentado en los últimos libros del AT (cf. *I Mac* XI 28; *II Mac* IV 24, etc.) y es el que aparece en el NT.

zón castigar duramente los pecados de vuestros hermanos suplicantes».

Indisolubilidad del matrimonio (vv. 459-491). *Mt* XIX 1-12; *Mc* X 1-12.

Profirió tales palabras; y abandonó la región de Galilea y se dirigió a Judea[210], por donde el verde Jordán recorre silenciosamente fértiles campos con su agradable corriente. Y no persiste menos en gratificar en las calzadas a los enfermos con la salud y en conceder los favores del Padre sublime. He aquí que los fariseos[211] se dirigen a él intentando preguntarle si es lícito romper, tras haberlo rechazado, el vínculo del matrimonio, cualquiera que sea, porque afecta al corazón del esposo ofendido[212]. Cuando oyó esto,

[210] Para estas regiones, cf. notas 174 y 7 respectivamente.

[211] Cf. nota 133.

[212] En la Ley judía estaba admitido el divorcio. El marido tiene el derecho de repudiar a su mujer mediante un libelo o acta de repudio (cf. *Dt* XXIV 1: «Si un hombre toma una mujer y se casa con ella, y resulta que esta mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que le desagrada, le redactará un libelo de repudio, se lo pondrá en su mano y la despedirá de su casa»). La norma en la Ley judía era que la mujer no podía divorciarse por propia iniciativa ni pedir el divorcio. Sin embargo en algunos escritos que han llegado hasta nosotros (documentos de la colonia judeoaramea de Elefantina [datables entre el 514 y el 398 a. C.], libelo de repudio del desierto de Judá [135 d. C.]) podemos ver que también las mujeres —en especial las pertenecientes a las clases privilegiadas de la sociedad— tomaban la iniciativa en la separación. Sabemos que Salomé, hermana de Herodes el Grande, envió un libelo de repudio a su esposo Costabar (cf. Flavio Josefo, *Ant.* XV 259) y que Herodías, hermana de Herodes Agripa I, se divorció de Herodes Filipo para casarse con el tetrarca Herodes Antipas (cf. Flavio Josefo, *Ant.* XVIII 136; v. también nota 61). En la época del NT el divorcio estaba bastante extendido y, al menos entre los judíos helenizados, la mujer podía tomar la iniciativa del mismo. Parece que fueron los esenios (cf. nota 22) los que condenaron el repudio seguido de un segundo matrimonio. En esta regla de origen esenio se basaría Juan el Bautista para criticar el matrimonio de Herodes Antipas y Herodías (cf.

Cristo profiere tales palabras: «Al principio Dios estableció en la tierra una pareja de sexo diferente y ordenó que se uniesen conforme a un solo cuerpo y que con sus miembros unidos hicieran crecer las almas de ambos. Así pues, lo que Dios con su propia palabra manda que se acreciente, es ilícito separarlo con la repugnante voluptuosidad de los hombres. Moisés, porque vio vuestras entrañas endurecidas, ordenó[213] extender acta de divorcio, para que vuestros pétreos corazones pudiesen mediante vuestros propios escritos ser sometidos con fuego por sentencia del juez[214]. Pues el que rompe sin motivo los vínculos de un matrimonio casto y hace partícipe de su lecho nupcial a otra esposa, cometerá delito de adulterio[215] ante el pueblo como testigo». Los discípulos

---

nota 61). En cualquier caso es la regla que se recoge y generaliza en los evangelios, los cuales condenan claramente el divorcio. Sin embargo en *Mt* V 32 (cf. Juvenco, I 533-535: *Sola viri recte discedet adultera tectis, / ast aliae maneant, nam casti iura pudoris / auctore amittet mulier deserta marito*) y XIX 9 (cf. Juvenco, III 476-478: *Nam* temere *exsolvet casti qui iura cubilis / alteraque illius thalamis sociabitur uxor, / crimen adulterii populo sub teste subibit*) se justifica el divorcio en el caso de que haya por parte de la esposa '*porneía*' (lat. *fornicatio*), término bastante general que se puede aplicar tanto a la adúltera como a la mala conducta de la mujer antes del matrimonio. Esta cláusula del evangelio de Mateo representa una verdadera excepción y supone una concesión hecha al punto de vista tradicional. Posteriormente Pablo rechazará también el divorcio (cf. *I Cor* VII 10-11) y sólo admitirá la disolución del matrimonio cuando uno de los dos cónyuges sea no creyente y solicite él mismo la ruptura. Esta solución, aplicable solamente a personas no bautizadas en el momento de su boda, es lo que se conoce con el nombre de «privilegio paulino».

[213] Alusión a *Dt* XXIV 1, pasaje que hemos reproducido en la nota anterior.

[214] Pues en el libelo de repudio o acta de divorcio que se entregaba a la esposa se exponía el motivo de la ruptura, lo cual permitía al juez posteriormente resolver si el marido había repudiado a su mujer de acuerdo con la ley o si por el contrario había disuelto su matrimonio injustificadamente.

[215] Cf. nota 70.

replican: «Esa ley[216] hace sufrir a la parte de los hombres y la oprime con una injusta carga de esclavitud, de modo que es mejor carecer del aborrecido tálamo nupcial». Responde el Señor: «No todos pondrán sus hombros bajo tan gran peso, tales dones son propios de la virtud escogida. De tres maneras se mutilan los cuerpos que no gozan de ningún fecundo contrato de matrimonio. Pues sabemos que unos son paridos con tal naturaleza a las regiones de la luz; a la mayoría los ha privado del sexo la fuerza de los hombres provista de hierro; y es evidente que otros por causa del reino del cielo se arrancan a sí mismos de sus entrañas la ardiente pasión[217]. El que sea capaz, que lo coja para sí con orgullo-

[216] Esto es, la ley que les acaba de dar Jesús (cf. vv. 471-472: *Quod Deus ergo iubet proprio concrescere verbo, / inlicitum est hominum foedo secernere luxu*).

[217] Aunque el término «eunuco» significa propiamente «hombre castrado», en este pasaje evangélico Jesús lo aplica en sentido amplio a tres clases de personas bien diferentes (cf. *Mt* XIX 12). En cualquier caso, en el texto juvenciano, los mencionados en primer lugar (vv. 486-487) son los impotentes de nacimiento y no por intervención quirúrgica alguna. Los eunucos verdaderamente dichos son los que aparecen en segundo lugar (vv. 487-488). De éstos tenemos que decir que la castración era algo desconocido en Egipto y en la cultura griega. Sólo en época helenística, y por influencia oriental, aparece una castración cultual, especialmente en algunos cultos de Asia Menor (como por ejemplo el de Cibeles y el de la diosa siria Atargatis). Sin embargo en Oriente la castración era algo usual en las cortes, donde los eunucos desempeñaban diversas funciones, entre las cuales la fundamental era guardar el harén real. El judaísmo, por el contrario, prohibía la castración de hombres y de ganado. De hecho algunos textos excluyen a los castrados de la comunidad de Yahveh (Cf. *Dt* XXIII 2). Así pues, cuando se nos habla de verdaderos eunucos en la corte israelita, debemos pensar que se trata de extranjeros. En último lugar (vv. 488-489), se mencionan los que voluntariamente se abstienen del matrimonio por amor al reino de Dios. Hay que decir a este respecto que el judaísmo desconocía la abstinencia del matrimonio o celibato por motivos ascéticos. Pero ya Flavio Josefo (*Guerra de los judíos* II 120-121; cf. también II 160) nos informa de que un grupo de esenios renunciaban al

sa fortaleza, porque Dios quiere extender su gracia a unos pocos y elegidos».

Jesús y los niños (vv. 492-497). *Mt* XIX 13-15; *Mc* X 13-16; *Lc* XVIII 15-17.

Esto dice y acoge a los niños, a los que el gozoso cuidado de sus padres traía por todas partes a porfía con alegres súplicas, y reprende a la multitud de los que lo seguían porque los alejaba y asegura que los de tal naturaleza merecen el reino de la corte celestial. Les pone encima a uno tras otro las sagradas palmas de sus manos y los devuelve a los brazos de sus padres para que se los lleven.

El joven rico. Peligro de las riquezas (vv. 498-533). *Mt* XIX 16-26; *Mc* X 17-27; *Lc* XVIII 18-27.

Pero he aquí que un joven de entre el pueblo, que tenía tierras, casas y riquezas, resplandeciente posesión de bienes, se acerca a Cristo y le suplica en público humildemente: «Oh buen maestro, dímelo ahora, ¿qué obras debo llevar a cabo para que me sea posible alcanzar la vida eterna?». A estas palabras responde entonces Jesús, el creador de la vida, tales otras: «¿Ahora todavía me preguntas lo que está contenido en la ley antigua[218]? No destruirás la vida del

---

matrimonio. Ni Juan Bautista ni Jesús estuvieron casados, ni tampoco lo estuvo posteriormente Pablo, a quien la condición de célibe le parece preferible porque permite entregarse enteramente al trabajo apostólico (*I Cor* VII). Esta recomendación de Pablo constituye el fundamento bíblico de la ley eclesiástica del celibato para los sacerdotes, aunque la ley sólo se impuso tardíamente.

[218] Frente a *Mt* XIX 17 (*Quid me interrogas de bono? Unus est bonus, Deus*), Juvenco ha omitido totalmente en su paráfrasis la afirmación hecha por Jesús (v. 504: *Nunc demum quaeris, veteri quae lege tenentur?*). Aunque en muy pocas ocasiones nuestro poeta suprime la palabra *Deus* en su obra cuando ésta se encuentra en el texto evangélico, en esta ocasión Juvenco ha omitido no sólo el término sino la expresión entera. La explicación de esto tal vez sea el hecho de que dicha expresión podía mostrar de algún modo la inferioridad de Cristo respecto al Padre, punto débil de los

hombre, no emprenderás ilícitas relaciones de lecho, ni tu deseo ni tu mano se apropiarán dañosamente del beneficio de los bienes ajenos, no dirás falsedades como testigo. Que tu padre y tu madre estén muy altos en tu estima y que tu hermano te vaya muy próximo al amor por ti mismo[219]». Aquél dijo a continuación: «Creo que siempre he cumplido eso con permanente celo pero, para que no quede alguna cosa por casualidad descuidada, sea lícito que tu poderosa voz me aconseje». Entonces Cristo le dice: «Si deseas ahora alcanzar con excelsos méritos la cima perfecta de la vida, vende por partes todo lo que posees solo bajo tu propio poder y dedícalo decididamente a los desgraciados indigentes. Entonces te será reservado un tesoro en la alta morada del cielo y seguirás mis pasos firme en la virtud». Cuando estas palabras pasan por los oídos del adolescente, bajó el rostro y se retiró entristecido a su casa. Entonces la única esperanza de la vida les habla así a sus discípulos: «Es difícil que los adheridos a la tierra se desprendan de sus abundantes rique-

católicos en la controversia contra los arrianos, disputa tan en boga por los tiempos en que se escribía la *Historia evangélica.*

[219] Como ocurre en otros lugares del NT (cf. *Mc* X 19; *Lc* XVIII 20; *Rom* XIII 9; *Sant* II 11), el evangelista Mateo, al que Juvenco sigue aquí con precisión, alude en este pasaje tan sólo a algunos mandamientos aislados del Decálogo (cf. nota 31), cuya forma primitiva muy bien podría haber sido: 1.° No tendrás otro Dios fuera de mí (*Éx* XX 3); 2.° No harás ídolo alguno (*Éx* XX 4-6); 3.° No tomarás a la ligera el nombre de Yahveh, tu Dios (*Éx* XX 7); 4.° Acuérdate del día del sábado (*Éx* XX 8-11); 5.° Honrarás a tu padre y a tu madre (*Éx* XX 12); 6.° No matarás (*Éx* XX 13); 7.° No cometerás adulterio (*Éx* XX 14); 8.° No robarás (*Éx* XX 15); 9.° No testimoniarás contra tu prójimo como testigo falso (*Éx* XX 16); 10.° No codiciarás la casa de tu prójimo (*Éx* XX 17). Es decir, el pasaje evangélico recoge el 6.°, 7.°, 8.°, 9.° y 5.° (por este orden) y añade además (cf. v. 509: *Proximus et frater pro te tibi cedat amore*) el mandamiento esencial de la doctrina de Jesús: el amor al prójimo.

zas y vayan ligeros al reino del cielo[220]. Pues antes podrán los enormes miembros del deforme camello pasar por el ojo de una pequeña aguja que un rico conseguir ver el reino del cielo». Los acompañantes guardaban silencio estupefactos y fascinados por tales palabras, considerando en su interior qué fortaleza sería tan grande en un corazón humano como para poder asumir tal vida. Los mira de nuevo la gloria de la vida eterna de los justos y les dice: «Esto tal vez le parezca duro al hombre, pero Dios les indica a los elegidos un fácil y superable camino hacia el cielo para que lo culmine la excelsa virtud».

Recompensa prometida al desprendimiento (vv. 534-549). *Mt* XIX 27-30; *Mc* X 28-31; *Lc* XVIII 28-30.

Entonces Pedro, fortificado por las murallas de su fe, comienza: «Desde hace tiempo hemos abandonado todos nuestros proyectos y nos queda como única esperanza seguir tus preceptos. ¿Qué les está reservado a nuestras almas? Dínoslo, Cristo, te lo suplicamos». Jesús le responde a Pedro con tales palabras: «A vosotros, todos los creyentes que seguís mi camino en las profundas interioridades de vuestro espíritu, cuando se siente en lo alto el Hijo del hombre[221], al que rodeará con excelsos honores la majestad, allí el gloriosísimo poder os dispondrá dos veces seis asientos en la cima sublime y os será lícito ocuparos al mismo tiempo del juicio de los hombres[222]. El que por mi nombre deje aquí todos los bienes y afectos de su familia y su casa, después recibirá esto centuplicado y la vida eterna[223]. Los últi-

[220] Cf. nota 208.

[221] Cf. nota 84.

[222] En el último juicio o juicio final, cuando tenga lugar la parusía. Cf. nota 157.

[223] La idea de una vida eterna después de la muerte aparece en *Dan* XII 2 («Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán,

mos superarán la recompensa de los primeros y los primeros, tras haber sido aventajados, obtendrán con dificultad los últimos premios.

Parábola de los obreros de la viña (vv. 550-583). *Mt* XX 1-16.

Como el diligente propietario de una heredad, cuya finca recubren anchamente en sus fértiles campiñas dulces viñedos; cuando éste salió con los primeros rayos del sol, contrató fuerzas muy vigorosas de jóvenes ajustándolos para el trabajo por el jornal fijado de un solo día y entonces les ordenó que con sus cuidados le limpiaran sus viñedos. Pero él mismo saliendo, cuando había llegado la hora tercera[224],

unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno») y se desarrolla en el NT, donde se separan claramente los justos de los pecadores. Al justo le espera la vida eterna, una gran recompensa en el cielo (cf. *Mt* V 12 = JUVENCO, I 468-471), donde estarán sentados con Cristo. Hay pasajes en el NT (*Flp* I 23; *II Cor* V 6-8) que dan por supuesto que los justos recibirán esta recompensa inmediatamente después de la muerte, es decir, antes de la resurrección que tenga lugar en el fin del mundo (cf. nota 157). La resurrección en el último día lo que traerá consigo será la recompensa perfecta de los justos y la separación definitiva entre éstos y los pecadores, cuya morada es el infierno, con fuego, llanto y crujir de dientes, gusano y tinieblas. Pero contrariamente a ese rápido premio del que nos hablan ciertos pasajes en el caso de los justos, en el NT nunca se nos dice expresamente que el infierno haya de ser la morada de los pecadores inmediatamente después de la muerte, sino que siempre se nos presenta este castigo trasladado al tiempo del juicio final.

[224] En los tiempos más antiguos los israelitas sólo conocían para las partes del día denominaciones aproximadas: «la mañana», «el mediodía» y «la tarde». La división del día en horas sólo está atestiguada en el NT, donde el día aparece distribuido en doce de ellas desde la salida hasta la puesta del sol. Dado que los días no son igualmente largos en todas las estaciones del año, las horas tampoco eran siempre de la misma duración. En este pasaje se mencionan las horas tercera, sexta y nona, que equivaldrían aproximadamente a las nueve de la mañana, a las doce del mediodía y a las tres de la tarde respectivamente.

he aquí que encontró a otros y les ordenó añadirse a la empresa, prometiéndoles una recompensa digna por los servicios de su trabajo; ellos del mismo modo obedecen con alegría sus mandatos. Pero cuando luego había pasado la hora sexta del día, igualmente persiste en contratar de allí a otros jóvenes. Y cuando después el curso del sol ha puesto término a la hora nona, entonces mandó ir a otros contratados conjuntamente. Quedaba la última parte del día en su ocaso[225]: habiendo salido, ve a unos jóvenes y les pregunta los motivos de por qué una indolente ociosidad mantiene inmóviles sus perezosas manos. Porque no habían recibido las órdenes de ningún empresario, le dicen. Entonces el señor también mandó a éstos ir pronto a su propiedad. Pero, al surgir la estrella de la tarde inmediatamente, ordena que todos sin excepción reciban la paga del jornal y que todos se lleven el salario de una igual cantidad de dinero. Entonces aquel grupo de hombres que había soportado el trabajo en la primera luz y había aguantado en las tareas el día entero, indignándose, habla entre sí con tales murmullos: 'Es injusto que nosotros obtengamos el mismo dinero que ésos, a los que la última hora de trabajo ha incorporado demasiado tarde'. Entonces el dueño de la heredad dice con sosegado corazón: 'Se te ha dado la parte entera del salario íntegro y se han respetado fielmente los términos del acuerdo. Sea lícito conceder de lo mío otro tanto a ésos a los que la última parte del trabajo reunió en mi heredad'. Pues la venerable bondad de Dios ha llamado a muchos hombres, de los

[225] Con esta imprecisión temporal (v. 564: *Ultima labentis restabat portio lucis*) parafrasea Juvenco la tampoco demasiado precisa frase evangélica (*Mt* XX 6: *Circa undecimam autem horam exiit*).

que sólo es justo separar a una parte extremadamente pequeña[226]».

Nuevo anuncio de la pasión (vv. 584-589). *Mt* XX 17-19; *Mc* X 32-34; *Lc* XVIII 31-34.

Esto dice y se dirige de nuevo a los sólimos[227], habla aparte a sus compañeros y comienza en las regiones solitarias de su camino: «Voy a sabiendas y me acerco a las truculentas murallas. Aquí el Hijo del hombre será entregado para el cumplimiento de su muerte soportando en su cuerpo los ultrajes de los escribas y próceres[228] y, clavado a la cruz, se alzará después del tercer día».

---

[226] Tanto en la *Vetus Latina* como en la *Vulgata* la conclusión completa de la parábola es (*Mt* XX 16): *Sic erunt novissimi primi, et primi novissimi: multi sunt enim vocati, pauci electi.* Juvenco, al parafrasear sólo la última parte de esta conclusión (cf. vv. 582-583: *Nam multos homines dignatio sancta vocavit / e quis perminimam dignum est secernere partem*), ha hecho exactamente lo contrario de lo que hacen las versiones modernas de la Biblia, que sólo recogen la primera parte y piensan que la segunda ha pasado a este lugar de modo accidental proveniente de *Mt* XXII 14 (cf. Juvenco, III 772-773). La verdad es que al contexto de la parábola parece convenirle mejor la primera parte, esto es, la no recogida aquí por Juvenco (aunque nuestro poeta sí había recogido esta sentencia en los vv. 548-549 [*Primorum meritum postremi transgredientur, / ultima praeteriti capient vix praemia primi*], versos de los que esta parábola de los obreros de la viña constituye una verdadera explicación).

[227] Los habitantes de Jerusalén. Cf. nota 40.

[228] Al parafrasear a *Mt* XX 18 (*filius hominis tradetur principibus sacerdotum, et Scribis),* Juvenco (vv. 586-588: *Ingredimur gnari truculentaque moenia adimus. / Filius hic hominis prodetur ad ultima mortis, / scribarum procerumque ferens ludibria membris*) ha mantenido el término *scribis* de su fuente (v. 588: *scribarum*), en tanto que la expresión *principibus sacerdotum* la ha sustituido por un término mucho más genérico (v. 588: *procerum*) y por otra parte ha resaltado de un modo muy expresivo la hostilidad de unos y otros hacia Cristo (v. 386: *truculenta moenia*; v. 388: *ferens ludibria*).

Petición de la esposa de Zebedeo
(vv. 590-599).
Mt XX 20-23; *Mc* X 35-40.

Aquí entonces la mujer de Zebedeo[229] le suplicaba a Cristo humildemente que en la alta morada del cielo sublime, colocándose él en medio, sus hijos[230] se sentaran dichosos a su derecha y a su izquierda. Entonces les pregunta Cristo si podían tomar la copa que él estaba próximo a tomar para sí por mandato del Padre. Responden que ellos podían al mismo tiempo. Entonces Cristo les dice tales cosas: «Os es posible beber mi copa[231], pero sentaros conmigo con igual distinción en los altos asientos, esto no lo concederá a nadie como favor mi poder. Estos sublimes regalos los reserva mi Padre a algunos».

---

[229] Posiblemente su nombre fuese Salomé, pues en *Mc* XV 40 se usa este nombre para designar a una de las mujeres que estaban al pie de la cruz (*Erant autem multae mulieres a longe audientes: inter quas erat Maria Magdalene, et Maria Iacobi minoris et Ioseph, et mater Salome*), y en el pasaje paralelo de *Mt* XXVII 56 encontramos en lugar de *Salome* la expresión «madre de los hijos de Zebedeo» (*inter quas erat Maria Magdalene, et Maria Iacobi et Ioseph, et mater filiorum Zebedaei*. En cualquier caso, sería una de las mujeres que había seguido a Jesús en Galilea.

[230] Esto es, los apóstoles Santiago y Juan. Cf. nota 66.

[231] Las copas mencionadas en la Biblia en un contexto histórico-salvífico pueden proporcionar tanto dicha como ruina. Así, en *Sal* XXIII 5 («Tú preparas ante mí una mesa / frente a mis adversarios; / unges con óleo mi cabeza, / rebosante está mi copa») Yahveh aparece como un buen anfitrión. Pero también todos los malvados de la tierra tienen que beber de la copa de la ira divina (cf. *Sal* LXXV 9: «Sino que hay una copa en la mano de Yahveh, / y de vino drogado está lleno el brebaje: / él lo escanciará, y sorberán hasta las heces, / lo beberán todos los impíos de la tierra»). Además la copa es una metáfora para expresar la suerte otorgada a cada cual (cf. *Sal* XVI 5: «Yahveh, la parte de mi herencia y de mi copa, / tú mi suerte aseguras»). Toda la vida del hombre es una copa que se llena y ha de beberse hasta el fondo. Así, la copa representa aquí el trágico destino reservado a Jesús y que éste no puede eludir.

Los jefes deben servir (vv. 600-611). *Mt* XX 24-28; *Mc* X 41-45.

Luego a todos los discípulos, conmovidos por tales palabras, los tranquiliza con la belleza de tal discurso: «Sobre los pueblos infieles el poder, con su altiva autoridad, coloca a aquéllos, cualesquiera que sean, que los dominan desde arriba y ejercen su cólera terrible sobre las ciudades sometidas. Entre vosotros una apacible moderación sosiega con mucha más serenidad las aguas de la vida en armónica paz y con sus servicios el siervo se eleva grandioso sobre las alturas. Y ni uno sólo puede ser el primero si no sirve a todos. Así el Hijo del hombre solamente con sus propios servicios os proporciona como siervo vuestros gratos beneficios y salva a muchos redimiéndolos con su valiosa sangre.

Elección de asientos (vv. 612-621). *Mt* XX *(Vetus Latina)*; *Lc* XIV 7-11.

Pero vosotros queréis ascender de las ínfimas riquezas y así, cayendo desde la altura, abrazáis las profundidades[232]. Si cualquiera, disponiendo un banquete, os invita a la comida, el que sea sensato evite reclinar su cuerpo en los rincones más distinguidos. Si por casualidad llega otro ilustre, se verá obligado a retirarse vergonzosamente de la privilegiada esquina aquel al que el orgullo de su arrogante corazón haya colocado por los puestos más destacados. Si por el contrario se contenta con ocupar para la cena los lugares

---

[232] Este pasaje correspondiente a los vv. 612-621 no aparece en el evangelio de Mateo ni en la *Vulgata* ni posteriormente en las versiones modernas, pero sí lo encontramos en la *Vetus Latina,* donde leemos: *Vos autem quaeritis de pusillo crescere, et de maiore minores esse. Intrantes autem, et rogati ad caenam, nolite recumbere in locis eminentioribus, ne forte clarior te superveniat: et accedens qui ad caenam vocavit te, dicat tibi: Adhuc deorsum accede: et confundaris. Si autem recubueris in loco inferiori, et supervenerit humilior te, dicat tibi qui te ad caenam vocavit: Accede adhuc superius: et erit tibi utilius.*

mediocres, y si luego después llega un convidado inferior, pasará lleno de pudor a posiciones mejores de los triclinios».

Entrada triunfal en Jerusalén (vv. 622-652). *Mt* XXI 1-16; *Mc* XI 1-18; *Lc* XIX 28-38; *Jn* XII 12-19.

Entonces subió a las cimas, próximas a los sólimos, de un monte que resplandecen con sus liños de olivos de glauco follaje[233]. Desde aquí Cristo, mostrándoles enfrente las construcciones de un poblado[234], mandó a los elegidos de los discípulos que lo seguían que le trajesen de allí la burra que encontrasen juntamente con la cría que la acompañaba; y si alguien quisiera indagar el motivo de por qué se llevaban tan súbitamente sus bestias a algún lugar, que le dijeran entonces que su señor quería aprovecharse de sus servicios. Los discípulos cumplen rápidamente con decisión sus órdenes. Las traen, sobre el plácido pollino extienden una cobertura de blandas vestimentas y se lo ofrecen para que se siente. Enseguida corrió la voz anunciadora del antiguo profeta en tiempos pasados[235]: «Mira, llega a ti sosegadamente el rey, al que llevan sentado encima los lomos de una burra muy apacible y de su cría que la sigue[236]». Entonces las gentes cubren de mantos to-

---

[233] Es el famoso «monte de los Olivos», situado al este de Jerusalén, al otro lado del valle del Cedrón. Tiene unos 800 m de altura y consta de tres cimas. En el NT el monte de los Olivos está muy vinculado a los últimos momentos de la vida de Jesús.

[234] Se trata de la aldea de Betfagé, «casa de los higos», situada en las pendientes del monte de los Olivos, tal vez en su falda oriental.

[235] Cf. *Zac* IX 9: «¡Exulta sin freno, hija de Sión, / grita de alegría, hija de Jerusalén! / He aquí que viene a ti tu rey: / justo él y victorioso, / humilde y montado en un asno, / en un pollino, cría de asna».

[236] Encontramos en este pasaje de Juvenco una cierta contradicción en lo que respecta al animal que transporta a Cristo. Pues si bien en los vv. 631-632 (*Adducunt mollique super velamine vestis / insternunt pullum*

das las calles y, por donde tiene Cristo el paso, las adornan de entrelazada fronda. Entonces otros despojan de su verdor los palmares próximos y todos gritan al unísono: «¡Tenga el nacido de la estirpe de David[237] una gloria jubilosa con alabanzas por sus insignes triunfos!». Así precisamente entra en las murallas de los sólimos Cristo. Cuando entró, salió a porfía a su encuentro en el primer umbral del templo una multitud incapacitada en sus piernas y en sus ojos. Cuando toda la facción de los sacerdotes, maravillándose de ello, vio a éstos gozando tan súbitamente de su andar y de su vista y a los niños llenando el edificio del templo con sus gritos de «alabanza gloriosa para el nacido de la estirpe de David», todos le preguntan a él mismo cuál es el motivo del clamor que alza tanto en alegría a la impúber multitud. Cristo responde a esto: «Se cree que vosotros conocéis los escritos de la ley sagrada que dice que la alabanza del justo

---

placidum praebentque sedendum) se nos dice que es la cría, el pollino (*pullum*), la que va a llevar sobre los lomos a Cristo, en los vv. 634-635 (*quem terga sedentem / praemitis gestant asinae pullique sequentis*) figuran como monturas simultáneas la burra y el burrito. Creemos que esta imprecisión de Juvenco puede tener su base en el propio texto evangélico de Mateo, donde no queda claro cuál de los dos animales sirve de montura y más bien podemos pensar que Cristo monta tanto uno como otro (cf. *Mt* XXI 6-7: «Fueron, pues, los discípulos e hicieron como Jesús les había encargado: trajeron el asna y el pollino. Luego pusieron sobre ellos sus mantos, y él se sentó encima»). En los restantes evangelistas la cuestión es mucho más clara, ya que no se menciona a la madre en absoluto y sólo se nos habla de un «pollino» o «borriquillo» (cf. *Mc* XI 7: «Traen el pollino donde Jesús, echaron encima sus mantos y se sentó sobre él»; *Lc* XIX 35: «Y lo trajeron donde Jesús; y echando sus mantos sobre el pollino, hicieron montar a Jesús»; *Jn* XII 14-15: «Jesús, habiendo encontrado un borriquillo, se montó en él, según está escrito: 'No temas, hija de Sión; mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna'»).

[237] Cf. nota 26.

viene de las bocas de los niños que maman y se levanta de sus lenguas[238]».

La higuera estéril y seca (vv. 653-673). *Mt* XXI 17-22; *Mc* XI 12-14 y 20-24.

Esto dice abandonando la ingrata ciudad a la vez que a sus ciudadanos, se dirige a Betania[239] y a su regreso ve en el borde de la calzada una higuera que proyecta una espaciosa sombra. Allí por casualidad el deseo de comida, excitando su apetito, escudriña las ramas del árbol, pero ninguna posibilidad de fruto le había crecido a la sombra estéril de la fronda. A ella le dice Cristo: «No tengas nunca capacidad de producir frutos». Entonces al punto se secó el árbol. Los discípulos se maravillan de la rapidez de la muerte en el árbol. Pero Cristo, colocándose junto a los extasiados, les dice tales cosas: «Ahora os habéis quedado estupefactos por el milagro mío del leño, por el hecho de que haya dejado de extraer como alimento jugos de la tierra. Pero una y otra vez os lo recordaré con palabras verdaderas: pues si una fe segura se mantiene firme en la fortaleza de vuestro espíritu y no cae temblorosa vacilando por indecisas imperfecciones, la savia de ese árbol cederá ante vosotros. Y no solamente de ése, sino que la palabra de los creyentes podrá arrancar las cimas de un monte y hundirlas en las aguas del mar juntamente con bosques, rocas y fieras. Y todo lo que pida la fe con firme sentimiento, lo conseguirá siempre por la fuerza merecida de los creyentes».

---

[238] Cf. *Sal* VIII 3: «En boca de los niños, los que aún maman, / dispones baluarte frente a tus adversarios, / para acabar con enemigos y rebeldes».

[239] Pequeña ciudad situada en la vertiente sudeste del monte de los Olivos, a 3 Km al este de Jerusalén en dirección a Jericó. Mencionada a menudo en los evangelios, es la patria de Lázaro, Marta y María (cf. JUVENCO, IV 306-402).

Controversia sobre la autoridad de Jesús (vv. 674-691). *Mt* XXI 23-27; *Mc* XI 27-33; *Lc* XX 1-8.

Cuando ha proferido estas palabras, se dirige al recinto del templo. Inmediatamente los próceres del pueblo le preguntan reunidos sobre sus prodigios, qué fuerza le ha otorgado tan grandes poderes. A ellos les dice Cristo: «Es fácil ya contestaros a vosotros que tratáis de saberlo todo, si a su vez vuestra respuesta me aclara antes con pocas palabras lo que yo os pregunte. ¿Recientemente a Juan[240], que lavó en la corriente de agua pura las manchas del pueblo que estaba sucio, lo considerasteis vosotros un poder divino o más bien un engaño del hombre?». Esto dice esquivando con la ambigua presión de sus palabras el pensamiento de los próceres que intentan sorprenderlo; pues la gran veneración del pueblo reconocía a Juan como profeta y no podían considerar su vida como engañosa. Si por el contrario hubiesen dicho que era un sublime profeta, el reconocimiento de que lo habían matado revelaría su culpabilidad. Sin embargo la insidiosa facción responde que ellos no saben. Entonces Cristo les dice: «No es injusto negar la palabra puesto que se me han negado arrogantemente las respuestas de los próceres.

Parábola de los dos hijos enviados a limpiar la viña (vv. 692-711). *Mt* XXI 28-32.

Pues un padre profirió tales palabras a los oídos del mayor de sus dos hijos[241]: 'La mayor parte de mis vides se encuentra a medio podar. Pero ve y con tus vigorosas

[240] Juan el Bautista. Cf. notas 14, 22, 61 y 119.

[241] No nos puede resultar sorprendente el hecho de que Jesús se valiera tantas veces de las parábolas para su predicación, pues en su tiempo éstas eran un método de instrucción popular muy estimado. El contenido de casi todas las parábolas se refiere al reino de Dios. Expresan la alegría y la certeza de la venida del reino —con lo cual se manifiesta sobre todo la generosidad de Dios— e incitan al hombre a arriesgarse por el reino, a percatarse de la inminencia de su venida.

fuerzas limpia la viña atajándola ora con la cava ora con la podadera'. Entonces el joven dice que él no quería soportar tan despreciables mandatos de trabajo. Después sigue todas las órdenes del padre y corrige su respuesta arrepintiéndose de ella. Luego con semejantes palabras mandaba al otro hijo a cumplir en su viña las órdenes de trabajo. Asiente a ellas el joven y no adecua los actos a las palabras. Decid, ¿quién sigue mejor las órdenes del padre?». A él le alaban la respuesta del último. Cristo prosigue: «Prestad atención ahora a palabras verdaderas. Ya a partir de aquí pueden alcanzar antes la morada del cielo quienes tratan de obtener viles ganancias de la profanación de su cuerpo[242] que cualquiera de vosotros. Pues os había llegado anteriormente el íntegro Juan, pero no es propio de vosotros creer. Pues los corazones de las meretrices se impregnaron antes de una fe segura y dejaron a un lado la vergonzosa suciedad de su espíritu. Pero vosotros en absoluto os arrepentís nunca de tan grandes crímenes[243].

Parábola de los viñadores homicidas (vv. 712-736). *Mt* XXI 33-46; *Mc* XII 1-12; *Lc* XX 9-19.

Así un hombre rico, al que un compacto vallado le cerca alrededor muchas yugadas de frondoso viñedo, hizo en medio una torre, una prensa de lagar y toneles, lo dio a unos viñadores y arrendó la obtención de fruto estableciendo cumplir el contrato de arren-

---

[242] Si bien el pasaje evangélico no habla sólo de las prostitutas, sino también de los publicanos (cf. *Mt* XXI 31: *meretrices, et publicani*), Juvenco omite a los últimos y sólo parece aludir a las primeras (v. 706: *corporis e vitiis quaerentes sordida lucra*).

[243] Los vv. 704-711 son en realidad la explicación de la parábola propiamente dicha (vv. 692-701). El primer hijo representaría a los publicanos y meretrices. El segundo por su parte personificaría a los jefes de los sacerdotes, escribas y fariseos.

damiento fijado[244]. Entonces marcha a lugares lejanos, pero en el tiempo determinado de la vendimia envía a los siervos que eran sus administradores para que les sea dada a ellos la parte íntegra por el arriendo establecido de la tierra a los viñadores. He aquí que la cólera de los arrendatarios ahuyenta a unos con golpes terribles, a otros a su vez con lanzamientos de piedras desde todas partes; por último a muchos los abaten con heridas mortales. Entonces el señor de la heredad ordena a un número mayor de siervos que vayan y vuelve a pedir de nuevo lo convenido del arrendamiento; pero un ultraje mayor se suscita osadamente contra este grupo más numeroso. Ya la última decisión del señor es enviar a su hijo, porque el digno poder de la vergüenza exigiría que su descendiente, una parte de él mismo, fuese venerable para el corazón de los viñadores. Pero por el contrario, manchado ya de sangre el pensamiento de aquellos, que creen que, aniquilado el hijo del señor, les corresponde a ellos después el poder, lo matan traspasado por una cruel herida y arrojan su cadáver fuera al otro lado del vallado. Después de esto llegará ya el señor y exigirá los castigos de tan grandes crímenes. Pero la morada del reino resplandeciente, que os fue concedida a vosotros en otro tiempo, pasará trasladada a gente apacible que pueda devolver los frutos[245].

---

244 La meditación sobre las parábolas llevó a los primeros cristianos a introducir en ellas detalles sacados del AT. Así, esta descripción de la viña (al igual que la de *Mc* XII 1-2) está hecha conforme a la «canción de la viña» de *Is* V 1-7.

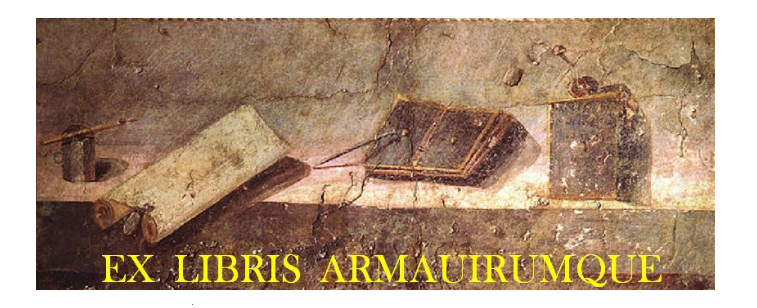
245 La exégesis interpreta que en esta parábola la viña representa al reino de Dios, los labradores que la arriendan son los israelitas (especialmente sus guías y maestros), el señor de la viña es Dios y sus criados los profetas.

Parábola de los invitados al banquete nupcial (vv. 737-773). *Mt* XXII 1-14; *Lc* XIV 15-24.

Como un rey que, celebrando la unión matrimonial de su hijo, ordena, para que acudan los próceres al festivo banquete, que invitados a través de los siervos festejen conjuntamente la ceremonia de la boda real; pero todos rechazan acudir a las nupcias reales, al festín de la mesa del rey. Después envía a otros diciendo que él lo había preparado todo en grandísima abundancia y excelentes manjares, un alegre banquete. Aquéllos se dirigían a lugares diferentes de la despreciada suntuosidad. Éste a su propia casa, aquél a la villa de la finca próxima, otro a su vez revisa con preferencia sus mercancías y sus ganancias. Muchos además cogen a los inocentes siervos que habían sido enviados a invitarlos al alegre banquete y atormentan sus cuerpos con el hierro hasta la muerte. Entonces el rey, cuando descubre los hechos, con miles de hombres armados abate a los ciudadanos juntamente con las murallas mismas, vengador de la sangre derramada de sus siervos. Luego dice a sus esclavos: 'Ahora las fiestas de la comida nupcial, todo lo que hemos dispuesto para ella con recursos muy abundantes, los próceres despreciaron tocarlo en mis mesas. Así pues, id rápidamente por las plazas públicas de las calles y, a los que allí haya agrupado el azar, hacedlos venir a todos aquí invitándolos al gozoso casamiento de mi hijo'. Poniéndose en marcha los siervos, trajeron a la vez a los que encontraron por todos los cruces de las calles. Ya por fin todas las mesas se llenan de una mezclada multitud sin nombre. Aquí, tras ser invitados, se reclinaron al mismo tiempo justos e injustos. Pero el rey, entrando en el alegre banquete, lo inspecciona. Ve entonces ataviado con la envoltura de una vestimenta manchada a uno que había tenido una lengua discordante con la alegría del casamiento. Y cuan-

do la gravedad del discurso real le ordena a éste exponer los motivos de las manchas de su vestido y de su suciedad, se mantuvo en silencio con la boca de su impuro corazón cerrada. Y entonces el rey, tras haberse vuelto a sus siervos, les ordena arrojar pronto a las profundas tinieblas a aquél, apresado con manos, pies y todo su cuerpo encadenado. Allí será el estridor de un inmenso sufrimiento sin fin y el llanto para siempre. Pues a menudo se hará la gozosa selección de unos pocos hombres entre los muchos convocados[246]».

[246] La doctrina contenida en esta parábola es la misma que la de la parábola anterior, aunque se añade además una nueva lección: no basta haber entrado en el reino mesiánico (banquete nupcial), sino que hay que estar siempre vestido con el traje de las buenas obras (un traje sin mancha). En realidad el argumento central de las tres parábolas que cierran el libro III es idéntico: invitación hecha al pueblo judío para entrar en el reino mesiánico, su negativa obstinada y criminal y su sustitución por el pueblo gentil.



LIBRO IV

El tributo debido al César (vv. 1-13). *Mt* XXII 15-22; *Mc* XII 13-17; *Lc* XX 20-26.

Al punto la facción[247], encolerizándose, se dispone a tentar con malignas palabras mediante engaño al que dice tales cosas: «Es cierto que tú has venido ahora como maestro verdadero y sigues las huellas del Señor sin temer a nadie. Así pues, di, ¿le está permitido a nuestro pueblo abolir el tributo del César siempre apremiante de acuerdo con la ley[248]?». Pero él, descubriendo los secretos de su cruel co-

[247] Aunque Juvenco utiliza solamente esta palabra para designar a los enemigos de Jesús (v. 1: *factio*), el evangelio de Mateo precisa con exactitud de qué grupo se trata: los discípulos de los fariseos (jóvenes que acudían a Jerusalén para instruirse junto a los grandes rabinos e iniciarse en el oficio de escribas y maestros del pueblo) y los herodianos (partido favorable a la política de la dinastía de Herodes y a sus tendencias helenizantes, partidarios también por tanto del poder romano). Lo que se pretendía era precisamente denunciar a la autoridad romana las palabras hostiles al César (Tiberio) que se esperaba hacer pronunciar a Jesús. Cf. *Mt* XXII 15-16: *Tunc abierunt Pharisaei, et consilium fecerunt ut eum caperent in sermone. Et miserunt ad eum discipulos suos cum Herodianis.*

[248] Los romanos cobraban dos clases de impuestos directos: un impuesto sobre bienes raíces (*tributum soli o agri*), que se pagaba parte en especie y parte en dinero, y un impuesto personal (*tributum capitis*) que

razón, les dice: «¿Por qué, falsos, intentáis acorralarme ahora con palabras? La falsedad de vuestro espíritu muestra su fruto. Fijaos en la moneda y en los bronces de cuño impreso, donde es fácil distinguir el rostro grabado del César. Pagadle ahora a él su tributo de acuerdo con su propia ley y tributémosle a Dios el honor propio de su ley».

Sobre preceptos de casamiento y resurrección de los muertos (vv. 14-37). *Mt* XXII 23-33; *Mc* XII 18-27; *Lc* XX 27-38.

Después los saduceos[249] lo acosan con sus gritos por uno y otro lado: «Moisés, que estableció los preceptos de las leyes, ordena, si alguien por su muerte súbita deja atrás su matrimonio cuando aún no han nacido de su semen hijos comunes, que el compromiso de unión por otra vez está reservado al hermano de él, con el fin de que no desaparezca la porción de linaje del muerto[250]. En nuestra tierra hubo siete

---

tenían que pagar todos excepto niños y ancianos. Había además impuestos indirectos, entre los cuales destacaba el cobro de los derechos arancelarios y de peaje (*portorium*), impuesto que se arrendaba a los publicanos (cf. nota 91). En el pasaje parece que se trata del *tributum capitis*, pues tanto *Mt* (XXII 17 y 19) como *Mc* (XII 14) utilizan *kênsos*, palabra que se refiere a ese impuesto, aunque *Lc* (XX 22) emplea *phóros*, término que se aplica más bien a los tributos que gravaban las tierras y las mercancías. En cualquier caso, en las escuelas rabínicas se discutía si le era lícito a los judíos pagar impuestos al usurpador romano, pues ello parecía ser una aprobación tácita del dominio extranjero y una renuncia a las esperanzas mesiánicas.

[249] Cf. nota 177. Los saduceos negaban la inmortalidad del alma y por tanto la resurrección (cf. *Mt* XXII 23: *In illa die accesserunt ad eum Sadducaei, qui dicunt non esse resurrectionem*).

[250] Se trata de la ley del levirato (lat. *levir*, «cuñado») que encontramos en *Dt* XXV 5-6 («Si unos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del difunto no se casará fuera con un hombre de familia extraña. Su cuñado se llegará a ella, ejercerá su levirato tomándola por esposa, y el primogénito que ella dé a luz llevará el nombre de su hermano difunto»). Esta ley, que también existía entre los asirios y los hititas,

individuos que eran hermanos; pero en primer lugar el mayor contrajo pronto el vínculo con una esposa, y sucumbió bajo un muy rápido aguijón de la muerte. Después otro hermano pereció sin descendientes en el mismo tálamo y todos los hermanos murieron sucesivamente y a todos los lloraron los llantos de una sola esposa; después a ella misma la arrebató la crueldad de la gélida muerte. Así pues, si todos llegan al pie de los umbrales de la vida, ¿para ser devuelta al matrimonio de quién resucitará la mujer?». A ellos les dice Cristo: «Vuestro espíritu insensible, sometido al perverso error, se opone a las leyes y a los preceptos del Señor. [Vuestro corrompido espíritu se aparta de las leyes y de las exigencias de Dios]. Pues la posterior renovación de la vida gozosa no conoce los tálamos ni los vanos encantos de la tierra, sino que el sublime poder los establecerá a su lado en el palacio del reino, semejantes a los ligeros servidores del Padre[251]. Y Dios no prefiere erigirse como Señor de aque-

---

tenía por objeto perpetuar la descendencia, garantizar la estabilidad de los bienes familiares y mantener a la viuda en el seno de la familia del difunto. La ley limitaba esta obligación al caso en que los hermanos viviesen juntos, y además también era posible sustraerse a ella (cf. *Dt* XXV 7-10). Por otros pasajes del AT (cf. *Rut* IV) sabemos que este derecho/obligación se extendía a un círculo de parientes más amplio que el de los hermanos del difunto. La ley se mantuvo en el judaísmo posterior.

[251] Es decir, como ángeles (cf. *Mt* XXII 30: *In resurrectione enim, neque nubent, neque ducunt uxores: sed sunt sicut angeli in caelo*). Posteriormente, en Pablo (*I Cor* XV 35-44) encontramos algún detalle más sobre cómo serán los cuerpos en esa existencia gozosa tras la resurrección del último día. La doctrina de la Iglesia Católica sostiene que se resucitará con el cuerpo terrestre, pero este cuerpo será transfigurado en «cuerpo de gloria», en «cuerpo espiritual» (cf. *I Cor* XV 42-44: «Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual»). Así pues, se trata de cuer-

llos que por su inclinación han merecido recibir una muerte horrorosa, sino más bien de los que pueden alcanzar la luz de la vida».

Los dos mandamientos esenciales. Sobre la estirpe de Cristo (vv. 38-50). *Mt* XXII 34-46; *Mc* XII 28-37; *Lc* X 25-28; XX 41-44.

He aquí que otros le preguntan con insistencia cuáles son los preceptos más rigurosos de la ley. Él, infatigable, a nadie le negaba la respuesta: «La entrega de vuestro corazón ame al sublime Señor del cielo; ésa es la exigencia más rigurosa de la ley. Semejante a ese precepto es éste otro: que un entrañable amor a la condición fraterna rija el interior del corazón justo; pues de estos dos mandamientos dependen todos[252]. Pero a vosotros, ¿de quién os parece descendencia venidera Cristo, al que todos los profetas anuncian para los tiempos futuros?». Responden que aquél nace de la estirpe de David[253]. Prosigue Cristo: «¿Por qué está escrito que David por inspiración divina llama a aquél Señor y Dios, cosas que no es razonable que el propio padre llame al hijo[254]?».

---

pos cuyas cualidades primordiales son la incorruptibilidad, la gloria, la fuerza y la espiritualidad.

[252] Ambos mandamientos están expuestos de modo claro en el AT. Para el precepto del amor a Dios, cf. *Dt* VI 4-5: «Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza». En lo que respecta al mandamiento del amor al prójimo, cf. *Lev* XIX 18: «No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Según la doctrina cristiana, el Decálogo (cf. notas 31 y 219) debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento (el amor al prójimo fundado en el amor a Dios forma en realidad un mismo precepto), que representa el compendio y la plenitud de la Ley.

[253] Cf. nota 26.

[254] En *Sal* CX, en el que se hace una descripción sublime del Mesías, David (v. 1) llama a éste «Señor»: «Oráculo de Yahveh a mi Señor: 'Sién-

Hipocresía de los escribas y fariseos. Apóstrofe a Jerusalén (vv. 51-85). *Mt* XXIII 1-14, 27-29, 37-39; *Lc* XI 43-46.

Tales cosas habla el Salvador[255]; todos quedaron estupefactos en silencio. Pero él, tras haber convocado a la multitud de creyentes, les dice: «Mirad a los soberbios escribas en su elevado asiento. Todo lo que éstos enseñan es legítimo abrazarlo con obediencia de corazón, pero despreciad las manchas de la vida de ellos mismos. Pues ponen en vuestros hombros cargas insoportables que ellos mismos no quieren ni siquiera tocar con un dedo. Se enorgullecen con el puesto principal del triclinio en la cena, con la arrogante suntuosidad y con el vano aprecio de quienes los saludan y quieren llevar el elevado nombre de maestro[256]. Pero yo no querría que vosotros ambicionarais la cima de un nombre muy alto; vosotros, en cambio, tenéis la potestad de un solo maestro concedida para la eternidad por la ley del cielo; ella misma os ha unido con un amor semejante al de los hermanos. Del mismo modo hay un solo Padre, que reina en la cumbre del cielo. Si alguno entre vosotros levanta arrogantemente su cuello, caerá y se hundirá hasta el fondo en el cieno del

tate a mi diestra, / hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies'». Con esta pregunta se quiere hacer ver que el Mesías, en cuanto hombre, desciende de David, pero que además tiene otra naturaleza divina que lo hace superior a David.

[255] Cf. nota 158.

[256] En hebreo y arameo la palabra *rabbî* significa «señor mío», «maestro mío». En la época del NT (y en realidad desde cien años antes) el término «rabí» es un apóstrofe respetuoso empleado para dirigirse a los doctores de la Ley. En el NT siempre se dirige a Jesús, excepto en *Jn* III 26, donde se aplica a Juan Bautista, y en este pasaje de *Mt* (XXIII 7-8 = JUVENCO, IV 60-64), en el que se utiliza en una reflexión de carácter general. En el NT lo encontramos unas veces tal cual sin traducir (gr. *rhabbí,* lat. *rabbi*), y otras lo tenemos traducido por *kýrie* (lat. *domine*), *didáskale* (lat. *magister*) y *epistáta* (lat. *praeceptor*). De este título deriva la palabra «rabino».

abismo; pero el humilde ascenderá libre hasta el luminoso cielo[257]. Todos debemos llorar siempre por los escribas y por el ciego engaño de la vida lamentable de la plebe farisea. Pues porque con justicia se os niega a vosotros[258] cerrado el camino, no permitís que nadie entre por las alturas de la luz y los arrastráis a todos a la participación del fuego cruel[259]. Os consideraré semejantes a sepulcros cubiertos de esplendor, que tienen el exterior brillante y el interior abominable con sus cenizas[260]. Así vuestra palabra se recubre

[257] De este modo tan singular es como parafrasea Juvenco la famosa sentencia evangélica «el que se ensalce, será humillado; el que se humille, será ensalzado» (Cf. *Mt* XXIII 12).

[258] A partir del verso 71 hay un cambio brusco con respecto a lo anterior, ya que Jesús se dirige ahora directamente a los escribas y fariseos, en tanto que antes sólo se había referido a ellos en tercera persona.

[259] En este discurso (vv. 53-85) podemos establecer cuatro partes: 1.ª Los vv. 53-60, en los que Jesús se dirige conjuntamente a la muchedumbre y a sus discípulos; 2.ª Los vv. 61-70, en los que Jesús parece dirigirse exclusivamente a sus discípulos; 3.ª los vv. 71-77, que son unas maldiciones contra los escribas y fariseos; 4.ª Los vv. 78-85, dirigidos a Jerusalén y, más concretamente, a sus habitantes.

[260] Si bien desde los tiempos más antiguos parecen haber existido en Palestina las sencillas tumbas en la tierra cubiertas frecuentemente con grandes losas, sin embargo el tipo frecuente de tumba es la excavada en la roca. Aunque de este tipo existen diversas variantes, la más normal es aquella que se compone de una sala central que da acceso a una o varias cámaras funerarias, en las que hay unos bancos (entre uno y siete, pero lo más normal son tres) para colocar los cadáveres; en el suelo de estas cámaras se excavaba una fosa que servía de osario y en la que se ponían los despojos anteriores cuando se necesitaba algún banco para una nueva inhumación. Por lo general una gran piedra bloqueaba la entrada de la sala central, a la que se accedía por varios peldaños excavados en la roca. En época grecorromana la entrada a las tumbas fue evolucionando hasta convertirse a veces en una fachada monumental (a ello posiblemente se refiera *Mt* XXIII 29. Hay que decir además que en tiempos del NT era costumbre blanquear el exterior de los sepulcros en primavera (cf. *Mt* XXIII 27) con el fin no sólo de adornarlos, sino de advertir a los caminantes, pues tocar-

de una apariencia de vida justa y en las profundidades de vuestro espíritu se ocultan sentimientos despreciables.

¡Oh sólimos, sólimos, que habéis matado sin límite con la espada a los profetas enviados frecuentemente para vuestra salvación, cómo he querido proteger a vuestra estirpe y a vuestro pueblo, como el ave está acostumbrada a dar calor bajo su cuerpo a sus dulces polluelos envolviéndolos alrededor con la protección de sus plumas! Pero para vosotros siempre son despreciables los dones celestes. Ahora ya se abandona esta morada a la que asolarán las ruinas y no os está permitido más contemplar mi rostro».

Predicción de la ruina del Templo (vv. 86-96). *Mt* XXIV 1-3; *Mc* XIII 1-4; *Lc* XXI 5-7.

Sale del templo y con tales palabras enseñaba a sus discípulos que observaban sus muy altos muros[261]: «Este prodigio de obra os parece digno de extasiada contemplación; pero sabed por palabras verdaderas que pronto yacerá todo en el suelo esparcido por todas partes[262]». Mientras decía esto había llegado a la cima del monte de los Olivos[263]. Después que los discípulos lo vieron solo, le suplicaban que les aclarara el momento del tiempo futuro del que sus mismas promesas exigían que obtuviera el fin y en el que su

---

los o pisarlos entrañaba una impureza ritual. El texto de JUVENCO (vv. 74-75). Aunque se puede interpretar también como referido a los sepulcros blanqueados, parece sin embargo referirse más bien a las tumbas ornamentadas.

[261] Los vv. 86-305 (= *Mt* XXIV y XXV) constituyen el llamado discurso escatológico o discurso sobre la parusía del Hijo del hombre, el último de los cinco grandes discursos del evangelio de Mateo y que contiene sin duda algunas de las páginas de más difícil interpretación de todo el Evangelio. En él aparecen combinados el anuncio de la ruina de Jerusalén y el fin del mundo.

[262] Para el Templo de Jerusalén y su destrucción, cf. nota 104.

[263] Cf. nota 233.

llegada haría desaparecer el orbe de la tierra. Cristo responde tales cosas a las palabras de quienes le preguntan:

La ruina de Jerusalén y el fin del mundo (vv. 97-196). *Mt* XXIV 4-51; *Mc* XIII 5-37; *Lc* XXI 8-36.

«Guardaos con cuidado del engaño, para que vuestra credulidad no se precipite, embaucada por un nombre falso, en los lazos de los que andan descarriados. Se extenderán por todas las tierras los incendios de las guerras; pero vosotros resistid con la fuerza poderosa del corazón, para que vuestro espíritu no se derrumbe perturbado por el estrépito sufrido, pues no impondrán pronto el fin los primeros combates, y los pueblos portarán estandartes contra los pueblos y los reyes contra los reyes, y las enfermedades no dejarán de corromper entonces la región del aire ni las pestes de abatir cuerpos. Incluso la tierra, fija en el vacío con su peso compacto, temblará por diversidad de lugares a causa de un movimiento que la sacudirá. Estos pequeños impulsos permanecerán en sus inicios. Muchos de vosotros serán traicionados y entregados a la muerte y es necesario que por mi nombre las naciones se arrojen sobre vosotros con torturas, fieros castigos y odios. Habrá en las tierras envidia, todo estará lleno de engaños y surgirán falsos profetas en perjuicio de los pueblos. Si en medio de esto alguno es capaz de conservar hasta el fin su corazón protegido de delito, llegará a las alturas de la luz ceñido con las coronas eternas de la vida. El júbilo del reino de los cielos irá volando a todos los extremos de la tierra; toda la gente poseerá un testimonio de la palabra luminosa de la bienaventurada salvación. Y entonces será el fin que haga desaparecer el transcurrir del tiempo[264]. Llegará ya

[264] En modo alguno puede saberse cuándo tendrá lugar el fin del mundo y el juicio final, esto es, la parusía o vuelta de Jesús (cf. nota 157). Aunque Cristo habla del momento de su parusía, la absoluta indetermina-

entonces a la tierra el triste llanto que corresponde certísimamente a la palabra profética de Daniel[265]; esto tan sólo podrá entenderlo el lector digno. Los judíos huirán lejos y tratarán de alcanzar los montes; y que nadie regrese a su casa para llevar consigo algo con que se acompañe su huida: o un vestido o algo transportable. Ya hay que compadecerse con lágrimas de las madres con la carga de un embarazo y de las que con su dulce leche amamantan a sus desgraciados

---

ción del mismo forma el núcleo de su enseñanza. Este día no es conocido de ningún ángel ni hombre, ni siquiera del Hijo del hombre, sino que sólo lo conoce Dios (cf. vv. 163-164: *Quis fuat ille dies nescire est omnibus aequum, / ni soli rerum Domino, qui sidera torquet*). Hay en verdad una absoluta certidumbre sobre el hecho y una absoluta incertidumbre sobre el cuándo se producirá. Con todo, en los evangelios sinópticos esta venida escatológica está asociada a situaciones y acontecimientos de Palestina, particularmente a la profanación/destrucción del Templo y a la ruina de Jerusalén. Estos acontecimientos son como el signo decisivo del desencadenamiento de una gran tribulación, única en la historia humana (cf. vv. 121-133). La parusía se sitúa a continuación de esta «gran tribulación». En concreto *Mt* (XXIV 29) la sitúa «inmediatamente después de la tribulación de aquellos días»: *Statim autem post tribulationem dierum illorum, sol obscurabitur, et luna non dabit lumen suum, et stellae cadent de caelo, et virtutes caelorum movebuntur.* Por lo que respecta a Juvenco, no ha hecho en su paráfrasis la menor referencia a esa indicación temporal de Mateo.

265 Las palabras proféticas a las que aquí se alude son concretamente «abominación de la desolación», recogidas en el evangelio de *Mt* (XXIV 15: *abominationem desolationis*), aunque Juvenco no las ha insertado en su paráfrasis. Estas palabras aparecen tres veces en el libro de Daniel (IX 27, XI 31 y XII 11) y con ellas el profeta se refiere a la profanación del Templo de Jerusalén por parte de Antíoco IV Epífanes (175-164 a. C.), pues éste colocó allí una imagen de Júpiter Olímpico. La exégesis, sin embargo, piensa que aquí el texto se refiere a la gran profanación que tuvo lugar en el año 70 d. C. con la destrucción de Jerusalén por el ejército romano. Así pues, el texto de Daniel parece estar tomado solamente en el sentido de «tipo» de profanación. Por lo demás ya hemos aludido en alguna ocasión (cf. nota 24) a la particular tendencia de Mateo a presentar hechos evangélicos como cumplimiento de profecías.

hijos. Pedid ya con súplicas que sin embargo vuestra triste huida no acaezca en el frío del invierno y que la confusa agitación no perturbe con la precipitada carrera el festivo sábado; pues llegarán a todas las tierras calamidades muy horribles. Tal desgracia no la han conocido los siglos antes ni la conocerán los posteriores. Y si el Padre sublime no quisiera por compasión acortar el tiempo y disminuir el número de días, ningún cuerpo sobreviviría después a la vida agitada. Pero por causa de los justos que han sido elegidos llegará la compasión. Surgirán en las tierras farsantes con el nombre de Cristo y falsos profetas y obrarán grandes maravillas, prodigios que tal vez embauquen a los justos que han sido elegidos. Mirad, las profecías os muestran los tiempos que os amenazan. Si alguno dice que Cristo va de un lado para otro en los desiertos o que está apartado lejos en el oculto interior de una morada, esté bien retirada de vosotros la infundadísima credulidad. Pues así como el relámpago atraviesa rápidamente el cielo abierto y es fácil para todos verlo desde las regiones de Oriente hasta la parte occidental del cielo que se inclina a modo de círculo, así la luz de Cristo brillará en su rápida llegada. El sol ocultará sus esplendentes rayos en oscuras sombras, la hermosura del resplandor de la luna perderá su curso y las estrellas de ígnea cabellera se precipitarán y abandonarán el cielo. Del mismo modo, toda la fuerza del cielo situado en lo alto emitirá conmovida señales con las que el Hijo del hombre resplandezca en la cima del cielo[266]; el llanto oprimirá con sus yugos a toda

[266] Todas estas conmociones cósmicas que acompañarán a la parusía parecen estar tomadas fundamentalmente de *Is* XIII 9-11 («He aquí que el día de Yahveh viene implacable, / el arrebato, el ardor de su ira, / a convertir la tierra en yermo / y exterminar de ella a los pecadores. / Cuando las estrellas del cielo y la constelación de Orión / no alumbren ya, / esté oscurecido el sol en su salida / y no brille la luz de la luna, / pasaré revista

clase de pueblos cuando a través de los astros llegue poderoso en su majestad el Hijo del hombre en nubes de color de fuego. Entonces la trompeta estridente con su terrible sonido reunirá de los cuatro extremos del mundo a los justos que han sido llamados. Pues la generación actual no desaparecerá del mundo hasta que el fin que viene a continuación no concluya todo lo que le ha sido destinado. Además a esta tierra y al cielo se les hará desaparecer en fuegos, pero nunca mis palabras se extinguirán de acuerdo con un plan. Cuál sea aquel día no le está permitido a nadie saberlo si no es únicamente al Señor del mundo que hace girar los astros. Como en otro tiempo las enfurecidas olas cubrieron las tierras y la impetuosidad del diluvio arrebató con su inesperada inundación a todos los que llevaban a cabo ocupaciones contrarias a su propia condición, así acaecerá súbitamente mi llegada agitando llamas en su descenso desde el cielo[267]; y ella no los afligirá a todos de un mismo modo. Pues entonces, cuando dos labradores hiendan sus fértiles yugadas con surcos hundiendo el arado, uno solo de los que estén arando será levantado tras haber sido cogido su cuerpo y el otro se dejará en el ancho campo como desconocido. Más aún, los que se recuesten en la misma superficie de un le-

al orbe por su malicia / y a los malvados por su culpa»). Pero también en otros muchos lugares de la Escritura se emplean estas imágenes para describir las grandes intervenciones de la justicia divina en el mundo (cf. *Jer* IV 23-26; *Ez* XXXII 7-8; *Am* VIII 9; *Miq* I 3-4; etc.).

[267] El día del juicio final llegará de modo súbito e imprevisto, como cuando la perversidad del hombre provocó que Yahveh se arrepintiese de haberlo creado y llevase a cabo su exterminio mediante el diluvio. En aquella ocasión solamente el justo Noé halló gracia a los ojos de Yahveh. Para el relato del diluvio, cf. *Gén.* VI-IX.

cho, soportarán con distinta suerte un juicio diferente[268]. Pues el que haya sido abandonado solo buscará a su compañero por los caminos. Por ello, estén vigilantes los siervos, porque la llegada del Señor, desconocida para ellos, sucederá en una hora inesperada. Si cualquier guardián de la casa supiera el momento exacto de la llegada del ladrón, estaría vigilante y llevaría las armas a su encuentro a lo lejos para que nadie entrara en la mansión tras haberla quebrantado. Pero vosotros permaneced siempre con vuestros espíritus atentos, pues súbita e inesperadamente volverá aquí a vosotros el Hijo del hombre otorgando sus recompensas a los justos. Será fiel aquel siervo al que el mismo venerable dueño de la casa, al marchar por largo tiempo, quiso confiárselo todo, la mansión y los esclavos: sabio y sumamente dichoso aquel al que el señor vea a su llegada cumpliendo sus órdenes. A aquel siervo lo rodeará de mayores honores. Pero desdichado aquel que, entregándose a los bajos placeres, desprecia a su dueño que se retrasa y, atormentando a los esclavos con los azotes del látigo y mostrándose indulgente para con la perezosa embriaguez, acude a celebrar los banquetes de los lujuriosos; llegará el señor y al esclavo que se abandona a la imprudencia lo sumergirá de cabeza en las merecidas calamidades de los castigos. A él lo aguardará el llanto perpetuo y el rechinar de dientes.

Parábola de las diez vírgenes (vv. 197-226). *Mt* XXV 1-13.

El reino de los cielos[269] puede compararse a dos veces cinco muchachas, una parte de las cuales es más juiciosa, la otra parte es insensatísima con una inteligencia muy torpe. Todas ellas acudie-

---

[268] Pues el criterio establecido para pronunciar la sentencia en el juicio final son siempre las obras del hombre. En ese juicio cada uno recibirá su retribución de acuerdo con sus opciones en la vida.

[269] Cf. nota 208.

ron a las ceremonias nupciales provistas del adorno de las antorchas de ígnea cabellera[270]. Pero aquella parte juiciosa, para que la luz de la llama se mantuviera, se preocupaba de llevar al mismo tiempo aceite. Pero no fue tal la prudencia de las necias. Y como el novio se retrasase, entonces el sueño les relaja a todas los miembros por los anchos cruces de las calles. Ya a mitad de la noche comienza a intensificarse un gran ruido y avisó después para acudir al alegre casamiento y adornar las calles con las brillantes antorchas[271]. Las vírgenes se dieron prisa en levantarse, proveer de luz las antorchas y alimentar las llamas con el graso aceite. Enton-

[270] Esta parábola refleja bien las costumbres judías en lo que respecta a la celebración pública y solemne de la boda (ceremonia que podía tener lugar bastante tiempo después de haber quedado sellado el matrimonio mediante el pago completo del *mōhar*, compensación económica que el novio o su padre estaban obligados a dar al padre o al tutor de la novia). Las bodas judías eran en realidad una fiesta de varios días (normalmente siete) durante los cuales numerosos convidados comían, bebían, cantaban, danzaban, etc. En la tarde del primer día se acompañaba a la esposa desde la casa de sus padres a la casa del esposo, donde estaban preparados el banquete y la cámara nupcial. El esposo, al que su madre le ha colocado una corona especial, va a buscar a la esposa acompañado por los convidados a la boda. Es entonces cuando (como nos cuenta la parábola) le salían al encuentro varias muchachas amigas o compañeras de la esposa. Ésta, completamente velada, era llevada solemnemente en cortejo a casa del marido, que tomaba posesión de ella. A continuación comenzaba la fiesta.

[271] En JUVENCO (cf. vv. 201, 209 y 210) las vírgenes van provistas de *taedae*, «antorchas» (pues es precisamente lo que los romanos utilizaban en sus ceremonias religiosas, nacimientos, bodas, etc.), en tanto que lo que realmente aparece en el texto evangélico (cf. *Mt* XXV 1, 3, 4, 7 y 8) son *lampades*, «lámparas» (semejantes a las lucernas romanas), hechas ordinariamente de arcilla, aunque había también lámparas más sofisticadas de piedra, cerámica, bronce u oro. La lámpara (al igual que el candelabro) está estrechamente ligada al simbolismo de la luz: mantener lejos los poderes inquietantes de las tinieblas. En las parábolas de Jesús la lámpara aparece como símbolo de la vigilancia y de la disponibilidad.

ces las insensatas piden con insistencia que les cedan una parte del aceite que entonces veían ellas que llevaban consigo las prudentes. Pero, puesto que el grupo de las juiciosas teme que a todas les falte del mismo modo el graso alimento para la llama resplandeciente si de la pequeña cantidad se les concede una parte igual a todas, entonces las necias se dirigen a comprar aceite puro. Mientras se dirigen a ello, pasa rápidamente todo lo del alegre cortejo y sólo el grupo de las prudentes acompaña al novio. Llegan después retrasadas las insensatas en un momento inoportuno, en vano insisten en golpear las puertas del novio y sus umbrales cerrados y recurren una y otra vez a lo ingrato de las súplicas para que les sea permitido a las desgraciadas entrar en los alegres aposentos. No quiso reconocerlas ninguno de los compañeros del novio ni el novio mismo. Vigilad temerosos, porque la hora de mi llegada no es para vosotros más segura[272].

Parábola de los talentos (vv. 227-258). *Mt* XXV 14-30; *Lc* XIX 12-26.

Pues como aquel, al que le correspondió ir a tierras lejanas, confiándoles a sus siervos sus talentos[273] para que se los administraran, a uno le dio cinco, otro también recibió dos para encargarse de ellos, un tercero asumió ocuparse de la administración de un solo talento, porque las capacidades merecen diferentes cantidades. Por un lado, aquellos a quienes se les encomendó la mayor parte del dinero, lo acrecentaron a porfía con un aumento del doble. Por otro,

[272] Esta última frase (vv. 225-226: *Vigilate timentes, / adventus vobis quia non est certior hora*) resume perfectamente la significación de la parábola. En ésta el esposo es Cristo y las vírgenes representan a las almas cristianas.

[273] Cf. nota 209.

aquel al que se le había encargado la administración de un solo talento, sepultando la moneda en la tierra, la conserva sin rendimiento. Y ya se encontraba presente el señor: entonces el primero y el segundo le informan conjuntamente de que ellos habían duplicado lo que les había confiado. El dueño los elogia y promete confiarle a tan gran lealtad cosas de más valor. Pero el tercero desentierra el talento y se lo devuelve a su señor con tales palabras: 'Porque sabía que yo te servía a ti, un dueño severo que cosechas mieses crecidas a partir de semillas ajenas, tuve miedo y preferí encomendar tu moneda a la tierra para poder devolvértela siempre íntegra'. Entonces el señor, respondiéndole al siervo, comienza con tales palabras: 'Si te hubieras atrevido a decir que desconocías mis costumbres, podría conceder perdón a tan gran dejadez. Por ello hubiera sido también más conveniente que tú, sabedor, hubieras hecho que la administración del dinero me produjera beneficios. Por lo cual, séale quitada al indolente mi parte y désele después una posesión mayor al prudente, que encontré que había incrementado mis cinco talentos con una ganancia del doble. Pues es cierto que merecen más los que tienen en abundancia una cantidad bastante considerable de capital acumulado. Pero al que posee una fortuna pequeña con un espíritu perezoso, es justo que se le quiten hasta incluso esos bienes tan pequeños para que, siervo inútil, sumergido en las profundidades de las tinieblas, repita perpetuamente el llanto por su castigo con el rechinar de dientes[274]'.

[274] La parábola (en la que los siervos representan a todos los hombres y Jesús al señor que se ausenta y vuelve posteriormente) exhorta a hacer fructificar con solicitud y diligencia los dones y beneficios concedidos a cada uno.

El juicio final (vv. 259-305). *Mt* XXV 31-46.

Mirad, vendrá el Hijo del hombre y, rodeado de los ángeles de su Padre, se sentará como juez en su excelso trono[275]. Entonces acudirán de las diferentes partes del orbe todas las naciones, apartará a todos los justos de la contaminación de los malvados y los colocará de buen grado en la parte de su derecha, pero a los perversos los dejará despreciados en la parte de su izquierda; como el pastor distribuye los pastos de su ganado mezclado, permitiéndoles a las que tienen lana pastar las tiernas hierbas del prado de su derecha, por otro lado a las cabras de pelo erizado los espinos de su izquierda. Pero el rey, vuelto hacia los de su derecha, les dirá tales palabras: 'Vengan aquí los bienaventurados, obtengan las recompensas de mi Padre debidas desde hace mucho tiempo, que son de la misma edad del mundo resplandeciente y que, prometidas a los justos, están dispuestas desde el origen primero. Pues un día esta grata multitud me reanimó a mí agobiado por el hambre, a menudo me apagó la sed con su agua, me abrió su casa como albergue tras haberme llamado muchas veces, desnudo obtuve la dulcísima protección de un vestido y recibí sus consuelos en los sufrimientos de la cárcel'. Entonces los dichosos le responderán

[275] Sobre el juicio final, cf. notas 157 y 264. Los vv. 259-305 son el final del discurso escatológico y contienen una descripción dramática y solemne del temible juicio al que, según la doctrina cristiana, serán llamados todos los hombres en el fin del mundo. Se trata realmente de una escena conmovedora revestida de un halo sublime y majestuoso, constituyendo sin duda una de las páginas más impresionantes del Evangelio. En esta descripción del juicio final hecha por Jesús pueden establecerse cuatro partes: 1.ª (vv. 259-267): Venida del juez (cf. *Mt* XXV 31-33); 2.ª (vv. 268-283): Sentencia en favor de los justos (cf. *Mt* XXV 34-40); 3.ª (vv. 284-302): Sentencia contra los pecadores (cf. *Mt* XXV 41-45); 4.ª (vv. 303-305): Conclusión (cf. *Mt* XXV 46).

al Señor con tales palabras: 'Ninguno de nosotros recuerda haberte visto desnudo, ni te vio oprimido por la despiadada tiranía del hambre, ni recuerda haberte visto encadenado en los sufrimientos de la cárcel'. Entonces el juez les dirá a ellos en respuesta tales cosas: 'Quien hizo eso a mis hermanos compadeciéndose de sus miserables calamidades, es indudable que me ha proporcionado a mí un dulce placer. Pero vosotros, injustos, entrad bajo las merecidas llamas y abrasad siempre vuestro espíritu maligno en los castigos que a través de las aguas estancadas del abismo, en las horribles profundidades, os ha dispuesto el Padre a los compañeros del horrendo demonio y a él mismo. Pues en su día no tuve de vosotros ningún vaso de agua cuando padecía sed ni la compasión de un poco de pan en el sufrimiento del hambre, ni de vuestra abundancia se me daba como pequeña porción el amparo de techo o de vestido que se da por breve tiempo a los extranjeros, ni tuve nunca los consuelos de vuestra visita después que me aislaron los cerrojos de la cárcel o cuando yacía por las enfermedades'. Luego la facción condenada responderá con estas palabras: 'Ninguno de nosotros recuerda haberte visto alguna vez padecer la penosa calamidad bien de la sed bien del hambre cruel o andar errante por ciudades extranjeras en situaciones angustiosas, o sumergido en los sufrimientos de la cárcel o abrumado por la enfermedad, para que surgiera en nosotros la justa compasión de ti cuando estabas angustiado'. El Señor del mundo les dirá a éstos: 'Cuando vuestra crueldad para con las situaciones penosas se henchía de orgullo en vuestro insolente corazón y pisó a los humildes más pequeños, a mí me despreció en ellos'. Cuando emita estas palabras, dará sus recompensas a quienes las hayan merecido. Eternamente el castigo atormentará a los miserables perversos y eternamente permanecerá la salvación concedida a los justos».

Resurrección de Lázaro (vv. 306-402). *Jn* XI 1-46.

Mientras dice tales cosas, una hermana, maltrecha con sus cabellos arrancados, angustiada por la fundada preocupación ante la enfermedad del hermano, manda a un joven correr sin parar en rápida carrera para que Cristo salvara de tan gran calamidad a su amigo[276]. Pues la mujer había sido bien acogida por sus buenos méritos y, porque lo merecían por sus servicios, Cristo protegía al hermano y a la casa de ella abrazándolos con un amor pleno. Al llegar, el mensajero anuncia que el joven amado de Cristo se encontraba en el sombrío final de una enfermedad y que estaba ya en las últimas fronteras de la vida y la muerte. Éste tuvo por nombre Lázaro; por su parte Cristo, conmovido por las amargas palabras, dice: «Esa violencia de la enfermedad no es, aunque lo creáis, para conducirlo a la muerte, sino para que los justos alaben a Dios con dignos honores y el Hijo del hombre resplandezca por su venerable poder». Entonces les dice a sus discípulos: «Duerme ya Lázaro, pero haré que mi joven querido se levante de nuevo». Dicen sus discípulos:

---

[276] Tras el discurso escatológico y antes de comenzar a exponernos la pasión y resurrección de Jesús, Juvenco inserta en su *Historia evangélica* (IV 306-402) el famoso relato de la resurrección de Lázaro. Pero para ello tiene que tomar como fuente a Juan, ya que éste es el único de los evangelistas que nos refiere este suceso que tuvo lugar en Betania (cf. nota 239). Para Juan fue este milagro como la coronación del ministerio público de Jesús, el preámbulo de su muerte y la prenda de su resurrección. Lázaro, «Dios ha ayudado», es la forma griega abreviada (*Lázaros*) del nombre de persona hebreo Eleazar. Era amigo de Jesús y hermano de Marta y María. En la narración del milagro podemos distinguir cuatro partes: 1.ª vv. 306-332: Notificación de la enfermedad (cf. *Jn* XI 1-16); 2.ª vv. 333-357: Conversación con Marta (cf. *Jn* XI 17-27); 3.ª vv. 358-371: Conversación con María (cf. *Jn* XI 28-37); 4.ª vv. 372-397: Resurrección propiamente dicha (cf. *Jn* XI 38-44). En los vv. 398-402 (cf. *Jn* XI 45-46) se expone la doble reacción de los judíos que fueron testigos del milagro.

«Una curación completa podrá venir después del sueño reemplazándolo». Y no alcanzan con su mente que Cristo se había referido a la muerte con el nombre de sueño. Con tales palabras los hizo salir de su error: «Lázaro se hundió en la muerte, pero de aquí vienen alegrías para el espíritu y fortalecen más vigorosamente vuestra fe en mí, porque observáis que ausente lo veo todo a lo lejos. Pero apresurémonos», dice. Entonces Dídimo[277] habla tales cosas: «Vayamos y seamos forzados todos a la vez a caer en la muerte con la que tantas veces nos amenaza el pueblo de Judea». [Esto dice y, precediéndolos Cristo, todos lo siguen]. Y ya estaba presente Cristo, pero casualmente habían pasado cuatro días desde que había sido sepultado, y el dolor y la casa llena de lágrimas mantenían a las hermanas sumergidas en negras tinieblas por causa de la muerte. Acudieron allí a darles el consuelo debido los próceres del pueblo judío y los queridos parientes[278]. Pero Marta, cuando oyó que Cristo había llegado, salió corriendo a su encuentro y dejó su casa y a su afligida hermana. Y desde lejos: «Oh, ¡ojalá nos hubiera asistido con su presencia tu poder y le hubiera arrebatado a mi hermano a la muerte implacable! Pues lo que pides es seguro que puede hacerse realidad para ti». El Señor la consuela a ella en su llanto con tales palabras: «Mujer, recobra con fuerza un espíritu vigoroso. Lázaro se levantará a estas luces renovadas de la vida». Y la mujer:

[277] Dídimo (cf. gr. *dídymos*, «gemelo», «mellizo») es un sobrenombre de Tomás, uno de los apóstoles de Jesús (cf. nota 66).

[278] El duelo duraba normalmente entre los israelitas siete días (cf. *Gén* L 10; *I Sam* XXXI 13; *Jdt* XVI 24; etc.). Los ritos del duelo son semejantes a los que tienen los demás pueblos orientales: lamentarse, desgarrarse los vestidos, arrancarse los cabellos o la barba, lacerarse el cuerpo o el rostro, etc. También tenemos atestiguadas desde los tiempos más antiguos las visitas de pésame (cf. *II Sam* X 2).

«Ciertamente se levantarán a los dones de la vida todos los mortales cuando al mundo le llegue su fin». De nuevo Cristo hace salir de su venerable pecho la voz: «Mira, yo soy para vosotros la renovación de la vida luminosa. El que cree en mí podrá desechar la admisión de la muerte y organizar su vida para un tiempo eterno. Por su parte, todo el que acoja en su viviente corazón la fe, nunca tocará los espantosos umbrales de la muerte; ¿acaso crees eso, Marta, con sincero corazón?». Ella después: «Únicamente esta creencia dominará mis entrañas, que en ti ha llegado con el nombre excelso de Cristo el venerable Hijo celeste del Dios sublime». Esto dice y se dirige corriendo al interior de la casa para poner en movimiento a su hermana María; indicándoselo todo con silenciosas señas, avisó a su hermana, afligida igualmente por el dolor, de que había llegado el venerable maestro y la llamaba. Aquélla, cuando oyó el nombre de Cristo, se lanza afuera de un salto; acompaña al mismo tiempo a la que gime una multitud de sólimos[279] que creían que las hermanas trasladaban su llanto al sepulcro. Ella, después que vio al salvador Jesús, cae ante sus pies y hace brotar de su pecho esta voz: «Si hubieses podido visitar a mi hermano, Lázaro no habría sucumbido a la muerte implacable». Cristo, uniendo de corazón su dolor a estos llantos, pregunta por el lugar de la tumba en la que se habían enterrado recientemente los miembros desprovistos del calor del alma alada. Sin detención le muestran a él, que estaba afligido y llorando, el sepulcro bajo una roca excavada[280]; cuando Cristo venerable vio la tumba tapada por el peso de una piedra, ordena que se remueva pronto con abundantes palancas; pero tales palabras de Marta golpean las brisas: «Mira,

[279] Habitantes de Jerusalén. Cf. nota 40.
[280] Para los sepulcros, cf. nota 260.

cuatro días y otras tantas noches han pasado sucesivamente desde que sus miembros descansan depositados en la tierra. Juzgaría que por el fugitivo movimiento del calor el cadáver despide de sus miembros putrefactos un hedor deplorable». A estas palabras contesta Cristo a su vez tales otras: «Ya se ha dicho muchas veces que en las situaciones críticas la fe consiste en la fuerza de los creyentes; por su parte, la gloria del Padre supremo ya está presente si tenéis la fortaleza de la fe». Cuando emitió estas palabras y se mostró abierta la roca inmensa después que se quitó la piedra, la fuerza consciente de sí mira luego al cielo y suplica al Padre con tales palabras: «Excelsas gracias te doy, Padre venerable; a mí me escuchas siempre apaciblemente con oídos favorables, pero que el pueblo presente aprenda a reconocerme como enviado». Cuando pronunció estas palabras, se detuvo luego en el umbral mismo de la tumba llenando la concavidad de la roca con un grito desde la parte opuesta: «Lázaro, acoge —héla aquí— el alma que vuelve a tus adormecidos miembros y tú mismo salte fuera del sepulcro». E inmediatamente surge de pronto de la tumba con sus manos y pies atados; una cobertura de lino le envuelve el rostro y un tenue vendaje todo el cuerpo[281]. Entonces ordenó que fuese liberado y lo envía alegre de vuelta a su casa. Después que los judíos, que en tan gran número habían seguido a María y Marta, ven el venerable milagro, la parte creyente reconoce la gloria de tan gran poder; pero los otros regresan a la ciudad y les cuentan todos los prodigios de la realidad a los soberbios fariseos de entre los próceres.

---

[281] Cuando alguien moría, los parientes le cerraban los ojos, se lavaba el cadáver y se envolvía (los textos nos hablan de vendas, sábanas y sudarios, sin que sepamos exactamente cómo se hacía). Los cadáveres se ungían además con pomadas y bálsamo aromático, pero este embalsamamiento judío en absoluto impedía la corrupción.

Conspiración contra Jesús. Unción en casa de Simón el leproso (vv. 403-421). *Mt* XXVI 3-13; *Mc* XIV 1-9; *Lc* XXII 1-2; *Jn* XI 47-54 y XII 1-8.

Así pues, se convoca a los escribas y al grupo de más edad ya del pueblo a una asamblea[282] en donde resplandecen altamente los hermosos atrios del palacio de Caifás, el jefe de los sacerdotes[283]. Allí pareció bien abatir a Cristo con la

[282] Se trata de una reunión del sanedrín, término que en el NT designa el consejo supremo que gobierna al pueblo judío. En la época del NT la institución estaba integrada por tres clases: 1.ª) Los ancianos (cf. gr. *presbýteroi*), los representantes de la aristocracia laica; 2.ª) Los sumos sacerdotes (cf. gr. *arkhiereîs*), es decir, los sumos sacerdotes retirados y los miembros de las cuatro familias de entre las que se elegían generalmente los sumos sacerdotes; 3.ª) Los escribas o doctores de la Ley (cf. gr. *grammateîs*), pertenecientes la mayoría de las veces al partido fariseo. El lugar de las reuniones del sanedrín se hallaba (cf. FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los judíos* V 144) en el ángulo suroeste del emplazamiento del Templo (según la *Misná* el lugar de reunión estaría en el ángulo suroeste del interior del Templo). Con todo, parece que en casos urgentes (como el proceso de Jesús) las sesiones podían celebrarse en el palacio del sumo sacerdote. Aunque las competencias del sanedrín variaron según las épocas (así por ejemplo su poder estuvo muy limitado bajo Herodes el Grande), sin embargo parece que constituía el cuerpo supremo del gobierno interior y podía regular los asuntos religiosos y civiles del país, si bien siempre debía tener en cuenta los límites impuestos por Roma. Y era también la corte suprema de justicia. No sabemos con exactitud si en la época del NT el sanedrín tenía plena competencia en materia de pena capital. Aunque la cuestión es muy discutida, lo más probable es que tuviera el derecho de pronunciar la sentencia de muerte, sentencia que después el gobernador romano debía ratificar y ejecutar.

[283] Caifás (término que unos interpretan como «el opresor», otros como «el sagaz» y otros como «roca») es el sobrenombre de José, sumo sacerdote judío al aparecer Juan Bautista (cf. *Lc* III 2) y durante el proceso de Jesús. Fue nombrado sumo sacerdote por el procurador Valerio Grato (cf. FLAVIO JOSEFO, *Ant.* XVIII 33-35) y depuesto por Vitelio, gobernador de Siria (cf. FLAVIO JOSEFO, *Ant.* XVIII 95). Desempeñó este cargo exactamente desde el año 18 al 37 d. C. Era yerno de Anás (cf. *Jn* XVIII 13), sumo sacerdote entre los años 6 y 15 d. C. En cuanto al cargo de sumo sacerdote (que no debemos confundir con «los sumos sacerdotes» mencio-

muerte, pero evitar los días de Pascua[284], para que la gente en desacuerdo entre la numerosa multitud no arrastrara la cólera a la rebelión.

Él[285] se encontraba en casa de Simón[286] al que, gracias al poder de Cristo mismo, había abandonado la lívida lepra. He aquí que cuando se encontraba recostado, se le aproxima bastante cerca una mujer y desde lo alto de la cabeza rocía a Cristo venerable con un frasco de alabastro en el que se contenían costosos ungüentos de un perfume muy oloroso. Los discípulos censuran esto diciendo que con el dinero del ungüento se habría podido ayudar a los cuerpos de miserables indigentes. El Señor reprende estas palabras y aprobó la acción: «Dejad de apartar de su comportamiento a la juiciosa muchacha. Siempre se os dará tiempo para socorrer a los pobres, pero no siempre se os concederá verme. Ella suministra algo encomiable de lo que exigen mis honras fúnebres[287] y tal acción se difundirá por todo el mundo».

---

nados frecuentemente por el NT, para los cuales cf. nota 41), había sido tradicionalmente vitalicio y hereditario. Los sumos sacerdotes se habrían sucedido sin interrupción a partir de Aarón (cf. nota 10). Pero en el año 37 a. C., bajo Herodes el Grande (cf. nota 8), se cambió la regla de sucesión: el rey se arrogó el derecho de nombrarlo (la práctica fue seguida posteriormente por los romanos) y además el cargo dejó de ser vitalicio. El sumo sacerdote tenía un enorme poder judicial y administrativo, era el presidente del sanedrín, el mediador entre Dios y los hombres, etc. Gozaba de mucha consideración entre los judíos e incluso conservaba un gran prestigio después de haber cesado en sus funciones.

[284] Para la Pascua, cf. nota 48.

[285] Jesús.

[286] Simón el leproso, cuya casa se encontraba en Betania (cf. nota 239).

[287] Alusión a su muerte próxima. Sobre la unción de los cadáveres, cf. nota 281.

Traición de Judas (vv. 422-427). *Mt* XXVI 14-16; *Mc* XIV 10-11; *Lc* XXII 3-6.

Entonces uno de sus discípulos, el demente Judas[288], se retira en secreto y corrió hacia los próceres con tales palabras: «¿Qué recompensa me es dado esperar en el caso de que pueda entregaros traidoramente y señalaros al maestro buscado por largo tiempo?». Aquéllos al instante establecen tres veces diez monedas de plata. Por éstas Judas se sometió a un crimen excelso.

Preparativos para la cena de Pascua. Anuncio de la traición de Judas (vv. 428-445). *Mt* XXVI 17-25; *Mc* XIV 12-21; *Lc* XXII 7-13 y 21-23.

Y ya había surgido el día de la Pascua[289] al despuntar el alba: los discípulos le preguntan dónde quería tomar la cena de Pascua; pero él ordenaba se buscara a uno, sin indicar nombre, que acogiera las últimas órdenes del Señor. Luego, cuando comenzaba a anochecer, recostándose juntamente los dos veces seis discípulos, el maestro profetiza con tales palabras: «Mirad, se acerca el momento en el que uno de voso-

---

[288] Judas Iscariote, uno de los doce discípulos de Jesús, concretamente el que lo traicionó, hijo de Simón Iscariote (cf. *Jn* VI 71). Aunque siempre se le nombra en último lugar en la lista de los doce (cf. nota 66), los evangelistas insisten en que es «uno de los doce» o «del número de los doce». Con todo, hay que reconocer que Judas constituye una figura muy singular dentro del grupo apostólico. En cuanto al móvil de la traición, hay numerosas teorías: unos propugnan razones psicológicas de celos con respecto al resto de los apóstoles, otros creen que fue por motivos económicos debido a la codicia de Judas, otros creen que se debió a la misma concepción mesiánica (Judas, cuyo sobrenombre de Iscariote significaría «zelota», se habría decepcionado al ver que Jesús renunciaba a la liberación política que tan ansiadamente esperaba ese grupo judío), etc.

[289] Para la Pascua, cf. nota 48. Todos los evangelios están de acuerdo en situar la cena de Jesús con sus discípulos la noche del jueves (pues si-

tros piensa en su criminal corazón entregarme a la muerte». Al punto preguntan todos quién ha recibido en su insensato corazón tan gran veneno para tal crimen. Él dice a continuación: «Ahora come conmigo en el banquete. Pero el Hijo del hombre[290] sufrirá los suplicios en otro tiempo prescritos para su momento. Miserable será por la eternidad aquel que entregue al justo; ¡cuánto más dichoso hubiera sido si nunca hubiera alcanzado los umbrales de la vida en la tierra!». Y entonces Judas, muy angustiado en su consciente corazón, dice: «¿Es que tal sospecha toca en algo a Judas?». Responde el Señor: «Te oigo decir las cosas tal y como son».

Institución de la Eucaristía (vv. 446-456). *Mt* XXVI 26-29; *Mc* XIV 22-25; *Lc* XXII 19-20.

Cuando pronunció estas palabras, hacía pedazos el pan con sus manos, después lo hace pasar partido y, tras haber hecho piadosamente las súplicas, les enseñó a sus discípulos que así comían su propio cuerpo. Luego coge el Señor el cáliz, lo santifica lleno de vino con palabras de agradecimiento, lo da a beber, les hace saber que él había repartido su propia sangre y les dice: «Esta sangre redime los pecados del pueblo; bebed esta

túan su muerte en la vigilia del sábado, esto es, en la tarde del viernes). Ahora bien, se muestran divergentes en lo relativo al comienzo de la Pascua de ese año. Según los sinópticos, cuya versión sigue Juvenco a través de Mateo, ese jueves fue 14 del mes de nisán (Jesús moriría entonces el 15) y la cena fue por tanto una auténtica comida pascual. Pero según Juan, ese jueves fue 13 del mes de nisán (lo que quiere decir que Jesús habría muerto el 14, antes del comienzo mismo de la festividad de la Pascua) y por tanto la cena no habría sido una comida pascual. Parece más aceptable la versión de Juan, dado que es poco probable que, en contra de todas las reglas, se procediera a la ejecución durante la fiesta de Pascua. Cf. además *Mt* XXVI 3-5 y los vv. 406-408 de Juvenco, pasajes en los que el sanedrín se propone evitar los días de Pascua para actuar contra Jesús.

[290] Cf. nota 84.

sangre mía. Pues creed mis palabras verdaderas: después de esto nunca degustaré el licor de la vid hasta que el reino de mi Padre, con el regalo de una vida mejor, me conceda alzarme de nuevo a vinos nuevos».

Predicción de las negaciones de Pedro (vv. 457-477). *Mt* XXVI 30-35; *Mc* XIV 26-31; *Lc* XXII 31-34.

A continuación, tras haber cantado un himno con acordes sagrados[291], suben todos a la cima del monte de los Olivos[292]. Entonces Cristo hace salir de su pecho tales palabras: «En el tiempo inmediato de esta noche el miedo os dispersará lejos a todos vosotros después de que hayáis abandonado miserablemente a vuestro maestro. Pues así está escrito[293]: 'En la desgracia del pastor todas las ovejas emprenderán la huida por los campos en diversas direcciones'. Después, cuando la vida del cielo me devuelva nuevos honores, llegaré y en mis

---

[291] Durante la cena pascual se entonaba una serie de salmos conocida por los judíos con el nombre de *hallel,* dado que ésta era la palabra con la que comenzaban dichos salmos. En realidad existen tres *hallel:* el egipcio (compuesto por los salmos 113-118), el gran *hallel* (la tradición no es unánime sobre los salmos que lo integran, creyéndose que lo componen bien *Sal* 120-136, bien *Sal* 135 s., bien solamente *Sal* 136) y el pequeño *hallel* (formado por los cinco últimos salmos, es decir, por *Sal* 146-150). En concreto, el *hallel* que se cantaba en la cena pascual (y también en Pentecostés y Tabernáculos, las otras dos grandes fiestas del calendario judío) era el egipcio, el más importante de los tres. En la cena de Pascua este *hallel* se dividía en dos partes: la primera (salmos 113-114) se recitaba en los comienzos de la comida, después de llenar la segunda copa; la segunda (salmos 115-118), después de llenar la cuarta copa, es decir, al término de la cena. El himno al que alude aquí JUVENCO (v. 457: *Exin cantato sanctis concentibus hymno...*; cf. MATEO, XXVI 30: *Et hymno dicto, ...*) debe de ser la segunda parte del *hallel* egipcio.

[292] Cf. nota 233.

[293] Cf. *Zac* XIII 7: «¡Hiere al pastor, que se dispersen las ovejas...!».

tierras natales[294] instruiré a vuestras reuniones yendo de un lado a otro por los gratos campos de Galilea». Responde Pedro: «Aunque sea lícito pensar que, vacilando, puedan negar tus preceptos, a todos podrá cambiarlos la desgracia, pero no cambiará nunca mi corazón». Él a continuación dice: «Esta noche, que les trae brillantes estrellas a las tierras y que se recuesta sobre las olas extinguiendo la luz del día, te oirá cuando asustado digas falsedades con tus palabras por tres veces y cuando, fortísimo Pedro[295], niegues a Cristo, incluso antes de que los tejados de las casas resuenen con los gallos». Pero Pedro replica: «Preferiría que me alcanzase una muerte cruel a que esta voz, olvidándose de su maestro, lo negase[296]». Todos persisten en prometer esta fuerza de corazón.

Angustia de Jesús en Getsemaní (vv. 478-493). *Mt* XXVI 36-39; *Mc* XIV 32-36; *Lc* XXII 39-42; *Jn* XVIII 1.

La finca tiene el nombre hebreo de Getsemaní[297]. Allí se dirige el creador de la luz y la vida; los discípulos lo siguen cerca, mientras que Judas[298] se marcha. Y en tal lugar ordenó a los restantes servidores sentarse. Pero él mismo procura alejarse un poco más allá por lugares apartados tras haber cogido como compañe-

[294] Aunque Jesús había nacido en Belén (Judea), aquí se refiere, como bien se dice más abajo (v. 466: *grata Galilaeae per rura)*, a la región de Galilea, de donde, según *Lc* (I 26; II 4 y 39) eran originarios José y María. Cf. además nota 37.

[295] Cf. nota 187.

[296] Frente al texto evangélico desprovisto de adjetivos (cf. *Mt* XXVI 35: *Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo*), el texto juvenciano presenta abundancia de éstos (vv. 475-476: *At Petrus: «Duram mortem mihi sumere malim / vox oblita suum quam deneget ista magistrum*). Los adjetivos *duram*, *suum*, *ista* pretenden reforzar la seguridad de Pedro.

[297] Getsemaní, «lagar de aceitunas», no es sino el nombre de un huerto o finca situado en la vertiente oriental del valle del Cedrón, en la ladera del monte de los Olivos. Es aquí donde tuvo lugar el prendimiento de Jesús.

[298] Cf. nota 288.

ros a Pedro y a los hijos de Zebedeo al mismo tiempo. Entonces, afligido por una profunda angustia, habla así con su voz: «Ahora mi espíritu, agitando tristezas, me perturba el corazón hasta la muerte, pero vosotros alejad ahora el indolente sueño y pasad esta angustiosa noche vigilando al mismo tiempo que yo». Esto dice y, avanzando un poco, se echa con su cuerpo a tierra y tendido suplica con tales palabras: «Si es posible, Padre, que me pase de largo la violencia de esta copa[299] que cae sobre mí con un ímpetu poderoso. Pero hágase ahora tu voluntad antes que la mía: la decisión que tú has tomado para tan gran ocasión».

Prendimiento de Jesús (vv. 494-521). *Mt* XXVI 40-50; *Mc* XIV 37-46; *Lc* XXII 45-48; *Jn* XVIII 2-9.

Entonces vuelve a ver a sus discípulos, pero el sueño los había relajado a todos echados en tierra con sus cuerpos fatigados. Entonces le dice a Pedro: «¿No tenéis fuerza para dedicarme una sola hora de vigilia en tan grandes desgracias? Pero velad, os lo suplico, para que la espantosa tentación no os precipite arrastrados por los resbaladizos lugares de la cruel muerte. Ese espíritu tiene vigor, pero el cuerpo vacila en su debilidad». Se apartó de nuevo a la cima del retirado monte y oraba al Padre: «Dulcísimo rector del mundo, puesto que no hay posibilidad de que esta copa[300] pase de largo, suceda ya acerca de mi suerte tu voluntad». De nuevo encuentra a sus discípulos apresados bajo el peso del sueño y, tras haber suplicado de nuevo igualmente al Padre, les dirige la palabra a los sumergidos en la profunda languidez del descanso: «Ya podéis dormir y volver a ver a vuestros compañeros, pues he aquí que llega quien va a entregar mi cuerpo para que afronte to-

[299] Cf. nota 231.
[300] Cf. nota 231.

do lo que va a infligir a mis miembros la facción corrompida». Juntamente con estas palabras llega, por mandato de los próceres y de la gente cruel[301], Judas con una multitud de personas acompañándolo. Unos con las espadas desenvainadas, otros confiados en el peso de la clava prestaban atención a las prometidas señales del delirante Judas. Pues había convenido en que él besaría a Cristo para que el vulgo miserable cogiera fácilmente al desconocido. Cuando Judas, fingiendo, lo saluda con voz cariñosa y ha llegado a tocar con sus labios el rostro del justo venerable, al punto dice Cristo: «Todo podrá cumplirse, cualquiera que sea la causa de que hayas venido aquí con tus preparativos». La multitud le echa mano a Cristo[302] y lo prende.

Uno de los discípulos le cercena la oreja a un siervo
(vv. 522-536).
Mt XXVI 51-56;
Mc XIV 47-50;
Lc XXII 49-53;
Jn XVIII 10-11.

Entonces uno de los discípulos, levantado en cólera, se lanzó con su refulgente espada contra el siervo del sacerdote y con la fuerza del golpe le quitó la oreja arrancada de la sien. A él le dice Cristo: «Deja tú la espada, amigo; pues todo el que confía cruelmente en el hierro vengativo, a éste lo aguardará merecidamente una venganza semejante. ¿Acaso no podría yo llamar a las tropas celestes y conducir los innumerables batallones de mi Padre al combate? Pero mi suerte debe cumplir lo que está fijado en la escritura[303]. Vosotros, que corréis con palos y espadas a prenderme con vuestras armas desenvainadas, mirad, yo os saldré al encuentro, yo, que enseñé siempre en medio de la

[301] Es decir, por mandato del sanedrín. Cf. nota 282.

[302] Cf. nota 34.

[303] Cf. por ejemplo *Is* LIII 7: «Fue oprimido, y él se humilló / y no abrió la boca. / Como un cordero al degüello era llevado, / y como oveja que ante los que la trasquilan / está muda, tampoco él abrió la boca».

cima del templo sentándome con vosotros, y ninguno se atrevió a tales cosas contra mí cuando estaba solo entre tantos que ladraban alrededor». Los discípulos huyeron por todas partes tras haber abandonado a Cristo.

Jesús ante el sanedrín (vv. 537-569). *Mt* XXVI 57-68; *Mc* XIV 53-65; *Lc* XXII 54 y 63-71; *Jn* XVIII 12-16 y 19-24.

Y ya se hallaba el Salvador en el palacio de Caifás[304] cuando acudieron convocados todos los escribas y próceres[305]. Por su parte Pedro, siguiendo en solitario sus pasos de lejos, afligido se sentó a escondidas con la multitud de criados aguardando el desenlace final en tan gran confusión[306]. He aquí que los sacerdotes tratan de buscar por todas partes falsos testigos y quieren urdir fingidas acusaciones para imponerle con ellas la muerte al inocente Cristo. Pero ninguno pareció satisfacer a tan

[304] Para Caifás, cf. nota 283. Los vv. 537-625 relatan el proceso de Jesús. Juvenco, siguiendo a *Mt* (XXVI 69-75), ha colocado en medio del proceso las negaciones de Pedro (vv. 570-585). Sin embargo, la muerte de Judas, también insertada por el evangelista en su relato del juicio (*Mt* XXVII 3-10), Juvenco la ha situado inmediatamente después del mismo (vv. 626-641). El proceso seguido contra Jesús tiene dos fases, una judía (cf. vv. 537-569) y otra romana (cf. vv. 586-625). En la primera la base de acusación es religiosa y en la segunda política.

[305] A la asamblea del sanedrín. Cf. nota 282.

[306] Frente al texto de *Mt* XXVI 58, Juvenco profundiza en el estado de ánimo de Pedro, que se encuentra solo y desea sustraerse a cualquier percance (vv. 539-541: *At Petrus longe servans vestigia solus / occulte maestus sedit cum plebe ministra / extremum opperiens tanto sub turbine finem*). Cabría destacar en el texto juvenciano: los vv. 539 y 540 constituidos por espondeos solamente (excepto en el quinto pie), lo cual pone de relieve la lentitud en el proceder de Pedro; las expresiones *longe ... solus / occulte maestus,* juntamente con la aliteración *servans*, *solus*, *sedit*; el adjetivo *extremum* que, aunque referido sintácticamente a *finem,* podría muy bien estar referido a Pedro, quien en ese momento querría encontrarse «lejos», «fuera», «apartado» de una situación tan confusa.

gran cólera. Por último salen unos testigos[307] con la acusación de que habían oído decir a Jesús que él solo podía destruir el templo y restaurar de nuevo en tres días lo que había destruido[308]. El jefe mismo de los sacerdotes[309], rechinando de rabia los dientes, insiste en apremiar a Jesús que permanecía callado y dice tales cosas: «¿Por qué no te atreves a responder ahora nada a tan grandes quejas tras haberse probado tu culpabilidad por los veraces testigos de los próceres? Sin embargo te conjuraré por el reino de Dios supremo que confieses públicamente si es justo considerarte Cristo». Él a continuación se dirige con tales palabras al soberbio: «Sólo esas palabras salen de tu pecho como verdaderas; para que vosotros la veáis vendrá por los aires la majestad del Hijo del hombre cuando se siente a la diestra junto al divino poder en las nubes de color de fuego[310]». Tras oír tales cosas, el sacerdote, saltando de rabia y con el corazón ciego, rasga de su pecho el vestido y dice: «Habéis oído las abominables palabras de un impío que lucha contra Dios; que el

---

[307] Dos en *Mt* (cf. XXVI 60), si bien Juvenco no especifica de cuántos se trata (cf. v. 546: *Ultima prosiliunt testes*). Según la ley mosaica, se necesitaba por lo menos el testimonio acorde de dos testigos para condenar a un hombre a muerte (cf. *Núm* XXXV 30: «En cualquier caso de homicidio, se matará al homicida según la declaración de los testigos; pero un solo testigo no bastará para condenar a muerte a un hombre»; *Dt* XVII 6: «No se podrá ejecutar al reo de muerte más que por la declaración de dos o tres testigos; no se le hará morir por declaración de un solo testigo»).

[308] Cf. libro II, vv. 163-176.

[309] Caifás.

[310] En este párrafo la primera parte (vv. 557-558: *veniet vobis visenda per auras / maiestas prolis hominis*) alude a *Dan* VII 13 («Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: / Y he aquí que en las nubes del cielo venía / como un Hijo de hombre») y la segunda (vv. 558-559: *cum dextera sanctae / virtuti adsidet sub nubibus ignicoloris*) a *Sal* CX 1 («Oráculo de Yahveh a mi Señor: Siéntate a mi diestra, / hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies»).

sentimiento religioso, tras haber sido deshonrado, se levante más en cólera y manifestad ya todos vuestra opinión». Todos gritan juntamente y rivalizan por condenarlo a muerte[311]. Entonces repugnantes esputos llenan el rostro venerable de Cristo[312], las manos golpean en sus mejillas y numerosos puñetazos en su cabeza y todos se esfuerzan por burlarse de él mediante palabras: «¡Adivina, Cristo, la mano de quién te ha golpeado!».

Negaciones de Pedro (vv. 570-585). *Mt* XXVI 69-75; *Mc* XIV 66-72; *Lc* XXII 56-62; *Jn* XVIII 17 y 25-27.

Pero porque una mujer había visto dentro a Pedro afligido, le dijo: «¿No te habías añadido también tú, joven, como compañero a ése al que condena la sentencia escarnecedora de los próceres?». Él lo niega e intenta marcharse del violento palacio. Pero he aquí que al salir, viéndolo otra mujer en el primer umbral, lo daba a conocer a los criados con semejantes palabras. De nuevo lo asegura mediante juramento, decía que él no lo conocía. Entonces siguiéndolo se acercaron muchos a indagar y dicen que ellos reconocen por el acento de su voz que todas sus palabras suenan al habla de Galilea. Y Pedro, jurando con palabras de maldición a todo, asegura con su negación que lo desconoce, cualquiera que fuese aquél. Un gallo, agitando sus alas en la cima del tejado acompaña estas palabras con su canto, y los presagios de las palabras de Cristo asedian la

[311] Ya hemos señalado anteriormente (cf. nota 282) que el sanedrín sólo tendría derecho a pronunciar la sentencia de muerte, pero carecería del poder de mandarla ejecutar, pues el ocupante romano se habría reservado el *ius gladii* o derecho de ajusticiar.

[312] Frente al texto evangélico, carente de adjetivos (cf. *Mt* XXVI 67: *Tunc exspuerunt in faciem eius*), Juvenco ha insertado los adjetivos *sanctam* e *improba* (v. 566: *Tum sanctam Christi faciem sputa improba complent*) con el fin de resaltar el ultraje del que es objeto Jesús.

mente afligida de Simón; y, saliendo de allí, derramaba amargos llantos.

Jesús ante Pilato. Liberación de Barrabás (vv. 586-625). *Mt* XXVII 1-2 y 11-26; *Mc* XV 1-15; *Lc* XXIII 1-7 y 13-25; *Jn* XVIII 28 ss.

Ya las estrellas se retiran ante la luz del día y el sol sale rápidamente llenando las tierras con sus rayos temblorosos[313]. Y ya desde la asamblea arrastraban con gran clamor a Cristo, con sus manos atadas detrás de las espaldas, hacia el tribunal del gobernador[314]. En este momento Jesús el Señor, hallándose ante el alto tribunal, escuchó tales cosas en palabras de Pilato: «¿Compareces tú, como se dice, como rey del pueblo judío?». Responde Cristo: «Concuerdo en esto con tus palabras». Luego brama levantándose la horrenda acusación contra el justo y la elocuencia criminal aplasta al venerable. Jesús no se digna responder nada a los salvajes. Pilato pregunta cuál es entonces el motivo de permanecer callado. Él, manteniéndose más en su posición, guardaba un admirable silencio. Pero en día casualmente de fiesta las leyes ordenaban según la costumbre perdonar a uno de los condenados a la pena capital[315]; y había en prisión un la-

---

[313] Para la utilización de estas fórmulas temporales por parte de Juvenco, cf. «Introducción», págs. 41-42.

[314] Esto es, al tribunal de Poncio Pilato, gobernador de Judea del 26 al 36 d. C., fecha esta última en la que, con ocasión de una matanza de samaritanos que llevó a cabo, fue depuesto por Vitelio, gobernador de Siria, quien lo envió a Roma para que fuese juzgado. LLegó a la capital del imperio en abril del 37 y desconocemos su suerte posterior. Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos* II 169-177; *Ant.* XVIII 35, 55-64, 87-89. La responsabilidad de Pilato en la muerte de Jesús aparece muy atenuada por todos los evangelistas.

[315] Existía entre los judíos la costumbre de liberar en la fiesta de Pascua a un encarcelado (cf. *Jn* XVIII 39), costumbre que tal vez recordase la liberación de Egipto y que fue respetada por Roma.

drón de nombre famoso[316] al que el pueblo, hostil a Cristo, ardía en deseos de dejar libre para que viviera. Pero la mujer de Pilato, aterrada en un sueño por horribles visiones, preocupada pedía a su esposo con imposiciones y súplicas que se apartase de la muerte de un justo. Entonces el juez intenta indagar de nuevo la opinión de los próceres y exige de acuerdo con la ley que se someta a decisión del pueblo a quién deseaban liberar del castigo inminente. Pero los próceres, difundiendo sus pretensiones, rogaban al pueblo que pidiese para la ley al ladrón y que rechazase a Cristo. Pero después que el parecer de los próceres encendió a la multitud y ésta pide que se le conceda mejor la vida del ladrón, el gobernador consultó al pueblo qué quería en cuanto a Jesús. La multitud, inflamada por la perversidad, provocaba violentos tumultos y lo reclamaba una y otra vez para los tormentos de la cruz, porque deseaba el nombre de rey, porque se había condenado con su propia boca declarándose enemigo del César. Finalmente lo venció la fuerza y maldijo su sangrienta tarea gritando que él tenía su corazón libre de esta sangre, y lavó públicamente sus manos[317] de este cri-

---

[316] Barrabás (cf. v. 624). Aunque *Mt* (cf. XXVII 16: *habebant autem vinctum insignem, qui dicebatur Barabbas*) nos lo presenta solamente como un preso célebre, en Juvenco encontramos que era un ladrón famoso (cf. v. 601: *Et fuit in vinclis famoso nomine latro*). En realidad los textos del NT no concuerdan en este punto: *Me* (XV 7) nos lo presenta como un sedicioso que había participado en un motín donde se había cometido un asesinato, *Jn* (XVIII 40) como un ladrón, y en *Act* III 14 se nos dice sencillamente que era un asesino. Posiblemente se tratase de un zelota (grupo religioso judío que profesaba un nacionalismo militante y fanático). Pilato dio a escoger a la muchedumbre entre la liberación de Jesús o la de Barrabás, y los judíos pidieron la de este último.

[317] Este gesto simbólico de lavarse las manos, con el que Pilato quiere hacer ver que él es inocente de esta muerte, lo encontramos ya en el AT (cf. *Dt* XXI 6-7: «Todos los ancianos de la ciudad más próxima al hombre muerto se lavarán las manos en el torrente, sobre la becerra desnuda. Y

men para que aquella mancha sólo permaneciera para el pueblo. Por esto gritan más: «A nosotros, a nosotros persíganos esa sangre y este crimen y su culpa recaigan sobre nuestra estirpe». Pilato entrega a Barrabás a la multitud y a la ley y, derrotado, concede a Jesús para el tormento de la cruz[318].

pronunciarán estas palabras: 'Nuestras manos no han derramado esa sangre y nuestros ojos no han visto nada'»; *Sal* XXVI 6: «Mis manos lavo en la inocencia»; *Sal* LXXII 13: «¡Así que en vano guardé el corazón puro, / mis manos lavando en la inocencia!»).

[318] Generalmente se piensa, siguiendo a Heródoto (I 128, 2; III 125, 3; 132; etc.), que la crucifixión es un castigo de origen persa. Fue poco frecuente entre los griegos, que sin embargo la conocían e hicieron uso de ella en época helenística para castigar crímenes contra el Estado (cf. Polibio, V 54, 7) y posteriormente se sirvieron de ella como castigo de esclavos y ladrones a mano armada (Plutarco, *Mor.* 554 A-B). Con todo podemos decir que la crucifixión fue un castigo característico de Roma. Los romanos la consideraron como el suplicio más cruel e ignominioso y la infligían a los esclavos y a los libres no romanos para castigar crímenes de homicidio, robo, traición y sedición. Sólo excepcionalmente se aplicó a ciudadanos romanos (Cicerón, *Verr.* I 5). El AT no conoce la crucifixión, pero sí el colgar los cadáveres de los ajusticiados para aumentar su ignominia (cf. *Núm* XXV 4; *Dt* XXI 22 s.; *Jos* X 26; *I Sam* XXXI 10; etc.). Pero los judíos conocían este suplicio: el año 167 a. C., bajo Antíoco IV Epífanes fueron crucificados algunos judíos (cf. Flavio Josefo, *Ant.* XII 256); el asmoneo Alejandro Janeo (103-76 a. C.) hizo crucificar a 800 judíos (cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos* I 97-98). Herodes el Grande (cf. nota 8) había suprimido este castigo, pero después de su muerte fue muy pronto puesto de nuevo en vigor, como lo demuestra la crucifixión de 2000 rebeldes por orden del legado romano Quintilio Varo (Flavio Josefo, *Ant.* XVII 295). Esta familiaridad que los judíos tenían ya con el tormento de la cruz es la que explica los gritos de la multitud en el proceso de Jesús pidiendo la crucifixión para éste (cf. vv. 614-617; *Mt* XXVII 22). La crucifixión iba precedida de la flagelación, mencionada por el evangelista (cf. *Mt* XXVII 26), aunque Juvenco nada nos dice al respecto en su paráfrasis.

Muerte de Judas (vv. 626-641). *Mt* XXVII 3-10.

Pero el traidor Judas, después que ve que él ha provocado tales cosas enloquecido por el dinero del crimen recibido, condenando el desdichado sus obras con sinceros lamentos, se arrojó al suelo del templo maldiciendo entonces el dinero. Y, tramando darse su propio castigo con la horca, de la copa de una higuera arrastró una muerte espantosa[319]. Luego los sacerdotes, diciendo que, porque era dinero de sangre, era ilícito otorgarlo al tesoro del templo —creían sin embargo que era lícito darlo entonces cuando se vendía sangre—, comprando el campo de sangre[320], de justo nombre, sellan el impío crimen mediante una acción horrenda. La palabra veraz del profeta, vaticinando en otro tiempo estos secretos, mostró claramente el desarrollo de los aconte-

[319] Sobre la muerte de Judas tenemos dos tradiciones distintas: la del evangelio de Mateo, seguida por Juvenco, que refiere que Judas se ahorcó tras reconocer su culpa y tirar las treinta monedas en el Templo, y la que encontramos en *Act* I 16-20, que sostiene que Judas, tras haber comprado un terreno con el precio de su crimen, murió de muerte violenta, rompiéndose la cabeza y con las entrañas fuera. La verdad es que ambos relatos recurren a precedentes bíblicos que describen las muertes horrorosas de personajes impíos, aunque parece ser que el relato de Mateo ofrece más garantías. Del texto de *Act* no podemos deducir que hubiera un suicidio.

[320] En *Act* I 16-19 se nos dice que Judas, con el dinero recibido por su traición, compró una finca que después de su muerte sangrienta fue conocida con el nombre de Hacéldama, «finca de sangre». Pero según *Mt* (XXVII 8-10), versión que sigue Juvenco, los sumos sacerdotes (cf. nota 41), tras el suicidio de Judas, utilizaron el dinero impuro de la traición para adquirir el «campo del alfarero», que al ser comprado de este modo pasó a llamarse «campo de sangre». Hay que decir sin embargo que la aparición del campo del alfarero en este pasaje de Mateo debemos entenderla como una interpretación de tipo midrásico de varios pasajes proféticos (*Zac* XI 12-13; *Jer* XVIII 2-3, XIX 1-2 y XXXII 6-15).

cimientos en el transcurso del tiempo[321]: «Los criminales pusieron treinta minas de plata, fijando en esto el precio del valioso cuerpo, dinero que luego se emplea de nuevo en el pequeño campo del alfarero».

Los soldados coronan de espinas a Cristo y se burlan de él (vv. 642-649). *Mt* XXVII 27-30; *Mc* XV 16-19; *Jn* XIX 1-3.

El justo fue entregado a los soldados, fieros y servidores del crimen: con su cuerpo les proporciona perversas diversiones. Lo visten con una túnica purpúrea y un manto rojo, le coronaron su cabeza de espinas sangrientas y una caña se adhiere a su diestra a manera de cetro. Entonces arrodillándose lo saludan como rey y señor del pueblo judío, le inundaron de esputos su rostro y se burlaron con abominables golpes en su venerable cabeza[322].

Crucifixión y muerte de Jesús (vv. 650-713). *Mt* XXVII 31-54; *Mc* XV 20-39; *Lc* XXIII 26-47; *Jn* XIX 16-30.

Cuando los enloquecidos soldados concluyeron estas burlas, lo conducían cubierto con la protección de su propio vestido y arrastraban al venerable y justo hacia el tormento de la cruz. Pero he aquí que al salir cogieron a un tal Simón, nacido en Cirene[323], y le ordenaban llevar el madero; con mandatos implacables el

[321] Aunque el evangelista atribuye estas palabras al profeta Jeremías (cf. *Mt* XXVII 9: *Tunc impletum est quod dictum est per Ieremiam prophetam*), en realidad se trata de una frase elaborada libremente a partir de los textos proféticos mencionados en la nota anterior.

[322] Si antes los judíos se habían burlado de Jesús como profeta (cf. vv. 566-569), ahora los romanos se burlan de él como rey. Estas dos escenas reflejan bien los dos aspectos, religioso y político, del proceso de Jesús (cf. nota 304).

[323] Cirene era una colonia griega fundada el año 631 a. C. por los habitantes de la isla de Tera (Santorini) en la costa de Marmárica, al norte de África (cf. HERÓDOTO, IV 145-154). Allí vivían muchos judíos (cf. *I Mac*

orden inmutable del mundo impelía apremiantemente a clavar en este madero al señor de la luz. Pero después que llegaron allí donde el campo se llama Gólgota[324], le dan a Cristo como bebida vino mezclado con hiel[325]. Pero él la rechaza

---

XV 23; *Act* II 10). De acuerdo con la costumbre romana, el condenado a morir en la cruz debía transportar el madero transversal de la misma (*patibulum*) hasta el lugar del suplicio fuera de la ciudad. Y *Jn* XIX 17 nos dice que Jesús mismo llevó su cruz. Pero en los evangelios sinópticos leemos que se forzó a Simón de Cirene a llevarla. Posiblemente esta persona tuvo que cogerle el *patibulum* a Jesús cuando éste ya no tenía fuerzas para seguir llevándolo. Nada más sabemos de este Simón Cireneo, excepto que era padre de Alejandro y de Rufo (cf. *Mc* XV 21), los cuales fueron sin duda personajes muy conocidos en la comunidad cristiana de Roma, para la que Marcos escribió su evangelio.

[324] El Gólgota, «cráneo» en arameo, es el lugar de la crucifixión de Jesús. Los evangelistas interpretaron este término como *kraníou tópos,* «lugar del cráneo» (cf. *Mt* XXVII 33; *Mc* XV 22; *Lc* XXIII 33; *Jn* XIX 17); de ahí que en la *Vulgata* lo que encontremos en estos pasajes sea *Calvariae locus.* El término Calvario, mucho más usual y conocido, no es sino la transliteración del latín *Calvarium,* que a su vez es traducción literal de la palabra neutra griega *kránion,* «cráneo». En cualquier caso, el nombre del lugar debe de provenir de su forma, que recordaría vagamente un cráneo. Situado fuera de las murallas de Jerusalén, el Gólgota y sus alrededores inmediatos se utilizaban como cementerio. El emperador Adriano enterró el lugar bajo el foro de Aelia Capitolina (Jerusalén), pero Constantino lo desenterró de nuevo y edificó en él la iglesia del Santo Sepulcro.

[325] Aunque el proceso de la crucifixión estaba bien reglamentado, la forma de ejecución podía tener algunas variantes. Así a Jesús, que fue crucificado en líneas generales según la costumbre romana, se le dio, conforme a la costumbre judía, una bebida embriagante que provocaba la insensibilidad. El brebaje, que él rechazó tras haberlo probado, estaría tal vez compuesto de vino mezclado con mirra (cf. *Mc* XV 23: «Le daban vino con mirra, pero él no lo tomó») y vinagre o hiel. El vinagre sería una especie de vino agrio y refrescante que quitaba la sed (de hecho, de *Jn* XIX 28-29 podemos deducir que la presencia del vinagre cerca de la cruz era algo corriente). Sin embargo, la influencia de *Sal* LXIX 22 («Veneno me han dado por comida, / en mi sed me han abrevado con vinagre») ha podido determinar el que en *Mt* XXVII 34 encontremos la hiel (cf. v. 658 de Ju-

tras haberla probado con la punta de su lengua; y sin em- 659
bargo la cólera insolente de los hombres no se la exige toda. 661
Y ya el cuerpo clavado a la crúz estaba suspendido en el
madero[326] y, cuidando que solo un soldado se hiciera dueño
de ella, se concedió mediante sorteo entre todos el tejido de 664
la túnica intacta, para satisfacer de tal modo a las antiguas 660
palabras[327]. Y colocaron un cartel escrito de la causa y la 665

---

veneo: *permixtum felli vinum dant pocula Christo*), como sin duda también ha hecho que el gesto del soldado ofreciendo vinagre a Jesús ya crucificado (cf. *Mt* XXVII 48; *Mc* XV 36; *Lc* XXIII 36; *Jn* XIX 28-29; v. también Juvenco, IV 694-696) tenga un carácter negativo, especialmente en el evangelio de Lucas.

326 Aunque a menudo se imagina que la cruz, de 2'50 a 3 m de altura, se fijó primero en tierra y que después Jesús fue clavado en ella, sin embargo lo más probable es que primero fuese clavado en el suelo al madero transversal y que luego los soldados levantaran y fijaran éste con cuerdas y clavos al madero vertical dispuesto ya con anterioridad. Si tenemos en cuenta que por encima de la cabeza de Jesús pusieron la sentencia de condenación (*Mt* XXVII 37; cf. también vv. 665-666 de Juvenco), debemos deducir que no usaron para su muerte una *crux commissa* o *patibulata* o cruz de S. Antonio (en la que el madero transversal se fijaba en lo más alto del madero vertical; es decir, se trataba de una cruz en forma de T), sino una *crux immissa* (en la que el madero horizontal o *patibulum* se ponía un poco más abajo que en la anterior). Se menciona también con frecuencia una clavija (lat. *sedile* o *cornu*) entre las piernas del ajusticiado para sostener su cuerpo, lo cual prolongaba su martirio. Pero el soporte para los pies (lat. *suppedaneum*) que vemos en nuestros crucifijos era desconocido en la Antigüedad.

327 El v. 660 de la edición de Huemer (*Ut satis antiquis fieret per talia dictis*), que en la edición de Marold (Bibliotheca Teubneriana, 1886) se considera espurio, resulta verdaderamente incomprensible en esa posición. En nuestra traducción, siguiendo en ello la edición de Arévalo de 1792, hemos colocado dicho verso a continuación del 664. Creemos que es éste el orden que responde a los textos evangélicos de *Mt* XXVII 34-35 (*Et dederunt ei acetum bibere cum felle mistum. Et cum gustasset, noluit bibere. Postquam autem crucifixerunt eum, diviserunt vestimenta eius, sortem mittentes: ut impleatur quod dictum est per Prophetam: Diviserunt vestimenta mea sibi, et super vestem meam miserunt sortem:* «Le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero él, después de probarlo, no quiso beberlo.

falta cometida[328]: porque había sido el rey del pueblo y la raza judía. Sucedió que a uno y otro lado dos ladrones soportaban junto con él su consorcio en el castigo; pero la ciega locura de la furiosa multitud insulta a Cristo clavado: «Éste es el que podía destruir solo el templo, éste es el que podía restaurarlo en el transcurso de tres días[329]. Pero descienda ahora el venerable Hijo de Dios y libere su cuerpo y su alma del tormento de la cruz». Los próceres aprueban estas palabras de la insensata multitud; y los fariseos, escribas y la facción demente se burlan y, encaminándose a las cadenas del castigo eterno, agitan su cabeza con el movimiento y sus lenguas con palabras insensatas: «¿Acaso no solía salvar antes a otros de las terribles ataduras de las enfermedades? ¿Por qué no es capaz de salvarse a sí mismo de los tormentos? Mirad a quien debimos considerar rey de nuestro pueblo: ¡que libre su cuer-

---

Una vez que lo crucificaron, se repartieron sus vestidos, echando a suertes, para que se cumpliera el oráculo del profeta: 'Se han repartido mis vestidos, y han echado a suertes mi túnica'») y *Jn* XIX 24 («Por eso se dijeron: 'No la rompamos [la túnica]; sino echemos a suertes a ver a quién le toca'. Para que se cumpliera la Escritura: 'Se han repartido mis vestidos, / han echado a suertes mi túnica'. Y esto es lo que hicieron los soldados»). La crucifixión iba también precedida del despojo de las vestiduras al condenado, aunque se suele admitir generalmente que se le dejaba el taparrabos. Tras haber crucificado a Jesús, los soldados (cf. *Jn* XIX 23) se repartieron sus vestiduras echando a suertes (cf. *Mt* XXVII 35), aunque JUVENCO (vv. 663-664) sólo hace referencia al sorteo de la túnica. Las «antiguas palabras» del v. 660 aludirían a lo dicho en *Sal* XXII 19: «Repártense entre sí mis vestiduras / y se sortean mi túnica».

[328] Se trataba de una tablilla recubierta de un enlucido blanco, en la que se escribía con letras en negro el delito del ajusticiado. Este cartel se llevaba a veces delante del condenado o bien se colgaba de su cuello. En el caso de Jesús fue fijado luego en la cruz, sobre su cabeza. Aunque los evangelios difieren al darnos el texto de esta tablilla, sin embargo todos repiten sin cambio alguno el texto de *Mc* XV 26 (*rex Iudaeorum*: «El rey de los judíos»).

[329] Cf. libro II, vv. 163-176.

po de la consistencia del madero! Entonces podremos dar crédito justamente a las señales divinas. Pone su confianza en Dios Padre: ¿por qué no quiere el venerable poder salvar del tormento a su propio Hijo?». Y gimiendo no lo insultan menos a derecha e izquierda los dos ladrones clavados en sus cruces por la condición de sus crímenes[330]. Ya había subido el curso de la luz al medio del orbe cuando de pronto el sol desaparece de los ojos, se cubre de sombrías tinieblas y sepulta en noche al agitado día. Pero cuando había traspasado perturbado la hora nona[331], volvieron a su firmamento los alterados resplandores. Y Cristo llamaba en alta voz a su Padre en lengua hebrea; pero la ignorante multitud piensa que llama a Elías[332]. Entonces uno, excitado, lo obligaba a beber el sabor del vinagre oprimido en sus labios con una esponja repugnante y atada en una caña[333]. La restante multitud se burla furiosa con tales palabras: «Veamos juntamente si por casualidad llega, vuelto a enviar del cielo, Elías, que descansa en la excelsa morada, y libera al rey clavado en el miserable madero». Entonces un grito del Señor, emitido con un gran esfuerzo, mez-

---

330 Dado que Juvenco sigue aquí como fuente a Mateo, es lógico que no encontremos en su *Historia evangélica* el episodio del buen ladrón, pasaje que sólo encontramos en *Lc* XXIII 39-43: «Uno de los malhechores colgados lo insultaba: '¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!'. Pero el otro le respondió diciendo: '¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho'. Y decía: 'Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu reino'. Jesús le dijo: 'Yo te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso'».

331 Las tres de la tarde aproximadamente. Sobre las horas, cf. nota 224.

332 Las palabras pronunciadas por Jesús a las que se refiere aquí Juvenco son las que tenemos recogidas en *Mt* XXVII 46 y *Mc* XV 34: *Eli, Eli, lamma sabacthani?*, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Son en realidad las palabras iniciales del salmo XXII. Por lo que respecta a Elías, cf. nota 14, 131 y 199.

333 Sobre este vinagre y su utilización en las crucifixiones, cf. nota 325.

cló su alma con las brisas etéreas como compañera[334]. Se rasgan al mismo tiempo las cortinas del templo sagrado[335], se abren separadas en dos partes sus finas telas, una fuerza poderosa sacudió a la tierra temblorosa y de su estructura saltan destrozadas las rocas. Entonces se abrieron los sepulcros de los hombres antiguos tras haber alejado los obstáculos, las almas justas regresaron a sus cuerpos y multitudes de aquéllos vistos por todas partes anduvieron errantes anchamente por las murallas de la ciudad: así aterran todas las cosas al universo, el pavor les agita los corazones en primer lugar a los soldados, que vigilaban los cuerpos entregados al cruel tormento[336], y lo llamaron Hijo de Dios y lo reconocen como Cristo[337].

Sepultura de Cristo
(vv. 714-726).
Mt XXVII 55-61;
Mc XV 40-47;
Lc XXIII 49-56;
Jn XIX 38-42.

Y desde sus atalayas contemplan tan grandes prodigios todas las mujeres que solían ofrecerle sus servicios a Cristo. Ya véspero había comenzado a suceder al sol declinante, y entonces[338] un hombre de gran justicia de entre los próceres se atreve, únicamente él, a pedir el cadáver para el último deber. Éste llevaba el

---

[334] Aunque la fecha de la muerte de Jesús es bastante discutida, se admite generalmente la del 7 de abril del año 30, esto es, el 14 del mes de nisán (cf. nota 48) de dicho año. Ese día fue viernes. Cf. nota 289.

[335] En el Templo de Jerusalén había dos cortinas principales, una delante del santo de los santos y la otra a la entrada del Templo. Muchos exegetas opinan que el velo que se rasgó de arriba abajo al morir Jesús fue el interior, en tanto que otros piensan que sólo el rasgarse el velo exterior podía ser manifestación divina visible para el pueblo. En cualquier caso, la tradición cristiana, siguiendo a *Heb* IX 12 y X 20 (pasajes en los que el velo del que se habla es el interior), ha visto en este desgarrarse del velo la supresión del antiguo culto mosaico y el acceso abierto por Cristo al santuario de los cielos.

[336] Esto es, los cuerpos de los crucificados.

[337] Cf. nota 34.

[338] Frente a la lectura *cum* propuesta por Huemer en su edición, hemos seguido la lectura *tum* que aparece en la mayor parte de los manuscritos.

nombre de José de Arimatea[339], que en otro tiempo ofrecía sus oídos a las enseñanzas de Jesús. Entonces él le ruega a Pilato que le conceda los miembros a los que recientemente les había quitado la vida la espantosa violencia del tormento. Se los concedió el gobernador, una resplandeciente tela de lino cubre el cadáver[340] y se deposita en el sepulcro nuevo de una roca. El inmenso volumen de una piedra cierra la entrada. Desde las atalayas observan las mujeres y lo contemplan todo.

Custodia del sepulcro
(vv. 727-742).
Mt XXVII 62-66.

Y ya con su brillante luz había llenado las tierras el día que de acuerdo con la ley antigua prescribía siempre descanso[341], pero la cólera furiosa de los próceres no observa descanso ninguno[342]. Se reúnen y abruman al mismo tiempo los oídos del juez de este modo: «El justísimo castigo ha

---

[339] Arimatea, «las dos cuestas» en hebreo, no es sino uno de los nombres helenísticos dados a Ramá, localidad de Efraím, patria de Samuel, conocida también con el nombre de Ramataim y situada en la montaña de Efraím. Posiblemente se trate de la actual Rentis, a 14 Km al nordeste de Lida (la actual Lod). José, nacido en Arimatea y vecino de Jerusalén, desempeñó un papel fundamental en el entierro de Jesús. Era un hombre rico (*Mt* XXVII 57), respetado (*Mc* XV 43), bueno y justo (*Lc* XXIII 50), miembro del sanedrín (*Mc* XV 43; *Lc* XXIII 50), discípulo de Jesús (*Mt* XXVII 57; cf. v. 720 de Juvenco: *qui quondam verbis aures praebebat Iesu*). Tras la muerte de Jesús, le pidió a Pilato el cuerpo de su maestro y lo puso en una sepultura de su propiedad que él mismo había hecho excavar en la roca. Para los sepulcros, cf. nota 260.

[340] Cf. nota 281.

[341] El sábado. Cf. nota 132.

[342] Frente al texto de *Mt* XXVII 62 (*Altera autem die, quae est post Parasceven, convenerunt principes sacerdotum, et Pharisaei ad Pilatum*), en el pasaje de Juvenco (vv. 727-729: *Iamque dies rutilo complebat lumine terras, / otia qui semper prisca de lege iubebat, / nulla sed immitis procerum furor otia servat*) se resalta la hostilidad que muestran hacia Cristo los sumos sacerdotes y los fariseos (a los que Juvenco designa conjunta-

eliminado los lazos del engaño. Ahora conviene hacer memoria; porque aquel embaucador solía siempre prometer jactancioso a la multitud del vulgo que él volvería de las tinieblas de la muerte a las luces de la vida juntamente con el tercer retorno del sol[343]. Por ello pedimos que soldados guardianes vigilen el nuevo enterramiento para que no surja en sus discípulos la temeraria osadía de robar el cadáver y la locura reciente no agite a la plebe». Y Pilato dijo a esto: «Os permito, como queréis, que los soldados vigilen el cadáver sepultado en la tierra». Acuden juntos, hacen girar el ingente peso de la piedra y aseguran la entrada herméticamente y la roca con soldados.

Resurrección de Cristo (vv. 743-775). *Mt* XXVIII 1-10; *Mc* XVI 1-8; *Lc* XXIV 1-10; *Jn* XX 1 ss.

Ya las estrellas comienzan a retirarse ante el sol que va a surgir[344]; entonces las mujeres corren juntas a visitar el recinto del sepulcro, pero una sacudida conmueve al instante toda la tierra, deslizándose del cielo abierto desciende un ángel y hace rodar de la entrada del sepulcro la piedra. Y su rostro resplandece como el fuego del relámpago y las envolturas de su vestimenta brillan a manera de la nieve. El terror había arrebatado todos los sentidos a los soldados y yacieron al mismo tiempo como cadáveres abatidos por la muerte. Pero el ángel se dirige a las mujeres con tales palabras: «Que ningún miedo inquiete ahora vuestros corazones sacudiéndolos; pues es manifiesta la certidumbre de que vosotras buscáis el venerable cadáver

---

mente en el v. 729 con el término *procerum*). Y podemos decir que esto, el resaltar la aversión que muestran hacia Jesús sus enemigos, es una constante en toda la *Historia evangélica*.

[343] Cf. libro III, vv. 293-295.

[344] Los cuatro evangelistas recalcan que Jesús resucitó el primer día de la semana judía, esto es, el día correspondiente a nuestro domingo.

que la locura criminal clavó en el madero de la cruz. Cristo ha resucitado y ha recobrado la luz eterna de la vida tras haber derrotado a la muerte con su cuerpo venerable. Ya os es posible ver que en ningún lugar ahí del sepulcro yace el cuerpo que había sido sepultado[345]. Comunicad además a los discípulos con rápido y apresurado retorno que Cristo ha regresado a las regiones de la luz y que alegre marcha adelante a la tierra de Galilea[346]». Con estas palabras y visiones un ardiente estupor había inundado los espíritus de las estupefactas por la alegría y el confuso miedo. Finalmente, apresurándose en precipitada carrera, comunican tales alegrías a los discípulos y abandonan la tumba. He aquí que en medio del camino se les apareció deslumbrante Jesús y saludaba

[345] Los evangelistas no nos refieren la resurrección misma (que, según la narración evangélica, tuvo lugar sin testigos presenciales terrestres), sino el descubrimiento de la tumba vacía y las apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos. En el relato de la resurrección por parte de Mateo, relato seguido con gran fidelidad por Juvenco en su paráfrasis, hay que destacar como particularidades esenciales: 1.ª) La existencia de guardias que vigilan la tumba (*Mt* XXVII 62-66 = Juvenco, IV 727-742) y el soborno de éstos por parte del sanedrín (*Mt* XXVIII 15 = Juvenco, IV 776-783); 2.ª) La aparición de Jesús a las dos mujeres que se habían dirigido a su tumba (María Magdalena y «la otra María»), aunque Juvenco en absoluto especifica de cuántas mujeres se trata. Cf. *Mt* XXVIII 9-10 = Juvenco, IV 767-775. Jesús les repite aquí él mismo (cf. vv. 774-775) el mensaje que les había dado el ángel en la tumba (cf. vv. 760-762). Esta aparición tiene lugar en el camino de regreso desde el sepulcro a Jerusalén (cf. vv. 767-768: *Ecce iteris medio clarus se ostendit Iesus / et fidas matres blandus salvere iubebat*); 3.ª) Aparición de Jesús en Galilea a sus once apóstoles, si bien Juvenco habla de una gran multitud de discípulos. Cf. *Mt* XXVIII 16-20 = Juvenco, IV 784-801. En esta aparición Jesús ordena a sus seguidores bautizar y difundir su doctrina.

[346] Ya en la última cena Jesús les había predicho a sus discípulos que después de resucitado iría a Galilea (cf. vv. 464-466: *Post ubi vita novos caeli mihi reddet honores / praeveniam vestrosque choros genitalibus arvis / grata Galilaeae volitans per rura docebo*).

dulcemente a las fieles mujeres. Corren ellas a él y, tras haberle cogido sus rodillas y pies, veneran asustadas a Jesús vencedor de la muerte. Él a continuación fortalece sus corazones con tales preceptos: «Que todo miedo se aleje de la fe de vuestros espíritus y, mirad, transmitid deprisa estas instrucciones a nuestros hermanos: 'Si tenéis el deseo de contemplarme, id de buen grado y corred apresuradamente a la tierra de Galilea'».

Soborno de los soldados (vv. 776-783). *Mt* XXVIII 11-15.

Entretanto en la tumba se aterrorizaron los corazones de los guardianes; envían de su número a una parte para que refiera a los judíos las cosas tan prodigiosas que habían ocurrido. Pero la facción demente[347], ya completamente entregada al mismo tiempo a una locura insensata, paga a porfía grandes recompensas a los soldados y compra con dinero la noticia de que la osadía de los discípulos, protegida por las tinieblas, tras haber quebrantado la entrada se había llevado secretamente el cadáver arrebatándolo a escondidas.

Aparición en Galilea (vv. 784-801). *Mt* XXVIII 16-20; *Mc* XVI 15 ss.

Y ya la muchedumbre de los suyos, acudiendo en tropel a los mandatos de Cristo, había subido solícita a los montes de Galilea: he aquí que los suyos contemplan al Hijo venerable del Tonante[348]. Toda la multitud lo adora piadosamente cayendo a tierra ante él; y sin embargo no permanecía en todos los corazones igualmente consolidada la fe, pues una parte de éstos dudaba. Entonces el glorioso Jesús estimula así a sus discípulos: «En el cielo y en la tie-

---

[347] El sanedrín. Cf. *Mt* XXVIII 11-12.

[348] En cuanto a la utilización de este epíteto para referirse a Dios, cf. nota 152.

rra el Padre lo ha sometido todo a mí, el Padre ha considerado digno enviarme a vosotros como luz. No de otro modo he decidido yo ahora enviaros a todas las naciones, cosa vuestra es el unir a todos los pueblos a mí. Poneos en marcha y bautizad en el nombre sagrado del Padre y del Hijo a los hombres, lavándolos con las aguas purificadoras; que fluya al mismo tiempo el soplo del Espíritu vivificador. Y mediante vuestras enseñanzas infundid después en los bautizados mis preceptos, para que puedan perseguir la vida eterna[349]; y nunca os faltará mi presencia hasta que el fin destruya el mundo haciéndolo desaparecer[350]».

Palabras finales del autor. Elogio de Constantino (vv. 802-812).

Mi espíritu ha abrazado estas fuerzas de fe y sagrada veneración y tanto me ilumina la gracia de Cristo, que la gloria de la ley divina acoge de buen grado en mis versos los terrenales ornamentos de la lengua[351]. Esto me lo ha concedido la paz de Cristo, esto a mí la paz del mundo, a la que favorece el benévolo emperador de la tierra abierta, Constantino[352], a quien le asiste justamente el reconoci-

[349] Para la vida eterna, cf. nota 223.

[350] Para el fin del mundo y el juicio final, cf. nota 157.

[351] Cf. «Introducción», págs. 16-17.

[352] Flavio Valerio Constantino, a quien la historia conoce como «el Grande», emperador de Roma entre el 306 y el 337 d. C. Es verdaderamente el fundador del Bajo Imperio. Sus reformas dejaron establecidas para mucho tiempo las estructuras políticas, económicas y sociales del mundo romano. En lo que se refiere a su postura con respecto a la religión cristiana, es precisamente el famoso Edicto de Milán (fruto del encuentro entre Licinio y Constantino que tuvo lugar en Milán en febrero del año 313, aunque posiblemente no existió un edicto promulgado en esa ciudad por los dos emperadores, pues lo que allí acordaron ambos sobre los cristianos lo conocemos únicamente a través del edicto publicado por Licinio en Nicomedia para la parte oriental del Imperio) el que establece la libertad religiosa para todos los ciudadanos, lo cual suponía el reconocimiento

miento porque lo merece, el único que se horroriza de que la grandeza de un nombre sagrado le sea colocada como dignidad[353]; por ello, mereciéndolo mucho por sus justas obras, logre por los siglos divinos la vida eterna a través de Cristo, señor de la luz, que reina por los siglos.

---

oficial del cristianismo. A juzgar por la política que siguieron después ambos emperadores, parece que fue Constantino el auténtico inspirador de este edicto, que hizo que la nueva religión floreciese rápidamente. La presencia de la Iglesia a través de sus instituciones se hizo pronto visible en la sociedad y el paganismo fue quedando poco a poco arrinconado y sin fuerzas (antes de que terminase el siglo IV, en los años 391 y 392, el emperador Teodosio dará fin al camino iniciado por Constantino condenando todos los actos del paganismo y declarando al cristianismo única religión del Imperio). En cualquier caso, si bien Eusebio de Cesarea nos ha transmitido del emperador en su *Vita Constantini* una imagen de piadoso devoto, los hechos históricos parecen demostrar más bien que nos encontramos ante un hombre frío y ambicioso, ante un político calculador que utilizó todas sus fuerzas físicas y espirituales para hacerse dueño del poder absoluto (esta última es en realidad la idea que de él nos da J. BURCKHARDT en su famosa obra *Die Zeit Constantins des Grossen* [1.ª ed. 1853; ed. rev. por STÄHELIN, Stuttgart, 1929], de la que tenemos traducción castellana: *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande* [trad. de Eugenio Imaz], México, Fondo de Cultura Económica, 1945).

[353] Bien es verdad que con la adopción del cristianismo el emperador dejó de ser considerado como dios, pero sin embargo su autoridad continuó siendo calificada de divina y no se implantó ninguna modificación en el ritual de la adoración a su persona.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL